



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE ECONOMÍA

SECRETARÍA DE INVESTIGACIÓN Y ESTUDIOS  
DE POSGRADO

“AMÉRICA LATINA Y EL COMERCIO  
INTERNACIONAL: LAS TRANSFORMACIONES  
ESTRUCTURALES EN LA GLOBALIZACIÓN”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE  
DOCTOR EN ECONOMÍA POLÍTICA DEL  
DESARROLLO.

PRESENTA:

Santos Sergio Palacios Ramírez

COMITÉ TUTORIAL:

\*DR. JOSÉ DE JESUS RIVERA  
DE LA ROSA (DIRECTOR DE  
TESIS)

\*DR. JAIME EDUARDO ESTAY  
REYNO (ASESOR)

\*DR. HÉCTOR DAVID  
SOTOMAYOR CASTILLA  
(ASESOR)

PUEBLA, PUE. JULIO DE 2019



**BUAP**

Facultad de  
Economía

## Índice

<b>Introducción.....</b>	<b>3</b>
<b>1. Un acercamiento teórico al comercio internacional.....</b>	<b>12</b>
<b>1.1 La acumulación capitalista, crisis y comercio internacional.....</b>	<b>12</b>
<b>1.2 América Latina en el comercio internacional, como parte del proceso de acumulación global de capital.....</b>	<b>43</b>
<b>2. América Latina y los ajustes en la economía mundial.....</b>	<b>61</b>
<b>2.1 La crisis global y la reorientación de América Latina.....</b>	<b>61</b>
<b>2.2 América Latina y los bloques comerciales internacionales.....</b>	<b>79</b>
<b>2.3 La irrupción de la economía china y su impacto en América Latina.....</b>	<b>97</b>
<b>2.4 El Neoliberalismo y el velo monetario en las economías de América Latina.....</b>	<b>132</b>
<b>3. El intercambio comercial de América Latina.....</b>	<b>143</b>
<b>3.1 Las tendencias del comercio exterior latinoamericano.....</b>	<b>143</b>
<b>3.2 Comercio mundial y patrón de acumulación.....</b>	<b>162</b>
<b>4. Crisis global y patrón de intercambio comercial de América Latina.....</b>	<b>180</b>
<b>4.1 Las dimensiones de la crisis global, sus articulaciones con el comercio internacional y América Latina.....</b>	<b>180</b>
<b>4.2 La crisis de la OMC.....</b>	<b>200</b>
<b>4.3 Financiarización y comercio latinoamericano.....</b>	<b>212</b>
<b>Conclusiones.....</b>	<b>258</b>
<b>Referencias.....</b>	<b>268</b>

## **Introducción**

Este trabajo, contiene una estructura que está permeada por una mirada teórica que encuentra sus bases en la economía política marxista, pero que se sitúa desde la realidad de las relaciones económicas de América Latina, en su ya largo proceso de inserción a los espacios internacionales de valorización del capital, en el marco de un despliegue de las fuerzas de acumulación, basados en la relación entre el capital y el trabajo asalariado, que articulan a las economías nacionales a los mecanismos globales de acumulación, donde se gestó una relación de subordinación que ha evolucionado y, que sin abandonar sus rasgos esenciales ha agregado nuevos elementos a su dinámica compleja, pero que se manifiestan en toda su dimensión en las crisis económicas recurrentes.

En lo que va del Siglo XXI, se ha generado una gran incertidumbre sobre los procesos políticos y económicos que se avecinan, tanto a nivel internacional como en cada espacio articulado a la lógica de la acumulación capitalista. ¿Qué viene para la humanidad?, es decir, que se puede esperar de un futuro inmediato, cuando la panacea de la globalización que, además se presentó como inevitable, pues estaba anclada a la naturaleza del desarrollo capitalista, ha derivado en una gran crisis y sus fuerzas impulsoras no encuentran caminos para su reorganización y articulación en un nuevo proyecto global. El registro de datos, imágenes, información y en general, las previsiones de todo tipo, apuntan hacia niveles de conflicto cada vez mayores; las catástrofes, los enfrentamientos en las guerras regionales y hasta los accidentes, están ahora inmersos en el terreno de los grandes números y tienden a convertirse en la normalidad de un mundo masificado, pero contradictorio, y sobre todo excluyente.

En el terreno económico, el comienzo del Siglo XXI quedó marcado por una gran crisis que se detonó en el corazón del mundo financiero y causó gran asombro y desazón; el principal centro de atracción de capitales del sistema global capitalista había caído en la misma vorágine de los descomunales flujos financieros y sus grandes corporaciones, convertidas en generadoras de directrices de políticas económicas de alcance mundial, calificadoras de la viabilidad de empresas y países, quedaban expuestas como incubadoras de una forma específica de funcionamiento global del sistema que lo colocó en un callejón

de estrecha salida. El capitalismo global, alineado al sector financiero entraba en crisis, precisamente cuando se esperaba mayor vigor y dinamismo. Precisamente como resultado de las transformaciones previas que situaron al sector financiero en la cúspide de los procesos de toma de decisiones, y a los intereses de sus corporaciones como el eje rector del ejercicio de la política económica internacional.

En el terreno del comercio internacional, la crisis global convirtió su sendero en un punto de inflexión para sus ritmos de crecimiento, sus posibilidades de corto plazo, pero sobre todo de respuestas políticas que, acendradas en el repunte de los impulsos nacionalistas tienden a fortalecer el proteccionismo comercial. De ahí que no se vislumbre un horizonte con políticas definidas a favor del libre comercio; por el contrario, después de 10 años de crisis se han acentuado las presiones de una política comercial con rasgos abiertamente proteccionistas.

Lo grave es que los países industrializados son ahora la principal fuente de esta nueva versión de política comercial internacional y las economías latinoamericanas se encuentran inmersas en estos procesos en franca desventaja, ante las oscilaciones de la economía mundial y la reestructuración de un orden hegemónico, encabezado por los Estados Unidos de Norteamérica, que anuncia sus límites desde el propio terreno del comercio internacional, pues ésta descomunal economía se ha acostumbrado a operar con un gigantesco déficit comercial, pero se resiste a la incidencia de otros poderes que han arribado a la escena mundial desde este mismo campo, como es el caso de China.

El presente trabajo está inscrito dentro de la preocupación por entender la naturaleza y las dimensiones de las transformaciones del capitalismo contemporáneo y sus expresiones en el terreno de comercio internacional, donde la inserción de las economías latinoamericanas en una función histórica específica las condiciona y, a su vez, las coloca de frente a las transformaciones inéditas de una modernidad capitalista, que ahora reclama todos los espacios posibles para la continuidad de su reproducción y obtención de ganancias. Es decir, ahora América Latina se ha convertido en un espacio vital para el comercio, las finanzas y la producción capitalistas globales.

Las dimensiones de las economías latinoamericanas, con su gran dotación de recursos naturales, en el marco de una crisis persistente desde el año 2008, convierten a la región en

el espacio necesario y natural para la expansión del desarrollo capitalista, en los ámbitos productivo, financiero y comercial. Pero, esta continuidad no se da en automático, pues existen, grandes contradicciones en todos los componentes del sistema mundial. De entrada, el comercio internacional no repunta y su escaso nivel de crecimiento revela que uno de los motores naturales de la economía capitalista encuentra trabas para su despliegue que brotan de la estructura económica y política internacionales, agudizados por la crisis financiera global y que ha extendido la crisis a las instituciones internacionales.

En el comercio internacional, la misma condición de inserción subordinada de las economías latinoamericanas se transmuta en limitante para el crecimiento económico sostenido. Todavía más, las crisis de las economías latinoamericanas se anuncian como crisis de balanza de pagos, es decir, exhiben el desequilibrio comercial como una de las expresiones del agotamiento de patrones de crecimiento previo. La gravedad del devenir histórico de la región es que, las tendencias seculares de inserción subordinada a los circuitos comerciales internacionales, se articulan a una crisis sistémica global, a la cual no se ha logrado confrontar a partir de una respuesta consensuada, ni siquiera por las potencias industriales. Por ello, la persistencia de la crisis lleva al resquebrajamiento de las instituciones encargadas de la regulación del comercio internacional; en la crisis de la Organización Mundial de Comercio (OMC) se condensan las tensiones políticas globales y es el preludio de mayores niveles de confrontación.

En el capítulo primero se realiza un acercamiento teórico a los elementos centrales de la explicación del papel del intercambio comercial internacional, dentro del proceso de acumulación capitalista; el comercio internacional como fuente y medio original para la difusión y el predominio de las relaciones capitalista de producción basadas en el trabajo impago, es decir, la relación entre capital y trabajo como la piedra angular para la conformación de un sistema mundial capitalista.

En este sentido, se asume la capacidad de las categorías de la economía política marxista para dar cuenta de la relación entre acumulación y comercio internacional; la propia dinámica de acumulación, cuyo despliegue eleva la capacidad productiva del trabajo, lleva a la crisis de sobreproducción, siempre detonadas en la esfera financiera internacional y a la transformación de los mecanismos de acumulación. Ahí se revela la centralidad del papel del

comercio internacional, como el escenario de realización global de la plusvalía obtenida en el terreno de la producción de valores a partir del trabajo asalariado. Pero, al ser una de las palancas fundamentales de la acumulación lleva en sus entrañas las contradicciones básicas del sistema.

Así que, ante el detonante de la crisis financiera, el siguiente eslabón de expresión de la crisis es el comercio internacional, cuya drástica caída es el síntoma inequívoco de que un largo período de crecimiento global previo, ha llegado a su fin, y que el sistema buscará reorientarse, es decir, ampliar sus bases o buscar articular nuevos espacios a la lógica de acumulación del capital. El desarrollo del comercio internacional es una especie de barómetro de la capacidad de crecimiento general del sistema capitalista en su componente fundamental de creación de valores, es decir, muestra el despliegue del sistema, en términos de su capacidad de valorización; capacidad de convertir, con la acción de la fuerza de trabajo, las materias primas, insumos y capital fijo en valores de intercambio internacional.

La conducción de todo el entramado mundial, desde la contratación de mano de obra, el suministro de materias primas, la producción de valores y su realización en los circuitos comerciales internacionales, para su posterior conversión en formas de valor, hasta llegar a niveles simbólicos, como ocurre en el mercado financiero, denota la capacidad del sistema para garantizar la reproducción y continuidad del mismo; es el ciclo del capital que recorre todos los confines donde las relaciones capitalistas se han afianzado y muestra la capacidad de convergencia de los grupos y clases dominantes para la creación de un orden hegemónico, que es la garantía de la reproducción del sistema. La crisis global, deja en evidencia que, en su despliegue, el capital también ha potenciado fuerzas que desbordan su control y que ahora alcanzan a las mismas instituciones como la OMC, cuyo cuestionamiento da cuenta de que las bases de la construcción hegemónica, todavía vigente, han caído en un proceso de franco deterioro.

Los esfuerzos de interpretación desde la propia realidad latinoamericana, con la recuperación de los planteamientos marxistas, son un aporte crucial para el análisis de los impactos de la inserción de las economías dependientes en los diversos ámbitos de la economía mundial, en el marco de una estructura hegemónica que cuenta con la capacidad para trasladar, en alguna medida, los costos de los ajustes a las regiones dependientes a través

de diversos mecanismos, entre ellos el intercambio internacional de mercaderías. Así el capitalismo dependiente se corresponde con estados nacionales que cuentan con escasa capacidad de incidencia en la definición de la agenda política mundial, a pesar de su gran número y de contar con representación internacional, incluso en los foros mundiales de gestión del comercio.

Bajo esta perspectiva, las crisis recurrentes de la región se expresan como crisis de reproducción de un capitalismo, que ve en sus formas de inserción al sistema, en su conjunto, sus propios límites de crecimiento. Y que generan mayor complejidad en la configuración del sendero histórico para América Latina, pero que ha creado la imagen de que los cambios en el entorno internacional son apabullantes para la dimensión de sus economías. La llegada de nuevos jugadores en la escena internacional, como es el caso de la colosal economía china y su inmenso poder comercial, queda inscrita en este sentido de recibir nuevas influencias externas, agregadas a las ya tradicionales influencias, emanadas del orden mundial surgido de la Segunda Guerra Mundial: la hegemonía y los procesos de reconfiguración del capitalismo en su totalidad, se convierten en aspectos medulares para la interpretación de la complejidad latinoamericana.

En el segundo capítulo, se plantea una caracterización general del rumbo seguido por las economías latinoamericanas en el camino de ajustar sus procesos internos a la lógica global de acumulación capitalista, signada por crisis recurrentes, donde se resalta la invariabilidad de la respuesta para el ajuste: la contracción salarial como medida extendida para la región, aprovechando la abundancia de fuerza de trabajo.

Sin embargo, la simpleza del objetivo contrasta con la vastedad de complejos procesos sociales y políticos en la mayoría de países de la región, pues para su implementación se acudió a las medidas más extremas, que requirieron del concurso de fuerzas de alcance internacional que llevaron, también en el extremo, a la implantación de dictaduras para el control de los movimientos de los trabajadores, en su natural resistencia al deterioro del nivel de vida.

Por consiguiente, la mayor presencia comercial internacional de las economías de la región, sobre todo de las más grandes, era una necesidad tanto económica como política: en lo económico, expandir los horizontes de acumulación del capitalismo dependiente, y en lo

político, la búsqueda de bases sociales de legitimación, a partir de un proyecto que asumía que el viraje hacia el sector externo conduciría a empleos mejor remunerados y en mayor cuantía. Sin embargo, al embarcarse en tal propósito, se elevó drásticamente el nivel de vulnerabilidad de las economías ante los vaivenes de los flujos comerciales y financieros internacionales, lo cual no era sorpresa, pero que formaba parte de un proyecto global, conocido como el esquema neoliberal.

Liberalizar los mercados era la prioridad y ello queda embonado perfectamente con el credo de que la competencia internacional volvería a los aparatos productivos más eficientes y competitivos, pero la competencia requería menores costos, entre ellos el salarial. De ahí que la política comercial encontró como ancla a la misma contracción salarial, y por ello, la crisis de 2008 pone en relieve la naturaleza concentradora y regresiva de esta premisa, impuesta con un gran costo social. Pero, que adicionalmente ubica a la actividad sindical como distorsionadora de la asignación eficiente de los recursos en el mercado laboral.

Como agravante de la inserción más pronunciada de la región en los intercambios comerciales globales, cuando las tendencias hacia la exportación de mercancías se volvió dominante, después de la llamada “década pérdida” de los años ochenta del Siglo XX, los flujos mercantiles internacionales se desarrollaban ya bajo la lógica de los bloques comerciales, que por naturaleza son excluyentes. Así que la salida al exterior encontró de forma inmediata sus limitantes, pues Europa, Asia, y hasta en el propio continente americano, se habían formado ya poderosos bloques, con trato preferencial para sus integrantes, pero que, además, estaban decididos a llevar a cabo una integración más allá del terreno comercial, lo cual los empujaba a actuar como monolito en el terreno de la política internacional.

Con excepción de China que, admitida con rezago en la Organización Mundial de Comercio, (OMC), ve en América Latina un gran espacio para la continuidad y expansión de un proyecto estratégico que reordenara las bases de crecimiento mundial, pero con choques todavía no dimensionados con la estructura hegemónica vigente; entre estas fuerzas colosales se ubican las economías de la región, y sus orientaciones exportadoras deben deslizarse entre fuertes corrientes proteccionistas, bloques comerciales y mecanismos de integración, potencialmente muy prometedores, pero que chocan con los tradicionales y afianzados lazos

entre las estructura productivas, financieras y comerciales de las economías de la región y los centros industrializados.

En el tercer capítulo se hace un recuento de la inserción comercial internacional de las economías latinoamericanas, que arroja un rasgo definido desde la posguerra, es decir, el comercio internacional está marcado por una clara concentración, pues los flujos comerciales se producen con mayor dinamismo entre las regiones y países industrializados, lo que no causa asombro pues es una tendencia natural del proceso de acumulación capitalista. Tal manifestación se encuentra asociada a un orden hegemónico; una especie de correspondencia entre el poder económico, militar y comercial.

Llama singularmente la atención, que a la par de la crisis de los años setenta del Siglo XX, con la guerra de Vietnam como el punto más dramático del encono de las fuerzas de conducción real de la política internacional, bajo la incuestionada hegemonía norteamericana, se inicia una tendencia al reacomodo de los principales protagonistas del comercio internacional; de la recuperación de los estragos de la guerra se transita a una mayor participación europea y asiática, para dar paso, en el Siglo XXI, a un nuevo jugador “sui generis” emanado de una revolución, cuyos dirigentes asumen, formalmente, como vigente dentro del sendero de la construcción del socialismo, pero que se ha convertido en la plataforma de valorización más intensiva y extensiva del mundo capitalista: la inmensa y dinámica economía china, que hizo de sus exportaciones una formidable palanca de crecimiento económico, tan colosal que su presencia se hace sentir de manera creciente en los confines del continente americano.

Al estallar la crisis de 2008, todos los componentes del sistema se contraen, pero los flujos internacionales de mercancías se desenvuelven ahora en un medio que está definitivamente alejado de los principios del libre comercio; la persistencia de la crisis empuja a los gobiernos de los estados nacionales de los países industrializados y de los mismos bloques comerciales a convertirse en verdaderos gestores de la protección de sus mercados internos y de impulso para lograr una mayor presencia en regiones específicas de la economía mundial. En este aspecto, Latinoamérica es un objetivo para China y Europa, y lo sigue siendo para los Estados Unidos, que lleva ventaja en economías como la mexicana, por su secular trayectoria y vecindad.

El capítulo final está construido a partir de considerar, con base a los argumentos precedentes, que el comercio internacional no es un terreno que se explique por sí mismo, es decir, dado que en él manifiestan las potencialidades, atractivos, pugnas y contradicciones del capitalismo, condensa las contradicciones que emanan de un despliegue inusitado de la capacidad productiva, con una tendencia irreversible de concentración de capital y poder que provocan un desfase mundial ; es el reino global de las mercancías que irradia su imagen de abundancia, diversidad y potencial productivos a todos los poros del sistema, una especie de caudal que se presenta como inagotable y prometedor, pero que está construido sobre desigualdades y cimentado en una estructura hegemónica.

En sus entrañas se despliega la competencia entre capitales, personificada por los gestores internacionales, que van desde estados nacionales, con diversos grados de influencia, hasta instituciones globales, como la OMC. Así que el comercio internacional es un terreno receptor de todas las influencias que emergen del desarrollo de la economía mundial capitalista. De tal suerte, que la crisis global de 2008 y las respuestas ante la magnitud de la misma se expresan en las prácticas comerciales.

Para la región latinoamericana, la naturaleza dependiente de la inserción a los circuitos mercantiles internacionales, como parte de un sistema global, que encontró en la financiarización una amplísima vía para contrarrestar la tendencia decreciente de la cuota de ganancia, y a su vez instaló al sector financiero como fuente de formulación de políticas económicas, la búsqueda de mayores niveles de exportación de mercancías está constreñida por una necesidad que brota de esta condición de subordinación a las directrices del capitalismo global financiarizado: exportar para pagar. Pero, para cubrir el servicio de la deuda externa la capacidad de pago, a partir de los ingresos por las exportaciones latinoamericanas queda sobrepasada, dado que además de cubrir las importaciones, el neoproteccionismo revitalizado, se convierte en barrera para consolidar el vuelco hacia el exterior como palanca de crecimiento.

Entonces, en esta nueva etapa del capitalismo financiarizado y en crisis, las economías latinoamericanas se transforman orientadas por el creciente peso del sector financiero, pero sin cambiar el papel histórico que les fue asignado desde fuera en un orden internacional que se les presentó como ajeno, pero que cambió en definitiva sus orientación

productiva, definió un sendero de acumulación de capital y condicionó la práctica política de los estados nacionales de la región. Por ello, la complejidad para la construcción de los espacios de participación democrática y el comportamiento sinuoso que alterna propuestas de mayor atención a las necesidades de la mayoría de la población con regímenes políticos regresivos, autoritarios y, sobre todo con soberanía muy acotada.

Se consideran a las economías más grandes de la región como representativas de los procesos de inserción al sistema global, pues su propia dimensión las hace más atractivas para la búsqueda de ganancias para todos los componentes del capital, ya sea desde el industrial hasta el financiero y, por supuesto, el comercial. Destacan los casos de la economía mexicana, tradicionalmente adherida a la influencia norteamericana; Argentina, el arquetipo de la economía exportadora de alimentos; Brasil, el gigante de Sudamérica, envuelto ahora en una regresión política que puede derivar en un conflicto bélico regional; Venezuela, como epicentro de una acción coordinada desde Washington para desplazar al gobierno de Nicolás Maduro. Como se ve en el suelo latinoamericano, la dimensión de una economía no conlleva al crecimiento y la estabilidad política. Es más, como en el comercio internacional, América Latina es el escenario de las más profusas pugnas y su dimensión, dotación de recursos y diversidad lo convierten en el espacio requerido para la continuidad y fortalecimiento de los procesos de valorización del capital.

## **1. Un acercamiento teórico al comercio internacional**

### **1.1 La acumulación capitalista, crisis y comercio internacional**

Si buscamos caracterizar al sistema capitalista a partir de sus aspectos fundamentales, en especial desde la perspectiva económica, podemos iniciar nuestra descripción del proceso de acumulación capitalista desde la esfera de la producción de valores, cuyo destino es el mercado; producir para el intercambio es el principio básico, definido en el marco de las relaciones sociales capitalistas que establecen tanto las condiciones de la producción, escenario donde la fuerza de trabajo queda supeditada al capital, como los mecanismos de distribución del producto generado, a través del sistema de precios. Aquí se produce una transmutación esencial, a saber, la plusvalía, generada en el proceso de producción vía desgaste de la fuerza de trabajo, al realizarse la venta del producto se convierte en ganancia, y en la construcción social que es el sistema de precios, la propia fuerza de trabajo convertida en mercancía adquiere un precio que es el salario. De esta manera quedan expresados los grados de organización de los dueños del capital y de los trabajadores, que dan lugar a una determinada correlación de fuerzas.

El mercado se convierte en el medio por el cual operan los mecanismos de determinación de los precios de todas las mercancías, que confluyen al mismo, sin perder de vista que los mercados son una construcción social y política que legitima la conversión de la fuerza de trabajo en una mercancía, y que la división de la sociedad en clases se expresa en las esferas de operación de los mercados: en la fijación del salario en el mercado de fuerza de trabajo; la tasa de interés en el mercado de activos y el precio de los bienes y servicios. El mercado se impone como el factor determinante en la distribución del ingreso entre los diferentes grupos sociales, vía sistema de precios; una reducción de los salarios se traduce inmediatamente en un deterioro en el nivel de vida de los trabajadores, mientras que un aumento en la tasa de interés implica mayores recursos para los banqueros.

Así la evolución del sistema de precios es un indicador de la orientación de los beneficios obtenidos por los diferentes grupos sociales, dentro de una sociedad donde la acumulación de capital se ha convertido en el eje rector de su desarrollo y el mercado el escenario de despliegue de los motores de la acumulación y, al mismo tiempo de conflicto

entre los productores que concurren al mismo y entre las clases sociales que acuden lo conforman, lo impulsan y lo reconfiguran, es decir, es un producto social.

Se trata de expresar en términos económicos la distribución de la renta, cuyos determinantes son irreductibles a su componente puramente económico. Dicho de otra manera, en el modo de producción capitalista la distribución del producto social que resulta de la correlación de fuerzas entre las clases, se expresa necesariamente en términos económicos, es decir en términos de precios. (Benetti, 1975: 148)

Las mercancías se presentan como la imagen inmediata y atrayente de los mercados contruidos bajo la lógica de acumulación capitalista; un arsenal, usando la expresión de Marx, que se produce a partir de la subordinación de la fuerza de trabajo al capital, en un despliegue de potencial productivo, que consume a la misma fuerza de trabajo, la maquinaria, las materias primas y auxiliares para dar paso a la creación de nuevas mercancías; una mercancía singular inherente al ser humano es comprada por el capital, para ser consumida en la jornada de trabajo y generar nuevas mercancías, es decir, nuevos valores en magnitud superior a los consumidos, destinados al mercado; la venta de las mercancías, es decir, la realización de los nuevos valores, requiere de una transmutación, de la conversión de valores en precios.

La vuelta a la forma dinero por parte del capital, para volver a comprar las mercancías necesarias para mantener la continuidad de la producción, que a su vez requiere del regreso a la desposesión de los trabajadores, para que la necesidad de sobrevivencia los arroje de manera permanente el mercado laboral. Por consiguiente, la reproducción del capital en el terreno de la producción de valores, impone la reproducción de las condiciones sociales que llevan al consumo y reproducción de la fuerza de trabajo. La continuidad de la acumulación de capital conduce a la conformación de un orden, de una configuración que aglutine todas las garantías para la reproducción del capital.

El despliegue del poder productivo de las relaciones capitalistas, encuentra en el comercio internacional uno de sus mejores escenarios para la extensión de sus confines de acumulación y a su vez difusión de las relaciones capitalistas de producción. En sentido, junto con las mercancías, se expande el espacio social en el que se desenvuelven, bajo la égida del capital, la subordinación del trabajo y los recursos a la obtención de ganancias; el

capital siempre busca los caminos para someter a su lógica de acumulación todo lo que toca. Pero, en este desborde de capacidad productiva y de acumulación de excedentes también lleva en su interior la esencia de su contradicción perenne: el desarrollo de una capacidad productiva por encima de los límites de la capacidad de compra, siempre constreñida, para la mayoría de la población.

Así, los mismos motores del sistema lo empujan hacia la crisis de sobre producción. Pues, aun con el aumento permanente de la población mundial y la cauda inmensa de necesidades sociales, en la distribución del producto social, realizada por los mecanismos del mercado, vía sistema de precios, las partes asignadas a las mayorías, resienten el impulso hacia una menor participación relativa, que nace de la búsqueda de mayor participación de las clases y grupos que dominan y que se vuelven hegemónicos, como los banqueros, industriales, comerciantes y, desde luego, los gestores de sus intereses en el estado.

Por ello, el ciclo de la economía capitalista, que se desarrolla entre el auge y las crisis se articula con las grandes transformaciones de largo plazo. Así como los grandes conflictos, entre ellos las confrontaciones militares entre los estados nacionales que hacen de los intereses de los grupos hegemónicos un asunto de estado, el orden capitalista es, por tanto, un orden emergido del conflicto. Y los mismos precios de las mercancías, incluida la fuerza de trabajo quedan envueltos en tal medio conflictivo.

Por ello, no se puede esperar estabilidad de precios en el largo plazo, en ningún componente del sistema. Todavía más, la incorporación de mayores espacios geográficos y nuevos contextos sociales, a los dominios del capitalismo, le agrega un ingrediente de incertidumbre al funcionamiento de los mercados. Un velo de misterio que se forma sobre el recuerdo colectivo de algún conflicto global previo y la sensación de que el siguiente puede ser todavía más álgido.

Un orden capitalista mundial que se ha ido imponiendo en medio de conflictos y crisis recurrentes y de intensidad creciente, acompañadas de caídas en el inversión y en el empleo, de períodos de acelerado crecimiento, pero alternados con recesión y estancamiento; con una expansión de los mercados que impulsa la acumulación de capital a escalas crecientes, en el marco de una creciente productividad del trabajo, asociada a un control cada vez más acucioso de los espacios de la producción de bienes y servicios, y de la misma reproducción

de la fuerza de trabajo por parte del capital y sus gestores. Y que ha ido ajustando a las diversas sociedades a las leyes de la acumulación capitalista, que operan sobre la base del trabajo asalariado y la reproducción ampliada del capital; un orden capitalista que se reproduce y amplía en la diversidad, que genera crisis de sobreproducción, pero al mismo tiempo escasez para amplios grupos sociales y extensas regiones del mundo.

Tal orden que engendra, desde sus entrañas, contradicciones profundas, como una capacidad productiva desmesurada, pero con una capacidad adquisitiva decreciente, consecuencia de una concentración desmedida del ingreso, que se expresan en crisis financieras para posteriormente expandirse a todos los nodos del sistema, ha entrado en un proceso de descomposición grave, pero que de ninguna manera puede asumirse que sea preludio de su derrumbe.

A pesar de la creciente complejidad de las condiciones en que se produce la ganancia capitalista y de la recurrencia de las crisis financieras, como la de 2007-2008, el sistema ha mostrado la capacidad de adaptación y la permanente búsqueda de alternativas y espacios para la continuidad del proceso de valorización del capital, pero con un costo social y en términos de recursos naturales que amenaza con llegar al límite. Entonces, el actual escenario global anuncia una reconfiguración estructural de resultados inciertos, pero de costos ciertamente descomunales para las inmensas mayorías de un planeta densamente poblado.

Aquí está articulado, como un espacio vital para la valorización del capital, el comercio internacional, donde se gestó el capitalismo y donde encuentra el mecanismo para su reproducción; donde el ciclo global de recorrido del capital se concreta bajo la forma mercancía; el producto del trabajo circula por los confines trazados por la búsqueda de la ganancia, y se crean nuevos recorridos para ampliar la reproducción global del capital. Donde el producto del trabajo asalariado toma formas materiales tangibles y cada vez más diversas; los circuitos comerciales internacionales forman parte substancial de las venas que alimentan al sistema, y donde también se expresan sus contradicciones más profundas. De ahí que las crisis capitalistas encuentren en la caída del comercio internacional una de sus expresiones más contundentes.

La dinámica del comercio internacional forma parte fundamental de la dinámica de reproducción del capitalismo y, de igual forma, es una esfera donde la acumulación de capital

encuentra uno de sus motores y un horizonte de expansión. En un proceso continuo de reproducción del capital que atrae hacia su órbita a todas las regiones y a todas las actividades.

América Latina es un campo singular, pero finalmente, un escenario más de la reproducción capitalista, de tal suerte que las formaciones sociales latinoamericanas quedaron sometidas a la lógica del proceso de acumulación capitalista, en un contexto de división internacional del trabajo, en el cual no tuvieron la menor injerencia, pero de efectos fundamentales para el desarrollo de sus estructuras productivas y sociales. La inserción de las sociedades latinoamericanas al comercio internacional fue parte substancial de la incorporación al sistema capitalista mundial. Por consiguiente, está ligada de manera indisoluble a las transformaciones globales del capitalismo y al caudal de proyectos políticos que se concreten en la región latinoamericana.

La circulación de mercancías es el punto de partida del capital. La producción de mercancías y la circulación de mercancías ya desarrollada, el comercio, constituyen las premisas históricas bajo las que nace el capital. El comercio mundial y el mercado mundial abren en el siglo XVI la historia de la vida moderna del capital. (Marx, 2015: 136)

La construcción de la estructura y de las instituciones que regulan e inciden en el intercambio comercial internacional es resultado de diversos factores históricos, que han definido las configuraciones de las economías nacionales y sus interrelaciones, a través de una larga y sinuosa trayectoria, guiada por el principio inamovible de la obtención de ganancias, y que han arribado a la formación de una economía mundial capitalista que ha influido, de manera determinante en todos los ámbitos del quehacer humano, así se han definido patrones de consumo, de producción y de comportamiento social, envueltos en el manto de un proyecto político global, a partir de un eje articulador que es precisamente la obtención de las máximas ganancias, tanto en las economías nacionales como a nivel global sobre una base común: la explotación del trabajo asalariado. Las relaciones sociales capitalistas de producción se convirtieron en el eje ordenador, tanto de las estructuras sociales nacionales como del orden mundial.

Las condiciones actuales, la estructura, los efectos y las mismas tendencias del comercio internacional que inciden sobre las sociedades latinoamericanas, se hallan inmersos

dentro de la totalidad del sistema capitalista, y sometidos a su lógica de acumulación. Como parte de un sistema global, el capitalismo latinoamericano comparte, en gran medida, del destino histórico del sistema capitalista en su conjunto. Sus contradicciones, sus crisis y los efectos desastrosos que la búsqueda de nuevos canales de recuperación económica provoca, tanto en la población como en la naturaleza, pero que mantiene invariables los objetivos de obtención de la máxima ganancia y, al mismo tiempo la contracción salarial, junto con las añejas prácticas políticas de minimizar la participación de la mayoría de la población en la conducción política de los estados latinoamericanos, generan una extraordinaria complejidad en la interpretación de la llamada realidad latinoamericana. Y, por supuesto, se presenta como necesario colocarse en el sendero de la trayectoria histórica de la región, sin perder de vista las especificidades y los procesos regionales que han confluído en la configuración de las condiciones actuales y, en ese contexto, ubicar el análisis de las relaciones entre América Latina y el comercio internacional, bajo la lógica de acumulación capitalista.

La incorporación de la América Latina a los procesos, tanto globales como locales, de extracción de excedentes, bajo la conducción del capital, cuando su sistema político y sus aparatos de estado no estaban consolidados y el peso de la herencia colonial era por demás abrumador, produjo transformaciones radicales, pero de ninguna manera, benéficas para los trabajadores. Producir para el mercado, local o internacional, en el contexto de prácticas laborales coloniales, no conlleva a la difusión de los principios liberales, por el contrario los somete. Así que las relaciones capitalistas, que gradualmente se fueron convirtiendo en dominantes, se articularon con el despotismo y la barbarie que ya tenían fuertes anclajes en las formaciones sociales latinoamericanas.

Llegó la independencia del imperio español, pero las relaciones de trabajo apenas cambiaron su perfil de explotación al límite; la consolidación de las relaciones capitalistas impulsó a América Latina hacia los confines del comercio internacional y el mercado de capitales, aceleró la acumulación de grandes fortunas para sus élites, pero con escasas transformaciones políticas y sociales.

Pero cuando los pueblos cuya producción seguía manteniéndose dentro de las primitivas formas del trabajo esclavista, del trabajo feudal etc., se vieron arrastrados al mercado mundial dominado por la producción capitalista, en el que fue imponiéndose como

interés predominante la venta de sus productos al extranjero, a los horrores bárbaros de la esclavitud, la servidumbre etc., vinieron a añadirse los horrores civilizados del exceso de trabajo. (Marx, 2015: 211)

Al hacer referencia a la división internacional del trabajo, debe ponerse énfasis en que ello, de ninguna manera, implica que la especificidad de las formaciones sociales latinoamericanas quedaran articuladas a un papel de subordinación; mero receptáculo de las transformaciones operadas en las metrópolis, en una especie de continuidad, o de segunda etapa, de la estructura de dominación colonial.

La conformación de la condición de economías subdesarrolladas deviene en una complejidad que, en la esfera económica, se traduce en la creación de espacios de valorización de capital que son de importancia vital para la reproducción conjunta del capitalismo global, en sus expresiones fundamentales de acumulación, ganancia y reproducción ampliada del sistema. Y, dentro de esta configuración compleja, que articula flujos de capital en sus diversas formas, entre economías industrializadas y economías subdesarrolladas se realiza el intercambio de mercancías, sujeto a las leyes de la acumulación capitalista, es decir, a la lógica de la obtención de ganancias.

Luego entonces, el subdesarrollo no es un es meramente un producto del capitalismo; un epifenómeno que sigue la suerte y los designios de las economías avanzadas, sino que forma parte de los espacios vitales para la reproducción del capitalismo en el recorrido del capital. Es un motor para el desarrollo de las propias economías industrializadas, incluso se convierte en impulso para el crecimiento exponencial del capital financiero y la ampliación de la misma magnitud de su nivel de influencia económica y política en las sociedades de la región.

La división territorial del trabajo, que localiza ramas especiales de producción en determinadas comarcas de un país, cobra nuevo impulso con la industria manufacturera, que trata de explotar todas las particularidades. La expansión de mercado mundial y el sistema colonial, que figura entre sus condiciones generales de existencia suministran abundante material para la división del trabajo dentro de la sociedad. (Marx, 2015: 317)

Las relaciones sociales quedan, entonces, enmarcadas por las relaciones entre el trabajo y el capital, que se concretan en las relaciones de producción capitalistas donde, en

el proceso de trabajo, la fuerza de trabajo, al actuar sobre los medios de producción y en una determinada jornada de trabajo, genera un conjunto de valores que excede al necesario para la reproducción de la misma fuerza de trabajo, y que es apropiado por el capital; capital y fuerza de trabajo quedan inmersos en una relación de desigualdad y de contradicciones que se manifiestan en el terreno de la acumulación de capital, a través de crisis de sobreproducción, porque el crecimiento de la capacidad productiva del trabajo sobrepasa su participación en la distribución del producto generado en el proceso de trabajo. El aumento en la productividad del trabajo es un resultado directo de una creciente composición orgánica del capital, es decir, del incremento del capital fijo, destinado a la compra de medios de producción, sobre el cual actúa la fuerza de trabajo, en relación con el capital variable que es la parte del capital total destinado a la compra del trabajo vivo, es decir, la fuerza de trabajo.

El incremento persistente de la composición orgánica del capital y, por consiguiente, de la productividad del trabajo, forma parte de la dinámica de acumulación del capital. Está instalada en el corazón del sistema que encuentra en la obtención de la ganancia la premisa básica de su funcionamiento; para obtener ganancias se requiere crear valores, que en las relaciones sociales capitalistas se convierten en mercancías y para crear mercancías resulta indispensable comprar una mercancía en particular que se llama fuerza de trabajo. El pago que el vendedor de la fuerza de trabajo recibe, por poner a disposición del comprador sus energías y capacidades, es el salario, cuya expresión en unidades monetarias es el precio de la fuerza de trabajo, es decir, las relaciones capitalistas convierten en mercancía a la capacidad humana para la creación de valores.

En las entrañas del proceso de acumulación capitalista, la relación fundamental entre trabajo asalariado y capital es la fuente de generación de valor y, por tanto de excedente, que en el recorrido del capital se transforma en ganancia. Asimismo, explica la naturaleza de la acumulación y expresa la contradicción básica, que a su vez es el motor del desarrollo y las mismas crisis de sobreproducción.

La relación entre capital, acumulación y tasa del salario no es otra cosa que la relación entre el trabajo no pagado convertido en capital y el trabajo adicional necesario para el movimiento del capital adicional. (Marx, 2015: 553)

Los salarios reales (medidos en poder de compra de precio de la fuerza de trabajo, llamados salarios nominales) y los mecanismos de la seguridad social, soporte institucional de la reproducción de la fuerza de trabajo, son una especie de barómetro de la evolución de las relaciones sociales, además de indicadores del grado de incidencia de las organizaciones de los trabajadores en la conformación de los estados nacionales. El crecimiento de los salarios reales, sería un producto inequívoco de una mayor incidencia de los trabajadores y sus organizaciones, en la conducción de las políticas estatales y de un mayor nivel de organización y gestión ante el capital. Mientras, por el lado de la seguridad social, un avance en la cobertura de las instituciones estatales, encargadas de la misma revela que, en el terreno de la política económica, los trabajadores han tenido la suficiente capacidad de presión para empujar hacia la construcción de una política social, que puede jugar un papel de amortiguador del deterioro del nivel de vida de los trabajadores, ante la inminencia de las crisis de sobreproducción, recurrentes del sistema capitalista, cuya respuesta inmediata, por parte de los representantes del capital, es la del recorte laboral y la contracción salarial.

La reproducción ampliada del capital no solo conlleva a un crecimiento del excedente apropiado, sino también a un creciente dominio, por parte del capital de las condiciones de producción y del todo el proceso de valorización del capital. Es decir, la transformación de todos los espacios que toca el capital y que le son necesarios para garantizar su reproducción. Así que, dado que las condiciones de contratación y reproducción de la fuerza de trabajo, resultan esenciales, la injerencia en el llamado mercado laboral, para adecuarlo a sus requerimientos, resulta indispensable; no podía dejarse al azar o al arbitrio de las indeterminadas fuerzas del mercado.

El capital actúa sobre ambos lados a la vez. Si, de una parte, su acumulación acentúa la demanda de trabajo, de la otra hace que aumente la oferta de obreros, al dejarlos “disponibles” y, al mismo tiempo, la presión de los desocupados obliga a los otros a movilizar más trabajo y, por tanto, hace que la oferta de trabajo sea, hasta cierto punto, independiente de la oferta de obreros. (Marx, 2015: 570)

Las crisis económicas recurrentes manifiestan la dinámica contradictoria del proceso de acumulación de capital; crisis de sobreproducción que emanan de una creciente productividad de la mercancía fuerza de trabajo, sobre la base del aumento de la composición orgánica, que tiene como motores propulsores la búsqueda de la ganancia, en el marco de la

competencia entre capitales. Y como soporte la producción de valores sobre la base del trabajo asalariado, explotado, porque en la jornada de trabajo se generan, no sólo el valor que permite la reconstitución de las energías del trabajador, sino también el valor que es apropiado por el dueño de los medios de producción, que a su vez ha comprado la fuerza de trabajo.

Esto es, la plusvalía surge del tiempo de trabajo excedente, durante el cual el trabajador produce valores que tienen un destino diferente a la reproducción de la fuerza de trabajo. Tal destino está determinado por las relaciones sociales de producción, es decir, la plusvalía o plusvalor, es apropiada por el dueño del capital, que a su vez es propietario de las mercancías producidas, y que, a través de un mecanismo social, que es el intercambio mercantil, hace que tal excedente de valor se transforme en la ganancia.

Los capitalistas tratan siempre de aumentar la tasa de plusvalía, y esta tendencia contradictoria es en definitiva la que se impone. Es así como entendemos el sentido de la “ley de la acumulación” y de la pauperización relativa y absoluta mediante la cual se manifiesta. Los hechos muestran la realidad de esta ley, pero a escala del sistema capitalista mundial, no de los centros imperialistas considerados aisladamente: pues si en el centro desde hace un siglo, el salario real se ha ido elevando de un modo progresivo paralelamente al desarrollo de las fuerzas productivas, en la periferia se manifiesta en toda su brutal realidad la pauperización absoluta de los productores explotados por el capital. (Amín, 2011: 63)

Así en el mercado se ha realizado previamente la contratación de la fuerza de trabajo, convertida en mercancía por las relaciones sociales capitalistas, con la apariencia de una contratación entre iguales. Pero, después de tal contratación la fuerza de trabajo queda a merced del capital; el consumo de la mercancía fuerza de trabajo se realiza precisamente en la producción de nuevos valores, donde se genera la plusvalía, cuya realización y consiguiente conversión en ganancia requiere de la concurrencia al mercado, que puede ser nacional o mundial. Esto es, en el mercado, ya sea de fuerza de trabajo, de bienes y servicios o de dinero, las relaciones capitalistas parecen estar encubiertas por relaciones de igualdad entre las partes contratantes: los trabajadores llegan por voluntad propia a vender su fuerza de trabajo; las personas llegan por su libre albedrío a contratar un crédito al banco y el propio comercio internacional de mercancías y servicios está cimentado sobre el mismo principio de libertad de contratación.

Sin embargo, una vez formalizada la compra-venta, los participantes quedan sujetos a la lógica implacable del capital, que es la extracción de excedente a todo aquél que llegue a sus dominios. Tal encubrimiento es funcionalmente necesario para la continuidad y la ampliación de las esferas de expansión del capital; la reproducción de las relaciones capitalistas de producción requiere de su equivalente proyecto político nacional y mundial. Pero, en ese terreno, no puede revelarse la explotación del trabajo asalariado, la extracción de recursos de los deudores por parte de los bancos, o la inequidad en el intercambio comercial internacional. La legitimación, en todos los niveles del sistema, debe realizarse sobre bases distintas, generadoras de consenso, como la libertad, la igualdad y, sobre todo, de expectativas de futuro. Con un discurso alentador que proponía un desarrollo equiparable al de los centros industriales, sus niveles de producción, de consumo, y las promesas de una evolución de estructuras políticas similares, América latina entró de lleno a los cauces del desarrollo capitalista.

El capital no puede revelarse en el mundo fenoménico como explotación y dominio. Por el contrario, promete la construcción de un mundo de hombres libres e iguales. A pesar de violentar esa promesa, sin embargo, debe reconstituirla. Para ello debe conformar la ficción real de un mundo de hombres libres e iguales. Ficción porque encubre y desvirtúa la esencia de su ser. Real, sin embargo, porque dicho trastocamiento actúa y alcanza consistencia. Opera de manera efectiva. (Osorio, 2016: 151)

El ya largo recorrido de las relaciones capitalistas, en su objetivo de alcanzar la hegemonía, no se presentó de manera homogénea ni lineal. Por el contrario, la expansión del capitalismo ha sido desigual, y sujeta a procesos complejos de expropiación, saqueo, colonización, así como expoliación de recursos; la acumulación de capital se ha realizado por diferentes vías, pero que tienen el común denominador de la apropiación de valores ajenos, con el respaldo incondicional de los estados o gobiernos, de los países donde las relaciones capitalistas de producción han avanzado de manera más contundente.

El poder político y su direccionalidad en la formación de estructuras de gobierno, con la obtención de ganancias como eje articulador de todo el orden social, han sido determinantes para la implantación de relaciones de producción capitalistas a nivel global. Pero, la ganancia emana y es regulada por la plusvalía, es decir, un conjunto de valores realizado por la fuerza de trabajo, durante la jornada de trabajo, pero que es apropiado por el

capital. Porque son las necesidades de acumulación, que son permanentes por la naturaleza de la reproducción del capital que requiere de una acumulación continua, las que van diseñando los mecanismos de extracción social de recursos. Así el ejercicio del poder político no puede quedar dissociado de los procesos de acumulación de capital, dado que ello pone en riesgo la viabilidad del sistema en su conjunto.

La Revolución Francesa de 1789 se trastocó en un factor de impulso definitivo para la expansión de las relaciones capitalistas, en especial por la enorme apertura para la incorporación de la ideología liberal al plano del quehacer político. La libertad se tradujo en capacidad de emprender negocios, de obtener ganancias, y de contratar trabajadores asalariados, por parte de la pujante clase de capitalistas. Para las grandes masas de población la libertad se traducía en la posibilidad de ser contratado para el trabajo y de recibir un salario para la subsistencia y la reproducción de la misma fuerza de trabajo. Europa Occidental se perfilaba hacia la vanguardia en la construcción de un nuevo orden, basado en la explotación del trabajo asalariado con el libre consentimiento de los explotados, sobre la transformación de las relaciones sociales que descansaban en la propiedad de la tierra y en el trabajo arraigado a ella de manera forzosa. Ahora se creaba el mercado de trabajo y las normas e instituciones para su necesaria regulación; los requerimientos de la reproducción del capital quedaron convertidos en estructura de gobierno.

Junto con la intensificación del ritmo de explotación de la fuerza de trabajo asalariado también se produjo una marcada tendencia hacia la concentración y centralización de capital; la dinámica de la reproducción ampliada del capital, junto con la competencia entre los diversos capitales de distinta composición orgánica, llevan aparejado el proceso de concentración y centralización, en beneficio de los capitales con elevada composición orgánica. En las latitudes donde se realizó con mayor celeridad este proceso, por el nivel de desarrollo tecnológico y las condiciones políticas propicias, se consolidaron las empresas que al expandir su capacidad productiva, lo cual es un requisito para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, encontraron que sus fronteras nacionales no podrían ser un límite para la continuidad de sus procesos de acumulación y, por consiguiente, se lanzaron a la exportación de sus mercancías a nivel mundial.

Entonces, el capital que se originó en las relaciones mercantiles mundiales, encuentra en el ámbito de su mismo origen un factor extraordinario de potenciación de las relaciones capitalistas de producción, ahora sobre la base de la fuerza de trabajo asalariada y con mayor nivel de productividad, resultado de la creciente composición orgánica. La misma competencia y la búsqueda permanente de ganancias, convierte en una tendencia permanente el aumento en la composición orgánica del capital.

Hasta el siglo XIX, Inglaterra se había colocado como la vanguardia y eje ordenador del sistema de intercambios de mercancías y capitales a nivel global, sobre la base del patrón oro, cuyo valor no es ajeno al proceso de determinación del valor de cualquier mercancía. No es casual que en el corazón del capitalismo mundial se desarrollaran con mayor intensidad las teorías y reflexiones que permitieron la conformación del pensamiento económico a tal grado que alcanzó el rango de ciencia; la ciencia de la economía política emerge precisamente donde las relaciones de producción capitalistas habían avanzado en forma más definida y habían moldeado a la sociedad de acuerdo a los ritmos de la acumulación de capital. Por ello, en esos lares se consolidó la ciencia económica, con un gran prestigio, no es fortuito que sus razonamientos generales, sobre el proceso económico, basado en el trabajo y concebido desde la perspectiva de la totalidad, sigan hasta la actualidad siendo fuente de polémica y estudio; tal es el impacto teórico de la economía inglesa, como disciplina del conocimiento, que la referencia a “los clásicos” quedó para la posteridad.

David Ricardo, uno de sus representantes más conspicuos, con el énfasis en el análisis de los procesos de distribución del excedente generado por la acción de la fuerza de trabajo sobre los medios de producción; con agudeza singular para centrar el análisis en el núcleo de los factores determinantes de la reproducción del capital; y un pragmatismo propio de los gestores de más alto nivel de las condiciones propicias, para garantizar la rentabilidad del capital y la viabilidad de la continuidad y expansión de las relaciones de producción, donde el trabajo queda subordinado al capital, identificó la piedra angular sobre la cual se guía el sistema capitalista: las categorías económicas de la ganancia y el salario, que exponen la contradicción entre el capital y el trabajo.

Adicionalmente, contó con la capacidad intelectual para articular al comercio mundial al proceso general de acumulación de capital, en una formulación teórica que sigue siendo

fuentes de inspiración para el debate y la explicación de las relaciones económicas internacionales y la política económica, entre otras. Ricardo asocia directamente las ganancias con la participación de los trabajadores en el producto, a través del salario. Al igual que el impacto de la productividad, entendida como productividad de la fuerza de trabajo, en una perspectiva de totalidad. Y en ese sentido incorpora al comercio internacional a su análisis.

La tasa de utilidades no podrá ser incrementada a menos que sean reducidos los salarios, y no puede existir una baja permanente de salarios sino a consecuencia de la baja del precio de los productos necesarios en que los salarios se gastan. En consecuencia, si la expansión del comercio exterior o el perfeccionamiento de la maquinaria hacen posible colocar en el mercado los alimentos y productos necesarios al trabajador, a un precio reducido, las utilidades aumentarán. (Ricardo, 2014: 101)

El mercado mundial es el campo de valorización general del capital, una vía de articulación de formaciones sociales diversas al recorrido del ciclo del capital, en su incesante necesidad de acumulación, que también se traduce en transformación de los espacios que toca para ajustarlos a la reproducción global, es decir, para alinearlos a la generación de ganancias bajo la égida del capital.

No se trata de una mera extracción de recursos, sino de la configuración de un espacio global que manifiesta una mayor extensión de las relaciones de producción capitalistas y una mayor intensidad, en el sentido de transformar los espacios económicos políticos y sociales para que los procesos productivos, que se construyen sobre la fuerza de trabajo, garanticen permanentemente la reproducción del capital a escala ampliada.

En su interior, la configuración del mercado mundial muestra divergencias, disparidades y heterogeneidad, porque las relaciones capitalistas llevan en su naturaleza el germen de las contradicciones entre el capital y el trabajo, la competencia entre capitales y la consecuente concentración y centralización de capitales, convertidas en fuerzas de la acumulación y el crecimiento económico y, al mismo tiempo, en mecanismos que generan las crisis globales, no en un sentido fatalista, sino más bien de explosión de todas las tensiones y expresión de las contradicciones, pero también como generación de condiciones que permiten la reconfiguración del sistema, en un proceso de desgaste y agotamiento. En las

crisis globales, las fisuras del sistema se vuelven grietas y las relaciones sociales capitalistas, hegemónicas en el crecimiento, son cuestionadas en su esencia, hasta que se encuentran nuevas directrices y nuevos espacios de valorización del capital.

Se expone, en la misma economía clásica, la naturaleza del proceso de acumulación; los salarios y las ganancias, categorías que representan las clases sociales que encarnan el proceso productivo. Y, que en la distribución participan de manera desigual, discordante en relación a la participación de la fuerza de trabajo en la creación del valor.

La crítica de la economía política clásica, al adentrarse en la esencia del proceso de producción de valor, y mostrar su naturaleza explotadora de la fuerza de trabajo, recupera una noción que pone en relieve el contenido social de la producción capitalista; la fuente de la acumulación es el trabajo impago, distribuido en todo el orbe capitalista, de acuerdo a la lógica de reproducción ampliada del capital, que implica la reproducción de las condiciones sociales que permitan la explotación continua de la fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, la remisión al tiempo de trabajo, como patrón de la medida de valores en los intercambios. La plusvalía como categoría de análisis que denota el origen del valor y el excedente al igual que la explotación de la fuerza de trabajo y el sustrato sobre el cual se realiza el proceso de acumulación.

La noción de plusvalía da cuenta entonces de la relación apropiación-explotación o, en otras palabras, de la relación explotador-explotado. También salario y renta destacan aspectos del reparto de la riqueza específicos, pero establecen a su vez el campo relacional. En fin la propia noción de valor no puede sino ser entendida como un asunto social: productores independientes que deben someterse al tiempo de trabajo social necesario, esto es, al tiempo de trabajo de otros productores. (Osorio, 2016: 73)

Cuando las relaciones de producción capitalistas se convirtieron en hegemónicas y, por consiguiente, la acumulación de capital se realizó a escala mundial, sobre la base de la explotación del trabajo asalariado, la articulación de las políticas de los estados nacionales a este proceso de acumulación que revelaba la necesidad, tanto de expandirse a escala planetaria, como de acelerar el ritmo de acumulación, resultó crucial.

En lo interno, los estados nacionales, revelando su naturaleza de clase, fueron compelidos por el capital a realizar las labores de control de la fuerza de trabajo y de defensa

de los productores nacionales, en su sentido más amplio: desde la implantación de medidas de protección, cuando se podían resentir los efectos negativos de la competencia extranjera, hasta la defensa a ultranza del libre cambio, cuando se tenía confianza plena en la ventaja tecnológica asociada a la mayor composición orgánica de capital; es decir, un traje que se fue confeccionando a la medida de las necesidades de los capitales y en función de su capacidad de incidencia en los organismos estatales.

Producir para el mercado, es decir, para el escenario donde se realiza el intercambio de valores, es la premisa de la acumulación capitalista, desde el mercado local hasta los confines del comercio internacional, donde los valores se comparan, donde el valor excedente, la plusvalía, se realiza, e incluso, se puede cuantificar. Por ello, el intercambio desempeña un papel crucial en la reproducción de las relaciones sociales capitalistas; expandir los espacios de intercambio se traduce en expandir los dominios del capital, sus dimensiones, intensificar el proceso de valorización, buscar hacerlo permanente, para que la acumulación de capital sea continua y creciente. Y, por supuesto, se arrastran sus contradicciones, desproporciones, inequidades y sus crisis recurrentes.

Con el intercambio, pues, comienza la posibilidad de valorización de la mercancía. Cada nuevo objeto que se vuelve posible de intercambio, por consiguiente es por eso mismo un nuevo valor y se suma al número de los valores. De ahí que en la medida en que brotan las fuentes de intercambio, los valores se multipliquen, tanto en el comercio local como en el comercio exterior. (Marx, 2011: 56)

El capitalismo se convirtió en sistema hegemónico en forma desigual y con gran heterogeneidad en sus manifestaciones concretas, en las dimensiones tanto geográficas como temporales. Su avance se realizó no sin resistencias, tanto internas, en los países donde alcanzó sus primigenias victorias, como en las latitudes donde se expandió con posterioridad, sometiendo a los diferentes pueblos a su dinámica de extracción de excedentes para convertirlos en ganancia, que a su vez es incorporada a la reproducción ampliada del capital global.

De ahí su desarrollo desigual, y por supuesto contradictorio, con Europa Occidental a la vanguardia, en los albores del sistema, mismo que llevaría a la conformación de un orden mundial, que en el marco de crisis de sobreproducción recurrentes, permite identificar a

países capitalistas de mayor avance tecnológico y, por ende, de mayor composición orgánica de capital, en sus procesos productivos, y países capitalistas que son el reverso de la moneda, baja composición orgánica y escasez de capital, aunque hayan sido fuente de acumulación originaria del mismo, pero que de entrada comparten la misma base de acumulación: que es la obtención de excedentes a partir del trabajo asalariado y la reproducción ampliada de las relaciones capitalistas de producción, bajo la directriz de obtener las ganancias máximas, al igual que la búsqueda permanente de nuevos espacios de valorización como condición ineluctable para la permanencia del sistema.

Por lo tanto, en las formaciones sociales, definidas y dirigidas por las relaciones capitalistas de producción, tanto industrializadas como subdesarrolladas, puede identificarse un eje ordenador, situado en la esfera del proceso productivo, sobre el cual está estructurado todo el sistema capitalista, fuente del proceso de valorización del capital y espacio donde se despliegan los avances tecnológicos que permiten un crecimiento de la productividad de la fuerza de trabajo. Aquí se produce la escisión entre el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de trabajo excedente; el tiempo que la fuerza de trabajo requiere para su reproducción y el tiempo de la jornada de trabajo que el capital se apropia.

El proceso de producción, considerado como unidad del proceso de trabajo y proceso de formación de valor, es el proceso de producción de mercancías; y considerado como unidad del proceso de trabajo y del proceso de valorización, es el proceso de producción capitalista, la forma capitalista de producción de mercancías. (Marx, 2015: 179)

Las crisis económicas recurrentes son la expresión extrema de la pugna permanente entre capital y trabajo; de sus articulaciones contradictorias, así como de los ajustes generales del sistema capitalista, que necesariamente se imbrican a las modificaciones en el proceso de producción, es decir, en el proceso de valorización del capital. En cada crisis de sobreproducción, queda expuesta la descomunal diferencia entre la creciente capacidad productiva de la fuerza de trabajo asalariada, por el aumento de la composición orgánica del capital y su participación en la distribución del excedente producido por ella misma a través del sistema de precios, donde precisamente el precio de la fuerza de trabajo, es decir, el salario, queda rezagado a consecuencia de la lógica de acumulación capitalista, que busca a toda costa el crecimiento de la plusvalía, base de la ganancia.

Pero, bajo las relaciones de producción capitalistas es precisamente el capital el factor ordenador, tanto del proceso de producción como de los mecanismos e instituciones de orden político que permiten la reproducción de todo el sistema. Y el criterio de ordenación del todo es la obtención de ganancias; aquí convergen y se manifiestan las contradicciones del sistema que de paso revelan su naturaleza: el incremento persistente del capital fijo en relación al capital variable lleva a la conformación de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia y a la crisis del patrón de acumulación.

En el propio ritmo de la acumulación está presente la naturaleza contradictoria de la reproducción del capital; la búsqueda de la máxima ganancia impulsa el aumento del capital constante en relación al capital variable, aumenta la productividad del trabajo, es decir, se generan más valores en el mismo tiempo de trabajo. Pero, al tratarse de un movimiento generalizado, resultado de un propósito común, el promedio de la cuota de ganancia, es decir, la relación entre la ganancia obtenida y el capital invertido tiende a declinar en el marco de la competencia entre capitales. Pues todos buscan su valorización individual y en ese sentido, en la valorización colectiva se genera tal tendencia hacia la baja.

La reproducción de las relaciones capitalistas en la esfera de lo económico exige, a su vez, la reproducción de tales relaciones en lo político. Las crisis económicas tienen repercusiones políticas indudablemente, pero su devenir no puede quedar definido en forma automática ni tampoco plenamente previsible. Esto es, una profunda crisis económica, aun con la gran destrucción de capital acumulado que ella conlleva no implica una cesión de espacios de poder político por parte de las diferentes fracciones del capital, ante las presiones de los asalariados. El devenir político es por demás complejo y la correlación de fuerzas puede derivar en diversos escenarios, algunos de ellos profundamente regresivos, como en el caso de las restauraciones europeas o, para las latitudes latinoamericanas, las sanguinarias dictaduras.

En el extremo, el capital se despoja de sus ropajes liberales, para asumir las formas más crudas y burdas para asegurar la acumulación, como el totalitarismo, aunque ello genere nuevas y más profundas contradicciones. La lógica de la acumulación está dominada por la obtención de ganancias y este es un espacio irreductible. Un baluarte que no puede perderse, pues se pierde la esencia del mismo sistema.

La complejidad de las relaciones entre el ámbito político y el económico dentro del mismo sistema capitalista, visto como totalidad, pero en particular como totalidad en movimiento, no como mera abstracción teórica, es incorporada dentro del análisis marxista. Y en este sentido, resulta una señal de alerta en contra de las interpretaciones, con tendencia simplificadora, que se adhieren al determinismo económico.

Efectivamente, la radiografía de la sociedad capitalista debe buscarse en el proceso económico, pero identificar las leyes del funcionamiento general del capitalismo, como la de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia; la de la concentración y centralización del capital, así como de la naturaleza de las crisis recurrentes no implica asumir que el capitalismo y su lógica de acumulación por sí mismo camina hacia su autodestrucción o derrumbe. Sino, más bien que va buscando nuevos escenarios, nuevos espacios para someter lo que encuentre a su paso a la lógica de obtención de ganancias, y aquí llegamos a un punto de incertidumbre, pues no hay una trayectoria prescrita o una ruta establecida.

La esfera de lo político adquiere una autonomía relativa, pero que en las coyunturas y en las crisis sistémicas puede incrementarse, con un potencial transformador emanado de las propias contradicciones entre el capital y el trabajo. Tal es el caso de la Revolución de Octubre que cimbró al sistema capitalista hasta sus bases.

El tema de la relación entre economía y política en el marxismo es complejo, no sólo por la dificultad de la teoría, ni por la contradicción entre teoría y movimiento, sino por un hecho central: en su propio proceso de constitución y reproducción, la sociedad capitalista escinde el campo de lo “económico” y de lo “político” como elementos absolutamente diferenciados, y los escinde no sólo en el plano de la teoría sino fundamentalmente en el plano de la realidad (Aricó J. , 2011: 9)

Por eso el salario y las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo son una síntesis del escenario concreto de la pugna entre capital y trabajo, misma que se traslada necesariamente a la arena de la lucha política. Porque precisamente mediante el ejercicio del poder político se construyó no sólo el llamado mercado laboral, sino toda la estructura política y social, que garantiza la reproducción ampliada del capital en cada delimitación geográfica, donde se erigió un estado nacional que se integró al mercado capitalista mundial.

El comercio internacional es el campo ampliado de la reproducción global del capital, es decir, es el campo donde se realiza, vía el sistema de precios, parte de la plusvalía obtenida en el proceso de valorización del capital, sobre la base de la acción de la fuerza de trabajo sobre los medios de producción. Los mecanismos y las instituciones que garantizan la circulación mundial de mercancías se construyeron a partir del ejercicio del poder de las fracciones dominantes del capital. Y bajo el amparo de los estados nacionales, que construyeron un orden económico y político mundial, acorde a las necesidades de valorización del capital y de realización de la plusvalía obtenida por la explotación global de la fuerza de trabajo.

El avance en el grado de control de las relaciones sociales capitalistas va de la mano con la creación de un orden político mundial. Así la consolidación del orden capitalista se realiza bajo la hegemonía de Inglaterra, defensora a ultranza del libre comercio, bajo el llamado patrón oro. Se habían sentado las bases para una expansión capitalista sin precedente, que habría de hacer al comercio internacional, uno de sus horizontes de crecimiento y fuente de impulso a la tasa de ganancia.

El tiempo de rotación de todo el comercio mundial se ha visto reducido, el capital ha visto crecer su capacidad de acción, la cuota de ganancia se halla en razón inversa al tiempo de rotación del capital. (Marx, 2016: 85)

El comercio mundial es el ámbito de la reproducción general del capital mercantil y forma parte de los espacios fundamentales de reproducción del capital. Por ende, no sólo forma parte de la valorización del capital como un todo, sino también es uno de los escenarios de la contradicción entre capital y trabajo, que tienen su contenido tanto económico como político. Por consiguiente, las crisis económicas se traducen en una reestructuración de todos los espacios donde el capital realiza tanto su valorización como la realización de plusvalía. Aquí conviene recordar que el capital es el sujeto de la acción ordenadora de los procesos, tanto productivo como de distribución de la plusvalía generada. Y que, además, la reproducción del capital debe articularse en dimensiones y espacios cada vez mayores, es decir, ampliada con la reproducción del sistema político que garantiza la continuidad de la totalidad del sistema.

Sin embargo, los países capitalistas hoy subdesarrollados enfrentan la dolorosa carga de una herencia colonial, que se refleja, entre otros aspectos en sus estructuras políticas, que además de ser ineficientes, generalmente alejadas de los intereses de la mayoría de sus poblaciones, tienen el problema recurrente de no encontrar una trayectoria definida para el largo plazo, dentro de los mismos horizontes del desarrollo capitalista, lo que se ha dado en llamar un proyecto de nación. Y ello se debe precisamente a la injerencia de fuerzas inicialmente exógenas a su orden político, pero presentes en los procesos económicos y en el patrón de acumulación, así como a una incapacidad congénita de sus clases dirigentes para estructurar un proyecto político y económico propio. Por lo que prefieren generalmente instalarse en el sendero de la “ley del menor esfuerzo” y aceptar las directrices emanadas del exterior, es decir, de los centros de mayor desarrollo tecnológico, industrial y de mayor concentración de capital financiero.

El intercambio comercial no podía quedar exento de esta dinámica general, donde quedaron inmersos los estados nacionales, sin importar los diversos grados de organización política que hubiesen alcanzado. Así el comercio mundial de bienes y servicios surgió y se consolidó en la inequidad, tanto económica, medida en los niveles de composición orgánica de capital, como política expresada en los grados de organización políticas de los estados nacionales, cuyos productores se incorporaron a los flujos del comercio mundial.

La producción va por un sendero y el consumo, sostenido en gran medida por los salarios de los trabajadores va por otro. En el proceso productivo, el trabajo queda sometido a las necesidades de valorización del capital, pero después de la jornada de trabajo, los salarios de los trabajadores se suman al consumo general de mercancías. La posibilidad de que emerja una crisis económica yace en el mismo ciclo del capital, y ésta se presenta como una crisis de la realización de la plusvalía, dado que es posible que en el mercado no se vendan todas las mercancías, lo que provoca que una parte de la plusvalía no se transforme en ganancia. Y así el capital ya valorizado no puede continuar su reproducción a escala ampliada.

En esta separación está ya contenida la posibilidad de las crisis comerciales. Pero dado que la producción trabaja de manera inmediata para el comercio y sólo medianamente para el consumo, ella está obligada a sufrir esta incongruencia entre comercio y consumo, como

a generarla por su lado. (Las relaciones entre oferta y demanda resultan completamente trastocadas.) (Marx, 2011: 75)

El libre movimiento de mercancías y servicios no era resultado de un consenso teórico, ni mucho menos una aspiración que formara parte de un ideario político, sino una demanda de los productores más avanzados tecnológicamente y por tanto con un elevado nivel de composición orgánica de capital, que les permitía incursionar en forma ventajosa a los mercados de otros países, sobre la base de una mayor producción de la fuerza de trabajo empleada con un tiempo de trabajo de igual duración, es decir, menor tiempo de trabajo necesario. Tal ventaja se hallaba en correspondencia con el grado de incidencia en la conformación de las estructuras del poder estatal, en tal medida que las demandas de los capitalistas, que habían logrado una mayor centralización y concentración de capital, se habían convertido en programa de gobierno y bandera política e ideológica de la expansión del poder de los capitales de sus países de origen.

De las diferentes trayectorias históricas seguidas por las diversas regiones, la construcción de las estructuras de poder imperiales habían derivado en el sojuzgamiento de la periferia, por parte de los nodos centrales de tal estructura. Con el dominio de las relaciones capitalistas dio inicio una nueva era, que a su vez correspondía a una nueva clasificación de los estados nación a partir de un perfil económico centrado en el desarrollo industrial: los países avanzados, donde las relaciones capitalistas se desarrollaron con mayor celeridad y los países de la periferia, proveedores históricos de recursos para los países centrales, pero con debilidades congénitas, entre ellas, la carencia de un proyecto político propio.

El dominio de las relaciones capitalistas, en tierras que no dejaban su aletargante herencia colonial, generó un nuevo sendero histórico que condensó, ahora bajo la conducción capitalista, las estructuras e instituciones, e incluso ideología, coloniales para configurar sociedades fragmentadas, dominadas por aristocracias que cuidaban celosamente sus intereses y, ante la presencia de poderes reales, de alcance global, en lo económico, político y militar, emanados de los países industrializados, optaron por asociarse con las nuevas fuerzas, que ahora emergían como imperialistas.

Un hecho de larga duración parece prevalecer a lo largo de la historia del sistema económico mundial desde finales del siglo XIX, durante la “era del imperialismo”, logrando

extender y radicalizar sus alcances hasta nuestro tiempo. Un hecho que se hizo evidente hace tres décadas, durante la crisis del petróleo, cuando la propiedad de la tecnología para explotarlo demostró ser más importante para el capital que la propiedad de los yacimientos mismos. Consiste en un trend sistémico que ha cambiado gradualmente la posición principal en la apropiación de la renta, llevándola del campo de los señores de la tierra hacia el campo de los señores de la tecnología. Un trend dentro de la larga y difícil batalla entre estos dos campos que muestra muy nítidamente la decadencia de la renta de la tierra y el consecuente ascenso de la renta tecnológica. (Echeverría, 1998: 19)

Entonces, el libre cambio no se extendió en un contexto de libertad, ni fue promotor de la misma, sino en un marco de diversos niveles de correlación de fuerzas entre los estados nacionales, con diferentes niveles de productividad del trabajo, resultado de los diferentes niveles de composición orgánica del capital. De ahí que los países y regiones que posteriormente serían denominados subdesarrollados fueron las primeras víctimas; sus pueblos pagarían el elevado costo de las concertaciones de las élites.

Y en el interior de los mismos, los productores, muchos de ellos artesanales sufrirían las penurias de las transformaciones en los patrones de consumo y producción, traducidas en presiones persistentes tendientes a su desaparición y en la lucha de resistencia como una respuesta por la supervivencia. Por ello, para grandes sectores de la población mundial el comercio internacional se traduce en una amenaza, más que en una oportunidad de mejorar condiciones de vida.

La doctrina del libre cambio encontró diferentes niveles de resistencia, pero como rasgo común los países subdesarrollados, al carecer de estados consolidados, cayeron más rápidamente bajo el influjo del avasallador mecanismo del libre cambio:

Pero si los estados organizados de Europa podían protegerse del reflujo del libre cambio internacional, los pueblos coloniales políticamente desorganizados no pudieron hacerlo. La revuelta contra el imperialismo fue principalmente una tentativa de los pueblos exóticos de lograr la categoría política necesaria para ponerse al abrigo de las dislocaciones sociales causadas por las normas comerciales europeas. (Polanyi, La gran transformación, 2013: 252)

El libre cambio, presentado como un resultado natural de la convivencia humana, es resultado de un proceso de acción política concertada, planeada para asegurar la fluidez de los mecanismos de acumulación capitalista, y con el respaldo siempre incondicional del poder político y militar del poder de las fuerzas imperialistas, que dentro de sus diferencias, crearon una correlación de fuerzas que se concretó en una estructura institucional mundial y en mecanismos y reglas que engarzaron el comercio mundial de mercancías a la lógica de la reproducción del capital, cuyo recorrido va transformando las estructuras políticas de los espacios sociales y políticos en los que extiende su influencia, más que en una lógica modernizadora en un proceso de subsunción. En el sentido de que gradualmente el grado de dominio del capital sobre la fuerza de trabajo es mayor, no se refiere únicamente al proceso de contratación de fuerza de trabajo, mediante el cual el capital tiene la facultad de disponer del uso de la fuerza de trabajo, sino del control del proceso productivo, por parte del capital, y de la creciente incidencia en las mismas condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo.

Además de la escasa organización política, los pueblos colonizados se vieron sometidos a procesos de acumulación con un epicentro, donde se generaban las directrices que habrían de determinar la estructura productiva interna, sin que pudieran tener la menor incidencia. En el interior de las nuevas formaciones económico sociales, emanadas de la dominación colonial, la acumulación se realiza sobre la misma base de la explotación de la fuerza de trabajo, pero subordinada a las necesidades de los centros industriales. Por ello se habla del capitalismo de la periferia, que puede adoptar las formas de dominación política más brutales, desde luego asociadas a la explotación, tanto laboral como de los recursos naturales.

Dentro del recorrido realizado por el capital en su proceso de reproducción, la fase en la que la plusvalía se transforma en ganancia, implica la adopción del capital de la forma dinero y resulta fundamental para el ciclo del capital; el retorno a la forma dinero, una vez que se ha realizado el proceso de valorización, por la acción de la fuerza de trabajo sobre los medios de producción. En el proceso de acumulación a nivel global, la venta de mercancías, vía los canales de comercialización mundial, debe servirse de los medios internacionales de pago, es decir, de medios de pago de aceptación generalizada, cuyo valor se encuentre

determinado, como el de cualquier mercancía, por el tiempo de trabajo socialmente necesario; el dinero con sus funciones expandidas a nivel mundial.

La articulación entre comercio mundial y sistema monetario internacional representa el eslabón que materializa la realización de plusvalía a escala planetaria, con todas sus contradicciones. La necesidad de acumulación se traslada a la construcción de un patrón que se ajuste a las oscilaciones del mercado mundial en términos de los flujos mercantiles, sobre la base de una mercancía particular y especial que sirva de equivalente general del valor de todas las mercancías: el oro y en general los metales preciosos:

Las constantes oscilaciones de la circulación mercantil en lo que se refiere a volumen, precios y velocidad, determinan que la masa de dinero en curso refluya y afluya incesantemente. Esa masa debe estar en condiciones de contraerse y expandirse. Es necesario atraer dinero bajo la forma de moneda, y también repeler moneda bajo la forma de dinero. Para que la masa de dinero realmente en curso corresponda siempre al grado de saturación que caracteriza a la esfera de la circulación, la cantidad de oro y plata disponible en un país ha de ser mayor que la empeñada en la función monetaria. (Marx, 1981: 163)

Con la expansión de los flujos comerciales internacionales, que a la par reflejaban la concentración y centralización de capital, como un proceso permanente y resultado de los mecanismos cotidianos de operación del proceso de acumulación capitalista, desigual por naturaleza, se consolidó un patrón de intercambio, cuyo epicentro era Inglaterra, en consonancia con la primacía tecnológica y financiera.

Se había instaurado un orden que parecía estable y con gran potencialidad de crecimiento, que aglutinaba, en torno al patrón oro, un sistema de intercambio de mercancías, servicios y dinero, es decir, todas las formas que el capital reviste en su recorrido. Y, ese recorrido, articulaba flujos que, además de ser crecientes, expandían las relaciones capitalistas al interior de los países e incorporaban nuevas regiones a una intensidad en aumento.

Precisamente uno de los campos de expansión es el comercio internacional, donde se realiza la confluencia generalizada de mercancías producidas por la fuerza de trabajo. Entonces, es el medio que sustantiva la comparación de valores; el intercambio revela la

diferencia entre las productividades de los países que concurren al mismo, aunque se realice a nivel internacional, la base de la comparación es el tiempo de trabajo.

La intensidad media del trabajo cambia de un país a otro; en unos es mayor y en otros menor. Estos promedios nacionales forman, por tanto, una escala cuya unidad de medida es la unidad promedio de trabajo universal. Así pues el trabajo nacional más intensivo, comparado con otro de menor intensidad, produce en el mismo tiempo más valor, expresado en más dinero. Otra circunstancia que contribuye a modificar más aún la ley del valor en su proyección internacional, es que, en el mercado mundial, el trabajo nacional más productivo cuenta también como el más intensivo, siempre y cuando la nación que produce más no se vea obligada por la competencia a bajar el precio de venta de sus mercancías a nivel de su valor. (Marx, 2015: 498)

El comercio internacional, convertido en un mecanismo eficaz para elevar las ganancias, era parte de una configuración mundial regida por las leyes de acumulación capitalista, que se desplegaban acompañadas de explotación del trabajo, pero también de un despliegue de modernidad. Nuevas métodos de producción y nuevas mercancías presentaban a la sociedad capitalista con un potencial que parecía ilimitado en el ámbito económico. Mientras en lo político se afianzaba el discurso democrático, como promesa de que en el futuro, el cada vez mayor potencial de crecimiento económico debía, necesariamente, estar en correspondencia con las prácticas democráticas, como una especie de garantía para el consumo de las masas de los estados nacionales, lo que parecía augurar una larga etapa de crecimiento y estabilidad política.

Así como dentro del capitalismo pensado aisladamente los empresarios, que están equipados con una técnica adelantada en relación al promedio social y venden sus mercancías a precios sociales medios, obtienen una ganancia extra a expensas de aquellos empresarios cuya técnica está por debajo de la media social, así también en el mercado mundial los países con un desarrollo técnico más elevado obtienen ganancias extraordinarias a costa de aquellos países cuyo desarrollo técnico y económico está rezagado. (Grossman, 1979: 280)

Sin embargo, para 1914, un capitalismo maduro, hegemónico y dirigido por las grandes corporaciones que, en sus países de origen, habían constituido grandes monopolios y se habían repartido el mundo, se perfiló hacia un horizonte de destrucción y de enormes sacrificios para sus poblaciones; las fuerzas productivas desarrolladas en forma exponencial

por las relaciones de producción capitalistas, ahora se volcaban a la producción de material bélico y la fuerza de trabajo fue trasladada de los centros fabriles al frente de guerra. Y el conflicto bélico estalló precisamente en Europa, donde las relaciones capitalistas se habían desplegado con mayor intensidad y donde también se había iniciado el despegue del capitalismo.

El orden internacional vigente, que abarcaba lo económico, político, social y cultural, había entrado en crisis, precisamente porque no fue capaz de contener las tensiones del crecimiento exponencial de la misma capacidad productiva que sus componentes habían alcanzado y que seguía en expansión. El inicio de la confrontación era un preludio de que el ciclo del dominio inglés había llegado a su fin, porque precisamente revelaba la incapacidad para contener el poder económico, político y militar de las potencias dentro de sus límites. Con la Primera Guerra mundial, se desataban también las tensiones políticas que la propia explotación masiva de los trabajadores generó de manera inevitable. La misma expansión previa del capitalismo y la consolidación del capital financiero, llevaron a los estados nacionales más poderosos de Europa a la conflagración, en aras de la expansión de sus mercados.

Las contradicciones del mismo capital y la creciente participación política de las masas de trabajadores llegaron a resquebrajar el orden internacional y a crear una alternativa de organización política estatal. El futuro del capitalismo parecía incierto y ello dio impulso a la interpretación de que el capitalismo, casi por su propio pie, caminaba hacia el derrumbe. Pero hay que tener presente que las crisis también impulsan a una reestructuración, tanto económica como política. Y de ésta profunda crisis tanto económica como política, e incluso ideológica, los gestores del capital encontraron diversas salidas, por más que ellas implicaran el sacrificio masivo, como es el caso del fascismo. Aunque, por otro lado, se generó una gran efervescencia política al interior de las masas de trabajadores europeos, principalmente y, por consiguiente, la difusión del pensamiento marxista.

Al terminar la guerra, además de la estela de sacrificios humanos y destrucción, una nueva propuesta política global se había concretado con la aparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Además, y como consecuencia directa de la conflagración, el epicentro del nuevo orden internacional se trasladó hacia los Estados

Unidos de Norteamérica, nuevamente en concordancia con su predominio tecnológico y financiero. Pero, la declaración formal de quiebra del orden global establecido, bajo la égida inglesa y, al interior del mismo, del sistema monetario internacional vigente en ese entonces, que había sido herido de muerte con la guerra, se realizó con rezago.

La posterior aceleración en los niveles de actividad económica, propia de la recuperación de los daños bélicos y el fuerte impulso tecnológico, por supuesto asociado con la creciente composición orgánica de capital de los países industrializados, liderados ahora por los Estados Unidos, elevó sustancialmente los ritmos de crecimiento de la producción, en tal medida que irradió el consumo de las masas trabajadoras de los países industrializados. Una especie de euforia se propagaba sobre las posibilidades de mejoramiento futuro de los niveles de vida.

Lamentablemente, la dinámica de acumulación capitalista, vuelve a determinar otro escenario de devastación: en el nuevo centro neurálgico del capitalismo estalla la crisis económica de una magnitud extraordinaria, la crisis de 1929. Una crisis global devastadora, y de paso, inesperada, tan es así que tomó por sorpresa a toda la hegemónica escuela neoclásica del pensamiento económico, obligando a los economistas a reformular sus bases de análisis. La creencia académica de que toda oferta genera su propia demanda, y de que las fuerzas del mercado operan para generar el equilibrio de los mercados, fue barrida por la intensidad de la crisis económica generalizada. Aunque ello fue posterior a la crisis, porque en lo inmediato, la sorpresa casi paraliza la capacidad de reacción de las mismas élites, que se asombraron del poder destructivo del orden global que ellos mismos habían creado.

El nuevo escenario de devastación provocó que la Gran Bretaña tomara la decisión de abandonar el patrón monetario, que ella misma había construido, le había garantizado una afluencia colosal de recursos, había cobijado la acumulación de capital, con la confianza de los grandes monopolios y los flujos mercantiles internacionales. El comercio mundial, como parte fundamental del ciclo del capital, quedó colocado ante fuertes restricciones:

No hubo en los otros mercados nada comparable al abandono del patrón oro por Gran Bretaña el 21 de septiembre de 1931; ni siquiera al acontecimiento subsidiario de la misma acción por parte de Estados Unidos en junio de 1933. Aunque para esa fecha la Gran

Depresión había barrido la mayor parte del comercio mundial, no significó un cambio en los métodos, ni tampoco afectó las ideas dominantes. (Polanyi, 2013: 271)

Cuando se presentaron las grandes catástrofes y la misma crisis de 1929, ya estaba definida la llamada “división internacional del trabajo”, que le asignaba a los países de menor composición orgánica de capital, el papel de productores de materias primas y alimentos, con el uso intensivo de fuerza de trabajo; los más avanzados, con mayor dotación de capital y por tanto mayor composición orgánica, estaban destinados a producir bienes industrializados. En el ámbito del comercio mundial, se configuró una especie de equivalente de división de las mercancías y servicios. Los países industrializados confluyen al comercio mundial a partir de la colocación de mercancías elaboradas con fuerza de trabajo más calificada y las economías periféricas quedan inmersas en el comercio mundial con base en mercancías producidas con fuerza de trabajo con menor calificación. Podría decirse que es la otra cara de la composición orgánica del capital.

En la era del capital ya maduro, cuando las grandes corporaciones se presentan como la personificación de la hegemonía capitalista, con una capacidad e incidencia que habían influido en los estados nacionales, para definir la política económica y perfilar al mundo hacia la etapa de las grandes conflagraciones bélicas, y cuyas consecuencias de largo plazo habrían de manifestarse en la reconfiguración de las estructuras hegemónicas, dando paso a los Estados Unidos de Norteamérica y a su moneda, el dólar, para constituirse como el epicentro del capitalismo; la crisis global barre con un patrón monetario que había servido para garantizar la acumulación global: el patrón oro. Su abandono fue sintomático de las grandes transformaciones por venir: de entrada del desplazamiento definitivo de Inglaterra como corazón y eje articulador de la reproducción global capitalista.

Se puede decir que la crisis como tal no tiene un comienzo, sino solamente algunas “manifestaciones” más ruidosas que se identifican con la crisis, errónea y tendenciosamente. El otoño de 1929, con el crac de la bolsa de Nueva York, es para algunos el comienzo de la crisis. Pero los sucesos de otoño de 1929 son precisamente una de las ruinosas manifestaciones del desarrollo crítico y no otra cosa. (Gramsci, 1977: 111)

En la confluencia al comercio mundial, se despliega una estructura que expresa la desigualdad intrínseca del desarrollo capitalista, así como la competencia entre los diferentes

capitales, con diversa composición orgánica, al igual que la tendencia a la concentración y la centralización de capital. Es decir, en el comercio mundial se reproducen, en forma global las contradicciones del ciclo del capital; se amplían los horizontes de valorización del capital y se intensifica la competencia entre capitales de diferente composición orgánica, sobre la misma base de explotación del trabajo, con diversas productividades. Luego entonces, forma parte de la estructura de distribución mundial entre las ganancias y los salarios. Es más, al ser el campo ampliado de la competencia capitalista, revela la inexistencia de neutralidad y mucho menos de equidad; no se pueden esperar beneficios en automático por la mera participación en el mismo, pues es una estructura construida sobre intereses concretos y en pugna permanente.

Al ser un asunto vital para la reproducción del capital global, es decir, para la continuidad del sistema capitalista, resulta evidente que no podía dejarse al azar, o sujeto a generalidades como la determinación de la oferta y la demanda, sino acompañado de un orden político, institucional y militar global, acorde a la estructura económica internacional.

Por lo tanto, las relaciones entre los estados nacionales, que participan en el orden global, expresan la correlación de fuerzas dentro de una estructura global a la que confluyen diferentes composiciones orgánicas de capital, cuya seguridad está anclada al poder de los estados nacionales y de las organizaciones mundiales que se han construido en el marco de contradicciones, crisis de sobre producción y conflictos globales. De igual forma, no se puede esperar el equilibrio en un sistema global desigual por naturaleza que transmite su inequidad y contradicciones a todas sus creaciones, entre ellas al sistema de precios.

El sistema de precios, sintetiza la diversidad tecnológica, el grado de avance de las relaciones capitalistas de producción, la capacidad de dominio del capital sobre el trabajo, en materia de organización productiva, al igual que la capacidad de resistencia y organización de los trabajadores en diversas latitudes. Pero, cabe tener presente que las instituciones creadas expreso para su regulación, ponen de manifiesto la correlación de fuerzas de alcance mundial, concebidas y dirigidas desde una posición hegemónica.

Como parte consustancial de una estructura hegemónica, en el interior de los procesos de intercambio internacional de mercancías, se concreta la concurrencia de los capitales de diferente composición orgánica, expresada en diferentes niveles de productividad del trabajo,

cuya confluencia, en este terreno, refuerza la tendencia hacia un verdadero dominio de los países industrializados sobre los dependientes y reproduce una estructura que se desarrolla sobre la inequidad y tiende a hondar las distancias entre las economías más avanzadas y las atrasadas; la dotación de recursos, para éstas últimas, queda como el único expediente que les permite su acceso a los mercados internacionales.

De hecho son atraídas a tales mercados, cuando los ciclos expansivos de la economía mundial requieren de materias primas, y de igual forma, sus flujos comerciales quedan disminuidos cuando se produce la recesión global. Es decir, actúan como reserva, cuyo nivel de participación se ajusta a los vaivenes del comercio internacional.

Recordemos los resultados de los flujos de capital mercantil (es decir, de mercancías): en promedio la eficiencia productiva absolutamente mayor del país capitalista desarrollado se traduce en precios internacionales más bajos para sus productos. Si consideramos productos cuyo consumo es común para los dos países, el país capitalista desarrollado dominará el comercio, y el país capitalista subdesarrollado realizará a duras penas exportaciones solamente en aquellos sectores donde las ventajas locales, como el clima, disponibilidad de recursos, etc., sean tan grandes que puedan compensar su eficiencia generalmente más baja. (Shaik, 1991: 201)

La participación de los estados en la configuración del orden mundial, tanto en el comercio como en la construcción del patrón monetario, es parte de la injerencia directa del capital en la articulación de los espacios nacionales con el orden global. Las condiciones básicas para la acumulación de capital a nivel nacional, como garantizar la conversión de plusvalía en ganancia, vía el control de los flujos monetarios; lo mismo que los flujos de fuerza de trabajo para el proceso productivo. Se trata de dos pilares fundamentales de la acción estatal.

La protección social y la injerencia en la moneda no fueron simplemente análogos, sino con frecuencia idénticos. Desde el establecimiento del patrón oro, la moneda se veía tan amenazada por un nivel de salarios en aumento como por la inflación directa- ambas cosas podían disminuir las exportaciones y reducir a la larga los cambios. Esta relación simple entre las dos formas básicas de intervención se convirtió en la palanca de la política de 1920 en adelante. (Polanyi, 2013: 301)

Después de un gran recorrido de las relaciones capitalistas de producción, signado por las crisis recurrentes, los conflictos bélicos, los ajustes salariales a la baja, los reacomodos en las posiciones hegemónicas, la búsqueda permanente de nuevos espacios de valorización para el capital, ha colocado a una fracción del mismo en una posición de privilegio; el capital financiero se ha dedicado, con gran entusiasmo por parte de sus operadores fácticos, a la tarea de diseñar e imponer, en todo el orbe, los lineamientos generales de las políticas estatales que le garantizan su rentabilidad, construyendo una serie de reglas, instituciones y hasta ilusiones, alineadas al logro de la rentabilidad del sector financiero a toda costa.

Sin embargo, esta ya larga era de reacomodos, en apariencia muy prometedora para los gestores del capital, pues se presentó en concordancia con la desaparición de casi todo lo que fue considerado el socialismo real, en especial la hoy extinta Unión Soviética, no escapó de la dinámica general de la acumulación capitalista y la euforia cedió a la preocupación por la llegada de una nueva crisis financiera global, manifestada en toda su amplitud en el año 2008.

## **1.2 América Latina en el comercio internacional, como parte del proceso de acumulación global de capital**

La conformación de América Latina se realiza en una serie de procesos complejos de conflictos, subordinación y articulación, que entrelazan lo local con lo regional a centros de poder decisorio y parecen como totalmente exógenos, no sólo por el origen geográfico, sino por la naturaleza de la incorporación de vastas regiones multiculturales a un molde que las aprisiona, las limita y las conduce a contradicciones persistentes, tanto en el terreno económico, como en las estructuras del poder político. Por ello, la trayectoria histórica generalmente está asociada a experiencias traumáticas, donde los países de la región comparten rasgos comunes: dependencia en sus relaciones económicas con las economías centrales y soberanía limitada, para la mayoría de sus estados nacionales, en su relación con los poderes hegemónicos globales, en materia política.

En especial, también comparten, una herencia colonial que en la práctica política y laboral ha constituido una fuente de penurias para las condiciones de vida de sus pueblos. La

llegada de la modernidad, entendida como modernidad capitalista, sólo tocó los ambientes de las élites y quedó sobrepuesta en demandas populares siempre postergadas y, sobre todo, sin conexión con un proyecto político con consenso interno. Entonces, ante una realidad compleja, se corre el riesgo de quedarse en los bordes de la descripción, por lo que se buscará no perder de vista las conexiones entre la trayectoria histórica del capitalismo latinoamericano y su entorno sistémico, para contextualizar el comportamiento del comercio internacional y su articulación al proceso global de acumulación capitalista.

Lo anterior, de ninguna manera es una garantía de mayor comprensión del asunto que se pretende analizar, lo que destaca es que el punto de arranque queda inmerso en la profunda complejidad de la trayectoria histórica. Y en ella debemos inmiscuirnos, para tratar de articular, mediante la abstracción, los niveles de la realidad latinoamericana.

Siempre se parte de una interpretación del pasado para hacer la del presente y la del futuro. Esto último es muy deficiente; sin embargo, con lo poco que colectemos nos basta para hacer hipótesis interpretativas de hacia dónde va la historia. Y ello nos permite adoptar alguna estrategia de acción y ponerla en práctica, en la medida de lo posible, para avizorar ese sentido. (Beuchot, 2016: 71)

América Latina como configuración económico-social, que resulta de un entramado de procesos históricos, donde las relaciones capitalistas se implantan en toda su crudeza, emerge en medio de fuerzas globales que habrían de incidir en su devenir. Unas en expansión y otras en franco declive; el imperio británico, en ese entonces pujante, que estaba reordenando el mundo, en lo económico y financiero, sobre la base de una elevada composición orgánica de capital, previa acumulación originaria de capital, y que le asignó a la región latinoamericana el papel de proveedora de materias primas y alimentos.

Pero, por otro lado, no terminaba de salir de su pesada herencia colonial, en la que no podía contar con los elementos necesarios para la conformación de los nuevos estados nacionales, pues, el mismo imperio español, veía como las bases sobre las cuales se había erigido se desmoronaban de forma irreversible, dejando a sus otrora colonias sin rumbo. Mucho menos podía recurrir a tal herencia para insertarse en el orden capitalista en condiciones de competencia, dado que la estructura del poder colonial español hacía del llamado Nuevo Mundo era una fuente permanente de obtención de recursos para la

permanencia del orden colonial, que descansaba en añejas prácticas monopólicas, pero sin impulso a la productividad laboral o a la consolidación de mercados internos. De tal suerte que la encrucijada histórica para América Latina está marcada por un profundo desajuste entre sus necesidades políticas y económicas para alcanzar un lugar en el orden mundial capitalista, y las inercias y prácticas económicas y políticas, en que el sendero de periferia del imperio colonial español la había dejado.

España no podía abastecer abundantemente a sus colonias sino de eclesiásticos, doctores y nobles. Sus colonias sentían apetencia de cosas más prácticas y necesidad e instrumentos más nuevos. Y, en consecuencia, se volvían hacia Inglaterra, cuyos industriales y cuyos banqueros, colonizadores de nuevo tipo, querían a su turno enseñorearse en estos mercados, cumpliendo su función de agentes de un imperio que surgía como creación de una economía manufacturera y libre cambista. (Mariátegui, 2012: 20)

Del irreversible resquebrajamiento del orden colonial, quedaban para América Latina pesadas cargas, resultado de su articulación subordinada a los vaivenes y destino de una España y también Portugal, que habían sido rebasados, por otros centros de poder político, militar y evidentemente económico, en cuyo núcleo se desplegaban en toda su intensidad las relaciones capitalistas, alineadas a la acumulación a un ritmo acelerado, sin precedentes, donde la productividad de la fuerza de trabajo quedó colocada como uno de los motores de crecimiento económico y, por consiguiente, de acumulación.

De hecho, se convierte en el sustrato sobre el cual se aplica y desarrolla el caudal de desarrollo tecnológico, que converge en la densa categoría económica, conocida como composición orgánica de capital, cuya diversidad coloca a los diferentes capitales que confluyen en la competencia económica, bajo un orden capitalista dotado de las fuerzas de impulso para extenderse y someter a su lógica, en condiciones y potencialidades distintas, pero todos aglutinados, a partir de la regla general de obtención de ganancias, sobre la base del trabajo asalariado.

En esta nueva estructura el avance económico se mide en términos de la capacidad de acumulación, misma que se había aglutinado en Inglaterra, para a su vez engendrar una configuración capitalista global, que en definitiva dejó apabullados a los viejos órdenes coloniales que vieron en la modernidad capitalista, expresada en un nuevo orden productivo,

político y financiero el ocaso de su vigencia histórica. Pero que habían dejado a América Latina su impronta de rezago y de barbarie; sobre todo en la carencia de un proyecto político soberano, dado que en el momento en que hacen su emergencia los nacientes estados latinoamericanos, ya en otras latitudes han madurado los procesos de acumulación bajo la tutela del capital, que hacen del mundo un escenario heterogéneo y complejo, pero con una confluencia global que muestra, claramente, la correlación de fuerzas que conducen al surgimiento del capitalismo dependiente.

Así pues en 1880 no nos encontramos ante un mundo único, sino frente a dos sectores distintos que forman un mundo global: los desarrollados y los atrasados, los dominantes y los dependientes, los ricos y los pobres. Pero incluso esta división puede inducir al error. En tanto que el primero de esos mundos (más reducido) se hallaba unido, pese a las importantes disparidades internas, por la historia y por ser el centro del desarrollo capitalista, lo único que unía a los diversos integrantes del segundo sector del mundo (mucho más amplio) eran sus relaciones con el primero, es decir, su dependencia real o potencial respecto a él. (Hobsbawm, 2015: 24)

Desde aquí ya parecía quedar en evidencia que construir un escenario propio era una necesidad histórica, en especial en materia política. Sin embargo, no existía un grupo social con capacidad de injerencia para diseñar e impulsar un rumbo propio, a partir de necesidades internas. Por tanto, las relaciones capitalistas se afianzaron junto con la inefable herencia colonial y su conservadurismo y despotismo, pero no ilustrado, sino más bien cerrado y bárbaro; para las élites latinoamericanas los avances democráticos podían esperar, pero el ritmo de acumulación de capital no. Una vez dentro de la órbita capitalista la lógica de operación del ciclo del capital exige que el trabajo vivo desempeñe su función fundamental de creador de valores, de generación de tiempo de trabajo excedente, para que la valorización del capital se realice en el mercado local o internacional.

En países ricos y poderosos, donde se invierten grandes capitales en maquinaria, se experimentarán más trastornos a causa de una revulsión en el comercio que en los países pobres, en los que existe un cuanto relativamente pequeño de capital fijo y uno mucho mayor de capital circulante, y donde por consiguiente prevalece, el trabajo manual. Es más fácil transferir de un destino a otro un capital circulante que uno fijo. (Marx, 2011: 79)

Ante la carencia de un proyecto interno, los procesos de industrialización llevados a cabo en la región latinoamericana fueron dirigidos por el capital extranjero, personificados por las corporaciones transnacionales, que vieron, en la vastedad y diversidad de las economías latinoamericanas, uno de los campos más propicios para la extensión de sus líneas de producción y comercialización; los bancos y las mismas instituciones supranacionales se convirtieron en operadores directos, del diseño de la hoja de ruta, para la incorporación de las economías más grandes de la región a los circuitos financieros y comerciales internacionales, en forma cada vez más pronunciada.

Sobre todo cuando las crisis recurrentes, expresadas en crisis de balanza de pagos empujaron a los gobiernos latinoamericanos a solicitar el auxilio de instituciones financieras globales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial. La conducción económica llevaba en automático a la injerencia política, y de ahí a la emisión de directrices para las políticas económicas de la región. Por ello, se decantaba, de manera cada vez más abierta, la preeminencia de la política monetaria y su combate a los procesos inflacionarios, en detrimento de la política fiscal y su tradicional instrumento de compensación para los costos sociales: el gasto público.

La conducción de las economías de la región, bajos los principios privatizadores y desreguladores del modelo neoliberal, para asegurar la rentabilidad financiera, convertida en base inamovible del esquema, y sostener el proceso de acumulación, lleva directamente a una confrontación con la piedra angular del credo liberal que es la soberanía nacional. Ante cada embestida de las olas privatizadores y desreguladoras, que se concretaban en dismantelar las empresas públicas, liberalizar el funcionamiento de los bancos, con gran influencia de la banca o reducir la siempre limitada protección social, el estado ve disminuir su capacidad de operación tanto en el terreno económico, como en su práctica política y desde luego la base social de apoyo. Es decir, bajo los impulsos neoliberales, los espacios soberanos se reducen.

De manera especial, dentro del recuento de los daños que décadas de neoliberalismo han llevado a comprometer, a gran parte de los estados latinoamericanos a proyectos exógenos que erosionan sus bases soberanas, se encuentran el menor grado control de los recursos naturales de sus países y la política salarial, más bien, toda la política laboral que cada vez vuelve más agotadoras las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo.

Recursos naturales y mercado laboral se van alineando, gradualmente, a los mecanismos de acumulación global del capital, entre ellos resalta el comercio internacional, pero aquí la responsabilidad de los estados nacionales es directa. De tal suerte, que una crisis de la misma globalización, deja sin asidero al proyecto neoliberal, y remite a la necesidad de reorientar el sentido de la política económica y social de los estados de la región.

Para que las clases dominantes de los países y las regiones periféricas ejerzan soberanía es requisito que cuenten con proyectos de nación autónomos frente a los proyectos de las clases dominantes del mundo central. En la historia de América Latina en general esto no ha ocurrido. Ha predominado la subordinación de las hegemonías periféricas a los proyectos hegemónicos del mundo central y se han gestado autonomías muy restringidas, y esto porque la burguesía periférica no cuenta con vocación de burguesía “nacional”. (Osorio, 2014: 168)

En una trayectoria de largo plazo, horizonte donde se pueden identificar los cambios estructurales, institucionales, la crisis económica actual, que se manifiesta en una baja actividad económica generalizada, y que detonó en sector inmobiliario en los Estados Unidos, para esparcirse por todo el sector financiero mundializado, arrancó desde hace medio siglo, articulada a procesos políticos cruciales, en el sentido de convertirse en puntos de inflexión, para el desarrollo de nuevos escenarios y cauces, para el desenvolvimiento de los acontecimientos que sus contradicciones habían causado su estallido; en cada esfera puede hablarse de un antes y un después, porque entre el punto de arranque del conflicto y los escenarios posteriores a su catarsis se produjeron consecuencias irreversibles.

En lo monetario, con la llamada crisis del dólar, se canceló para siempre la posibilidad de alcanzar la estabilidad monetaria mundial y la incertidumbre y la inestabilidad se volvieron parte de la operación cotidiana de los mercados financieros globales, a pesar de las estrategias de rescate de las instituciones como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

En el mercado petrolero, se reproduce la trayectoria intermitente de períodos cortos de estabilidad y cada vez más amplios de fluctuaciones en los precios. Y sobre ambos mercados globales, financiero y petrolero, pesa en forma creciente el colosal déficit comercial (y ahora el fiscal) de la economía más poderosa del planeta y del estado que se autonombró como re-ordenador del escenario mundial, después que las fuerzas militares

norteamericanas resultaron las grandes triunfadoras del conflicto bélico de la Segunda Guerra Mundial y su aparato productivo más robustecido que nunca.

La crisis comienza en la segunda mitad de los años sesenta. Con la crisis del dólar, la intervención militar norteamericana en Vietnam y su fracaso, la crisis político-ideológica de 1968. Se afirma en 1973, con la crisis petrolera y, en 1975, con la derrota norteamericana en Vietnam, como una crisis de las relaciones Norte-Sur, es decir, una crisis del imperialismo. (Amín, 2005: 187)

Entonces, desde hace más de medio siglo, se fue gestando un permanente desgaste de los mecanismos utilizados para enfrentar la crisis, en el marco de una reestructuración productiva, donde el capital quedó por completo como organizador y director de los procesos productivos, ahora globales. Se acentuó el desarrollo tecnológico, manteniendo su perfil concentrador y la competencia entre las grandes corporaciones. Y el capital financiero aumentó su capacidad de incidencia, en la conducción de los estados, no se pudo pensar en un programa de política económica en cualquier latitud, sin considerar a la política monetaria como uno de sus pilares básicos.

Desde finales de los setenta la orientación fundamental de los gobiernos en cuanto a la economía, la financiera en particular, ha sido eliminar las regulaciones sobre las instituciones financieras y la política monetaria y depositar la confianza en las fuerzas del mercado. Lo anterior, unido a los avances tecnológicos, ha facilitado las operaciones financieras internacionales más allá de lo necesario y razonable, pues librado a su albedrío el mercado ha creado un ambiente de inestabilidad económica y ha originado un crecimiento impresionante de las operaciones especulativas. (Guerra-Borges, 2002: 89)

Sin embargo, lo más notorio es la persistencia del control salarial y el deterioro de las condiciones de seguridad social, ante la emergencia de las crisis periódicas del capitalismo global. Es común ver que en los estados latinoamericanos, donde las oligarquías tienen mayor control de los estados correspondientes, se presenta con más nitidez este mecanismo. Es más prácticamente se ha normalizado hasta entenderse como una especie de regla de operación cotidiana de la política económica convencional.

Se trata de una transformación de grandes proporciones, que subordina a toda la actividad económica en su conjunto a la estabilidad monetaria necesaria para mantener la

rentabilidad del sector financiero y que ha utilizado a los organismos internacionales para su concreción, ejecución y supervisión. Ha quedado en relieve que las llamadas leyes del mercado no son una garantía para la continuidad de la reproducción del capital en general y menos para el capital financiero, en cuyos dominios se han presentado las mayores crisis que, a su vez, se han extendido a toda la actividad económica.

Por lo que, la consigna de controlar la inflación, que se ha traducido, en los hechos a congelar o disminuir la participación de los salarios en la distribución del producto, se ha convertido en piedra angular en la construcción de la política económica de casi todos los estados nacionales, pero de manera especial en los países subdesarrollados. Convertidos en los más fieles seguidores de los lineamientos privatizadores de las empresas públicas, y hasta de los instrumentos de la tradicionalmente escasa seguridad social, así como de la apertura comercial indiscriminada y la desregulación financiera que los ha colocado en la vulnerabilidad y con grandes limitaciones, en el sentido de manejar su política monetaria bajo los estrechos límites que les marcan los organismos internacionales:

“El régimen de acumulación que intenta abrirse camino y estabilizar su funcionamiento es claramente una construcción social, en el sentido de que es el resultado de la adopción deliberada de determinadas políticas. El proceso de construcción se ha llevado a cabo en el seno de instituciones como la OMC o el FMI, en las que se busca reformar los mecanismos que permiten mejorar las condiciones de viabilidad a escala internacional del régimen financiarizado.” (Chesnais, 2003: 50)

El comercio mundial, erigido sobre el patrón monetario internacional, como el escenario donde las mercancías ahora producidas con una división del trabajo cada vez más intensa, se expresan a escala mundial los valores de todas las mercancías y en este escenario se produce la inserción de América Latina. Bajo condiciones que reproducen, ahora en el plano comercial, las inequidades de los organismos financieros internacionales.

Desde sus inicios, poco antes de terminar la Segunda Guerra Mundial, el Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) estuvo marcado por la impronta de la hegemonía norteamericana. Por ello, fue moldeado bajo las indicaciones de los Estados Unidos que de entrada, anteponen “de jure y de facto” los intereses internos sobre los internacionales.

Por otro lado, la prioridad estratégica global para los Estados Unidos fue la reconstrucción de Europa Occidental y Japón como un asunto vital, para detener la oleada socialista, tanto en occidente, ante la, en ese momento, creciente influencia soviética, como en el oriente, ante el triunfo de las fuerzas comunistas en China. De ahí que el trato de la nación más favorecida, tuvo un uso discrecional, para que el comercio internacional fuese un instrumento de recuperación económica y, al mismo tiempo, una herramienta de contención política. Y así los productos de exportación de América latina y los flujos comerciales de la región quedaron plegados a las líneas estratégicas norteamericanas de política internacional.

La posterior transformación del GATT en la Organización Mundial de Comercio establecida después de las negociaciones de la Ronda Uruguay (1986-94), da cuenta de un mayor grado de complejidad en la gestión del comercio internacional; coincide con una contracción de la economía norteamericana en su papel de motor de la economía mundial, y se enmarca en una tendencia hacia el comercio internacional administrado vía bloques comerciales, que encuentra a la región latinoamericana con limitados intentos de integración comercial regional (MERCOSUR, UNASUR, SELA) y ante la ingente e incuestionable influencia continental de los Estados Unidos. Pero, al mismo tiempo, ante la creciente influencia comercial de China que tiende a desplazar a las mercancías latinoamericanas de alto contenido de fuerza de trabajo.

Las condiciones políticas actuales de América Latina caracterizadas por un desplazamiento de las demandas populares, en los programas de gobierno y, en forma más específica, por una oleada en contra de los gobiernos que han incorporado en sus programas alguna preocupación por las condiciones de vida de la mayoría de la población, como es el caso de Brasil con Lula Da Silva y el Partido del Trabajo; Bolivia con Evo Morales y el legendario MAS o Uruguay con el extraordinario José Mujica. Sin embargo, dentro de las fracciones del capital y dentro de un ciclo de larga duración, con crisis recurrentes que detonan precisamente en la esfera del capital financiero, la oligarquía financiera se ha ido colocando gradualmente en una posición de conducción del modelo de acumulación. Así las economías latinoamericanas han sido reorientadas para garantizar la rentabilidad del capital financiero por encima de todo, más bien a costa de los ingresos de los trabajadores; de ahí

que los salarios sean el ingrediente principal de la política económica, para controlar la inflación, convertido en el objetivo básico de la política económica.

La oligarquía financiera domina no sólo el accionar de los bancos y de las finanzas, sino que determina, también, la dirección de la esfera productiva de la economía, es decir, define el *modus operandi* de toda la economía. (Guillén, 2015: 21)

La larga trayectoria de las relaciones entre el capital y el trabajo, así como los conflictos sociales y políticos que se han presentado en el suelo latinoamericano, frecuentemente bañado con el sudor y la sangre de los trabajadores, ha derivado en la construcción de formaciones sociales muy complejas, que mezclan elementos propios de la llamada modernidad, como la presencia de un sector industrial y financiero avanzado, dominante en las economías más grandes de la región, como Argentina, Brasil, Chile, México, Venezuela, junto con prácticas sociales y, en especial laborales, que son resultado directo de la pesada y abrumadora herencia colonial, además de la naturaleza propia de la relación capital-trabajo asalariado.

Las élites latinoamericanas históricamente ligadas y dependientes del capitalismo avanzado, desde donde se gestan las transformaciones económicas de vanguardia de las sociedades latinoamericanas, han mostrado gran reticencia a la construcción de espacios sociales de los trabajadores latinoamericanos y, de manera muy tajante, a permitir su participación en la arena de las decisiones políticas.

Separar al trabajo de otras actividades de la vida y someterlo a las leyes del mercado fue aniquilar todas las formas orgánicas de la existencia y reemplazarlas por un tipo diferente de organización, atomística e individualista. (Polanyi, 2013: 229)

La desregulación del mercado financiero aparece como natural, y paso necesario, para crear las condiciones que permitan el libre acceso del capital financiero a todas las actividades económicas y a todos los sectores sociales; los intereses del capital financiero quedan convertidos en intereses de la sociedad en su conjunto, en forma automática y, por tanto, en parte sustancial de la política económica, donde la política monetaria queda por encima de la política fiscal; el combate a la inflación, sobre la base del manejo de la tasa de interés, haciendo todo lo posible para que la tasa de interés activa real sea positiva, para las

corporaciones financieras, es decir, la rentabilidad del capital financiero queda por encima de la seguridad social, que sólo puede atenderse con el gasto público.

Bajo este contexto, de crisis recurrentes, inflación estructural, consolidación de los intereses del capital financiero y pérdida de poder adquisitivo del salario, quedan inmersas las pensiones de los trabajadores latinoamericanos que, dicho sea de paso, jamás disfrutaron del estado de bienestar, al que se alude en el discurso neoliberal, porque al igual que el proceso de industrialización quedó trunco.

La posición de vanguardia y directriz de los procesos económicos, y de elaboración y aplicación de programas de política económica, ante las crisis cíclicas del capitalismo latinoamericano, le otorgaron al capital financiero el privilegio de reordenar a las economías de la región según sus intereses; maximizar los rendimientos reales, es decir, descontando el efecto de la inflación, será la máxima e inamovible consigna de la política monetaria regional y sobre ella se queda alineada la dinámica de operación de todos los sectores de actividad económica.

La posición de dominio del capital financiero debe ser considerada desde la totalidad del proceso de acumulación del capital. No se trata del mero parasitismo de la usura, sino que en el devenir histórico del capitalismo, de sus crisis y sus impulsos productivos, se han generado descomunales magnitudes de excedentes, que han derivado en la formación de gigantescos corporativos financieros, con presencia en todos los poros del sistema.

Las finanzas no son una entidad parasitaria, sino un elemento esencial en la acumulación capitalista. Sería impensable un capitalismo desarrollado sin un sistema financiero desarrollado. El sistema financiero ofrece servicios clave para la acumulación capitalista y mejora la rentabilidad de las empresas industriales y comerciales. Básicamente esa es la razón por la cual las instituciones financieras pueden generar ganancias de forma sostenida, no obstante, la relación entre sistema financiero y la acumulación real es contradictoria: las finanzas pueden tener efectos destructivos sobre la acumulación real. (Lapavitsas, 2016: 164)

Poco o nada importa que la rentabilidad financiera se coloque por encima de las ganancias de la economía real, llevando a las economías en general a una situación insostenible en el largo plazo y anunciando la inminencia de la crisis de este patrón de

acumulación que privilegia al sector financiero, por encima de todo. En éstas condiciones y como parte de su capacidad de operación, gran parte de los estados nacionales latinoamericanos, después de la cruzada antisindical y antipopular, han emprendido un nuevo proceso, para otorgarle al capital financiero las propias pensiones de los trabajadores, en una maniobra que le genera beneficios al capital por partida doble: por un lado, se desliga del compromiso estatal de otorgar seguridad social, que se construyó como resultado de largas y penosas luchas sindicales y populares. Y, por el otro, el capital financiero, totalmente globalizado, tiene acceso a grandes cantidades de recursos para movilizarlos a su antojo, maximizar sus ganancias, sin restricción estatal y sin el menor compromiso con los trabajadores. Se trata de una situación que llama poderosamente la atención; no hay riesgo para los corporativos financieros, las ganancias son para ellos y de haber pérdidas se trasladan a los trabajadores.

El estado ideal para el proceso de valorización del capital ha sido creado por el capital financiero; la construcción de este patrón de acumulación, lleva el elemento de su propia crisis, pues sacrificar el crecimiento económico por la rentabilidad financiera es insostenible; y colocar a los ahorros de los trabajadores en la vorágine de la especulación, cuando ya se sabe, por experiencias históricas de siglos, que las crisis capitalistas detonan precisamente en el sector financiero, es colocarse en un callejón sin salida. Más bien, colocar a los trabajadores, al final de su vida laboral en una mayor penuria, pues sus ahorros en monedas nacionales no podrán crecer en términos reales.

La deuda pública sirvió de mecanismo de presión sobre las economías dependientes para realizar transformaciones de carácter estructural, que tienen la matriz común de consolidar los procesos de privatización; privatizar empresas públicas, apertura comercial y financiera y también privatizar la gestión de los ahorros de los trabajadores. Pero, el endeudamiento internacional tiene su propia dinámica; al interior del mismo, en las llamadas partes contratantes se encuentran las grandes corporaciones financieras en su papel de acreedores que imponen condiciones. Los deudores, en este caso gobiernos latinoamericanos quedan sometidos a las condiciones de los acreedores, para traducir sus exigencias en programas de gobierno y de política económica, es decir, el creciente endeudamiento sirvió

de base para la ulterior transformación radical, para garantizar la rentabilidad del capital financiero.

Desde el decenio de los ochenta muchos países en vías de desarrollo han formulado importantes reformas políticas sociales y económicas. En gran medida estos cambios fueron inducidos por la crisis de endeudamiento, que obligó a los países altamente endeudados a instrumentar programas de ajuste y cambio estructural. Además, la severidad de la crisis concientizó a los gobiernos y a la población en general sobre la necesidad de cambios de fondo que incrementen la productividad de sus empresas, y que enlacen más efectivamente a la economía nacional con la mundial para no permanecer a la zaga de sus grandes cambios y oportunidades. (Ortiz & Errunza, 1995: 65)

Las crisis económicas y la deuda han seguido senderos paralelos, especialmente en América Latina, sobre todo a partir del agotamiento del período de sustitución de importaciones, que se presentó con mayor nitidez en las economías más grandes de la región, que al final resultaron las más endeudadas. Y con el endeudamiento, que implica el compromiso de extracción de excedentes, de valor generado por la fuerza de trabajo latinoamericana y su traslación a los circuitos financieros globales, se produce un cambio en la correlación de fuerzas a favor del capital financiero. Parece algo paradójico, las crisis detonan en el sector financiero y arrastran a todo el mundo, pero después de ellas y con decidida intervención estatal, el capital financiero no sólo se recupera, sino que reordena las economías y las alinea para continuar la extracción de plusvalor en todo el mundo, incluida América Latina. Se trata de una estrategia de largo plazo, que ha ido acrecentando la presencia y el poder de decisión en el perfil de la política económica de los países de la región; el crédito y la emisión de un número creciente de instrumentos públicos y privados para la captación de recursos llamados activos financieros que exponen de manera creciente a las economías a la especulación global:

A lo largo del siglo XX, América Latina experimentó distintas crisis financieras. Las más conocidas son las de 1929, 1982 y 1994-1995. La primera de ellas tiene como resultado una cesación de pagos en el servicio de la deuda tanto privada como pública. La segunda tiene como principal característica una amenaza de suspensión de pagos que termina con una renegociación de la deuda externa hacia principios de la década de 1990. Finalmente, la

última tiene como elementos principales, por un lado, la estructura y el manejo de la deuda, y, por el otro, la fragilidad del sistema bancario. (Hernández, 2002: 11)

Las crisis capitalistas de sobreproducción tienen diversas implicaciones: al caer las ventas, cae la rentabilidad, pues en las mercancías no vendidas hay capital que no se realiza; hay destrucción de capitales por las empresas que van a la quiebra; incertidumbre sobre la viabilidad de continuar con un esquema de acumulación que requiere de un sacrificio creciente de la mayoría de la población. Sin embargo, también hay una recomposición de los diferentes segmentos del capital y de reorientación de las directrices de la política económica a seguir, entendida como una síntesis de los intereses de los diferentes grupos sociales, cuya concreción requiere de la participación de los estados y de organismos encargados de su ejecución.

En las formaciones sociales de América Latina se ha notado una carencia de proyecto nacional por parte de las élites gobernantes y a la par una abierta articulación con los intereses de capitales extranjeros, generalmente de manera subordinada. Sobre todo a raíz de las crisis de deuda que han dejado a los gobiernos con escasos niveles de manobra, ya que los planes de crecimiento económico se ajustan a las pautas de comportamiento que se prescriben desde los organismos financieros internacionales. De manera reiterada, después de cada crisis, se recrudece su nivel de intervención, a tal grado, que los intereses del capital financiero prácticamente forman parte de los programas de gobierno, en el sentido de que lo primordial es asegurar el cumplimiento de los compromisos financieros. Por ello, el capital financiero forma parte de la estructura hegemónica que orienta el rumbo de las economías de la región.

La hegemonía capitalista, en términos del quehacer político latinoamericano, históricamente ha contado con escasas bases sociales, la presencia creciente de los intereses del capital financiero, las reduce todavía más. Porque para cumplir con los pagos de intereses y la misma apropiación de recursos que implica la especulación financiera se recurre a la misma fuente, es decir, la menor participación de los salarios en el producto generado. Aquí hay una contradicción estructural; el modelo mismo expone sus limitaciones y anuncia sus crisis.

El hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tienen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejerce la hegemonía, que se forma

un cierto equilibrio de compromiso, es decir que el grupo dirigente hará sacrificios de orden económico-corporativo, pero es también indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden concernir a lo esencial, ya que si la hegemonía es ético-política, no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica. (Gramsci, 1980: 41)

Desde su surgimiento, hace ya más de un siglo, el capital financiero ha adquirido un poder creciente, en un largo proceso de crisis, reacomodos y reorientación de las directrices de la política económica, donde hoy podemos encontrar rasgos globales en común: como por ejemplo la prevalencia de la política monetaria sobre la fiscal; hoy, todos los bancos centrales del mundo tienen como prioridad combatir la inflación, aunque todavía quedan algunos con objetivos duales, y se convierten así en garantes de la rentabilidad del capital financiero.

Pero aquí las diferencias regionales cuentan; los bancos centrales latinoamericanos son los que más siguen al pie de la letra tal directriz, precisamente por ser parte de una estructura financiera que los coloca en condición de supeditación, porque sus gobiernos traen tras de sí el peso de la deuda externa, que también se ha globalizado; los bonos soberanos de cualquier país latinoamericano pueden ser objeto de especulación por cualquier agente financiero.

En esta relación de subordinación hacia el capital financiero, se explica el proceso de privatización de las pensiones de los trabajadores. No sólo son las élites latinoamericanas y sus gobiernos, quiénes han asestado este golpe político y social, es una estructura que tiene sus raíces en los mecanismos de acumulación de capital a nivel mundial, donde el capital financiero es uno de los beneficiarios principales. Si tiene omnipresencia en la reproducción del capital a nivel mundial, sobre la base del trabajo asalariado, no podía estar ausente en el jugoso pastel de las pensiones de los trabajadores, donde el riesgo se traslada y los beneficios son inmediatos; sobre todo si los intereses del capital financiero delinearon el perfil de la política económica latinoamericana y ahora las directrices de las economías de la región.

La contradicción que ha acompañado este proceso de injerencia creciente y acumulación ilimitada de recursos, por parte del capital financiero transnacional radica en su propia dinámica de reproducción lleva a crisis financieras recurrentes y de alcance y profundidad cada vez mayores, por la magnitud de la destrucción de activos, el desgaste de

los mecanismos para enfrentar sus consecuencias y, particularmente por el costo social que se produce en forma también inmediata:

La globalización de los mercados arrasa con el mundo globalmente. De hecho, se trata más bien de la totalización de los mercados. Un mundo globalizado es sometido de forma global a una acción mercantil de cálculo lineal medio-fin, que hoy se transforma quizás en el mayor peligro para la sobrevivencia humana. (Hinkelammert, 2006: 371)

El principio inmutable de la obtención de la máxima ganancia por parte del capital y su expansión y dominio a todas las latitudes y a todas las esferas de la actividad humana, han hecho crecer exponencialmente sus espacios de valorización y también la intensidad con que se realiza la reproducción ampliada del capital. En este sentido, el fuerte crecimiento demográfico resulta compatible con la ampliación de estos espacios, no sólo por el número de trabajadores susceptibles de convertirse en fuerza de trabajo asalariada, sino además que una gran población asociada a un escaso crecimiento económico, posibilitan salarios a la baja y en general deterioro de las condiciones de contratación, lo cual se traduce en menores costos de producción y, por ende, mayor rentabilidad global del capital.

La naturaleza del crecimiento demográfico es social, es decir, está articulada a las relaciones sociales y éstas quedan definidas por las relaciones de producción. Bajo el capitalismo, entre el trabajo asalariado y el capital; en el patrón de acumulación vigente, bajo el predominio del capital financiero. Así el nivel de crecimiento demográfico no puede explicarse sin las relaciones sociales capitalistas, que al ser dominantes generan las condiciones para la reproducción ampliada del capital en su conjunto, y al interior de su esquema de acumulación, del capital financiero, que ha creado las condiciones favorables para su permanente expansión, entre ellas el mismo crecimiento demográfico que se presenta como una ampliación de sus espacios de valorización que ahora abarcan todo el planeta:

Mientras que por un lado la generalización del sistema proteccionista aspira a subdividir el mercado mundial en áreas económicas individuales separadas por fronteras estatales, la evolución hacia el capitalismo financiero, aumenta la importancia de la magnitud del espacio económico. Cuanto mayor sea el espacio económico y más poblado esté, tanto mayor puede ser la unidad empresarial, esto es, tanto menores los costes de producción; tanto más intensa también la especialización dentro de los establecimientos, lo cual significa, igualmente, disminución de los costos de producción. (Hilferding, 1971: 349)

El comercio mundial articulado a la lógica de acumulación capitalista; como un medio para la realización de la plusvalía obtenida por la explotación mundial de la fuerza de trabajo, permite que el crecimiento demográfico actúe en beneficio de la concentración de capital. En este sentido, puede decirse que la rentabilidad del capital financiero tiene como uno de sus soportes a una masa creciente de población, con un elevado nivel de desempleo, pero que cumple la función de trasladar valor a partir de una menor participación del trabajo en el producto global.

En América Latina, se ve con mayor claridad la articulación entre los ajustes en el patrón de acumulación y los procesos de transformación que se operan en el terreno político; los estados latinoamericanos, en general, se ajustan con mayor prontitud a las líneas generales de política económica que emergen desde los grandes centros de gestión de la valorización mundial del capital, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

La lógica que subyace en la operatividad global del sistema y como respuesta generalizada ante las crisis económicas cada vez más agudas, tiene como una de sus bases la contracción salarial. Y entre sus medios se encuentran tanto los avances tecnológicos, que permiten que automatización creciente de los procesos productivos desplace mano de obra, como la reducción de los salarios reales, aprovechando en sentido funcional los elevados niveles de desempleo, que resultan del escaso crecimiento económico y del persistente incremento de la población.

La naturaleza contradictoria del crecimiento de las economías capitalistas que conforman la totalidad del sistema mundial revela en las crisis económicas toda la crudeza de las contradicciones sobre las que se desenvuelve la reproducción global del capital. Y de paso como el sistema recurre a los medios que encuentra a su alcance entre ellos, el crecimiento demográfico, para amortiguar la tendencia a la caída en la cuota de ganancia.

Este incremento masivo de brazos en el mercado mundial permite al capital elevar de forma mundial las diversas maneras de explotación y, en particular, la masa de trabajadores con salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo (superexplotación), lo que ha operado como un mecanismo de amortiguación de la crisis mundial. (Osorio, 2014: 112)

El deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población latinoamericana, acrecentado por las crisis recurrentes se traslada a la arena del ejercicio del poder político.

De tal manera que la escisión entre economía y política no impide la articulación de ambas esferas cuando la política económica, diseñada en líneas generales por los organismos financieros y comerciales internacionales, adaptada y ejecutada con fervor por los estados nacionales, sobre la base inamovible de la contracción salarial, deja en evidencia su naturaleza clasista. En lo general, el combate a la inflación, que se presenta como una demanda social plenamente justificada, se traduce en menores salarios para las masas de trabajadores; jamás se argumenta que un incremento en las ganancias, aun las que provienen de la mera especulación o los altos ingresos de los funcionarios gubernamentales tengan repercusiones inflacionarias.

Por el lado del comercio internacional, la premisa de alcanzar una mayor competitividad, que también se presenta como incuestionable a nivel global, es más como un escenario deseable para cualquier economía que busca no sólo tener una mayor presencia en el mercado internacional, sino volver más eficiente su estructura productiva, opera en el mismo sentido. La competitividad se asocia, en buena medida, con menores costos de producción. Y dentro de ellos el costo salarial se presenta como la vía inmediata para que la producción de mercancías, destinadas a los circuitos mundiales de comercialización, se expanda sobre la misma base de contracción salarial.

Independientemente de que en el mediano o largo plazo pueda crecer la productividad del trabajo, a consecuencia del aumento de la composición orgánica del capital. Así el comercio internacional, un espacio vital para la reproducción del capital, donde confluyen mercancías elaboradas con capitales de diferente composición orgánica, con una sofisticada segmentación de los procesos productivos forma parte esencial de los ámbitos de reproducción del capital. Y también espacio de transformación para mantener y elevar los niveles de ganancia.

Por consiguiente, es un campo que expresa las contradicciones globales de toda la sociedad capitalista. Cuando el comercio internacional se contrae, como en las crisis globales, sus ritmos de crecimiento disminuyen en forma drástica, o se llegan a extremos de bloquear la entrada a ciertos países, generalmente, economías desarrolladas, de determinadas mercancías, el poder productivo del capital, acumulado durante siglos, se contiene, es decir, es sintomático de que la valorización global del capital enfrenta problemas de realización.

## **2. América Latina y los ajustes en la economía mundial**

### **2.1 La crisis global y la reorientación de América Latina**

La implosión financiera de 2008, que se desató en el principal eje articulador del capitalismo global y corazón del sistema financiero internacional, constituye el síntoma más marcado de la entrada a una fase de agotamiento de un esquema de acumulación de capital, que tiende a acentuar la concentración del ingreso, sobre la base de crear, desde la acción estatal, las condiciones para garantizar la rentabilidad de una fracción del capital que se ha colocado a la vanguardia del proceso de reproducción ampliada del sistema, sin tener una participación directa en la producción. Es decir, el capital financiero, colocado ahora en la posición privilegiada de incidir sobre las condiciones de reproducción del capital en su totalidad; apropiación de recursos sin participación en los procesos productivos.

Así pues la financiarización no solamente proporciona al excedente de capitales su única salida posible, sino que también constituye el único acicate del crecimiento lento observado desde los años 1970 por Estados Unidos, Europa y el Japón. Hacer retroceder la financiarización solo debilitaría aún más el crecimiento de la economía real. Simultáneamente esta ineludible financiarización fragiliza el equilibrio global y multiplica las ocasiones de las crisis financieras, que, a su vez, se transmiten a la economía real. El capitalismo de los monopolios se ha financiarizado necesariamente; su reproducción se desplaza de burbuja en burbuja. (Amín, 2011: 75)

La configuración de las condiciones de reproducción global del sistema descansa sobre ciertos lineamientos generales como el control de la inflación; la estabilidad de los tipos de cambio y, como piedra angular, la contracción de la participación de los salarios en la distribución del producto que se realiza a través de los mecanismos de mercado.

América Latina, inmersa de manera subordinada y dependiente en el sistema capitalista global ha enfrentado enormes dificultades y un gran costo social para lograr la llamada estabilidad macroeconómica, que precisamente sintetiza, en gran medida las condiciones necesarias para que se generen los rendimientos del capital financiero, mismos que, en el corto plazo, pueden llegar a ser superiores que los obtenidos por el capital en las actividades productivas, dada su naturaleza especulativa. Pero, finalmente, no pueden

emerger de su propia esfera de acción, es decir, la rentabilidad del capital financiero se obtiene de las mismas relaciones entre capital y trabajo, ahora expandidas en un proceso global de acumulación. Esta expansión implica la ampliación de las contradicciones propias de la reproducción del capital en su recorrido; el ciclo del capital global.

Las variables que resultan determinantes para la evaluación del desempeño macroeconómico quedan alineadas a la inflación. De tal suerte que el tipo de cambio, sin ninguna restricción a los movimientos de capital, y, de manera especial, la tasa salarial, son entendidas como variables que deben irremediamente ajustarse a los objetivos del control de la inflación, para que el capital especulativo cuente con las condiciones para obtener ganancias. Es decir, la inflación debe controlarse vía contracción salarial, para que la tasa de interés real, descontando los efectos de la inflación, alcance rendimientos positivos. No importa que después, ante la salida masiva de capitales, se ajuste el tipo de cambio, lo importante es que en un período considerable se controle para permitir el acceso, la obtención de rendimientos y la posterior salida, pero con rentabilidad garantizada.

El papel de América Latina ha sido fundamental en la dinámica global de acumulación: proveedor de materias primas y activos monetarios directos desde los albores del capitalismo; destino de los flujos financieros cuando, ya en la era de ascenso del capital financiero, se concentraron tales niveles de activos que la tasa de interés se redujo a nivel mundial, para su posterior reflujo de recursos a través del servicio de la deuda externa.

Bajo tales circunstancias, la crisis financiera global coloca a las sociedades latinoamericanas ante escenarios de dificultad extrema, al verse envueltas por las directrices de políticas económicas que se empeñan en trasladar el costo del ajuste a los trabajadores; la contracción salarial y en general la reducción del nivel de vida de las mayorías, en la búsqueda de una pretendida competitividad internacional sobre la base de la reducción de costos, como una de las guías para enfrentar y salir de la crisis global del sistema.

A medida que el capital y los mercados capitalistas empezaron a desbordar las fronteras nacionales, con la ayuda de tratados comerciales internacionales y de las nuevas tecnologías de transporte y comunicaciones, el poder de las organizaciones obreras, inevitablemente local, se vio debilitado y el capital pudo presionar en favor de un cambio

hacia un nuevo modelo de crecimiento, que redistribuyera desde abajo hacia arriba. (Streeck, 2017: 38)

Las crisis económicas, inherentes a la propia dinámica de acumulación capitalista, se presentan como consecuencia del desfase entre la gran capacidad productiva, que resulta del descomunal avance tecnológico y potencializa la capacidad productiva de la fuerza de trabajo versus el menor crecimiento del consumo de las grandes mayorías. Así, las crisis de sobreproducción permean todas las esferas de reproducción del capital y se manifiestan con mayor contundencia en el eslabón donde se produce el salto crucial de la transformación de los valores en precios y en su forma dinero.

Se presentan procesos que corren en ciclos de muy larga duración, donde se articulan crisis periódicas, resultado normal de la dinámica de acumulación capitalista con crisis estructurales, que denotan el agotamiento de las bases de crecimiento económico, es decir, muestran el deterioro de reglas e instituciones sobre las cuales se realiza la valorización global del capital.

Evidentemente, la articulación entre la esfera monetaria y la productiva exigía que a la par la gestión, por parte del capital de nuevas reglas para mantener la reproducción de la fuerza de trabajo, fuente de la plusvalía, y por tanto de la ganancia, dentro de los cauces de la reproducción ampliada del capital; la injerencia en el control salarial, realizada en forma permanente en los órganos de los estados nacionales, se amplió hasta llegar a todos los ámbitos de la reproducción de la fuerza de trabajo. Se observa en diferentes grados, pero como una tendencia general, como la política de protección social queda engarzada y subordinada a la política económica.

Todavía más, se convierte en uno de los pilares de la intervención estatal, queda en relieve que tanto los asuntos monetarios como la definición de los instrumentos y la orientación en materia social, se van colocando como ámbitos naturales del quehacer estatal. Y serán campo de análisis y acción de las posturas dominantes en materia de política económica; política económica y política laboral, armadas y desarrolladas con el objetivo de servir de soporte para la obtención de ganancias para todas las fracciones del capital. Cuando el capital financiero se coloca como dominante, entonces ambos pilares de la acción política del estado pondrán sus instrumentos a su servicio.

La contención salarial es un principio dentro una estrategia global del capital para mantener y elevar la rentabilidad, asociada a un fuerte crecimiento demográfico. Sin embargo, las condiciones y el grado de consolidación de las instituciones son muy diversas en todo el mundo, en especial en los países industrializados hay una mayor capacidad de resistencia a los embates globales. Por ello, el deterioro salarial en tales sociedades es ostensiblemente menor.

En el grupo de economías desarrolladas, el salario real se mostró estático en 2012 y 2013, y creció en un 0,1 por ciento y en un 0,2 por ciento, respectivamente. En algunos casos –como los de España, Grecia, Irlanda, Italia, Japón y Reino Unido–, el nivel del salario medio real en 2013 fue inferior al de 2007. (Organización Internacional del Trabajo, 2015)

Después 10 años, un recuento de la evolución de una de las mayores crisis de la historia reciente del capitalismo y de las transformaciones que se han venido operando en la búsqueda de nuevas bases o de reestructuración de las existentes, para mantener a flote un sistema cuya reproducción exige crecientes sacrificios en todos los órdenes, pero que en lo social y ecológico se ha desbordado; se han naturalizado tanto el desastre ecológico como la contracción salarial, así como la ostensible reducción de los mecanismos institucionales de seguridad social, en una receta incuestionable para enfrentar la inflación y de manera más general a la crisis económica misma.

Una especie de velo teórico, pero que en lo político envuelve las intenciones manifiestas de trasladar el costo de las crisis a los mismos que en el auge han soportado los mecanismos de acumulación, es decir, nada nuevo bajo el sol. En el auge económico la acumulación descansa sobre las espaldas de los trabajadores, como un mecanismo natural a través de la extracción de plusvalía y ahora en la persistente crisis hacia el estómago de las grandes mayorías. En realidad no hay creatividad, ni siquiera en el terreno discursivo, para enfrentar la crisis. Por ello, las maniobras se trasladan en mayor medida hacia el terreno de las acciones políticas, es decir, endurecer las líneas de conducción política.

Así, los súper-explotados trabajadores y trabajadoras de hoy y los trabajadores y trabajadoras de clase media de los países del capitalismo «avanzado» están tan alejados espacialmente unos de otros que nunca se cruzan, no hablan el mismo idioma y nunca experimentan juntos la comunidad y la solidaridad que brotan de una acción colectiva

conjunta. Los expuestos a esa explotación que a los trabajadores de «Occidente» se les dice que ha sido erradicada por el progreso capitalista se están convirtiendo en objetos de caridad en el mejor de los casos, mientras que el estilo de vida consumista de la clase media occidental, y también de buena parte de su clase obrera, depende de los bajos salarios y de las bárbaras condiciones de trabajo del mundo «en vías de desarrollo». (Streeck, 2017: 42)

El perfil ocupacional de América Latina quedó definido desde antes de la crisis 2007-2008: la presencia decreciente del sector primario, junto con un sector manufacturero que mantiene su participación, pero que ha cedido los primeros puestos al comercio y los servicios (ver gráfica 2.1). La terciarización de las economías latinoamericanas encubre el crecimiento de la informalidad, el deterioro de las condiciones laborales y el desempleo, como consecuencias de procesos de acumulación que, al privilegiar la rentabilidad del capital financiero, por encima de la producción, restringe la generación de empleos.

La llamada transición demográfica, que cambió el paisaje latinoamericano y concentró a la población en las zonas urbanas, resultado de la necesidad de fuerza de trabajo que la industrialización provocó, quedó articulada a un proceso generalizado de contracción salarial. Así el capital ha logrado mantener y elevar los niveles de rentabilidad global y contrarrestar, en suelo latinoamericano, la tendencia decreciente de la cuota de ganancia. Pero, a la par se han construido paisajes urbanos de total desolación en las periferias de las grandes ciudades, reserva permanente y hasta creciente del ejército industrial de reserva, como garantía de mantener la premisa de la contracción salarial como una de las palancas de la acumulación.

En las grandes concentraciones demográficas de América Latina, como la Ciudad de México, Rio de Janeiro o Buenos Aires se produce el paisaje urbano que da cuenta de los procesos de crecimiento industrial, concentrado en ciertas regiones y ciudades; la presencia de las filiales de las grandes corporaciones financieras que reproducen el estilo de sus países de origen y dan la impresión de que la modernidad capitalista se ha difundido en las sociedades de la región.

Pero, junto con las masas crecientes de población se encuentran la red de servicios básicos desbordada, el subempleo y el crecimiento de la llamada economía informal. Es decir, el ejército industrial de reserva en su más clara expresión, que muestra naturaleza

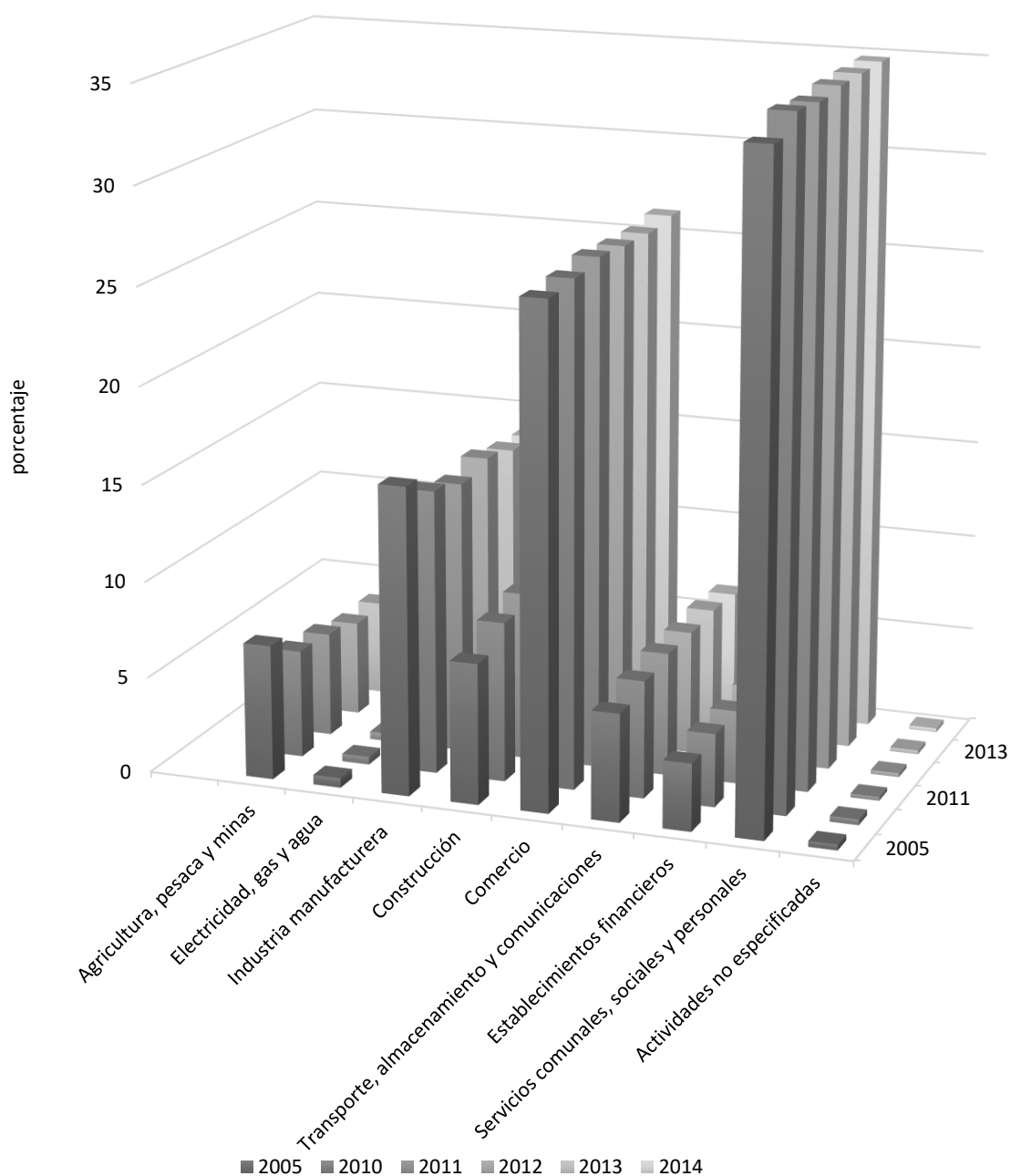
desigual y el sentido excluyente del esquema de desarrollo capitalista, cuyos perfiles específicos confluyen en niveles de vida deteriorados para millones de habitantes de las grandes ciudades latinoamericanas. Y que, sin embargo, siguen creciendo porque los motores de impulso de esta forma de acumulación siguen operando.

Al interior de la tendencia a la terciarización, los servicios financieros le dan un sello distinto a la dinámica ocupacional, al hacerse perceptibles como fuente de ocupación para una población urbana creciente, pero que de ninguna manera pueden revertir la tendencia al persistente desempleo que tiene raíces estructurales. La propia naturaleza oligopólica de los servicios financieros, que nacieron y se expandieron en períodos relativamente recientes, impide una absorción masiva de mano de obra. Sin embargo, en contrapartida, el capital financiero ha incidido en el proceso de acumulación de capital en América Latina para ajustar a los procesos productivos, la ocupación, y hasta a la seguridad social a su lógica de obtención de ganancias sobre la base de la contracción salarial.

El ejercicio del poder político cobra presencia en materia ocupacional a través de los servicios comunales y sociales; se trata de un verdadero amortiguador del desempleo estructural de las sociedades latinoamericanas. Trabajar en el entramado de las estructuras gubernamentales separa a los trabajadores en condiciones muy diferentes. Sin embargo, excepto en las empresas paraestatales y los servicios básicos, como pavimentación, drenaje, no hay una contribución a la generación de bienestar y menos de valor. En contrapartida, las estructuras burocráticas tienden a convertirse en una carga para las finanzas públicas y en una especie de botín para los diversos grupos políticos que compiten por el poder.

La otra cara de la acumulación de capital en América Latina está constituida por los niveles de desempleo que alcanzaron cifras alarmantes desde antes de la crisis de 2007-2008, y tales niveles llegaron para quedarse, porque forman uno de los pilares de la acumulación del capitalismo latinoamericano, pues la elevada desocupación es una de las garantías para mantener y ahondar la contracción salarial.

gráfica 2.1  
 América Latina (18 países): composición de la ocupación urbana por sector de actividad económica. 2005 y 2010-2014 (porcentajes)



Fuente: Organización Internacional del Trabajo. Panorama laboral de América Latina y El Caribe, 2015, sede regional, Lima, Perú.

Aun en las economías más grandes, como México, Brasil, Chile o Argentina las tasas anuales de desocupación son reveladoras de la naturaleza de los procesos de acumulación y del tipo de política económica implementada. Así por ejemplo, con la llegada del Partido del Trabajo al poder ejecutivo en Brasil hay una leve disminución del desempleo, resultado de la implementación de políticas de corte social. En contrapartida, con la consolidación del proyecto neoliberal, en la dirección política del país y en la conducción de la política económica de México, los niveles de desocupación tienden a elevarse. La desocupación entonces se articula a una estrategia de acumulación de capital que permite mantener salarios y en general las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo en franco deterioro.

En el caso de México, se debe tener presente que la oleada neoliberal llegó a transformar la misma normatividad laboral, es decir, uno de los pilares de la constitución política y resultado directo de la Revolución Mexicana. La modificación drástica de la legislación laboral, otrora proteccionista para los trabajadores, deja al descubierto un viraje no sólo en la política económica y en materia de seguridad social, sino en el rumbo político del país; se formalizó lo que en la práctica ya ocurría y con ello se acentúa el proceso de concentración del ingreso. Es el aval explícito del estado mexicano para ajustar la disponibilidad de la abundante fuerza de trabajo a los requerimientos del capital. Sin embargo, dado que la estructura burocrática sindical fue gradualmente incorporada, en mayor o menor medida a los órganos del estado mexicano, las canonjías de la misma prácticamente fueron intocadas. El ajuste en esta materia cayó directamente en los trabajadores, desde la contratación hasta los procedimientos para la terminación de la relación laboral.

Veamos la expresión más elocuente de la forma de funcionamiento del capitalismo en la era neoliberal en América Latina, que es el nivel de desocupación, con las limitantes propias de utilizar promedios. En un período relativamente largo, que incluye los años de la crisis financiera global 2007-2008, queda en relieve que, mantener elevados niveles de desocupación de la fuerza de trabajo, es un factor clave para la dinámica de acumulación de capital seguida por la trayectoria económica de la región (ver cuadro 2.1). Es decir, se trata de la vía concreta para esquivar la tendencia decreciente de la cuota de ganancia en suelo latinoamericano.

Cuadro 2.1

América Latina y El Caribe: desocupación nacional según país, 2005, 2010, 2014 y 2017.  
(Tasas medias anuales)

País	2005	2010	2014	2017
Argentina	11.6	7.7	7.3	8.4
Bolivia	8.1	6.0	...	4.6
Brasil	9.9	6.7	4.8	13.1
Chile	8.0	8.2	6.4	6.9
Colombia	13.9	12.4	9.9	10.5
Costa Rica	6.9	8.5	9.6	9
Cuba	1.9	2.5	2.7	...
Ecuador	8.5	7.6	5.1	5.7
El Salvador	7.3	6.8	6.7	6.8
Guatemala	3.3	4.8	4.0	3.2
Honduras	6.9	6.4	7.5	8.2
México	4.7	6.4	5.8	3.8
Nicaragua	7.9	10.1	...	5.2
Panamá	12.1	7.7	5.4	6.9
Paraguay	7.6	7.2	8.0	5
Perú	9.6	7.9	6	5
República Dominicana	7.3	5.7	7.2	6.1
Uruguay	12.2	7.5	6.9	8.3
Venezuela	12.3	8.7	7.1	
El Caribe				
Bahamas	10.2	...	14.6	...
Barbados	9.7	10.7	12.3	...
Belice	11.0	12.5	11.6	...
Jamaica	11.2	12.4	13.7	...
Trinidad y Tobago	8.0	5.9	3.3	...

Fuente: Panorama laboral 2015, 2018, América Latina y el Caribe, Organización Internacional del Trabajo, (OIT), Lima, Perú.

Por una parte, el escaso dinamismo de las economías latinoamericanas, junto con el crecimiento demográfico, provoca que la desocupación sea crónica. A su vez, contar con una gran cantidad de desocupados, tanto en el auge como en las crisis, ha permitido el deterioro acelerado de las condiciones de trabajo y los bajos salarios, incluso con antelación a las reformas a las leyes laborales que, finalmente, vinieron a formalizar lo que de facto ya ocurría; en la era neoliberal hay una incapacidad estructural para la recuperación de los elevados niveles de crecimiento económico y por consiguiente del empleo.

Por el contrario, el desempleo permanente es un factor funcional para la dinámica de operación de un patrón que se sostiene sobre la contracción salarial y que busca la minimización de los costos en general, como forma de enfrentar la presión hacia la baja de la cuota de ganancia, pero que presenta en el horizonte inmediato a la contracción salarial como parte de una estrategia institucional, articulada de manera global.

Por supuesto, desde sus inicios, la búsqueda de bajos salarios es una constante en el proceso de acumulación capitalista, y América Latina es un escenario más que representativo de los abusos y atrocidades cometidas, para la implantación de prácticas laborales sobre las cuales se montaron los emporios agrícolas, mineros y de toda índole, sobre la base de la explotación de la fuerza de trabajo casi hasta el exterminio; el rasgo de regresividad social y política queda exhibido cuando la contracción salarial y la acometida contra la seguridad social, se convierten, en gran medida, en parte de los programas de gobierno de la mayoría de los países de la región.

Y, sin embargo, con todo y que el ajuste, a la baja, de los niveles de vida de la población, se alinea a los requerimientos de un esquema global y sus articulaciones nacionales, con la irrupción de la crisis financiera 2007-2008 quedó en evidencia que, expandir las posibilidades de acumulación de un sistema que, en su concreción en las regiones dependientes, actúa en desmedro de sus bases sociales; continuar por ese sendero de exclusión social lleva directo a un escenario de conflictos de la misma naturaleza de alcance inusitado.

La crisis financiera global que explotó en 2007/2008, constituye una ventana a la crisis de sobreacumulación de mayores dimensiones en la historia del capitalismo. Sin embargo, frecuentemente se lee pasando por alto la dialéctica de la interacción entre crisis de

financiamiento y crisis de sobre producción. Lo que bloquea captar en todos sus alcances el tiempo de peligro en que el siglo XXI se encuentra inserto. (Arizmendi & Beinstein, 2018: 92).

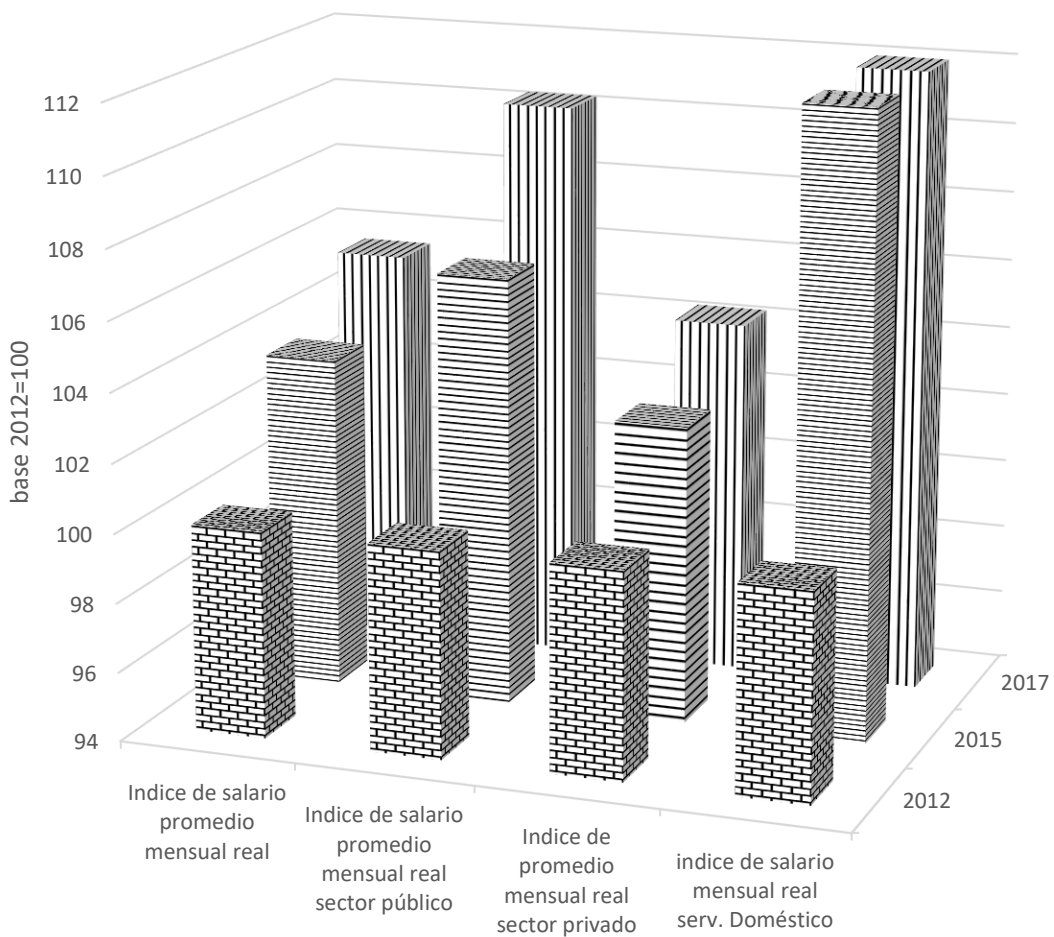
Una estructura productiva ya delineada desde hace varias décadas, caracterizada por la terciarización de las economías latinoamericanas, junto con niveles de desempleo de carácter estructural, forman parte de una mezcla nociva, muy tóxica, para la clase trabajadora de la región, que arroja entre otros resultados una decreciente participación de los salarios en el producto. La gráfica 2.2 pone en evidencia un patrón de comportamiento de los salarios reales que va del estancamiento a la franca contracción, con ocasionales recuperaciones mínimas insuficientes para revertir la tendencia general.

Nuevamente, dentro de los tenues matices de recuperación temporal el elemento político es decisivo, es decir, cuando han arribado al poder ejecutivo y como resultado de movimientos populares de amplia base social, gobiernos que atienden los intereses de los trabajadores o sectores populares, se presenta una leve disminución del desempleo. Ahora bien, no se trata de recuperar el poder adquisitivo de los salarios por decreto, sino más bien, la contracción salarial ha sido tan prolongada, que atender ciertas demandas de los trabajadores en países como Bolivia o Perú, se convierte en un asunto crucial dentro de las agendas de los gobiernos.

Sin embargo, con la crisis global reciente el efecto es incuestionable, los salarios reales en toda América Latina cayeron. Esto significa que el ajuste recayó, una vez más, sobre las masas asalariadas, es decir, mantener los procesos de valorización del capital, bajo las condiciones actuales que exigen garantizar la rentabilidad del capital financiero a toda costa requiere de recurrir a la contracción salarial de manera persistente.

Lo económico siempre está articulado a lo político y bajo un proceso de acumulación que además de generador de desigualdad es frágil en sus bases de reproducción, el crecimiento económico se produce con grandes limitantes y conduce a la crisis generalizada. Las crisis que son un fenómeno recurrente y natural, dado que son resultado de la dinámica de crecimiento precedente, tienen efectos exponenciales al producirse sobre estructuras económicas con eslabones frágiles.

gráfica 2.2 América Latina: evolución del salario real: 2012-2017



☐ 2012    ▨ 2015    ▩ 2017

Fuente: Organización Internacional del Trabajo. Panorama laboral de América Latina y El Caribe, 2018, Lima, Perú.

La tendencia a la contracción salarial como un elemento de persistente el largo plazo es expresión de la operatividad de la ley general de acumulación capitalista. Y en este mismo sentido, la crisis global y sus manifestaciones en el suelo latinoamericano, forman parte de la dinámica de acumulación global. Sin embargo, en las articulaciones de las formaciones sociales latinoamericanas a la dinámica global de acumulación de capital, hay un patrón identificable que se ha ido desgastando y que asume la mayor inserción a la economía mundial, como una palanca de crecimiento económico a largo plazo, sobre una economía interna con escaso crecimiento, por la misma contracción salarial. Esta es una contradicción fundamental, que coloca a las economías de la región en una senda de escasos niveles de crecimiento y provoca la acumulación de graves tensiones sociales.

Lo paradójico es que en el modelo seguido, la mayor apertura del sector externo, que se traduce en liberalización comercial y financiera, flexibilidad cambiaria, se ha convertido en el canal de flujo por donde se transmite y agudiza la crisis. Es decir, lo que es presentado como fortaleza y garantía de crecimiento económico resulta ser un proceso con debilidades congénitas; el sector financiero continúa siendo el eslabón más débil del proceso de acumulación. Y de manera especial para América Latina

En la relación centro-periferia, el capitalismo de cuño latinoamericano ha sido trasladado a terrenos que le son poco propicios para lograr un crecimiento sostenido. Por ello, se ha volcado de manera tenaz hacia la extracción de plusvalor de la creciente población trabajadora latinoamericana, creando un sendero de magro crecimiento económico y elevados niveles de desempleo, con gran vulnerabilidad de la relación de las economías de la región con los componentes del sector externo.

La economía se coloca en un contexto de alta fragilidad y vulnerabilidad. Está sujeta a la evolución de sus principales socios comerciales, el precio internacional de los productos que exporta, así como de la propia dinámica de las exportaciones, a la evolución de los mercados de capitales y de divisas, a la política monetaria de Estados Unidos, a la entrada de capitales y al endeudamiento externo, entre otros elementos. (Huerta, 2017: 27)

Las sociedades latinoamericanas quedaron articuladas a un proceso global de acumulación que requiere de ellas, como espacio vital para la reproducción del capital en escala ampliada, en el sentido de colocar parte de las mercancías producidas en los países

centrales, con una elevada productividad del trabajo, que saturarían sus mercados de origen con mayor celeridad de no contar con el mercado latinoamericano, donde su menor grado de desarrollo industrial, pero con crecimiento económico sirve de soporte para la expansión de las líneas de producción de las economías industrializadas .

De igual forma, los mercados de capital de las economías industrializadas ven a las economías latinoamericanas como una válvula de escape para las presiones a la baja en las tasas de interés, a consecuencia de la ingente concentración de capitales, resultado natural de ser el epicentro del proceso de acumulación global.

La paradójica circunstancia de la crónica escasez de capital, por parte de las economías dependientes que provoca un diferencial de tasas de interés, resulta funcionalmente apropiada para la rentabilidad del capital financiero, que obtiene niveles de rentabilidad generalmente mayores que en los mercados de sus casas matrices; resulta entonces que donde hay menos capital la ganancia es mayor para el capital financiero, pero deben crearse las condiciones para la garantía de tal rentabilidad. Por ello, la importancia de construir y reproducir una estructura política con mecanismos e instituciones orientadas a la observancia de las prácticas cotidianas de la actividad bancaria y financiera locales, con lineamientos emanados de los centros del poder financiero mundial. Así no resulta extraño que el mercado financiero presente una gran expansión y una mayor tendencia hacia la homogeneidad en sus normas y prácticas, aunque el costo del dinero sea distinto en los países industrializados y en América Latina.

A una más acentuada dependencia de los centros metropolitanos se corresponde una menor interacción económica entre las economías latinoamericanas. Aquí se produce una contradicción adicional, puesto que la vecindad, así como la herencia histórica común, lleva a una agenda política con similitudes, por lo menos en el terreno de la política internacional. Pero la dinámica de la estructura económica, diseñada desde el centro, les otorga a los estados nacionales de la región escasos márgenes de maniobra.

De tal forma, que ante el ocaso de la hegemonía inglesa, consumado con la Segunda Guerra Mundial, el comercio y las finanzas mundiales se movieron hacia otro epicentro, en una verdadera reestructuración del orden mundial, y América Latina mantuvo la misma posición de subordinación, ahora más acentuada en materia política, porque la consolidación

de los Estados Unidos como la hegemonía incuestionada de todo el orbe, provocó una marcada tendencia al alineamiento mundial hacia la política norteamericana, aderezada con intervenciones políticas y militares directas en la región.

El desarrollo desigual de la economía mundial crea a su vez una desigual especialización de la economía de un país o de una región con respecto a otras, pero esta especialización es sólo uno de los polos de una contradicción dialéctica en la que ambos cambian con una modificación de las exigencias del país central. El subdesarrollo se desenvuelve en función del desarrollo de la metrópoli, y lo que permanece constante es la posición del país subordinado. (Aricó J. M., 2010: 104)

La estructura de dependencia se trasladó y alcanzó mayores niveles de complejidad, porque los componentes de la configuración económica, política y social de la región latinoamericana se diversifican; a la herencia colonial y sus lastres se agrega el peso de la economía de enclave y su costo social, para posteriormente abrir espacios al crecimiento industrial dependiente, centrado en el mercado interno, mismo que al agotarse fue impelido a reorientarse hacia el exterior, en una presunta búsqueda de mayor competitividad, pero basada en la contracción salarial. Sin embargo, esta larga trayectoria quedó definida a consecuencia de profundas crisis económicas, con efectos sociales devastadores.

La economía exportadora constituye la etapa de transición a una auténtica economía capitalista nacional, la cual sólo se configura cuando emerge allí la economía industrial, y que las supervivencias de los antiguos modos de producción que regían en la economía colonial determinan todavía en esos países las leyes del desarrollo del capitalismo dependiente. (Marini, 2015: 152)

La crisis que hoy enfrenta América Latina es una crisis estructural, en el sentido de que hay un agotamiento de los impulsos que dieron cauce al crecimiento económico que articula una base económica interna, cuyo soporte es el trabajo asalariado, al mercado mundial capitalista. Pero, el sistema global y sus expresiones latinoamericanas pueden reproducirse y mantener el proceso de acumulación de capital, sólo que el costo social es cada día más abrumador.

El saldo de la crisis global en la región latinoamericana es desastroso en materia de gestión social, especialmente en materia sindical. Es la otra cara de la embestida neoliberal

que hizo de los derechos sindicales un verdadero campo de batalla política e ideológica, donde se concentraron sus energías y recursos, en una concertación de intereses de todos los segmentos del capital. Al estar mundializada la operatividad del capital financiero, junto con el combate a la inflación se realizó, de manera incluso adelantada, el combate al sindicalismo. Y los resultados están a la vista (ver tabla1).

La llamada densidad sindical, es un indicador construido para denotar el porcentaje de trabajadores asalariados sindicalizados, dentro de una determinada actividad, rama de actividad, para finalmente, construir un promedio por país. Así queda en evidencia que, de toda América Latina, sólo tres países, han logrado mantener, y con distancias significativas, un peso considerable en la gestión sindical, como un instrumento con capacidad negociadora para la contratación laboral. Comenzando con Cuba, donde parece que los sindicatos rebasan la gestión del mercado laboral y forman parte orgánica de la estructura del poder político.

A la distancia, le sigue Argentina, donde cabe recordar la larga trayectoria de actividad sindical y sus ciclos de crisis y resurgimiento, así como los vaivenes en la relación con el poder estatal, sobre todo el llamado período de sustitución de importaciones inmediato a la posguerra. El tercer lugar, dentro de este grupo le corresponde a Uruguay, país con una gran tradición de lucha, gobernado recientemente por un icono de la trayectoria política de su país, desde la resistencia hasta su arribo al poder ejecutivo: José Mujica.

La presencia sindical en el mercado laboral es un asunto de primer orden en materia social y política; un indicador especial que registra el rumbo político de un país, en concordancia con un patrón de acumulación, que en América Latina presentó drásticas transformaciones, desde la década de los setenta del siglo pasado, tanto en el plano del ejercicio del poder político como en las bases de la valorización del capital. Ambos componentes y su articulación no pueden quedar desligados.

Todavía más, el ejercicio autoritario del poder político en amplias regiones del subcontinente, dirigido específicamente para garantizar el control del mercado laboral, encontró como directriz el antisindicalismo. Y fue el prelude de la imposición, sin ambages, del credo neoliberal, que de paso asume a las organizaciones sindicales como factor de desequilibrio del mercado, por supuesto sin aclarar en qué momento se rompió el pretendido equilibrio y menos indicar cuál es el salario de equilibrio, en forma precisa.

<b>Tabla 1 Densidad sindical en ALC: 2010-2015 (% dentro del total de asalariados)</b>	
<b>i) superior a 25%</b>	<b>Cuba 81% Argentina 48% Uruguay 30%</b>
<b>ii) entre 30% y 10%</b>	<b>Panamá 23% Brasil y Nicaragua 20% Chile y Venezuela 18% México y Rep. Dominicana 14% Costa Rica y El Salvador 10%</b>
<b>iii) menos de 10%</b>	<b>Ecuador y Honduras 8% Paraguay 7% Perú 5% Colombia 4% Guatemala 3%</b>

Nota: Los datos gubernamentales utilizados por OIT corresponden a: Cuba, El Salvador, Guatemala, México, Panamá, y Uruguay. Para el resto se utilizan, según el caso, fuentes gubernamentales (en ocasiones para actualizar), o estimaciones sindicales. Los datos para Cuba corresponden a 2008.

Fuente: Panorama laboral normativo, en materia de libertad sindical y negociación colectiva en América Latina y Caribe, OIT, 2016, Sao Paulo, Brasil.

En economías de gran tamaño, dentro de la región latinoamericana, como Brasil y México se ha operado una reestructuración política, enlazada con una modificación estructural sobre las bases del crecimiento económico y bajo una línea directriz inamovible: la contracción salarial generalizada. Para ello, resulta fundamental reducir de manera drástica el poder sindical, independientemente de que como en el caso de México, el sindicalismo se encuentre fuertemente vinculado a la estructura del poder político. Por consiguiente, la participación sindical en la gestión laboral, en este segundo grupo de países, en ostensiblemente menor.

En el caso de Chile hay que tener presente que ahí se inició la oleada neoliberal en forma por demás cruenta, con el golpe de estado en contra del Presidente Salvador Allende. La junta militar que se instauró hizo de la embestida antisindical una de sus banderas. Y allanó el terreno político y social para que el credo neoliberal se aplicara a ultranza, como una muestra ante el mundo de la factibilidad de la libre acción de las fuerzas del mercado, de manera particular en el terreno laboral, donde se dejó al arbitrio de estas fuerzas hasta el

mismo sistema de pensiones de los trabajadores. Hoy queda evidenciado que estas pretendidas fuerzas, que supuestamente llevan de manera automática al equilibrio, tienen un elevado componente depredador y, después de tantos años, las mismas pensiones se hallan en un riesgo extremo de quedar pulverizadas.

En el tercer grupo de países, de acuerdo con la clasificación de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) (Organización Internacional del Trabajo, 2016: 200), la incidencia de las organizaciones sindicales es definitivamente marginal. Es resultado de la compleja, dolorosa y traumática, trayectoria social y política de estos países. Con verdaderas prácticas de exterminio para sus sectores más pobres, la gestión sindical no puede prosperar en medio de la guerra civil, o cuando los gobiernos autoritarios ejercen de manera persistente prácticas de represión masiva.

Así se explica este saldo sindical regresivo, acentuado en los países de menores niveles de crecimiento económico, de paso da cuenta que las organizaciones sindicales no son factores de rezago en materia de crecimiento; con del desarrollo industrial y la diversificación económica se intensifican y vuelven más complejas las relaciones laborales y la búsqueda de la organización, a través de la vía sindical, es resultado de la identificación de causas comunes en el terreno de la producción de bienes y servicios. Y, por consiguiente, en las pretensiones salariales y en materia de seguridad social.

Lo que se pretende destacar no es únicamente la menor presencia sindical en la contratación y, por consiguiente, la menor incidencia en el mercado laboral, que de ello deviene, adicionalmente, dejar en claro que no se presentó algún mecanismo que contrarrestara los efectos de esta tendencia innegable por parte del estado, ya que esto es ajeno a la lógica de los planteamientos neoliberales. Pero, tampoco un movimiento alternativo o de resistencia, por parte de las masas trabajadoras en el mismo sentido compensatorio. Y, es en este punto, asociado con la persistente crisis económica y el objetivo invariable de la política neoliberal, que busca sostener a toda costa la rentabilidad financiera, sin avizorar la salida para dinamizar el crecimiento económico, donde el fomento a las organizaciones productivas sobre bases sociales cobra mayor trascendencia.

## **2.2 América Latina y los bloques comerciales internacionales**

La presencia de América Latina en los circuitos del comercio internacional quedó enmarcada por la inequidad y la subordinación, resultado de su propia condición de región articulada a las necesidades de acumulación de capital de las metrópolis. En los espacios de gestión del comercio internacional se reproduce la misma condición, pues las instituciones captan, procesan y reproducen el orden mundial establecido y tal orden fue definido por las directrices de la hegemonía estadounidense, que después de 1945 quedó como factor de reordenamiento de las actividades financieras y comerciales internacionales, y como arquitecto del nuevo orden institucional global.

Por ello, los organismos internacionales de regulación de los movimientos de activos financieros, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, al igual que el anterior GATT, hoy, OMC, llevan el sello de la hechura norteamericana; se estableció el nuevo orden global de acuerdo a un proyecto de reordenación económica y política total, con los intereses norteamericanos como prioritarios y, en muchas ocasiones únicos. Así que el orden político e institucional mundial, vigente después de la Segunda Guerra Mundial y la hegemonía norteamericana quedaron ligados para siempre.

Toda organización, como todo fenómeno físico, organizacional y, por cierto viviente, tiende a degradarse y a degenerar. El fenómeno de la desintegración y de la decadencia es un fenómeno normal. Dicho de otro modo, lo normal, no es que las cosas duren como tales, eso sería, por el contrario inquietante. No hay ninguna receta de equilibrio. La única manera de luchar contra la degeneración está en la regeneración permanente, dicho de otro modo, en la aptitud del conjunto de la organización de regenerarse y organizarse haciendo frente a todos los procesos de desintegración. (Morin, 1994: 126)

Analizar las tendencias del comercio mundial, hoy realizado a partir de la formación de bloques comerciales, y que parecen traslaparse con la proliferación de acuerdos comerciales internacionales, vuelven más complejo el panorama; una especie de red global con diversos nodos cuyo peso va cambiando, tanto con los impulsos que dan dinamismo a los flujos comerciales, como con las crisis recurrentes y otras más graves, que van al corazón del sistema como las de 1929 y 2008. Todavía más, si se toma en consideración que con el

paso del tiempo se produce un desgaste de los mecanismos y las propias instituciones creadas ex-profeso para garantizar la estabilidad en los movimientos de capital y mercancías.

Captar las tendencias del comercio internacional requiere adentrarse en el largo recorrido de los movimientos de mercancías entre países y bloques comerciales, recopilado por los mismos organismos internacionales. Para no quedar en medio de los árboles y mantener la perspectiva del bosque, conviene recordar una advertencia que parece muy a tono para el manejo de los datos como evidencia de cualquier problema de investigación:

La aplicación de la ley de los grandes números y largos períodos a la política o a la historia significa nada menos que la voluntariosa destrucción de su propia materia, y es empresa desesperada buscar significado en la política o en la historia cuando todo lo que no es comportamiento cotidiano o tendencias automáticas se ha excluido como falta de importancia. (Arendt, 2016; 53)

Efectivamente, la modernidad capitalista se nos presenta como el imperio de lo gigantesco, de lo descomunal; todo se expresa en grandes magnitudes, como si el sistema hubiese creado, para su descripción, su propia narrativa, que tiene sus puntos extremos: por una parte, la dinámica de la acumulación conduce a la concentración de capital, en volúmenes extraordinarios, concentrados por las grandes corporaciones financieras (billones de libras, dólares, etc.), por la otra genera millones de desempleados y desposeídos. En el comercio internacional, también se reproduce este esquema concentrador y esas ingentes magnitudes.

El comercio global de mercancías parece quedar instalado en una tendencia hacia el crecimiento secular, como si la naturaleza de la acumulación global de capital, le impregnase en automático una fuerza expansiva. Parece un proceso anclado en la cotidianidad de la reproducción del capital y de la competencia entre los diferentes capitales, que a los períodos de crecimiento le sigan períodos de recuperación, y que los flujos de comercio internacional queden sujetos a estos mismos comportamientos cíclicos. Sin embargo, la crisis de 2008 es de mayor profundidad, ya que no únicamente deviene en una drástica caída, tanto en las exportaciones como en las importaciones, sino en la incapacidad para restaurar las bases para la recuperación de los ritmos de crecimiento del comercio internacional.

Hay que tener presente que la recurrencia de las crisis de acumulación del capital ha generado propuestas de gran calado y de largo plazo para enfrentarlas, o por lo menos

atenuarlas. Así, en gran parte de los estados nacionales de Europa se ha ido gestando un decidido proceso de integración, que comenzó en el plano comercial y se ha extendido a todo el proceso político en su conjunto, pasando por los procesos monetarios, judiciales, así como de compensación por los inevitables desajustes regionales. En tal medida que puede considerarse a la Unión Europea como un bloque, cuyas políticas comerciales y financieras, entre otras, tienen un impacto global. Por consiguiente, parecía perfilarse una tendencia al aumento de la actividad comercial de la Unión Europea cuando se produce la crisis global de 2008, que precisamente pone a prueba la capacidad de respuesta de sus órganos de gestión, tanto en materia comercial y financiera, como en la complicada red de gestión política internacional.

En la gráfica 2.3 queda plasmada la magnitud de las afectaciones en materia comercial; la crisis global interrumpió de tajo la tendencia hacia la integración comercial, dentro de la cual se observa que las exportaciones e importaciones al interior del bloque comercial son el principal componente de este impulso integrador, mismo que adicionalmente se había instalado en un proceso de gradual crecimiento, en el sentido de ir incorporando a un número cada vez mayor de economías, además del aumento continuado en la magnitud de los flujos comerciales.

Por ello, la crisis no solamente se traduce en una caída en los niveles de intercambio, tanto al interior del bloque comercial como hacia afuera; se trata de una verdadera limitación de las bases de crecimiento económico. Donde la actividad comercial al interior del bloque forma parte de un camino que se recorre acompañado de la integración financiera y de directrices políticas comunes, especialmente en materia de política económica. Debemos recordar, por ejemplo, que la concentración de atribuciones en el Banco Central Europeo se traduce en un alineamiento general de gran parte de las economías europeas en materia monetaria.

Luego entonces, la caída en la actividad comercial deja en claro que los bloques no son una garantía de invulnerabilidad o siquiera de amortiguamiento de las crisis cíclicas, propias del desarrollo capitalista, pero sobre todo que la dimensión de la crisis actual y sus secuelas son de tal magnitud que han puesto en jaque a todo un proceso de integración de largo plazo; un dique o un conjunto de limitaciones a la actividad comercial regional e

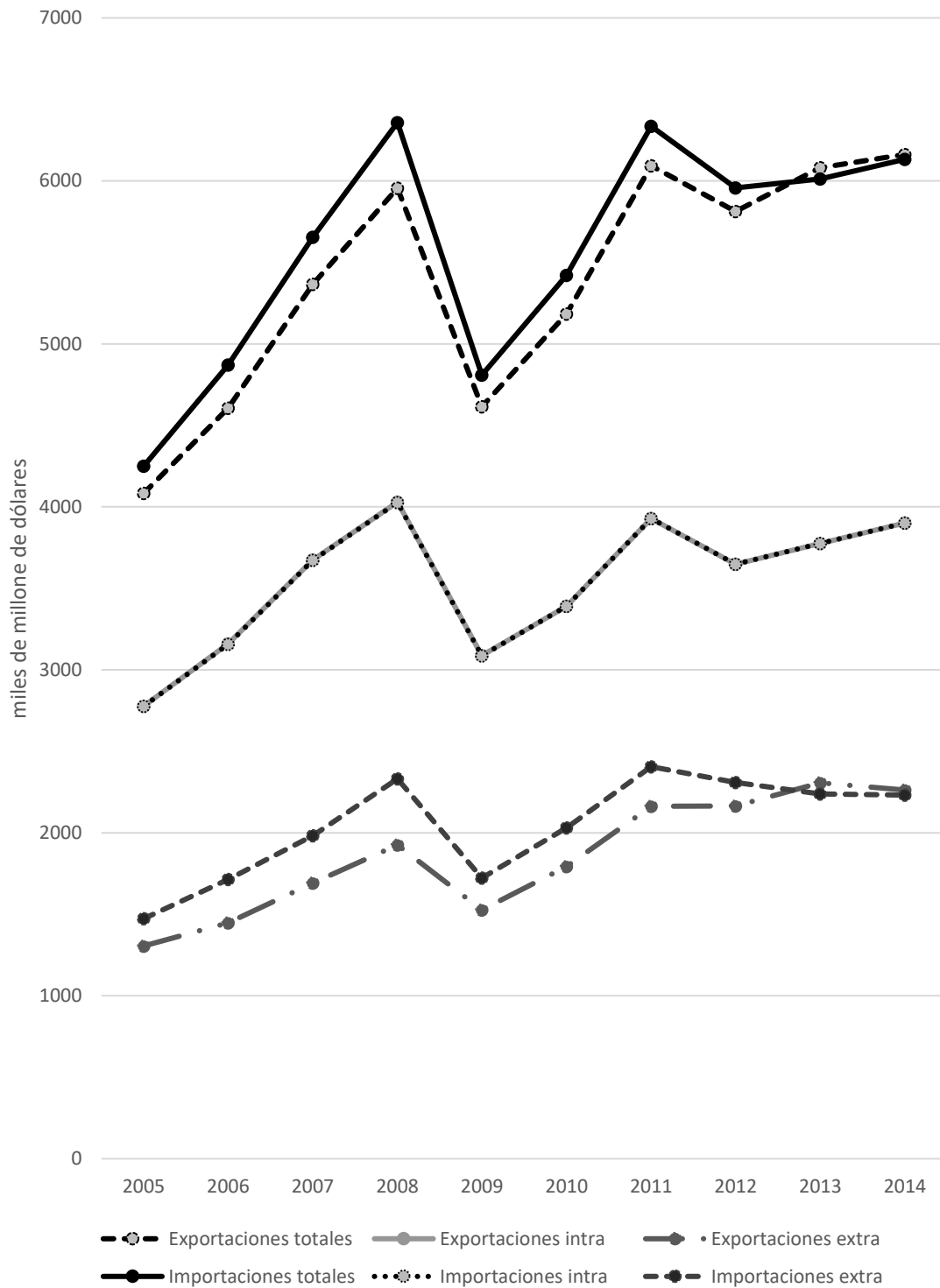
internacional, con efectos que no quedan circunscritos meramente a este ámbito, sino más bien forman parte de un proceso más complejo que generan un reflujo político de manifestaciones más diversas y radicales, tanto en las economías más avanzadas de Europa como Alemania, como en las que se han colocado a la zaga como Grecia o España, es decir, se trata de un proceso generalizado, de alcance global, que trastoca las bases sobre las cuales se ha ido construyendo un proyecto de igual naturaleza, llamado a reconfigurar el comercio, las finanzas y la política internacionales.

De ahí que el fortalecimiento de las corrientes proteccionistas no va sólo, es decir, corre de manera paralela a proyectos políticos asociados al nacionalismo y a sus expresiones más deleznable. La salida de la crisis global es de crucial trascendencia, no sólo por las vías que pueda seguir el comercio internacional, sino porque de su gestión global se despliegan las relaciones entre los estados nacionales, en el marco de una estructura institucional que se mueve y se orienta por la correlación de fuerzas, constituidas por toda una gama de factores de poder, incluido, por supuesto, el militar.

Los caminos a seguir y los procesos económicos, políticos y sociales que se puedan derivar de la búsqueda de opciones del capital por continuar su incesante reproducción seguramente repetirán recetas ya antiguas, como el mismo proteccionismo, aunque este pueda estar revestido de nuevos ropajes, pero como se trata de una crisis de profundidad y persistencia inéditas, el desgaste de las instituciones supranacionales y su inevitable crisis serían el preludio de senderos todavía por construir, en esta nueva mutación del capitalismo ya añejo, en su propia cuna: Europa Occidental.

Mientras tanto, la Unión Europea (28) se percibe como el proyecto de integración de mayor peso en el terreno comercial. Aunque su camino quedó interrumpido por el llamado Brexit, es decir, la salida del bloque de Inglaterra. Una obra de gran calado que implicó la formación de una gran estructura institucional, para que las políticas monetaria y comercial, entre otras, tuviesen elementos de convergencia. Pero que conllevan una pérdida relativa de autonomía, sobre todo para las economías más pequeñas. Mientras las más grandes y competitivas como Alemania, sienten la holgura para que sus exportaciones se distribuyan con mayor fluidez.

gráfica 2.3  
 Unión Europea: Exportaciones vs. Importaciones (miles de millones de dólares, base 2005)



World Trade Organization. World Statistical Review, 2015.

Cabe hacer notar la similitud en las magnitudes registradas por las importaciones, al interior de este bloque comercial, pues prácticamente coinciden con las exportaciones, por ello, las líneas sobrepuestas denotan un recorrido casi idéntico de las dos variables. En este aspecto, queda evidenciada la consistencia del bloque, lo cual no indica que todos sus integrantes tengan en equilibrio sus balanzas comerciales. Mientras, las exportaciones e importaciones totales del mismo bloque, con el resto del mundo corren en paralelo, pero ya no son iguales, aunque en la trayectoria registrada de 2005 al año 2014, (gráfica 2.3) no se observa un desfase entre las importaciones y exportaciones del bloque; se desploman con la crisis de 2008, para confluir en un ligero superávit en años posteriores, con escasos impulsos para llegar a los niveles previos.

La manifestación del escaso dinamismo de la Unión Europea, en el plano del comercio internacional, radica en que logra un ligero superávit, pero con niveles de intercambio inferiores a la crisis de 2008. Dado que las importaciones y exportaciones al interior del bloque son prácticamente iguales, los saldos del bloque se encuentran determinados por las cuentas con el resto del mundo. De ahí las coincidencias en las tendencias observadas.

La gráfica 2.3 revela que la crisis global de 2008 llegó en un momento en que la Unión Europea se encontraba en una situación ligeramente deficitaria, para que en los años siguientes pasara a alcanzar un ligero superávit, pero anclado a un menor dinamismo, es decir, la mejoría en el saldo comercial del bloque se produce cuando se reducen los ritmos de crecimiento del mismo y la economía mundial se contrae. Sin embargo, lo más notorio es que la recuperación apenas da señales de regresar a los niveles anteriores a la crisis.

De la misma manera, las importaciones y exportaciones al interior del bloque son el factor determinante de la evolución del comercio de la Unión Europea en su conjunto. Este crecimiento de las relaciones comerciales, cuya palanca es el intercambio al interior de las economías que conforman el bloque, parece ser un resultado lógico de la integración europea y de presentarse como un ente monolítico, también revela que se han sentado las bases para el desarrollo de un nuevo, aunque limitado proteccionismo, donde la prioridad de la gestión institucional es fomentar el aumento de los intercambios comerciales al interior del bloque.

En otro continente, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), con casi la mitad del valor de los intercambios comerciales que la Unión Europea, tampoco escapa de la abrupta caída con la crisis de 2008. (Ver gráfica 2.4) Las exportaciones al interior del bloque comercial siguen el mismo camino que las de fuera del bloque. Pero, del lado de las importaciones, las que provienen fuera del bloque determinan el saldo deficitario del comercio de esta región en relación con el resto del mundo.

Al respecto, cabe señalar que la posición hegemónica de los Estados Unidos en el TLCAN, se traslada al campo del comercio internacional. En este caso, el desmesurado déficit comercial de la economía norteamericana se refleja en los saldos comerciales negativos de la región; el descomunal tamaño de la economía norteamericana se convierte en una fuerza de atracción inevitable e inmediata para sus vecinos. Ello no se traduce en automático en déficits generalizados para las economías que integran el tratado en cuestión, pero sí en el destino del mismo; el estrecho vínculo entre el tratado y la política interna de los Estados Unidos, ante un persistente y creciente déficit comercial de los Estados Unidos, el poder ejecutivo lo ajustó a su política interna.

Y la llegada de la administración Trump, representa el regreso a las formas más simples de proteccionismo y del ejercicio de la política en todos sus niveles, pero no a escala de bloques regionales, como sería el caso de la Unión Europea, sino en una perspectiva más acotada, es decir, desde la economía y política estrictamente norteamericana, dejando de lado el papel histórico de motor de la economía mundial, que los mismos Estados Unidos asumieron de manera unilateral.

La celeridad con la que el TLCAN ha sido ajustado por la administración Trump, con Canadá, con algunas resistencias y México totalmente alineado, deja constancia de la determinación de los gestores de la política norteamericana, para cerrar un capítulo más en el camino de consolidar una dirección unilateral, sin admitir el menor cuestionamiento de cualquier estado nacional. De esta manera, en la región y en el mundo los intereses norteamericanos quedaron en el epicentro de los programas de gobierno de la administración actual. Por consiguiente, la política internacional de los Estados Unidos, en todas las áreas se traduce en un reflejo de la política interna.

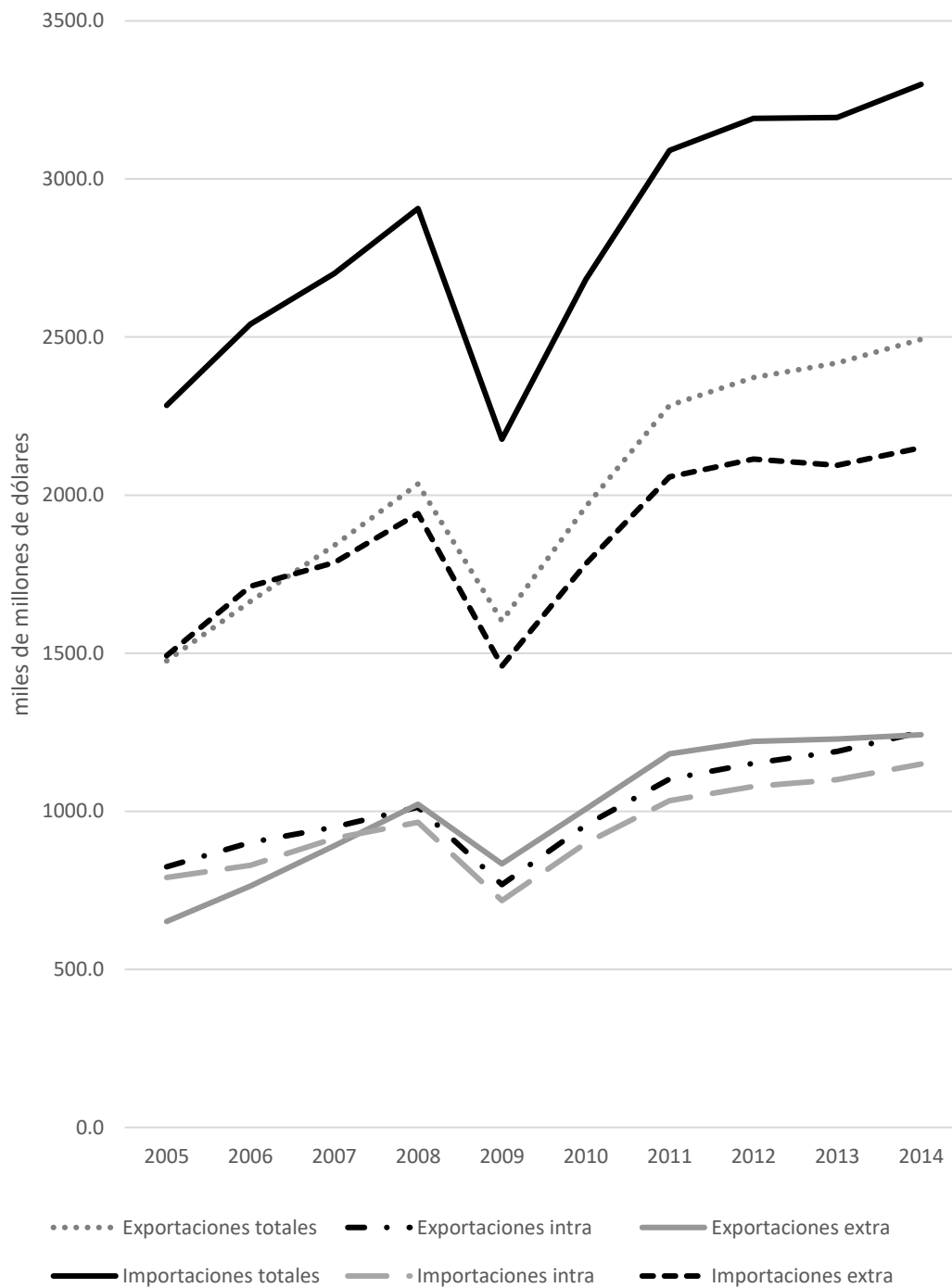
La búsqueda de alternativas para la crisis global no parece encontrar, desde el lado norteamericano, una propuesta de la misma naturaleza y mucho menos la búsqueda de un consenso, por lo menos de carácter regional. Por el contrario, Trump parece tener una perspectiva estrecha de la dimensión de la crisis mundial, donde los socios comerciales y vecinos son colocados en una arena de importancia secundaria; la política comercial de la región y del mundo queda entonces bajo la presión permanente de un proteccionismo fortalecido y diseminado desde la propia administración federal norteamericana, donde el ideal del libre comercio va siendo abandonado hasta en el plano discursivo.

Ahora bien, si los antiguos socios comerciales incorporados bajo el liderazgo norteamericano, en el extinto TLCAN, subrepticamente quedaron colocados bajo la condición de aliados menores, en el terreno del trato trilateral entre los estados que suscribieron el citado tratado, el panorama para el resto de las economías latinoamericanas tiende a recrudecerse; la exportaciones de la región se verán constreñidas por la presión de las corrientes proteccionistas, que evidentemente se incrustarán en la práctica cotidiana de la política comercial de los Estados Unidos.

El rumbo a seguir depende en alguna medida de evolución de la crisis, más bien de la superación de la crisis. Pero como el escenario no parece cambiar, y por supuesto no puede cambiar sólo por el paso del tiempo; no se vislumbra una transformación estructural, porque a pesar de las dimensiones y profundidad de la crisis del 2008 no se ajustó el sistema y el capital financiero consolidó su posición dominante, lejos de asumir los costos de las quiebras que los mismos centros financieros habían provocado y que llevaron a las mismas finanzas estatales a una mayor deterioro, ya que debieron acudir en auxilio de las grandes corporaciones financieras, las cuales se beneficiaron por partida doble, es decir, con la especulación antes de la crisis y con el rescate ante la hecatombe que la especulación había provocado.

Entonces la severidad de la crisis, que en el plano del comercio internacional se traduce en bajas tasas de crecimiento en las exportaciones e importaciones, provoca la respuesta tradicional de revivir el proteccionismo, en sus diversas variantes. Aunque todo mundo considera que ello no va a garantizar la recuperación económica ni mucho menos. Por el contrario, conduce los conflictos comerciales a niveles de mayor algidez.

gráfica 2.4 TLCAN:Exportaciones vs. Importaciones 2005-2014  
(miles de millones de dólares, base 2005)



Fuente: World Trade Organization. World Statistical Review, 2015.

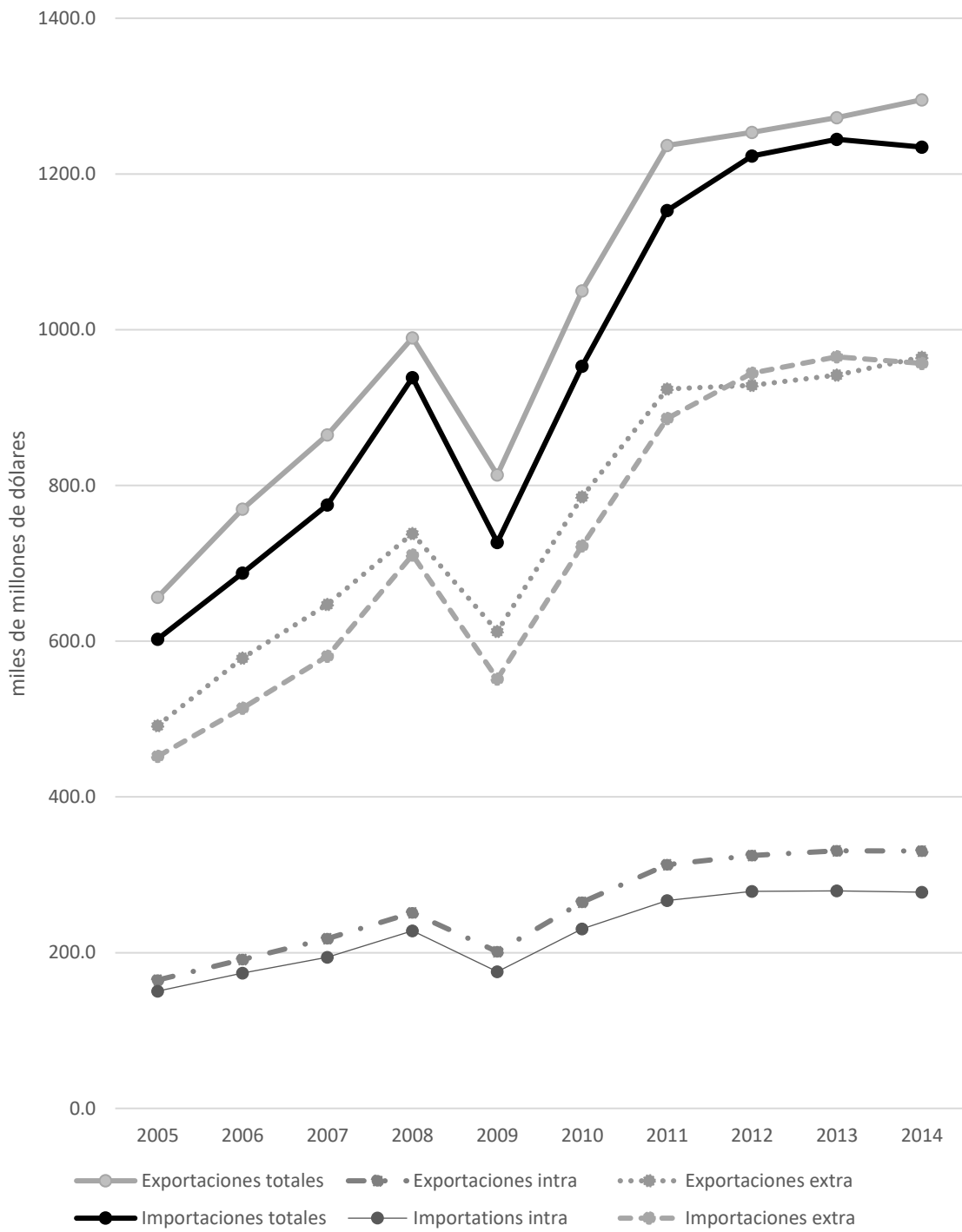
La Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) fundada en 1967, integra a 10 economías en un bloque comercial que en sólo 10 años logró multiplicar sustancialmente su volumen de intercambio comercial (ver gráfica 2.5). Pero, sobre todo es un bloque comercial que aun con la crisis de 2008, que por supuesto provocó una fuerte contracción, inició el siglo XXI con un permanente superávit, a diferencia del TLCAN, donde la colosal economía norteamericana se ha convertido en un polo de atracción de importaciones, prácticamente de todo el mundo, pero de manera especial de las regiones asiáticas.

Se trata de un proceso integración comercial con un claro objetivo exportador, basado en la explotación intensiva de mano de obra, donde los lazos comerciales al interior del bloque son ostensiblemente de menor cuantía, dado que el mayor volumen de intercambios comerciales se realiza con economías situadas fuera del bloque comercial. Tal hecho deja en evidencia que el mercado interno no es la prioridad del crecimiento económico, entonces se revela la formación de una región diseñada para la explotación intensiva de la fuerza de trabajo y, por supuesto recursos naturales, articulada a un proceso global de acumulación donde los capitales se valorizan en un sentido estricto, para realizarse en el escenario económico internacional. Y al interior, no se destaca ninguna economía de dimensiones tales como para incidir a escala global.

No estamos ante un proceso en el cual los países que componen la ASEAN encontraron un espacio dentro de la economía mundial para insertarse de manera exitosa en los flujos comerciales internacionales. Más bien, la búsqueda permanente de espacio de valorización, por parte de los gestores globales del capital, junto con las crisis recurrentes, confluyeron en la formación de esta plataforma exportadora y sometieron a la fuerza de trabajo, por la conducción política estatal, a ajustarla a los ritmos de acumulación más intensos.

Tomemos por ejemplo el caso de Filipinas: integrada a un proceso de exportación y explotación acelerada de sus recursos naturales. Pero, al mismo tiempo, se ve acompañada de un recrudecimiento del autoritarismo y la barbarie, deterioro acelerado del respeto a los derechos más elementales, por parte del estado y contracción generalizada de las condiciones laborales, muestra innegable de que el crecimiento económico, es decir, la acumulación de capital, en todas sus dimensiones, no está indisolublemente ligada a las prácticas políticas de corte democrático.

gráfica 2.5  
 ASEAN:Exportaciones vs. Importaciones (miles de millones de  
 dólares, base 2005)



Fuente: World Trade Organization. Worl Statistical Review, 2015.

Así que la preminencia del proyecto exportador y sus expresiones como el aumento del volumen del comercio internacional no se traduce en forma directa en un fortalecimiento democrático. Dentro de la configuración del orden capitalista global, se ha producido tanto una especialización y segmentación de los procesos productivos, como la construcción de amplios espacios de sometimiento y control de la fuerza de trabajo que chocan de manera frontal con los procesos de democratización y participación política creciente.

Es decir, también se ha producido una segmentación de los países en el plano político, de tal suerte que dentro del proceso de acumulación de capital global se pueden articular, países con mayor tradición democrática con países o regiones alejados, o que en su práctica política cotidiana, sean una negación de los principios democráticos. Finalmente, el comercio internacional no es un mecanismo de democratización ni mucho menos, aunque es incuestionable que influye, es más forma parte constitutiva del crecimiento económico.

Dentro de todo este contexto, moldeado por la creciente masa de capital que requiere valorizarse y realizarse, así como de las transformaciones emanadas de las crisis globales y su articulación a los procesos políticos nacionales y mundiales, queda inmersa América Latina; enorme y compleja región que comparte, rasgos, rezagos y herencias históricas comunes. Golpeadas en forma cíclica, las economías latinoamericanas han resentido de manera recurrente los impactos restrictivos de su sector externo, a manera de barómetro de sus limitadas posibilidades de crecimiento.

Las crisis económicas de la región se han expresado en problemas de balanza de pagos, como uno de los primeros síntomas de agotamiento de procesos de crecimiento previo; de los déficits comerciales se transita a los déficits en balanza de pagos, a los que se suma la especulación financiera contra las monedas locales, la posterior devaluación de las mismas y la contracción económica.

Después de los ajustes macroeconómicos, como la devaluación monetaria, la contracción salarial o el recorte del gasto público en ciertos sectores, viene cierta recuperación, y una de sus expresiones es el crecimiento en las exportaciones, cuyo desempeño queda vinculado al rumbo de la economía mundial y a la política comercial de

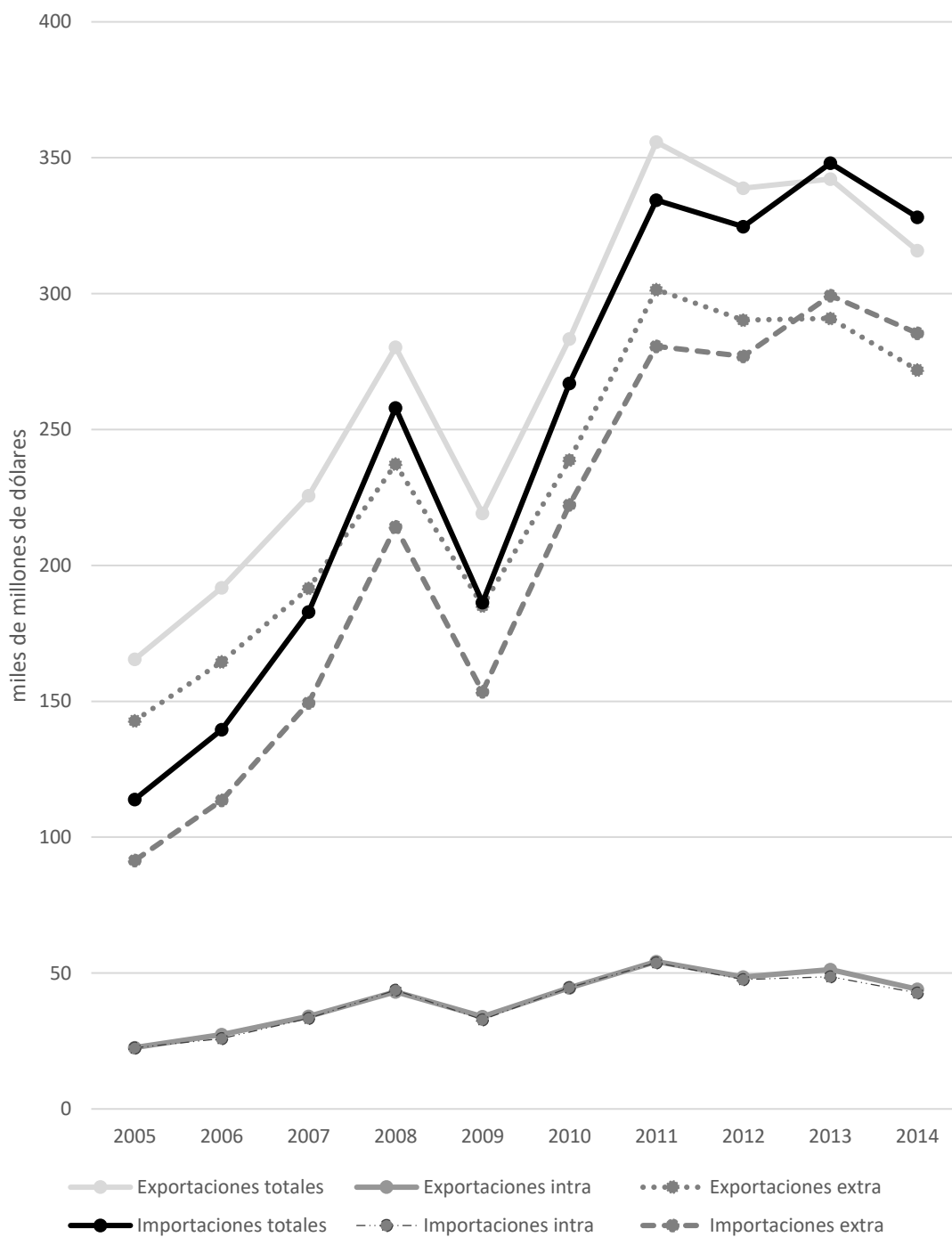
los grandes centros industrializados, así como a las líneas directrices que imponen en los organismos multilaterales de comercio internacional.

El sector externo de las economías latinoamericanas ha visto acrecentada su vulnerabilidad ante las crisis globales; el año 2008 queda registrado como un punto de inflexión en la trayectoria del comercio internacional de la región y de las propuestas de integración en esta materia, como es el caso del MERCOSUR (gráfica 2.6), la contracción del volumen de intercambio comercial es la manifestación de la agudeza de la crisis de acumulación global. Aunque en este caso los niveles de intercambio son ostensiblemente menores, en relación con otros bloques comerciales, como la Unión Europea y el TLCAN.

Pero, hay que reconocer el potencial de este bloque porque incorpora a dos de las economías más grandes de la región: Argentina y Brasil. Sin embargo, el escenario de crisis no ha quedado atrás, pues tras una cierta recuperación, el comercio exterior de la región no logra abandonar el comportamiento cíclico, propio de un sector que resiente las crecientes presiones proteccionistas, emanadas de los principales centros industrializados como los Estados Unidos, pero sobre todo la persistencia de la crisis global. Además, el intercambio comercial al interior del bloque es incipiente, en comparación con la Unión Europea, síntoma inequívoco de que se trata de dos agendas de integración diferentes en grado extremo.

Mientras en Europa la integración abarca casi la totalidad de los mercados y la creación de los organismos para su regulación supranacional, en América latina la integración queda delimitada al comercio regional. Adicionalmente, las circunstancias de creciente aislamiento internacional, por las que atraviesa Venezuela bajo la conducción de Nicolás Maduro, y la búsqueda urgente de financiamiento externo de Argentina, dirigida por el empresario Mauricio Macri se van convirtiendo las fisuras en posibles grietas para el proyecto de integración comercial que potencialmente promete mucho, pero que poco ha concretado por las circunstancias políticas, marcadas por las presiones de Washington, cuya dificultad se ve acrecentada por los servicios de la deuda externa, que colocan casi a todos los integrantes del MERCOSUR en graves problemas de balanza de pagos y la latente posibilidad de bruscos ajustes cambiarios, así como nuevos embates de la banca privada y los organismos financieros internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional .

gráfica 2.6  
 MERCOSUR:Exportaciones vs. Importaciones (miles de millones de  
 dólares, base 2005)



Fuente:World Trade Organization. World Statistical Review, 2015.

Es poco factible que bajo presiones financieras internacionales, cada vez más acuciantes, se consolide una propuesta de integración regional para Sudamérica. Aquí queda señalado, una vez más, el nexo entre finanzas y comercio, dado que las exportaciones deben constituirse en una fuente de ingresos, incluso para cubrir los compromisos financieros internacionales.

El rumbo que sigan las negociaciones entre el gobierno argentino y sus acreedores y, de manera especial, el auxilio de emergencia del Fondo Monetario Internacional resulta decisivo para la suerte de las economías de la región; una crisis de pagos de Argentina de inmediato tendría efectos de arrastre para toda América Latina y se traduciría en una cadena de devaluaciones del tipo de cambio de dimensiones continentales.

Sin embargo, el proceso no termina ahí, de hecho inicia su fase más aguda, dado que con un sistema financiero globalizado en Argentina iniciaría una nueva fase de la crisis económica mundial que encuentra en el comercio internacional uno de sus campos de despliegue de las contradicciones más agudas del capitalismo contemporáneo.

Si la crisis de 2008 contrajo las relaciones comerciales del MERCOSUR (ver gráfica 2.6) y generó bajos ritmos de crecimiento en su recuperación, una nueva crisis, que de hecho sería la continuación de la de 2008, con crecientes presiones proteccionistas, que en el caso de los Estados Unidos se enfila hacia una guerra comercial, eleva de manera sustancial el potencial de erosión del comercio de la región. Las exportaciones de las economías latinoamericanas corren el riesgo de quedar sobrepasadas por las importaciones, los compromisos de la deuda externa y el proteccionismo, casi siempre ha emanado de las potencias industriales y en la versión contemporánea se corrobora la tendencia histórica.

La comunidad Andina (Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú), en una escala todavía menor, parece reproducir los patrones de comportamiento del MERCOSUR (gráfica 2.7). El escaso comercio al interior del bloque anuncia el reducido nivel de integración, que de paso habría que resaltar el desaliento provocado por la disparidad en los proyectos políticos: en Bolivia, la dirigencia de Evo Morales y la movilización de amplias masas populares a través del Movimiento al Socialismo (MAS), sobre la base económica de fuerte explotación de los recursos naturales, con un sentido de redistribución social, a través de instrumentos fiscales,

encuentra escasa correspondencia con la dirigencia política de Colombia, de larga injerencia norteamericana, desde la asistencia financiera hasta el apoyo militar en el combate al narcotráfico.

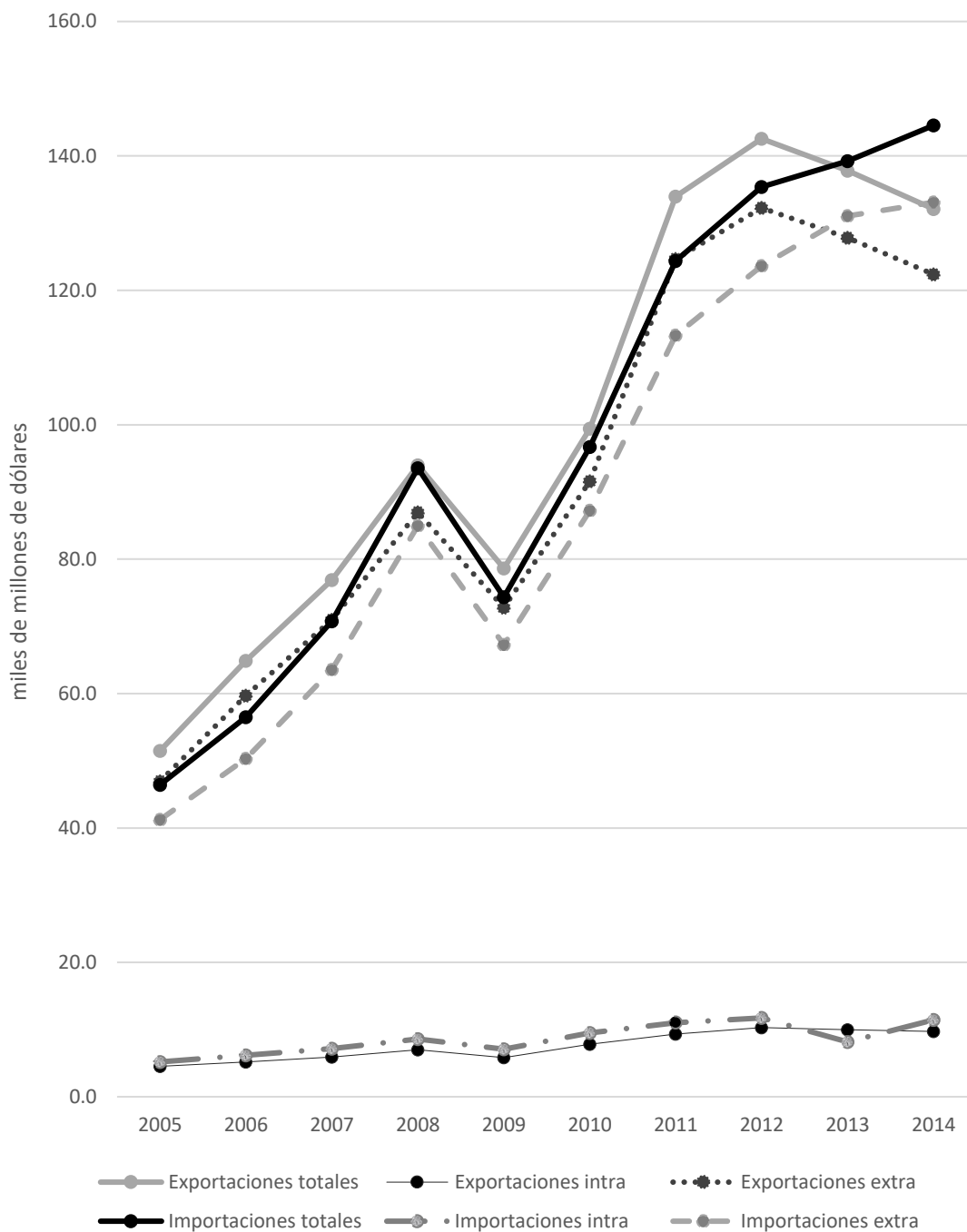
De igual forma, que en el caso del MERCOSUR, la crisis global rompió con el ritmo de crecimiento de los intercambios comerciales del bloque y lo colocó en un comportamiento sinuoso que tiende a desaparecer el escaso saldo superavitario, además de impregnar a la tendencia regional de menores niveles de crecimiento.

Esto significa que ambos bloques latinoamericanos se hallan instalados, en la misma postura intermedia de toda la región latinoamericana: necesaria para la valorización global del capital, por sus ingentes recursos naturales, materias primas y la dimensión de su mercado y necesaria para la reproducción de las grandes corrientes del capital financiero, vía la colocación de grandes empréstitos y la incorporación de la región a los grandes circuitos financieros globales, pero sin constituir, todavía, una región de vanguardia dentro de los horizontes globales de la acumulación de capital, en su vertiente de mayor productividad del trabajo de manera generalizada, como podría ser el caso de China.

Es decir, la alta productividad del trabajo, que se mantienen como el corazón de la generación de valor y, por consiguiente de la acumulación del capital, ha desarrollado en el oriente y de manera singular en China, el más extenso centro de valorización del capital productivo mundial; la magnitud del mercado laboral chino, con gran flexibilidad que se ajusta con enorme celeridad a las mutaciones del capitalismo contemporáneo, ha permitido la implementación de un mecanismo de ajuste global de la participación de la fuerza de trabajo en la distribución del ingreso global, por supuesto a favor del capital.

Entonces, América Latina está situada en medio de la reestructuración global de los procesos de acumulación del capital y se inserta en la dinámica de depredación de recursos naturales y humanos, montados sobre una tendencia de reducción salarial global y de aprovechamiento acelerado de las materias primas, que la llevarán al agotamiento de recursos y la han involucrado en una especie de competencia con China, India y regiones del tercer mundo que experimentan fuertes presiones demográficas, por comprimir los salarios, para hacer la rentabilidad del capital atractiva en suelo latinoamericano.

gráfica 2.7  
Comunidad Andina: Exportaciones vs. importaciones (miles de millones de dólares, base 2005)



Fuente: World Trade Organization. World Statistical Review, 2015.

Esta tendencia a recuperar o mantener las cuotas de ganancia, tiene sus expresiones en el terreno del comercio internacional: por una parte, las antiguas prácticas proteccionistas revestidas de nuevos argumentos, incluidos los ecológicos y sociales, orientadas a garantizar rentabilidad del capital local en territorios determinados, pero sobre todo exacerbadas por la tendencia a un escaso ritmo de crecimiento interno que provoca el desborde los aparatos productivos nacionales de los países industrializados, en relación con la dimensión de los mercados domésticos.

Desde luego, la acumulación de una serie de limitantes estructurales para el crecimiento de la economía mundial, y de manera especial para el comercio internacional de mercancías afecta sustancialmente a todas las economías, pero en diferentes grados, lo cual queda evidenciado en los diversos ritmos de crecimiento y en las propias contracciones que en cada economía ha generado la crisis global. Pero, la persistencia de la misma en el ámbito de los flujos comerciales, conduce directamente a la erosión de las bases institucionales de regulación del comercio internacional, es decir, a la crisis de la propia OMC.

Por otro lado, el lento crecimiento de los intercambios comerciales a nivel internacional, en un marco institucional global donde se mezclan los esfuerzos del multilateralismo y sus instituciones, como la Organización Mundial de Comercio (OMC), con la creciente presencia de bloques comerciales, constituidos por países que generalmente también están adheridos a la OMC, confluye en la conformación de una economía mundial, que más que presentarse como opción de crecimiento económico para los países de América Latina parece ser fuente de incertidumbre, dado que junto con este resurgimiento de la marea proteccionista, encabezada ahora por los Estados Unidos, el peso del servicio de la deuda externa, tiende no sólo a acotar las posibilidades de crecimiento, vía sector externo, sino a todo un proceso de ajuste de los ingresos por exportaciones para alinearlos al peso de los compromisos financieros internacionales de la región.

### **2.3 La irrupción de la economía china y su impacto en América Latina**

El desarrollo de las relaciones capitalistas es un despliegue de procesos complejos y contradictorios por naturaleza, signados por crisis recurrentes de diversos grados de intensidad, y crisis globales que han redefinido el rumbo productivo y las perspectivas de la conducción política del sistema en su conjunto. Así por ejemplo, con la Gran Depresión, que inició en 1929, se produjo toda una oleada de pugnas entre las élites gobernantes, que eventualmente no encontraban el rumbo, para inyectarle nuevas fuerzas e impulsos al desarrollo capitalista, y los movimientos de resistencia que buscaban nuevas opciones, a partir de las dolorosas experiencias que el mismo desarrollo capitalista había engendrado como las guerras mundiales y, de manera previa, los procesos de colonización.

La misma Revolución de Octubre está articulada a las contradicciones y condiciones que el despliegue de las relaciones capitalistas generó en todo el mundo y, evidentemente a las condiciones específicas de la, en ese entonces, Rusia zarista. En el mismo sentido, el movimiento comunista en China deviene, en gran medida, del desarrollo contradictorio de las relaciones capitalistas, en los resabios de una sociedad feudal, en abierta descomposición política, y la resistencia a los procesos de colonización de las potencias occidentales, especialmente Inglaterra, otrora centro político, económico y financiero de primer orden, pero que había sido tocado en sus cimientos por la Primera Guerra Mundial y posteriormente por la propia Gran Depresión.

Inglaterra había perdido el control sobre el enorme territorio chino de manera irreversible y de paso se habían desatado las fuerzas internas en busca de un proyecto político de manufactura interna, pero esas fuerzas se polarizaron en función de los intereses globales que permeaban la coyuntura política, que era verdaderamente crucial, pues se jugaba el futuro del capitalismo en una gran parte del mundo. Por supuesto, la misma Inglaterra, aun en su condición de imperio en decadencia, buscaba la manera de mantener sus posesiones e influencia a través de Chiang Kaik Shek, convertido en el aglutinador de los intereses occidentales y, por tanto, en brazo implacable contra cualquier proyecto político alternativo. De ahí la brutal represión contra cualquier manifestación de oposición a la línea dictatorial

que buscaba la continuidad del poder de los terratenientes, comerciantes y aristócratas chinos, articulados a los intereses del capital extranjero.

En el extremo, el movimiento comunista encabezado por Mao Tse Tung, con acendradas raíces campesinas, quedó colocado como el enemigo acérrimo de los intereses conservadores; la represión llevada a extremos de irracionalidad y demencia, radicalizó al mismo movimiento popular y la creciente injerencia extranjera, como la invasión japonesa de Manchuria en 1931, contribuyeron a crear un sendero que transitó de la represión a la guerra civil, posteriormente, a la revolución y, después de una larga lucha y de enormes sacrificios, a la toma del poder político por parte de Mao Tse Tung y el Partido Comunista Chino.

Se trata de momentos históricos excepcionales: el sistema capitalista inmerso en una crisis global, tanto en lo económico como en el plano político; las pugnas de los monopolios llevadas al extremo, es decir, a niveles de confrontación militar sin precedentes, que llevó a la erosión de la estructura mundial de los poderes imperiales que colocaban a Inglaterra como centro gravitacional, la caída estrepitosa del comercio mundial e, inevitablemente, la terrible confrontación militar.

En síntesis, el capital envuelto en el laberinto de sus propias contradicciones en dimensiones descomunales, es decir, con problemas para garantizar su reproducción ampliada, cuya directriz se encuentra en la obtención de la ganancia a través de la explotación de la clase trabajadora a nivel mundial. Se perfilaba la construcción de un nuevo orden político internacional, pues a la naciente Unión Soviética habría que agregar a la República Popular China, como baluarte de una nueva propuesta de organización política, contraria al dominio del capital.

La victoria comunista en la inevitable guerra civil de 1946-1949 culminó el 1 de octubre de 1949, cuando Mao Tse Tung se irguió en lo alto de la Puerta de la Paz Celestial de Pekín para proclamar el nacimiento oficial de la República Popular de China. (Bustelo & Fernández, 1999: 32)

Aunque con períodos intermitentes, la dirección política de China mantuvo la influencia Maoísta, en un largo período (1949-1976) a pesar de los grandes retrocesos y los

enormes costos sociales, resultado de experimentos fallidos, como El Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural China. Se buscó lograr mayores niveles de crecimiento a partir de emular la industrialización seguida por la Unión Soviética, con base en la transferencia de excedentes del sector agrícola, con planes quinquenales con resultados cuestionables, y en ocasiones francamente desastrosos, pero antes de la muerte de Mao, China se había convertido en potencia nuclear; la prioridad de proteger el proyecto político, en especial el estado chino, con el recurso del poder militar, en dimensiones que le permitiesen enfrentar a las potencias mundiales, se había consolidado.

Por otra parte, China comenzaba a madurar un proyecto económico y político de distinta naturaleza, donde un factor determinante en la conducción política y económica ha sido el Estado. Y en su estructura interna, el peso abrumador del Partido Comunista Chino, en cuya dirigencia se han dirimido las más enconadas pugnas, pero que desde los primeros años posteriores la toma del poder y, emulando en gran medida las primigenias directrices del modelo soviético, colocó a la industrialización como la columna vertebral para el desarrollo del socialismo, en tierras donde la mayoría de la población residía en el campo. Por lo tanto, la transformación del perfil productivo de China, por necesidad de sobrevivencia, ante un entorno internacional por demás hostil, debería ser radical y de grandes proporciones, para estar a tono con las potencias occidentales lideradas por un poder hegemónico abrumador, representado por los Estados Unidos.

La industrialización de China se inició en la industria pesada, la cual para poder desarrollarse requería de bienes de capital y de tecnología, en principio se adquirió tecnología en la URSS. Con el paso del tiempo, el gobierno chino consideró que no podía depender totalmente de la tecnología de un solo país, por lo que a la mitad de la década de los sesenta (y con el aliciente adicional de que sus relaciones se deterioraron gravemente), comenzó la compra de tecnología de países europeos y de los Estados Unidos. (Villareal & Villeda, 2006: 97)

Al interior de la gran complejidad de la conducción política de China, resalta la capacidad de la élite del Partido Comunista, para fomentar y encabezar movilizaciones populares que han canalizado la energía de gran parte de la población hacia la construcción de un perfil económico, político y social propio. Tanto en el frente externo, para alcanzar una

presencial internacional respetable y con influencia creciente, incluso en la participación en conflictos internacionales de gran trascendencia como la Guerra de Corea, como en las acciones políticas internas que llevaron a barrer con la anquilosada y proverbialmente corrupta estructura burocrática imperial.

Uno de los rasgos característicos del régimen del partido comunista en China ha sido la recurrencia a las campañas políticas, que conllevan movilizaciones populares. En los primeros años de la República Popular China, las campañas de depuración fueron el instrumento para deshacerse de los enemigos del régimen y poner en práctica los cambios radicales; posteriormente sirvieron para combatir todo aquello que era concebido por la élite en el poder como vicios dentro del sistema y, finalmente, evolucionaron hacia una forma de lucha por el poder. (Cornejo, 2001: 23)

De 1978 en adelante se puso de manifiesto un marcado viraje en la conducción económica, pero emanado del mismo círculo de poder que se consolidó en el período anterior. Así que previa anulación de propuestas radicales, como la representada por la curiosamente llamada “Banda de los Cuatro”, China se enfiló, al parecer de manera irreversible, en un proceso de reformas económicas y sociales, que hicieron de la participación del capital extranjero y la apertura al exterior, tal vez el pilar fundamental de su elevado crecimiento económico.

Deng Xiao Ping, el sustituto del “Gran Timonel”, dirigió las potencialidades descomunales de China por un sendero poco convencional de control político del Partido Comunista Chino, formalmente bajo el principio de la dictadura del proletariado, con un férreo control político y administrativo, por parte del estado chino. En forma paralela, se consolida la presencia omnímoda del poder estatal, vía empresas del mismo gobierno chino, que sirven de motor para la conducción económica y política, que perfila a la economía china como la más grande del mundo.

El ascenso de la economía china, del cual el sector exportador es una expresión contundente, se conjuga con el deterioro, al parecer, inexorable de la hegemonía norteamericana, en una larga y sinuosa trayectoria que contiene rasgos similares al ciclo de cualquier imperio, erigido sobre las bases de la acumulación capitalista.

Al igual que Inglaterra, otrora centro hegemónico en los terrenos industrial, comercial, financiero y militar, los Estados Unidos ven el inicio del ocaso de su incuestionada hegemonía, a partir de un conflicto bélico, de naturaleza distinta a las Guerras Mundiales (1914-1918 y 1939-1945), que sepultaron al imperio británico y, al mismo tiempo crearon las condiciones para la expansión estadounidense, pero de un gran alcance político internacional inmediato, y de efectos retardados en la erosión hegemónica por la que habría de adentrarse, aun cuando en el plano militar, hasta la actualidad, no hay una fuerza capaz de competir con sus incursiones y su poderío. Aquí el cuestionamiento surge de la continuidad de su expansión militar desfasada de forma creciente del resto de los componentes de la estructura de poder. Pretender el control militar global, junto con menores niveles de crecimiento industrial, déficits fiscal y comercial parece insostenible en el largo plazo.

La Guerra de Vietnam, constituye un verdadero parteaguas para el devenir histórico mundial; icono de los procesos de liberación nacional y emblema de la lucha antimperialista, representa un punto de inflexión para la trayectoria de muchos procesos políticos y sociales. El conflicto se volvió insostenible cuando los costos políticos comenzaron a internalizarse en la sociedad norteamericana, para trastocarse en una crisis política, y con todo su imponente y aterrador aparato militar, los Estados Unidos debieron admitir su derrota.

Ho Chi Min, líder histórico del pueblo vietnamita no fue testigo de la reunificación de Vietnam, en la cual creía firmemente y a la cual dedicó su vida. La muerte lo alcanzó sin llegar a presenciar la victoria y el desalojo de las fuerzas militares invasoras de la potencia hegemónica incuestionada; el costo humano fue altísimo y el sacrificio del admirable pueblo vietnamita llegó al límite, pero finalmente se alcanzó el triunfo como lo imaginó el legendario líder vietnamita. Y no sólo se trataba de una victoria en el terreno bélico; el impacto político fue de proporciones globales, pues se habían comprometido y destinado recursos tan descomunales, como si en esa parte de lo que se denominaba Indochina, se jugara el futuro del capitalismo.

Si bien la Guerra de Vietnam, con su desproporcionada relación de las fuerzas en pugna y su posterior desenlace, derivó en el triunfo de las fuerzas socialistas y en una euforia generalizada en los movimientos populares, sus secuelas desbordaron el ámbito meramente militar, donde los Estados Unidos mantuvieron su hegemonía incuestionable, para

manifestarse gradualmente en el contexto de la política mundial. Mientras los sucesores de Ho Chi Min iniciaron la penosa tarea de reconstruir su devastado país, siempre con la prioridad de la defensa militar ante una eventual agresión exterior, de manera casi imperceptible se iniciaba el declive de una estructura hegemónica por demás formidable, de hecho nunca antes vista. Y, sin embargo, la carrera armamentista siguió su marcha, por parte, de los Estados Unidos; la derrota en Vietnam pareció disparar las alarmas sobre el pretendido avance del comunismo y se convirtió en poderoso argumento para justificar el descomunal gasto militar, que alimentó el creciente déficit público, mismo que se volvió imparable. En principio desequilibró, en sus estructuras, las finanzas públicas norteamericanas, para posteriormente impregnar su contenido tóxico a todo el sistema financiero mundial.

El fracaso político del estado bélico-asistencial estadounidense relacionado con ese fracaso social, fue mucho más espectacular. Su acontecimiento más importante fue por supuesto la Guerra de Vietnam, donde Estados Unidos se vio derrotado pese a la escala de sus bajas y a un despliegue de armamento y potencia de fuego sin precedentes históricos en un conflicto de aquél tipo. El resultado fue que Estados Unidos perdió gran parte de su credibilidad política como gendarme global, envalentonando con ello en todo el Tercer Mundo a las fuerzas nacionalistas y socialistas revolucionarias que la política de la Guerra Fría pretendía contener. Junto con gran parte de la credibilidad política de su aparato militar, Estados Unidos perdió también el control del sistema monetario mundial. (Arrighi, 2007: 165)

Mientras por una parte un proyecto político pretendidamente socialista construía sus cimientos, aparentemente con solidez, otro de magnitud comparable se enfilaba hacia su implosión, para finalmente desaparecer en 1991. La URSS, otrora emblema del poder mundial bipolar, dejaba su espacio político y económico a las fuerzas del capitalismo. Y daba la impresión de que la causa del socialismo estaba en franco declive, dado que la dirigencia china se había adaptado a las reglas del capitalismo en el plano internacional. Desde el triunfo de la revolución china el apoyo soviético fue limitado; el principio del socialismo en un solo país y el menosprecio de Stalin a la dirigencia comunista china, limitaron fuertemente la formación de un bloque que, por compartir principios políticos básicos, debió haber sido homogéneo. Aun con la muerte de Stalin y su posterior denostación, las relaciones sino-

soviéticas siguieron congeladas, así que la desaparición de la URSS no representó gran pérdida para China y sus crecientes perspectivas de crecimiento económico.

Sin embargo, conviene recordar que en los primeros años, la naciente república recurrió a la URSS para lograr ayuda tecnológica, e incluso organizativa. La inicial colaboración de Moscú con la causa del socialismo chino parecía potencialmente alentadora para la conformación de un bloque unificado; fue la práctica política que la élite dirigente de cada país siguió, en el contexto de grandes pugnas y purgas internas, la que terminó por enfriar las relaciones entre los dos colosos del socialismo real. Hasta que con el paso de los años, las diferencias se hicieron más notorias, a tal grado que se pueden identificar como modelos diferentes.

A fines de 1952, el gobierno anunció el final del período de rehabilitación y el comienzo del Primer Plan Quinquenal en 1953. Las líneas generales del plan seguían el modelo soviético de desarrollo de las fuerzas productivas, según el cual era necesario desarrollar aceleradamente la industria pesada a gran escala, usando para ello los recursos obtenidos del excedente agrícola. De hecho en la confección del plan participaron técnicos soviéticos, y en su puesta en práctica China recibió ayuda técnica y préstamos de la Unión Soviética. (Cornejo, 2001: 25)

China parece repetir en lo económico la singularidad de su trayectoria política, al denotar una experiencia de crecimiento económico con relativa estabilidad. De manera especial llama la atención que un crecimiento tan acelerado apenas tenga repercusiones en el ámbito de los procesos inflacionarios. Pues, cualquier impulso al crecimiento económico se traduce en presiones al alza de los precios, sobre todo, cuando en los primeros años del triunfo de la revolución era evidente la escasa presencia del sector productor de bienes de capital; entonces, elevar la producción implica utilizar una mayor cantidad de capital constante, cuya escasez lleva necesariamente a recurrir a las importaciones. Desde finales del siglo pasado, el comportamiento macroeconómico de la economía china parecía haber sorteado al proceso inflacionario, como un obstáculo para el crecimiento. Sus dimensiones crecientes y su aparato productivo cada vez más diversificado parecían, desde entonces, contar con la capacidad de asimilar las presiones inflacionarias.

Es verdad que en los últimos años, la inflación urbana china se ha disparado (alcanzó un máximo de 24.1% en 1994), como lo hizo también en 1998, pero no menos cierto que entre 1978 y 1992 puede calificarse de una expansión rápida y no inflacionaria. (Bustelo & Fernández, 1999: 21)

En congruencia con su crecimiento económico interno y externo, China gradualmente ha consolidado su presencia en el plano de las negociaciones comerciales internacionales. En un camino ciertamente sinuoso, pues el triunfo de las fuerzas revolucionarias se realizó en un contexto coyuntural singular, marcado por la polarización y el enfrentamiento entre las grandes potencias occidentales y, al mismo tiempo, por la obsesión de Hitler de acabar con el país de los soviets, con la complacencia occidental. Así que después de la toma del poder por Mao y sus huestes revolucionarias, el entorno internacional se convirtió en un espacio adverso, dado que occidente recrudesció su hostilidad a la naciente república, vista como una nueva amenaza a la continuidad del orden capitalista, restablecido después de la derrota de Hitler.

En la necesaria reorganización de los espacios de reproducción del capital, después de la segunda Guerra Mundial, se reconfiguraron los organismos internacionales: de la desaparecida Liga de las Naciones, se pasó a la Organización las Naciones Unidas, construida bajo la égida norteamericana. Y así como ocurrió con la ONU, la esfera de influencia del incuestionado poder norteamericano alcanzó a todas las organizaciones internacionales que segregaron a China, hasta que inició su proceso de reformas económicas, como paso previo para su reconocimiento y posterior incorporación a los organismos internacionales.

La Revolución de 1949 y la intervención del Ejército de Liberación Popular en la Guerra de Corea hicieron que China quedase excluida de los organismos de las Naciones Unidas, en los que la representación china corrió a cargo de Taiwán hasta 1971. Sólo en ese año el gobierno de Pekín se convirtió en representante de China en la Asamblea General y el Consejo de Seguridad de la ONU. En 1980 China fue admitida en el Fondo monetario Internacional y el Banco Mundial. En 1982 recibió un puesto de observador en el Acuerdo general sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) y en 1984 Pekín firmó el Acuerdo Multifibras que regula los intercambios internacionales de productos textiles. (Bustelo & Fernández, 1999: 211)

A la muerte de Mao se intensifican las pugnas políticas; en la cúpula del poder se reflejaban los debates y enconos por encontrar el rumbo para la compleja sociedad china, su vasto territorio y numerosa población, en el marco de un proyecto presuntamente socialista, que por lo menos formalmente, mantiene el principio de la dictadura del proletariado. Después, habrían de fraguarse las reformas que marcan el cambio de ruta, el viraje hacia el exterior, que se traduce en el acercamiento a los organismos internacionales y una apertura hacia el exterior, en especial a la búsqueda de tecnología y capital extranjero, para alcanzar el crecimiento económico, así que la muerte de Mao se convierte en un punto de inflexión para la trayectoria política y económica de China.

La dirección política encuentra correspondencia con el nuevo perfil de una economía con acentuados rasgos de planificación y, al mismo tiempo, una inserción de gran calado en los circuitos comerciales, financieros y políticos del orden capitalista global, todavía bajo la determinante influencia norteamericana. Por consiguiente, la incorporación de la cada vez más grande economía china a las esferas de acumulación del capital global tiene el sello norteamericano, al igual que las instituciones que se crearon, se consolidaron y también se desgastaron bajo la hegemonía norteamericana.

La culminación de este período de adecuación al orden capitalista, a sus ritmos de acumulación y, por ende a sus crisis, se puede denotar claramente en la adhesión de la República Popular China a la OMC. Después de un largo período de negociaciones, el coloso asiático es parte contratante de pleno derecho; quedaba sellada una nueva senda para el futuro del comercio internacional, un país considerado subdesarrollado, hasta hace poco tiempo, se incorporaba in jure a una reorientación de los flujos comerciales globales que ya empezaba a realizarse de facto. China cambiaba radicalmente su perfil político y económico, pero también habría de modificar los flujos del comercio internacional. Sin embargo, hay que tener en consideración que la presencia del capital extranjero ha sido fundamental para alcanzar un crecimiento tan impresionante.

El 23 de abril de 1986 Hong Kong, entonces una colonia británica, se convirtió en parte contratante del GATT. El 1° de julio de 1997 la República Popular China reasumió su soberanía sobre Hong Kong. Posteriormente, Hong Kong, como parte contratante del GATT, participó plenamente en la Ronda Uruguay y asumió todos los derechos y obligaciones a

través de la aceptación formal de los resultados de la Ronda Uruguay de Negociaciones Multilaterales de Comercio, redactada en Marrakech el 15 de abril de 1994. En estos términos el 17 de septiembre de 2001, concluyó con éxito las negociaciones con China para su ingreso a esta importante organización, a la que están afiliados la mayoría de los países del mundo. (Cancino, 2012: 8)

Dentro del drástico cambio de rumbo de la política y la economía chinas, se pueden detectar claramente síntomas del ejercicio del poder, por parte del gobierno chino que no dejan duda de que, en la medida en que se realizó el acercamiento inicial y el posterior involucramiento de lleno, en el marco de las relaciones capitalistas de producción, la economía china se transformó para volverse atractiva a las necesidades reproducción del capital global; total disposición de fuerza de trabajo, en cantidades prácticamente ilimitadas. Y uno de los sueños de todo capitalista, ausencia de sindicatos, que de entrada es una garantía total para que el proceso de valorización, encuentre en China, las condiciones casi ideales para mantenerse de manera continua. Resulta entonces que China, formalmente dirigida bajo el principio de la dictadura del proletariado, en los hechos se ha convertido, por lo menos temporalmente, en un terreno de lo más adecuado para la expansión del capital a escala global.

Si asociamos la consolidación de la economía china, como uno de los baluartes recientes para la acumulación del capital de manera global, con la implosión soviética y el retorno de casi todos los países que gravitaron en torno a ella a la órbita de las relaciones capitalistas, el saldo parece totalmente favorable a las fuerzas de impulso al capitalismo y además de corte neoliberal. Todavía más, las drásticas reformas de China para atraer capital extranjero, garantizando, en gran medida, su rentabilidad, han actuado como fuerte contratendencia de la caída de la tasa de ganancia. Pues, los obstáculos políticos y sociales que el capital encuentra en Europa Occidental y los Estados Unidos para acentuar la reducción de la participación de la fuerza de trabajo en producto social, de acuerdo con la receta neoliberal, como la defensa de los sistemas de seguridad social, pueden ser evadidos en gran medida por el capital productivo vía la inversión directa en los vastos confines de la economía china. Ya no únicamente como plataforma exportadora, sino también como un mercado interno de magnitudes descomunales, capaz de absorber crecientes flujos de capital, a condición de un alineamiento a las directrices estatales.

Parece que el desarrollo del mercado capitalista global ha entrado en una fase inédita, cuyas consecuencias todavía no se han manifestado a plenitud. Por primera vez el epicentro productivo del sistema global tiende a desplazarse en forma acelerada hacia el oriente, mientras los nodos del capital financiero y la supremacía militar siguen anclados en occidente. Luego entonces, la continuidad de la expansión militar norteamericana se va separando de su base productiva y, en compensación, va recurriendo con mayor frecuencia a su estructura financiera; lo que se puede esperar es verdaderamente explosivo.

El neoliberalismo realmente existente, que encontró en Ronald Reagan y Margaret Thatcher a sus impulsores más recalcitrantes, con su abierto embate hacia los trabajadores y sus organizaciones, por un lado, y generador de condiciones para la rentabilidad del capital, en especial el financiero, por el otro, se convierte en un manto que lejos de impulsar el crecimiento económico, lo contiene y, colateralmente, el capital productivo encuentra en China el campo por demás propicio para la concreción de grandes proyectos de inversión; un contexto político de ejercicio del poder de manera vertical, prácticamente sin actividad sindical, con vastas dotaciones de fuerza de trabajo y materias primas, y con mercados que se expanden a ritmos vertiginosos, convierten al gigante asiático en una fuerza de atracción irresistible para los impulsos de acumulación, sobre la base del trabajo impago, es decir, la creciente productividad de los disciplinados trabajadores chinos ha quedado incorporada a los mecanismos globales de obtención de ganancia. Así el capital ha ido articulando los diferentes espacios para mantener y ampliar su proceso de valorización en sus diversos componentes, pero en su expresión productiva ha encontrado en China una verdadera plataforma mundial para la generación de valor.

China se ha convertido en uno de los países más atractivos para el capital extranjero debido a su oferta de mano de obra barata, costos de producción bajos, estímulos fiscales y ausencia de sindicalismo. En la primera mitad de 1992, se firmaron 13047 proyectos de inversión extranjera directa, 160% más que en el mismo período del año anterior. Para 1995, China se había convertido en el segundo país en atraer capitales extranjeros sólo después de los Estados Unidos. En ese mismo año, 70% de los proyectos financiados con capital extranjero era de tipo industrial, con lo que se afirmó la tendencia a guiar esa inversión a los sectores que el Estado había definido como prioritarios. (Cornejo, 2001: 85)

Se trata de una expansión que parece dar vitalidad a los procesos de valorización internacional del capital, en un flujo prácticamente continuo de reproducción global y sin la resistencia natural por parte de los trabajadores, que además se caracterizan por constituir un gran depósito de fuerza de trabajo con altos niveles de capacitación y bajos costos. Por consiguiente, China se ha convertido en espacio de vital importancia para el desarrollo capitalista, y dadas las magnitudes de los niveles de inversión y la ampliación de los procesos productivos, sin presiones políticas internas que cuestionen la estabilidad del régimen, se perfila para constituirse en nodo central de la dinámica de crecimiento económico global. Con la peculiaridad, de orden fundamental, de que en este gran espacio de influencia internacional, el estado mantiene las líneas directrices de los procesos de acumulación, al igual que la conducción política.

A diferencia de otros destinos del capital extranjero, como es el caso de América Latina, donde llegó a colocarse a la vanguardia de los procesos de sustitución de importaciones y a modificar drásticamente la estructura productiva, la magnitud de la economía china y la conducción política y económica del estado, han atenuado decididamente la tendencia natural de las empresas extranjeras a conducir el crecimiento.

El capital extranjero, en otras palabras saltó al vagón de cola de una expansión económica que ni puso en marcha ni encabezaba. La inversión extranjera directa desempeñó un papel importante en el estímulo de las exportaciones chinas, empero la gran expansión de las exportaciones fue un episodio tardío del ascenso chino. En cualquier caso, el capital extranjero (especialmente estadounidense) necesitaba a China mucho más de lo que China necesitaba al capital extranjero. (Arrighi, 2007: 367)

Mientras tanto, es incuestionable que en los flujos comerciales internacionales se ha operado una transformación, que señala claramente la emergencia de un nuevo polo de gran influencia y capacidad productiva descomunal, el cual desde finales del siglo XX comenzó a cobrar presencia en América Latina. No se trata de una eventualidad, sino de un anuncio de transformaciones en la composición de los flujos comerciales de grandes dimensiones, equiparables a las que, en su momento, provocaron los flujos comerciales con la economía inglesa, cuando Inglaterra era el epicentro de la economía mundial capitalista y, posteriormente, los Estados Unidos, ante el ocaso del imperialismo inglés.

Al finalizar el siglo XX, la diversificación y el enorme crecimiento de los volúmenes del comercio exterior chino empezaron a registrarse en los países de América Latina, con el 2.7% de las exportaciones y el 1.8% de las importaciones para el año 1999. (Cornejo, 2001: 88)

Para principios del siglo XXI, el perfil exportador de China había cambiado sustancialmente, no se trata de una economía orientada a la exportación como ocurrió con las economías de enclave en el Siglo XX; el comercio internacional es un escenario más de una transformación de raíz de la estructura productiva y política de China, es una palanca básica del crecimiento económico, indudablemente, pero una verdadera reestructuración de su dinámica exportadora, sólo se explica a partir de un proyecto integral de alcance mundial que coloca a las exportaciones como un factor de impulso a las bases internas de la acumulación. Parece que aquí no hubo una disyuntiva, entre priorizar la actividad exportadora como el centro de un modelo de crecimiento, o bien en el extremo, priorizar el crecimiento hacia adentro, sino la puesta en práctica de un proyecto de dimensiones globales, cuyo eje de acumulación descansa en el desarrollo tecnológico, articulado al crecimiento general de la economía china, no únicamente como una plataforma de exportación, sino más bien como un nuevo polo de acumulación global de capital.

No deja de ser sorprendente la velocidad de la transformación de la economía china y de su sector exportador, en especial si se tiene en cuenta que se realiza en un contexto internacional caracterizado por las crisis financieras globales, como ocurrió en el decenio final del Siglo XX, que todavía estallaban en economías periféricas o emergentes. En poco más de 10 años, de contar con un perfil exportador centrado en productos de alto contenido de mano de obra y en cierta medida tradicionales, como los textiles y los alimentos, con cierta similitud al de un país de mediano desarrollo, China se convierte en exportador de maquinaria y equipo, como corresponde a una economía desarrollada. El “gran salto adelante” un llamado que parecía tan impreciso, como carente de practicidad en los primeros años del triunfo comunista, se convirtió en un hecho contundente, por lo menos en la composición de las exportaciones chinas. Ver cuadro 2.2

Cuadro 2.2		
Evolución de las exportaciones chinas por grandes categorías de productos (estructura en %)		
	1993	2005
Máquinas y equipamiento	18	46
Textil y confección	38	17
Art. Manufacturados varios	11	14
Prod. Químicos, mat. de construcción	9	7
Metalurgia, producto metálicos	5	7
Productos agrícolas y alimentarios	12	2
Material de transporte	2	4
Materia primas y combustible	5	3
Total	100	100

Fuente: (Lemoine, 2007)

Una vez cimentada la gran plataforma de atracción de capital y de valorización del mismo, el proceso parece desplegar toda su potencialidad, en cuanto a formar parte esencial del recorrido global del capital, pero de manera especial del capital productivo. Así que mientras algunas plazas como Nueva York o Londres, conservan su supremacía como centros de atracción y nodos de redistribución de los flujos financieros mundiales, la economía china se convierte gradualmente en el epicentro de la producción mundial de mercancías. Y como tal, en espacio natural de atracción para el desarrollo de los procesos productivos de alto contenido tecnológico.

No se trata, entonces, de un mero eslabón en una cadena global de valor, dirigida a partir del criterio de minimización de costos de producción. Ahora, la economía china tiende

a constituirse en espacio fundamental para la emisión de líneas directrices en los procesos productivos y, por consiguiente, de acumulación, globales. Su presencia en la producción de nuevas tecnologías es resultado de su creciente trascendencia, como uno de los motores de la economía internacional, tal vez el de mayor potencia, por lo menos en el plano productivo. Así que el desarrollo de las tecnologías de la información, encuentra en la economía china uno de los terrenos más favorables para su despliegue, porque sus espacios de generación de valor han alcanzado tales dimensiones y diversidad que la colocan en el epicentro de los procesos productivos de vanguardia.

China se ha convertido en protagonista de la oferta y la demanda mundiales de productos relacionados con las nuevas tecnologías (tecnologías de la información y la comunicación TIC). En 2004 China fue uno de los primeros fabricantes y el primer exportador de productos de nuevas tecnologías. (Lemoine, 2007: 106)

Para sus competidores comerciales, especialmente Europa Occidental y los Estados Unidos, hay factores estructurales difíciles de remontar, para una competencia frontal, en el terreno del comercio internacional con China, como es el caso del costo salarial, el cual está imbricado en la estructura política interna y es resultado, en buena medida, de la capacidad de organización de los trabajadores, pero también de circunstancias económicas y políticas de mayor amplitud, como la capacidad de crecimiento económico de cada país y la fase del ciclo en la que se ubique cada economía .

Ante una restricción insalvable, por lo menos en el corto plazo, pero sobre todo ante la apertura china a los flujos de la inversión extranjera directa, en lugar de enfrentar al coloso asiático en una guerra comercial, los gestores de los grandes volúmenes de capital han optado por aprovechar las ventajas de China, en términos de los bajos costos salariales y la mano de obra altamente capacitada y, ahora, el gigantesco mercado cuya diversidad es casi garantía de colocación de buena parte de las mercancías producidas. Es decir, en buena medida, el ciclo de reproducción del capital productivo se puede completar en territorio chino; la formalmente república construida para el despliegue de la dictadura del proletariado, por lo menos coyunturalmente, se ha convertido en uno de los espacios de valorización global del capital, pero con incidencia del poder político local. Las consecuencias de esta mixtura todavía están lejos de manifestarse en toda su amplitud.

El rápido incremento de la inserción china en los mercados mundiales durante la década de 2000 fue causada por muchos factores, incluida la admisión de China a la OMC en 2001, la enorme fuerza laboral del país con sus bajos salarios internos, sus reformas internas y sus políticas industriales. Bajos costos de transporte y la revolución de las tecnologías de la información también facilitaron la globalización de la producción desde finales de los años noventa y principios de los años 2000, y China estaba lista para obtener ventaja de tales tendencias del momento. (Blecker, 2016: 61)

Lo que desde fuera es visto como un obstáculo a la competitividad de los productos europeos y norteamericanos, se convierte en ventaja para los flujos internacionales de capital, mismo que, ante su consabida carencia de raíces patrióticas, ha decidido incorporarse en forma masiva a un proceso de crecimiento económico que tiende a redefinir geográficamente la centralidad de los procesos de acumulación. Sin embargo, desde la misma perspectiva exógena, se percibe una lógica de competencia comercial basada en la permanente reducción de costos, especialmente de la fuerza de trabajo.

Si todos los países se enfilaran a hacia la contracción de los costos salariales como piedra angular de una estrategia de competencia comercial internacional, en poco tiempo se desataría una guerra comercial de nefastos y devastadores resultados. Pero, se recurre con tanta insistencia al argumento de que el aumento de la presencia comercial china es resultado de sus bajos salarios, en una especie de extrapolación parcial de la evolución de la sociedad china.

Efectivamente, los salarios de los trabajadores chinos distan enormidades de sus compañeros de clase norteamericanos o europeos. Pero, también resulta evidente que un proyecto tan ingente, y una transformación tan radical de la economía china no puede descansar sobre una base tan limitada como los bajos salarios. De ser así las recurrentes crisis financieras habrían parado de tajo el explosivo crecimiento económico de la República Popular China. Así que, aunque no puede desconocerse tal argumento, tampoco puede atribuírsele tal vastedad para la comprensión de la complejidad de la dinámica global del comercio internacional, y de la economía capitalista en general, donde la economía china ahora es un factor decisivo.

Los consumidores americanos y europeos ciertamente incurren en bajos costos si ellos compran productos chinos más baratos. Hay varios factores detrás del hecho de que los productos chinos puedan ser vendidos más baratos en los mercados de los países ricos. Uno es el tipo de cambio, pero no cubre todo. Quizás el factor más importante es el bajo pago para los trabajadores chinos. Los costos laborales cubren no únicamente el dinero que reciben los empleados, sino los pagos relacionados, los pagos proporcionales de impuestos y contribuciones sociales, incluyendo el financiamiento de pensiones y la seguridad social. El costo del trabajo norteamericano y europeo es creciente, entre otras cosas por el costo del estado de bienestar proporcionado por la seguridad social. Esto socava la competitividad en muchas industrias con los productos chinos. (Kornai, 2010: 2)

La formidable capacidad productiva de China, construida en parte con el concurso del capital transnacional, se mezcla con la trayectoria de la economía mexicana, cuya vecindad con los Estados Unidos, genera cada vez mayores niveles de intercambio comercial, para provocar una relación deficitaria, por parte de este último país. Dos perfiles distintos y con trayectorias diferentes: México articulado en una relación de dependencia económica e históricamente marcado por la injerencia norteamericana y China que emerge como un gigante de la producción en masa, junto con una influencia en aumento en la esfera de la política internacional confluyen, en materia de comercio internacional, para contribuir en el saldo deficitario en la cuenta corriente de los Estados Unidos.

Ambos países se volvieron atractivos a la inversión extranjera por el bajo costo de su fuerza de trabajo y de las modificaciones institucionales para mantener el control del mercado laboral; sin embargo, el Estado de la República Popular China mantiene y emite las directrices del rumbo económico y político, mientras en México la presencia del estado en la producción de bienes y servicios se torna cada día más marginal; el dominio de la doctrina neoliberal, muy conveniente a los intereses de Washington se ha concretado, entre otras modificaciones, en una oleada de privatización que tiende a convertir a las grandes transnacionales, muchas de ellas norteamericanas en el factor decisivo de amplios sectores productivos, como es el caso de la industria automotriz. Por cierto, tal industria fue pilar del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, ahora cuestionado desde la misma fuente de su creación.

Para 2017, diez años después del inicio de la crisis financiera global, el déficit comercial norteamericano alcanzó niveles de desmesura, propios de un epicentro que mantiene su liderazgo militar incuestionado por un lado, en una carrera armamentista sin límite, con limitada articulación a su estructura productiva, mientras recibe los productos de menores costos de otras economías y regiones, de acuerdo con la lógica basada en la minimización de los costos, que la división internacional del trabajo, dirigida por el gran capital, ha ido construyendo con gradualidad. Se trata de un déficit estructural, producto del reacomodo de los flujos globales del capital y que va creciendo hasta el límite de la flexibilidad de un sistema financiero internacional, el cual mantiene al dólar en su función de dinero mundial, como parte de la hegemonía norteamericana, ahora ya cuestionada.

Porque, precisamente, cubrir los déficits comerciales con los medios del sistema monetario internacional, en especial vía la emisión monetaria y de bonos gubernamentales, es parte de una estrategia que compromete a los países superavitarios en su relación con los Estados Unidos a ver crecer sus reservas en papeles norteamericanos, como condición para mantener y elevar su presencia en materia comercial.

En el acumulado del año creció un 11,6% y suma ya 513.580 millones. Por países, la brecha creció con China: 344.420 millones, un 8% más entre enero y noviembre el año. Y 35.400 millones solo en noviembre, el más alto desde septiembre de 2015. Ese mes, la demanda por productos electrónicos fabricados en China es mayor y también tiene un efecto en las importaciones. La ganancia en las exportaciones se explica por la venta de aviones en la recta final del año y otros bienes de capital. El déficit se moderó, sin embargo, con México, a 5.980 millones en noviembre, pero no lo suficiente para evitar que cierre 2017 como el segundo país que más contribuye al diferencial comercial negativo para EE UU, tras crecer cerca de un 10% en el año. En los 11 primeros meses, el déficit acumulado con México ascendió a 65.680 millones, por delante de los 63.320 millones de Japón y los 58.430 millones de Alemania. La brecha comercial de EE UU con su vecino del sur es, además, cuatro veces superior a la de Canadá. El alza en el precio del petróleo y de otros productos energéticos también tuvo un efecto en el incremento del déficit en noviembre. (Pozzi, Sandro, & Fariza, 2018: 10)

El neoliberalismo y su expresión concreta en los tiempos actuales, sintetizada en la marcada tendencia hacia la financiarización, campea en el quehacer político y económico de

países subordinados al corazón del sistema capitalista global, como es el caso de México, pero no es el recetario del crecimiento económico de países como China, donde una de las palancas de la conducción política reside en la fuerte presencia estatal, no sólo en el plano de la regulación y el control gubernamental, sino en la consolidación las empresas de propiedad estatal en los sectores claves y más dinámicos del crecimiento económico y su perfil exportador.

Por consiguiente, las encajonadas recetas neoliberales no alcanzan a formular una explicación de la trayectoria política y económica de China y de su creciente presencia en todos los ámbitos del quehacer internacional. Y por supuesto, si la dirigencia del Partido Comunista Chino se hubiese ceñido a ellas, tendría el mismo destino que los países subdesarrollados; estarían sumidos en el endeudamiento y con bajos niveles de crecimiento económico liderado por las grandes corporaciones transnacionales.

Afortunadamente, para el destino de la sociedad china, su conducción política y económica se halla a la distancia suficiente de las recomendaciones neoliberales, como para caer en las redes de la financiarización y su consecuente restricción al crecimiento. Y aunque las tendencias desreguladoras y privatizadoras están presentes en la política económica de China, no son el instrumento básico para la definición de la agenda de crecimiento económico. En lugar de la apertura indiscriminada y la privatización a ultranza, se mantienen la supremacía estatal en la conducción política y las empresas propiedad del mismo estado, son la palanca que asegura que los motores de crecimiento de la economía china cuenten con firmes bases internas y las directrices emanadas del estado en materia económica tengan soportes materiales para su concreción.

Más en general, la desregulación y la privatización han sido mucho más selectivas y se han llevado a un ritmo más lento que en países que han seguido las prescripciones neoliberales. De hecho la reforma clave no ha sido la privatización, sino la exposición de las empresas de propiedad estatal a la competencia mutua, con empresas extranjeras, y sobre todo con una combinación de empresas privadas, semiprivadas y de propiedad comunal de reciente creación. (Arrighi, 2007: 370)

El singular comportamiento de la economía china, con niveles de crecimiento muy por encima del resto del mundo, muestra cómo se puede lograr un elevado dinamismo en la estructura productiva enlazado con una interacción económica internacional, donde la mayoría de los socios comerciales crecen con escaso dinamismo, y donde la práctica política tiende a ser dominada por los preceptos neoliberales. China se presenta, entonces, como némesis del proyecto neoliberal global.

En el plano del comercio internacional, los valores producidos por la fuerza de trabajo china se comparan con aquéllos generados por la fuerza de trabajo latinoamericana; una confluencia que se produce en el marco de la crisis global de 2008. Y que nos remite al principio básico del intercambio de mercancías, es decir, su producción sobre la base de la productividad de la fuerza de trabajo y sus condiciones de reproducción.

El trabajo doblemente productivo de un país en comparación con otro se paga en el mercado mundial como un trabajo doblemente intensivo, es decir, como si los obreros hubieran producido en la misma unidad de tiempo (por ejemplo siete horas) el doble de mercancías, que se podrán transformar en la doble cantidad de dinero mundial. (Alvater & Mahnkopf, 2002: 162)

Una especie de re inserción comercial de algunas economías latinoamericanas, en general las más grandes, que las ha colocado ante perspectivas diferenciadas, en materia de crecimiento económico y flujos comerciales, a partir de la interacción con los polos del poder económico y político global. Podemos afirmar que dentro del conjunto de economías de la región se pueden distinguir dos nodos extremos que coinciden con su posición geográfica: la economía mexicana, en el norte, integrada de manera indisoluble a los ritmos de crecimiento y a las directrices de las corporaciones de los Estados Unidos y, en el sur, la economía brasileña, que, sin estar desconectada de la economía norteamericana, resiente el poderoso influjo ascendente de la economía china y el enorme despliegue de su sector exportador.

El terreno donde se manifiestan estos drásticos reordenamientos es precisamente el comercio internacional, es decir, el ámbito que dio origen al sistema capitalista y, a la vez el que lo expandió a todos los confines del mundo. En la intensidad de los intercambios y en su dirección se pueden detectar señales de las transformaciones estructurales del capitalismo

latinoamericano, en cuyos espacios la acumulación capitalista y todos sus componentes pretenden revitalizarse.

Es un fenómeno distinto porque la economía china, su estructura de poder político y sus mecanismos de expansión son diferentes a los que caracterizaron al imperialismo británico, o a los empleados por el norteamericano. De entrada, no hay una correspondencia entre la elevada productividad del trabajo, la descomunal dimensión de la estructura económica china y el régimen monetario internacional, es decir, con todo el potencial productivo y exportador, China no tiene una moneda que desempeñe el papel de dinero mundial, todavía. Su abrumadora presencia en el comercio internacional de mercancías se traduce en la acumulación de grandes reservas de dólares. Ello favorece, inicialmente, a los Estados Unidos, pues les permite seguir acumulando pasivos, es decir, déficits comerciales con gran parte de sus socios, siempre y cuando sean en la moneda que ellos mismos emiten.

Entonces, la expansión comercial china corre sobre los cauces del hoy, ya cuestionado orden económico internacional vigente. Y así se adentra al territorio latinoamericano, con la mira puesta en los espacios nacionales de mayor dimensión, territorial, económica y poblacional. Es decir, donde se produzca una articulación y correspondencia entre el rumbo de una economía latinoamericana, en un vuelco decidido hacia el sector externo y los impulsos comerciales, pero principalmente exportadores de la economía china.

Dada la estructura política china, el tipo de régimen político que prive en la economía latinoamericana que se constituya en socio comercial es relativamente secundario. A diferencia de la Unión Europea, que exige, por lo menos formalmente, un mínimo de contenido democrático, en el ejercicio del poder político, a los países con quienes comercia. Por consiguiente, la dimensión de la economía brasileña, su gran dotación de recursos y su potencial capacidad de consumo, la convierten en un territorio acorde al desbordado aparato productivo chino.

Sin embargo, el terreno no está libre, puesto que las mismas características, también hacen de Brasil un espacio, que las corporaciones norteamericanas requieren para su propia red de acumulación y expansión y que, de ninguna manera, van a dejar expuesto, para que sea atraído a los impulsos exportadores de la economía china. Luego entonces, las economías latinoamericanas, en especial, el terreno del comercio internacional, también se convierten

en campo de pugna entre las potencias del orbe. Lo cual no es nada nuevo, es decir, en sus mutaciones, el capitalismo contemporáneo no puede dejar sus contradicciones seculares, pero adiciona nuevos escenarios de conflicto.

No es fortuito que la administración Trump encuentre especial coincidencia con las líneas políticas del poder ejecutivo brasileño, encabezadas por Jair Bolsonaro. No es un asunto de mera coincidencia, sino del especial interés de la administración republicana actual de colocar a uno de sus personeros, en la conducción política de un país, en cuyas administraciones previas, de Lula Da Silva y Dilma Rousseff, mostró destellos de verdadera preocupación por las condiciones de vida de las grandes mayorías y la clara intención de llevar a cabo un proyecto político propio, acorde a la dimensión de la economía brasileña.

Con el estridente retorno de las fuerzas ultraconservadoras al poder político del gigante de América Latina, se regresa al esquema tradicional de la acumulación de capital, sobre las formas más primitivas y los mecanismos más brutales. Pues sólo mediante la fuerza se mantiene el ejercicio de un poder político encaminado a sostener una permanente regresión en la distribución del ingreso. Y al ser Brasil una economía enorme, se trata de una regresión laboral y política en gran escala, lo cual desde luego requiere de la aprobación y el apoyo del orden hegemónico vigente y de sus estructuras de poder internacional.

Veamos ahora, cuales son los registros que, en materia de comercio internacional, van dejando huella de la nueva versión de la inserción de las economías de México y Brasil, a manera de anuncio de las transformaciones que ya se están desarrollando, y cuyo despliegue está por venir de forma más extendida, para configurar el nuevo horizonte de desarrollo del capitalismo latinoamericano; aquél emanado de la crisis de la globalización.

Precisamente en la búsqueda de nuevos cauces de desarrollo la formidable estructura productiva china, construida con el concurso del capital internacional, incluyendo, por supuesto al norteamericano, ha identificado en las economías más grandes de América Latina, los espacios de valorización por demás propicios para su expansión, y una de sus características es la extraordinaria dotación de materias primas.

En las gráficas que se presentan a continuación, se muestra la interacción comercial, en materia de exportaciones, de Brasil y México hacia China y entre las dos economías

latinoamericanas en lo que va del Siglo XXI, en los sectores más representativos, que podrían evidenciar la formación de un esquema de intercambio comercial; una especie de sondeo de los requerimientos del gigante asiático respecto de América Latina. Y al mismo tiempo, los intercambios comerciales entre las economías latinoamericanas más grandes.

Iniciamos con Brasil, en la gráfica 2.8, se comparan las exportaciones brasileñas de productos agrícolas, tanto hacia China como a México. Desde el ingreso del gigante asiático a la Organización Mundial de Comercio (OMC) hasta el año 2017, el apetito de la economía china por los productos agrícolas de Brasil va en aumento. Ni con la llegada de la crisis de 2008 se suspende el alto ritmo de crecimiento; no hay duda de que la demanda alimenticia de China está asociada con la dimensión de su descomunal población, pero igualmente es el ritmo de su expansión económica el que genera las divisas suficientes para mantener la demanda.

Así como en los tiempos de David Ricardo, Inglaterra importó trigo y otras materias primas de América, para sostener la acumulación a partir de garantizar la alimentación y, por consiguiente la reproducción de la fuerza de trabajo inglesa, a un bajo costo. Ahora, la fuerza de trabajo de China encuentra, en gran medida, en América Latina una de sus fuentes primordiales de reproducción y, por consiguiente, se sientan las bases para que la consolidación de la economía china, como potencia mundial, se concrete en un esquema de acumulación basado fundamentalmente en el capital productivo, es decir, aquél que se reproduce en escala ampliada sobre la base de la fuerza de trabajo, y que como toda presunta potencia debe ser global.

La economía brasileña forma parte de esta corriente de reprimarización que en los tiempos del capitalismo globalizado reproduce esta nueva versión, pero en un contexto diferente, pues se realiza en el marco de una traslación del corazón productivo del sistema capitalista hacia oriente; el sector primario brasileño ha quedado articulado al proceso de acumulación del centro de valorización del capital más grande de la historia contemporánea, que combina tanto la intensidad como la extensión en la obtención de plusvalía.

A diferencia del comportamiento de las exportaciones hacia China, para el caso de México los niveles de intercambio se encuentran en niveles casi simbólicos (gráfica 2.8), por lo tanto la crisis de 2008, no pudo afectarlos en gran medida. Sin embargo, aquí se resalta el

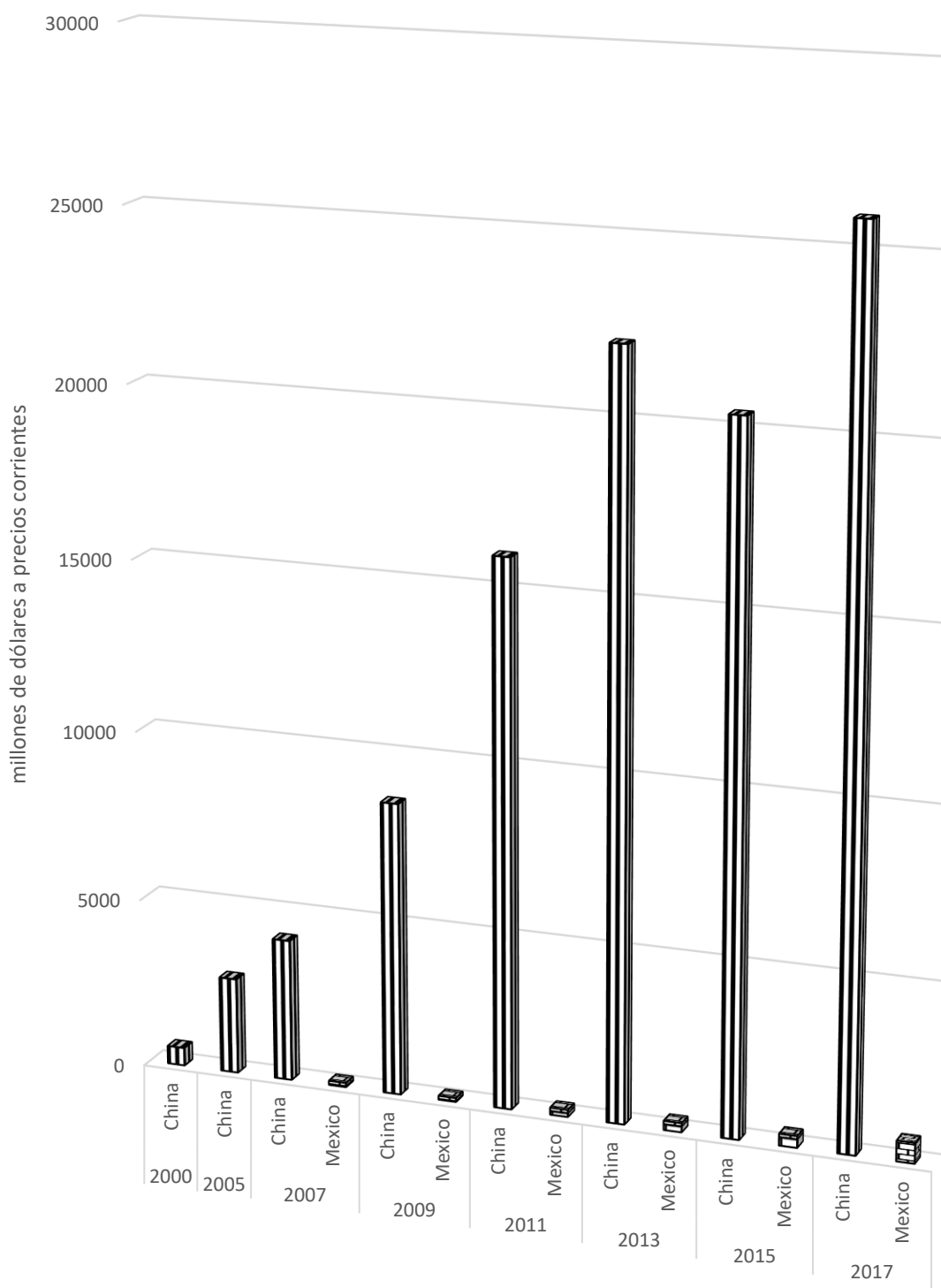
escaso nivel de integración en esta materia, entre las economías que van a la vanguardia de ésta especie de proceso de reinserción comercial de América Latina, en la nueva era del capitalismo globalizado que entró en crisis. Es decir, la crisis no ha generado grandes impulsos para la integración en las economías latinoamericanas de mayor dimensión, en el caso del sector agrícola; la necesidad, surgida de la crisis y el empuje del proteccionismo o la oportunidad de aprovechar las llamadas economías de escala, no dan por sí mismas los impulsos para avanzar en los proyectos integradores, sin la contraparte política.

Con la imponente presencia comercial global de la economía china, hoy asistimos a una reconfiguración de los intercambios comerciales de América Latina, realizados a partir de la comparación de valores de cambio, engendrados a partir de la productividad del trabajo; a través del mecanismo del comercio internacional se comparan las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo latinoamericana versus las propias condiciones de la fuerza de trabajo china.

La desproporción en las dimensiones de las economías, pero sobre todo, los avances tecnológicos de China, traducidos a la productividad del trabajo, hacen que la balanza se incline por el lado asiático. De tal suerte, que el despliegue de las relaciones comerciales con América Latina se presente como una palanca más para la expansión de la economía china, en su camino hacia la consolidación como potencia global; una rearticulación de las economías de mayor dimensión de América Latina hacia el nuevo nodo emergente y pujante del capitalismo contemporáneo, que por supuesto se empalma con la ya añeja articulación con la economía norteamericana.

En la misma medida, China no puede quedar circunscrita a su espacio geográfico y político inicial, ni tampoco al terreno estrictamente comercial, aunque su presencia sea abrumadora, de ahí que la mayor intensidad en las relaciones comerciales del gigante asiático con América Latina es el preludeo de una mayor influencia en el plano político y financiero; y aquí es donde se presenta una colisión con la estructura política global, pero sobre todo con los ya tradicionales flujos financieros que se han acendrado en la región. Y que obedecen a la lógica del dominio estadounidense.

gráfica 2.8 Brasil: Exportaciones de productos agrícolas a Mexico y China (millones de dólares corrientes)



Fuente: <http://stat.wto.org>

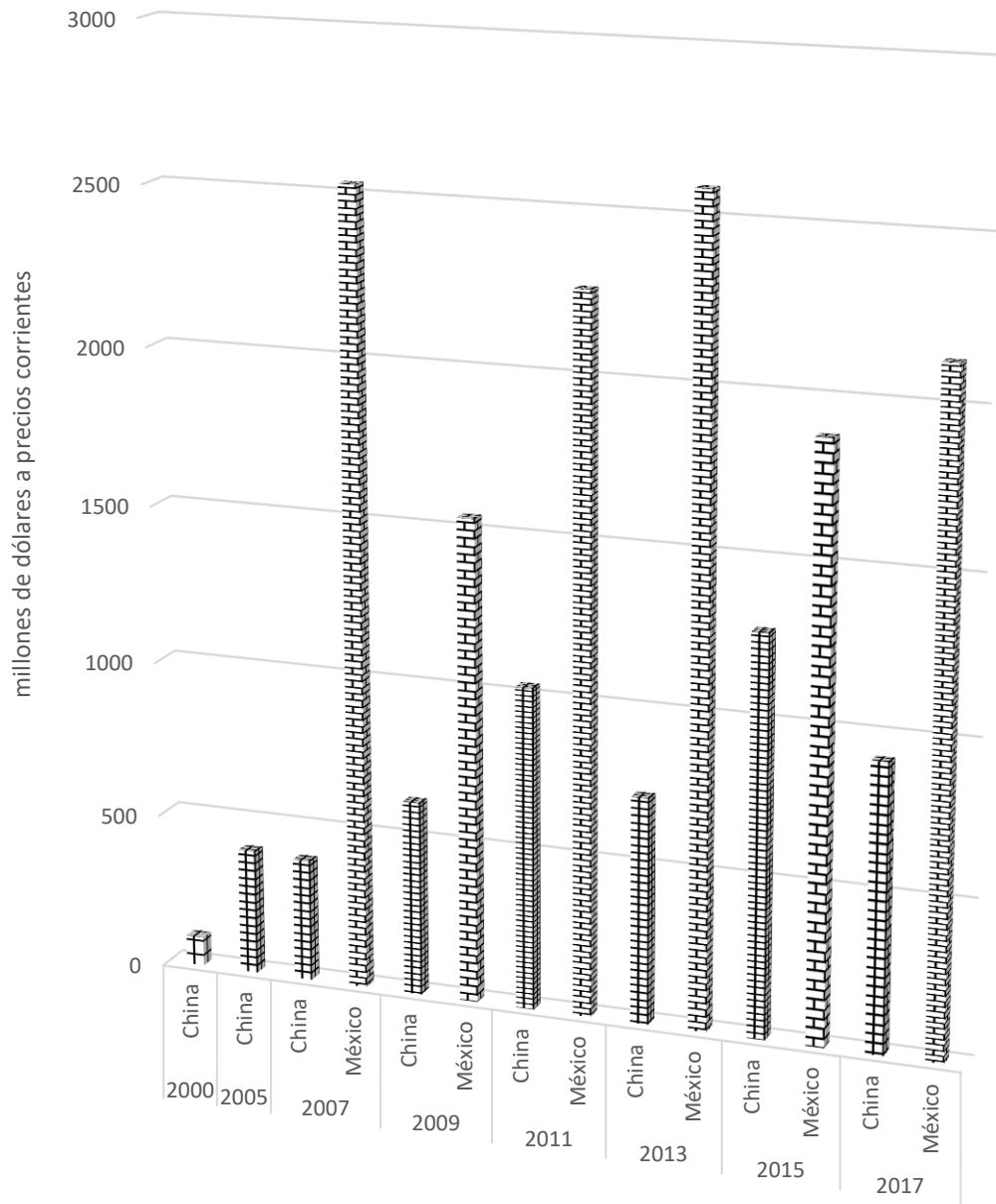
En lo que podría entenderse como un acercamiento al sector productor de bienes de capital el panorama es ostensiblemente distinto. (gráfica 2.9). México es beneficiario de considerables volúmenes de productos brasileños en este sector, mientras que China recibe estos productos a niveles marginales, dada la dimensión de la economía china. La razón salta a la vista: el nivel de desarrollo tecnológico de China quedó por encima de las posibilidades de Brasil para incursionar en su mercado en este sector. Adicionalmente, el comportamiento de la variable en cuestión, resiente el impacto de la crisis global de 2008, pues se registran las sinuosidades propias de un período que no ha sido superado.

La evolución de las exportaciones brasileñas en este sector dejan establecido que lo que China requiere de América Latina son, primordialmente, mercancías producidas por el llamado sector primario, es decir, en términos del intercambio comercial se tiende a reproducir un esquema similar al que se desarrolló desde la incorporación de América latina a los cauces del comercio internacional, en condición de economía dependiente.

Desde luego no puede producirse una mera repetición interminable de la misma condición de productor de materias primas, a partir del sacrificio de los trabajadores, se presentan rasgos similares, pero acompañados de nuevas condiciones y con otros agentes y elementos adicionales. En este caso, las economías en referencia han desarrollado una base endógena, aunque insuficiente, que las coloca en una situación intermedia en su nivel tecnológico, pero cuyo concurso en los espacios de valorización del capital resulta necesario para sostener la acumulación de capital a escala mundial.

México y Brasil comparten el rasgo de ser dos economías latinoamericanas de dimensiones similares, pero su localización y dotación de recursos naturales las lleva a recibir la influencia de dos polos de atracción con un poder abrumador: los Estados Unidos, en el ejercicio de una hegemonía que comienza a ser cuestionada y China, en un proceso ascendente que, por lo menos en el terreno del comercio internacional, parece en pleno despliegue. En especial, en el caso de México, la influencia norteamericana es prácticamente inevitable, desde hace más de un siglo, en todas las áreas dinámicas de sus relaciones económicas. Así, de mantenerse éstas tendencias, Brasil se convertiría en el mayor proveedor latinoamericano de China, y México seguiría en su secular integración con la economía norteamericana, pero con intercambios comerciales crecientes con el gigante asiático.

gráfica 2.9 Brasil: exportaciones de maquinaria y equipo de transporte a México y China (millones de dólares corrientes)



Fuente: <http://stat.wto.org>

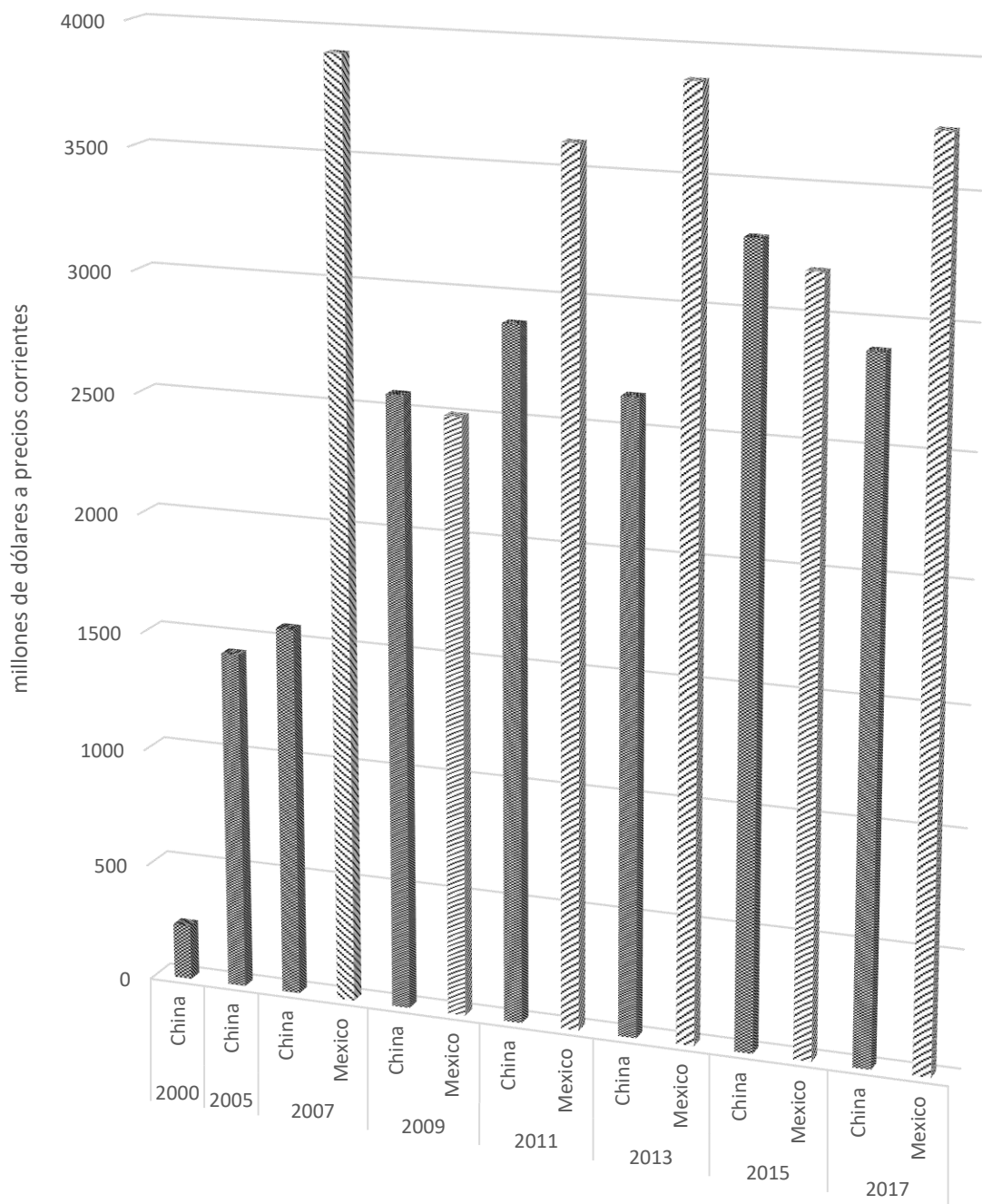
Pero, para Brasil, las exportaciones en el sector de maquinaria y equipo de transporte resultan significativas y revelan el sentido del crecimiento económico que ha alcanzado, esto es, hay una marcada diversificación en la composición de las exportaciones brasileñas; un sector exportador que canaliza bienes primarios, principalmente, hacia China. Pero hacia México productos de un mayor contenido tecnológico. Parece definirse un modelo exportador para la economía brasileña que la coloca en una especie de punto intermedio, con un comportamiento diferenciado: para China se exportan, principalmente, bienes que requieren un uso intensivo en trabajo, es decir, de menor contenido tecnológico, como es el caso de los alimentos y de los bienes del sector primario en general; mientras para México, una economía de dimensiones similares, los bienes del sector industrial tienen una mayor participación.

Los datos registrados en la gráfica 2.10 parecen apuntalar un esquema de exportación brasileño, que se diversifica en mayor medida hacia el norte de América Latina y que se concentra en los productos primarios hacia el nuevo epicentro mundial de valorización del capital en que se ha convertido China. Sin embargo, puede decirse, que a pesar de sus vaivenes, propios de las secuelas de la crisis de 2008, las exportaciones brasileñas están en una nueva etapa marcada por la tendencia hacia la diversificación, pero sobre todo a articularse con el sector manufacturero, es decir, con la columna vertebral del proceso de valorización del capital.

Tal vez de manera tardía, pero en lo que va del Siglo XXI, Brasil va modificando su perfil exportador, pues sus exportaciones manufactureras arriban, por una parte, al polo más dinámico del capitalismo contemporáneo que es China. Esto es un asunto de particular trascendencia, porque el comportamiento de la economía global está marcado por el escaso crecimiento, pero China, el caso atípico, pues emerge como el polo de mayor dinamismo. Por lo tanto, Brasil se incorpora, vía su sector exportador, al epicentro de los procesos productivos determinantes de la economía internacional.

A la par, la relación comercial de la economía brasileña con la economía mexicana, le adiciona un componente que apunta al fortalecimiento de sus impulsos exportadores, por la vecindad de México con la economía más grande del mundo, en términos de economías nacionales, que son los Estados Unidos.

gráfica 2.10 Brasil: exportaciones manufactureras a México y China  
(millones de dólares corrientes)



Fuente: <http://stat.wto.org>

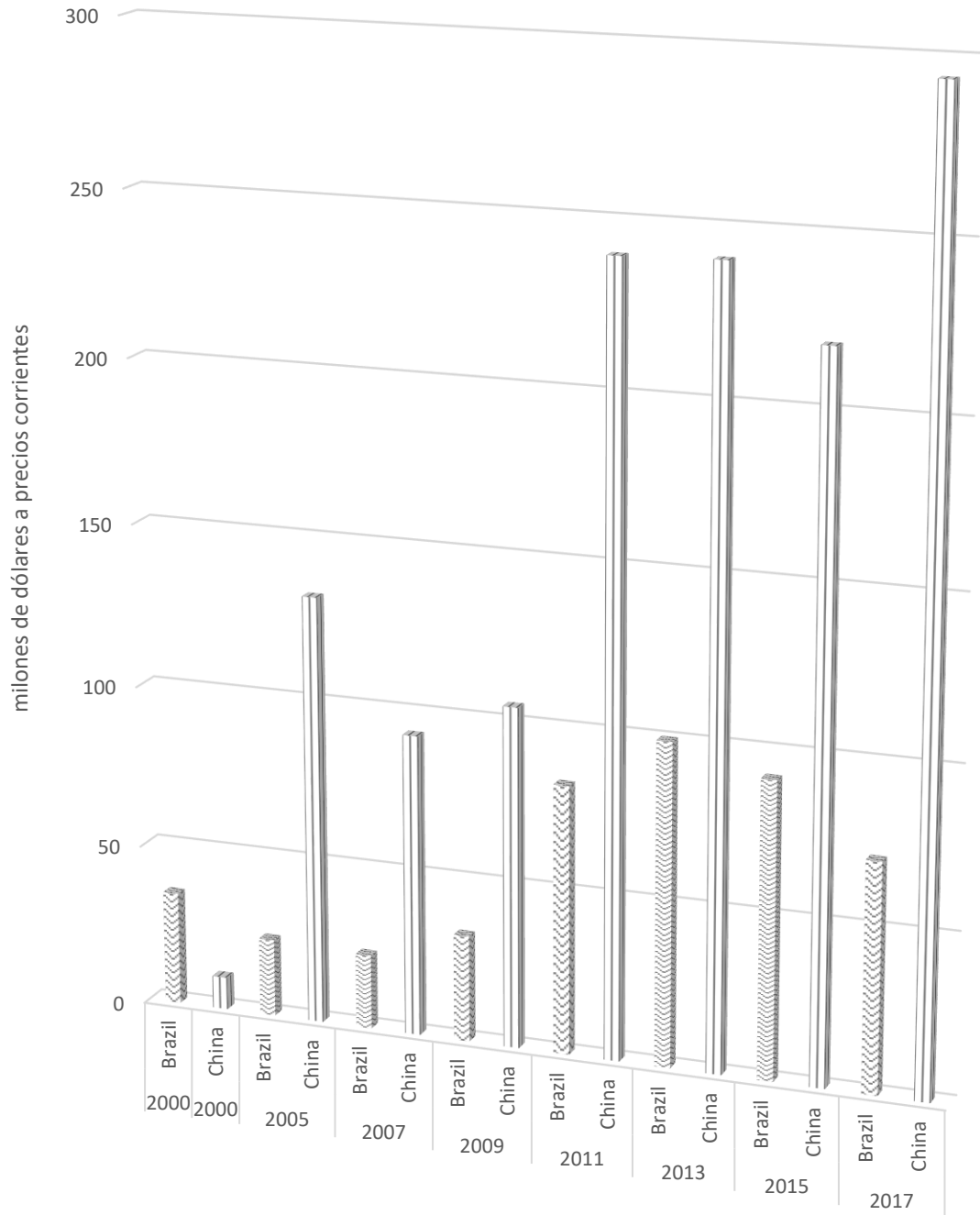
México es la otra cara de la moneda de este proceso de atracción comercial hacia China. Aunque en el sector agrícola las exportaciones mexicanas son ostensiblemente menores que las brasileñas, lo más llamativo es que las exportaciones en esta materia hacia Brasil son prácticamente simbólicas; para el sector exportador mexicano las exportaciones agrícolas son un expediente que juega un papel marginal, en su proceso de apertura hacia el exterior en general y, de manera especial, en lo que concierne a las relaciones comerciales con China y Brasil. Así queda expresado en la gráfica 2.11.

En contrapartida, las exportaciones mexicanas de maquinaria y equipo de transporte tienen similitudes con los registros de Brasil. (Ver gráfica 2.12). Si se pudiese hablar de reciprocidad en el intercambio comercial, tanto México como Brasil confluyen al recibir en sus territorios nacionales respectivos, considerables magnitudes de bienes de este sector. Es un indicador de cierto perfil similar de impulso industrial que se produce entre dos de las economías más grandes de América Latina, en un sector clave para el crecimiento económico. También deja en evidencia que la política comercial entre Brasil y México, no ha sido tocada por la nueva ola de proteccionismo, pues tales presiones emanan, sobre todo, de los centros industrializados. Pero, el escaso dinamismo del comercio en la mayor parte de las economías se refleja en los niveles alcanzados en los últimos años que abarca la gráfica.

A diferencia del intercambio con China, su socio comercial en común, convertido en la mayor plataforma global de valorización de capital y, por consiguiente en la más poderosa fuerza centrípeta que atrae todo lo que pueda convertirse en objeto de intercambio internacional, pero en función de los requerimientos de sus motores de crecimiento. El perfil exportador con el cual América Latina se articula al crecimiento económico se explica en la estructura productiva y el proyecto global chino. Por ello, sus principales socios comerciales latinoamericanos, no consiguen colocar grandes niveles de exportaciones en este mismo sector.

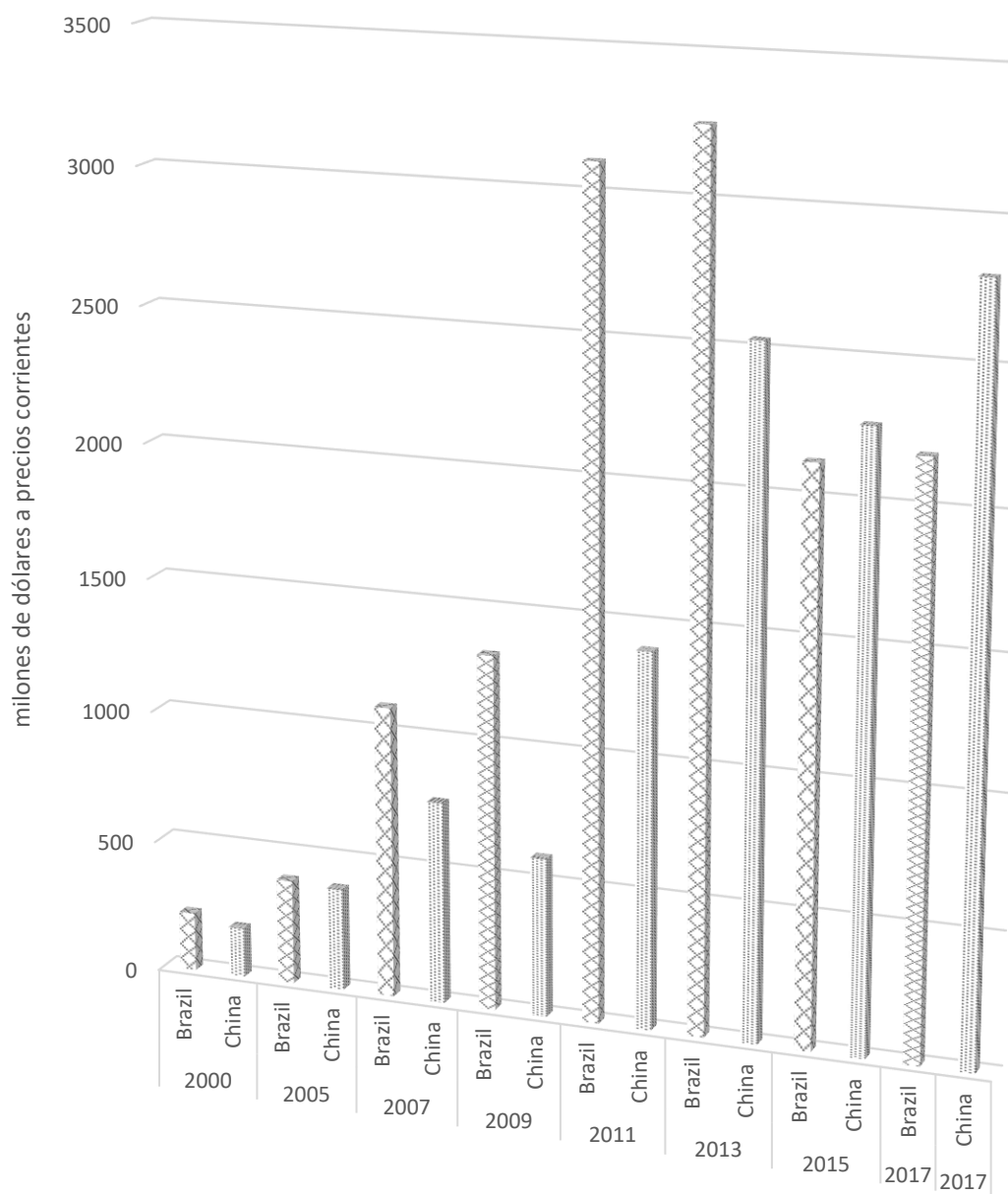
La conclusión es sencilla, la estructura productiva China no requiere en gran medida, bienes de capital, dado que forman parte fundamental de sus líneas de producción interna. En otras palabras, tanto México como Brasil no cuentan con el nivel tecnológico que les permita incursionar en la economía china vía producción de maquinaria. De ahí los limitados niveles de intercambio comercial registrados en esta materia.

gráfica 2.11 México: exportaciones de productos agrícolas a Brasil y China (millones de dólares corrientes)



Fuente: <http://stat.wto.org>

gráfica 2.12 México: exportaciones de maquinaria y equipo de transporte a Brasil y China (millones de dólares corrientes)



Fuente: <http://stat.wto.org>

En el sector manufacturero, la gráfica 2.13 señala que México y Brasil convergen en una recomposición de largo plazo, en el ámbito de las exportaciones, pero al final del período las exportaciones manufactureras mexicanas hacia China son mayores que las destinadas a Brasil, pero con señales de ajuste en las compras brasileñas; se ha revertido una tendencia que en más de 10 años apuntaba hacia un mayor nivel de intercambio manufacturero entre México y Brasil, para dar paso a un mayor nivel de colocación en el mercado chino.

Sin duda, la creciente participación de China en las exportaciones manufactureras de México, que tiende a compensar la contracción de las compras brasileñas, tiene relación con el dinamismo del crecimiento económico chino. Desde luego la, ahora descomunal estructura productiva china, no ha quedado convertida en una enorme plataforma productiva inmune o ajena a las crisis globales; crece por encima del promedio general de todas las economías del mundo, porque desde finales de los años setenta del Siglo XX, realizó un conjunto de reformas que le permitieron ser recipientaria de crecientes flujos de inversión extranjera, canalizada precisamente hacia ramas industriales que empleaban con intensidad mano de obra cuyo costo era ostensiblemente mayor en los países industrializados.

La misma crisis generalizada de los años setenta y su impacto contractivo en el crecimiento económico mundial, y especialmente en el comercio internacional, instaló a la economía china en el camino de la recuperación del sistema capitalista, visto desde su totalidad; el hecho de que algunas economías crezcan, otras se estanquen y otras más declinen, no es una falla del sistema capitalista es la naturaleza del mismo.

Ahora, cuando la valorización del capital que se realiza en la economía china ha cobrado impulso propio, la acumulación de capital, resultado de varios decenios de sacrificio de sus trabajadores, su vigoroso aparato productivo ha desbordado sus fronteras nacionales. Pero, lo más importante, en términos de las relaciones económicas internacionales: ha iniciado una fase de expansión, como corresponde al ciclo de toda potencia. Así como en su momento lo hicieron Inglaterra y los mismos Estados Unidos. Es en este recorrido cíclico que se encuentra sincronizado con otra crisis global, detonada en el corazón del capitalismo financiarizado y cabeza de un orden hegemónico cuestionado, que China requiere del concurso y los recursos de América Latina:

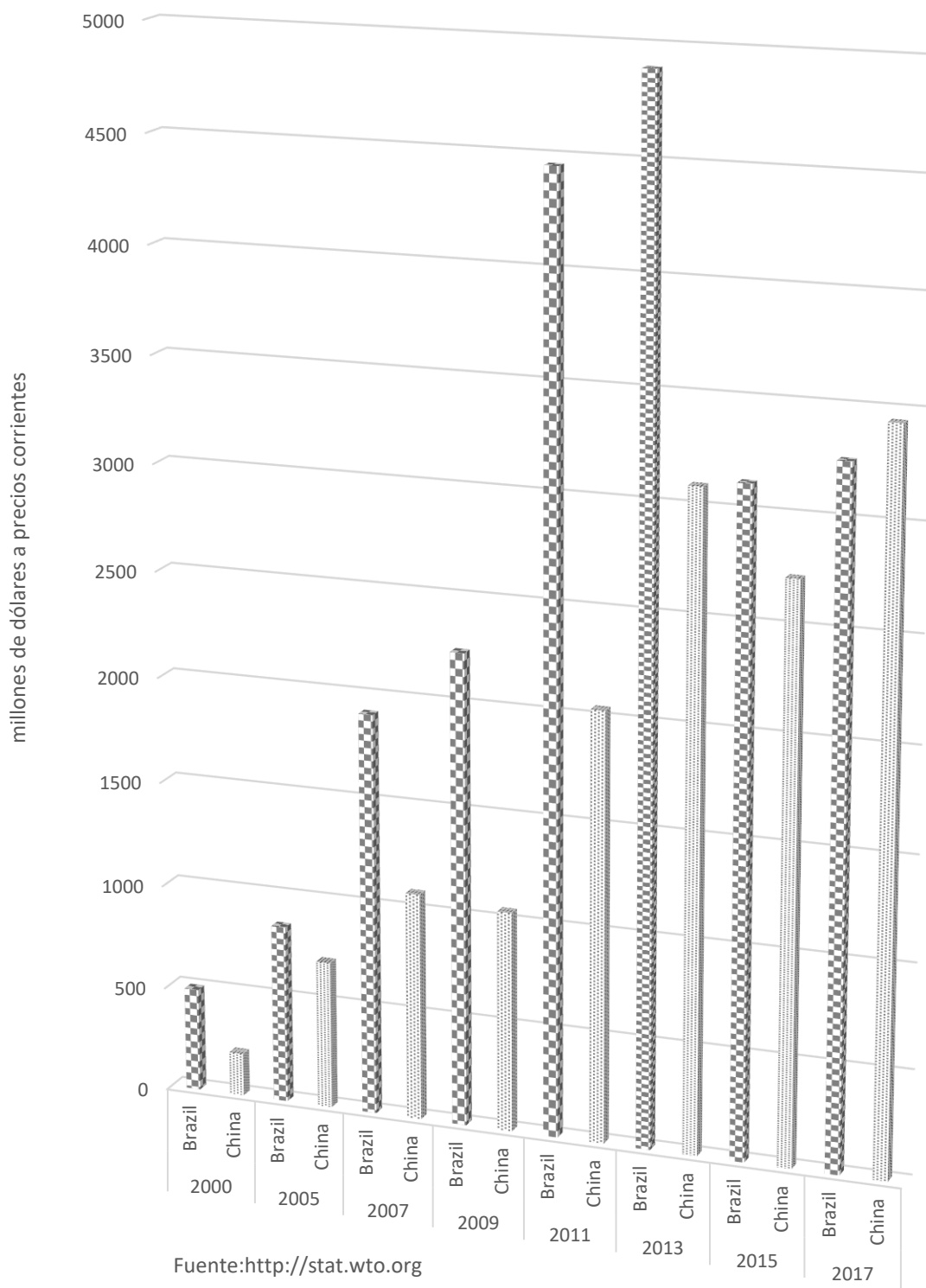
Tal y como se esperaba, se ha observado que el crecimiento de China ha supuesto un impacto positivo e importante sobre el crecimiento de los países sudamericanos en el período 1981-2014. Por lo tanto, tomando como base los modelos de demanda internacional, se puede afirmar que la demanda china de productos sudamericanos influye de manera positiva sobre la productividad de estos países. Así pues, esta relación convierte al crecimiento de China o, más concretamente, de la demanda china, en un importante factor para el crecimiento de los países de América del Sur, a pesar de su carácter exógeno con respecto a las economías del continente. (Dionizio, Fernandes, & Camargos, 2018:59)

Sin embargo, la expansión china no puede traducirse en un impulso global para el comercio internacional, ni siquiera regional, es decir, no todas las economías de América Latina están llamadas a ser incorporadas a una nueva etapa de crecimiento económico generalizado, porque no es la característica fundamental de esta fase del desarrollo capitalista. De hecho, la propia economía china revela la naturaleza excluyente, del tipo de atracción que ejerce sobre el suelo latinoamericano para la incorporación a su esfera de influencia.

En ese sentido, el comercio internacional puede tomarse como un indicador de los procesos que se están en desarrollo para ampliar la presencia china en la región. Esta especie de barómetro, de las relaciones económicas internacionales, ha sido una de las guías de ruta para la concreción de los procesos de valorización del capital. Y en este camino, donde la economía china ha quedado convertida en la nueva fuente de revigorización de la acumulación en la esfera productiva, en el marco de una avanzada relocalización industrial, que las economías más grandes de América Latina resienten la desproporcionada presencia del gigante asiático, tanto del lado de la demanda como en la oferta mundiales de mercancías.

Pero, en ambos lados las decisiones se generan fundamentalmente en el oriente; no se trata de una libre competencia para elegir el punto óptimo para un país. Sino más bien, de una correlación de fuerzas que impulsan a las grandes economías latinoamericanas a formar parte de esta variante del crecimiento excluyente en que la economía mundial capitalista ha devenido; un nuevo agente que juega con las reglas de un orden global internacional, pero que tiene una agenda propia y la capacidad productiva para concretar un reordenamiento del poder global.

gráfica 2.13 México: Exportaciones manufactureras a Brasil y China  
(millones de dólares corrientes)



## **2.4 El Neoliberalismo y el velo monetario en las economías de América Latina**

Bajo el manto del patrón oro, con plena convertibilidad, América Latina quedó inmersa en la órbita del capitalismo dependiente, dentro del proceso de acumulación global de capital. Se habían sentado las bases para la explotación de la fuerza de trabajo y de los recursos naturales de una inmensa región articulada a las leyes de acumulación del capital; desde el poder político local se dirigió la formación del mercado de trabajo, que conjuntó las agobiantes prácticas laborales coloniales, con la intensificación de los ritmos de explotación de la fuerza de trabajo, propia del capitalismo, en aras de reducir el tiempo de trabajo necesario y, por consiguiente, elevar el tiempo de trabajo excedente: el plus-valor que al ser realizado por la venta de las mercancías y revestir la forma dinero, genera la transformación de la plusvalía en ganancia.

La expresión local de la ganancia, convertida definitivamente en el motor de la acumulación, se remite necesariamente a la forma dinero materializada en las monedas locales y aquí se presenta una debilidad congénita del capitalismo dependiente: estados nacionales emergidos del resquebrajamiento del imperio colonial español, y portugués, principalmente, sumergidos en largas luchas internas, que generalmente derivaron en la restauración en el poder de las élites y de las prácticas políticas coloniales, no podían emitir, de manera sostenida, monedas fuertes.

La dependencia productiva, comercial y tecnológica, también se manifiesta en el terreno monetario y por ende, político, en el sentido de que los estados nacionales son los responsables de la emisión monetaria y de su curso forzoso. Así que estados endeble orgánicamente no podían emitir monedas fuertes; la integración al patrón monetario internacional necesariamente los condujo a adaptarse las condiciones y reglas del sistema monetario vigente. La hegemonía tecnológica, política y militar lleva de inmediato a que en el terreno monetario internacional también se establezca un instrumento de validez mundial y medio de acumulación e intercambio, que es el símbolo monetario de tal hegemonía.

La moneda, símbolo de valor y convertida, bajo las relaciones sociales capitalistas, en medio que permite la fluidez en el camino que recorre el capital en su valorización a ritmos cada vez más acelerados, es recipiendaria de las fuerzas de impulso a la acumulación de

capital. Así una mayor productividad del trabajo se convierte en fuerza de empuje para una mayor rotación del capital y, por tanto, para una mayor circulación monetaria. Sin embargo, en los mismos circuitos monetarios, se expresan las crisis de sobreproducción que se gestan en la persistente tendencia a la elevación de la composición orgánica del capital, motivada a su vez por la reproducción ampliada y la competencia entre capitales.

Bajo el patrón oro, la reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de las mercancías, en comparación con aquél destinado a una mercancía singular que es el oro, hacía que, en las crisis, el ajuste en la comparación de los valores de las mercancías con el equivalente general, elegido socialmente, es decir, el oro, se tradujese en deflación. La relación era más diáfana, pero la aceleración de los ritmos de acumulación llevó gradualmente a la expansión de los símbolos de valor y a crear un velo de misterio en los asuntos monetarios.

Atraídos hacia el patrón oro, cuyo epicentro estaba en Londres, los países latinoamericanos pasaron a formar parte de una estructura que ya estaba diseñada a partir de la conformación del capital financiero. De tal suerte, que a la par de la provisión de materias primas y alimentos, que contribuyeron a consolidar el aparato productivo de los países centrales, América Latina quedó articulada al sistema financiero internacional, en tal medida que se convirtió en terreno fértil para la canalización de recursos financieros, vía inversión directa y préstamos. Así, en el terreno financiero se reproducía la misma estructura de subordinación, pero sobre todo de extracción permanente de recursos y plusvalor que se presentó en el terreno comercial y productivo. Todavía más, el posterior retorno de capitales por dividendos y el servicio de la deuda, contribuyeron a agudizar la brecha entre economías industrializadas y economías dependientes.

Las monedas nacionales quedaron constituidas en la carta de presentación de cada estado nacional, dentro de la configuración monetaria del orden capitalista global. Las bases de la emisión monetaria no son otras que las mismas bases de acumulación de capital; por eso, cuando las directrices del sistema global se definen en las economías centrales, y las economías latinoamericanas quedan inmersas en condiciones de subordinación, las crisis cíclicas del sistema se recrudecen en las economías latinoamericanas; la dependencia también implica inequidad en la participación en el orden capitalista global, en el sentido de que ante

una crisis de sobreproducción, por la mayor composición orgánica de capital en los países centrales, los ajustes son mayores en los productos de los países de la periferia del sistema.

Y lo mismo ocurre en el ámbito monetario y financiero; una crisis desatada generalmente en el sistema financiero, independientemente de su punto de origen, tiene mayores efectos en las economías periféricas, porque las monedas de los países centrales son más fuertes y en general, todos los activos emitidos por las empresas o los gobiernos de los países industrializados reciben mayor confianza que sus contrapartes dependientes.

Para América Latina el ingreso a los circuitos monetarios internacionales, era el reflejo de las condiciones de su articulación al sistema global de acumulación capitalista; su acceso implicó un ajuste económico y político para alinearse a los requerimientos del patrón oro; sus bancos centrales debían asegurar la convertibilidad para el traslado de las ganancias, y así quedaban expuestos a los vaivenes de un sistema en el que no podían incidir. Únicamente les quedaba seguir las tendencias del sistema global. Es por ello que la inestabilidad de las monedas latinoamericanas es un rasgo congénito a la incorporación de lleno a los espacios de acumulación de capital, en el contexto del surgimiento de estados nacionales con soberanía manifiestamente limitada.

Cuando se produjo el tránsito definitivo del patrón oro, después de la Segunda Guerra Mundial, al patrón dólar-oro, nuevamente, las monedas de los países del subcontinente latinoamericano fueron ajustadas por los bancos centrales respectivos tomando al dólar como eje ordenador. El traslado del epicentro al cual se articularon las relaciones económicas y políticas se había completado. Así que el posterior abandono unilateral de la convertibilidad por parte de los Estados Unidos, a principio de los años setenta del siglo XX, dejó a las monedas latinoamericanas en una condición de mayor dependencia, porque sus reservas internacionales estaban prácticamente constituidas por dólares.

Una mirada a la evolución de las principales economías de la región latinoamericana, pone de manifiesto las profundas alteraciones que las crisis económicas dejan en las monedas latinoamericanas. De entrada, la inflación estructural, cuyo origen está situado en el escaso desarrollo del sector productor de bienes de capital, provoca sistemáticamente una persistente desproporción con respecto al dólar norteamericano.

Con base en la trayectoria de las economías latinoamericanas con mayor dinamismo y se sus aparatos estatales, se pueden identificar ciertas tendencias que señalan el camino seguido por América Latina, con puntos nodales que emergen de las crisis recurrentes, alternadas con períodos de limitado crecimiento. Podemos observar que en los años noventa del siglo pasado, cuando el proyecto neoliberal ya estaba completamente cimentado, y cuando la inflación comenzó a controlarse a partir de la contracción salarial y del manejo del tipo de cambio, también se produce un cambio en el perfil de las políticas de los estados latinoamericanos, alineadas a las transformaciones de fondo, necesarias para apuntalar los procesos de acumulación de un capitalismo con un acendrado perfil financiero, envueltas en el manto del proyecto neoliberal.

Lejos de replegarse sobre sí mismo para constituir una especie de Estado mínimo, esto es un Estado que lleva al límite o a cuasi cero su intervención en la economía, el Estado del capitalismo neoliberal se caracteriza justamente por intensificar de modo violento su intervención en la economía. *Laissez faire laissez passer* constituye un apotegma que de ningún modo es sinónimo de Estado mínimo, más bien corresponde a una inversión de la realidad histórica que denomina como “libertad” (de mercado) lo que es garantizar transferir a los capitales privados, ante todo transnacionales, el dominio directo del sistema de naciones para desarrollo del poder planetario. (Arizmendi, Peña, & Piñeiro, 2014: 52)

Para finales de la misma década, la embestida neoliberal desplegada en América Latina mostró la cortedad de sus impulsos y sus limitaciones para alcanzar el crecimiento económico. Ello denota el ejercicio, sin cortapizas, de la receta monetarista de promover la competitividad con drásticos ajustes en el tipo de cambio. Aunque hay que tener presente que cuando se produce un déficit persistente en la balanza comercial, generalmente seguido por un déficit en la balanza de pagos y la inexorable fuga de capitales, la drástica modificación del tipo de cambio nominal, más que formar parte de una estrategia de política económica es una consecuencia inevitable.

En el contexto de la llamada crisis asiática, que estalla como siempre en el ámbito financiero, las monedas de la región quedaron envueltas en una vorágine de especulación que trajo como resultado otro drástico ajuste en el tipo de cambio nominal, previa salida de capitales hacia los mercados financieros de las economías industrializadas. El mercado cambiario de América Latina es un escenario más del proceso de acumulación global, dentro

del cual se hallan inmersas las economías latinoamericanas; las fugas masivas de capital representan traslación directa de excedentes obtenidos en el marco de los procesos de valorización del capital, articulados sobre la bases sociales, que tienen como epicentro la obtención de plusvalía del proceso de trabajo asalariado, es decir, en los movimientos de capital se traslada trabajo impago.

Los mismos ajustes en el tipo de cambio nominal que refuerzan las presiones inflacionarias son resultado del proceso de acumulación; no se trata de una anomalía, de un desajuste, ni mucho menos un factor exógeno a la dinámica del proceso de acumulación. Es más bien un síntoma de la condición de economías dependientes, inmersas en un proceso global de acumulación de capital, cuyas directrices emanan de las economías industrializadas, compelidas a incorporarse a un sistema monetario internacional en condición marginal.

Los bancos centrales de las economías latinoamericanas quedan sobrepasados en su capacidad para determinar la paridad de sus propias monedas ante el dólar, porque sus reservas, precisamente formadas en su gran mayoría por la misma divisa norteamericana, quedan totalmente rebasadas ante la magnitud de los movimientos globales de capital. Por ello, los ajustes cambiarios son una especie de rutina que emana de la misma naturaleza de la acumulación capitalista, que alterna períodos cada vez más cortos de crecimiento económico con crisis recurrentes, pero que dejan prácticamente intocado el perfil del mecanismo que permite la extracción de recursos, por parte del capital financiero; los tipos de cambios flexibles garantizan la salida de capitales ante cualquier posibilidad de obstrucción de la rentabilidad financiera. Entonces, las reservas de los bancos centrales quedan a disposición de las corrientes especulativas, son un amortiguador para evitar un súbito ajuste cambiario. Por supuesto, el ajuste es inevitable, pero se realiza de manera administrada y concertada por los propios agentes del capital financiero.

Después de la devaluación, los mismos bancos centrales elevan la tasa de interés para que el ciclo se repita; retornen los capitales, se recupere el crecimiento económico, se alcancen nuevos límites, es decir, se deterioren otra vez las relaciones económicas con el exterior y se espere pacientemente por una nueva devaluación y mayores ganancias.

Sin embargo, el costo social es devastador y parte del aparato productivo queda dañado, no en el sentido de ser objeto de destrucción material, sino más bien la ruptura que se produce, al quedar trunco el proceso de desarrollo tecnológico, junto con el desajuste de los procesos de valorización del capital acumulado. De tal forma que los niveles de crecimiento son cada vez más exigüos y los períodos más cortos, lo que impulsa a afirmar que se desgastan los mecanismos de reproducción del sistema.

La llamada crisis asiática, que es una crisis que detonó en los mercados financieros, y que estuvo asociada a un previo “boom” de las llamadas economías emergentes, ahora plenamente articulados, tuvo repercusiones nefastas en América Latina, aun cuando se habían seguido puntualmente las directrices monetaristas.

Evidentemente, no se trata de un mero error estratégico de los bancos centrales latinoamericanos o de falta de reponsabilidad de los países asiáticos que recurrieron en exceso al mercado financiero global; es un patrón de operación de las grandes corporaciones financieras que impulsan el crecimiento desmesurado de los mercados y que hacen de las monedas latinoamericanas uno de sus instrumentos de especulación y obtención de ganancias. Este mecanismo quedó ligado a las bases de la acumulación de capital, es decir, para la región latinoamericana, la devaluación anuncia el recorrido cíclico del capital, no es un error o fatalidad, sino más bien denota la ruta del capital que busca su valorización, la realiza y retorna a lugares que considera más seguros, pero en estos vaivenes va modificando el entorno de su realización, para ajustarlo a las necesidades de sus magnitudes cada vez mayores.

Las crisis se vuelven recurrentes y de mayor intensidad por las crecientes contradicciones que se acumulan en el recorrido del proceso de valorización del capital, que es cada vez más complejo porque en cada crisis el capital busca nuevos espacios y nuevos caminos para su valorización y los encuentra o los genera. De ahí que la acumulación ampliada de capital no es mera repetición mecánica, sino la búsqueda permanente de espacios de valorización que ha colocado a América Latina como un factor básico para la continuidad de los mecanismos de reproducción y ampliación de los proceso de valorización.

En la crisis económica global del 2008, que bajo el discurso neoliberal quiere presentarse como exclusivamente financiera, los ajustes cambiarios son de grandes

proporciones. Y, sin embargo, no pueden detectarse únicamente a partir los ajustes en la esfera monetaria, aquí se reflejan y detonan, pero sus orígenes vienen de las entrañas del proceso global de acumulación de capital, donde América Latina desempeña un papel de creciente trascendencia; la descomunal capacidad productiva, que ha desplegado el capitalismo contemporáneo plantea necesidades crecientes de recursos naturales, mercados para la realización de la producción y colocación de los activos financieros mundiales, en un flujo continuo que genera dividendos y ganancias.

En este sentido, una de las bases de la articulación de las economías dependientes es la estructura institucional global que permite la reproducción, tanto de los ciclos productivos, generadores de valor, como de los especulativos, que también reclaman sus ganancias. Y al interior de tal estructura, del papel de los bancos centrales de América Latina; gradualmente alineados a las directrices del credo neoliberal del combate a la inflación, ven en sus reservas internacionales el sustrato principal para la elaboración de sus políticas. Por consiguiente, las reservas internacionales son un indicador de las condiciones que brindan garantía para que un país determinado se convierta en plataforma segura para la transferencia de valor y asiento seguro para el despliegue del capital financiero, con todas sus implicaciones .

En la gráfica 2.14 se muestra una comparación de los volúmenes de reservas internacionales, entre las economías más grandes de América Latina y la pujante y poderosa economía china, en dos momentos distintos: el año en que estalló la todavía reciente crisis financiera global en el corazón del sistema financiero internacional y el último año disponible. En principio, causa asombro el nivel estratosférico que han alcanzado las reservas internacionales de China; una especie de sinergia que atrae capital extranjero hacia el terreno productivo, con la certeza de que las inversiones realizadas se instalan en un espacio económico y político seguro, junto con sus famosos superávits comerciales, que a su vez refuerzan la acumulación de reservas internacionales.

Una economía con una trayectoria superavitaria de largo plazo que parece seguir una inercia de crecimiento económico sobre una base industrial creciente y vinculada al comercio internacional. Por otro lado y en condiciones diametralmente distintas, América Latina, en una especie de retorno permanente a la crisis de balanza de pagos y con disponibilidades de reservas con niveles muy diversos, pero que ponen en relieve que sólo

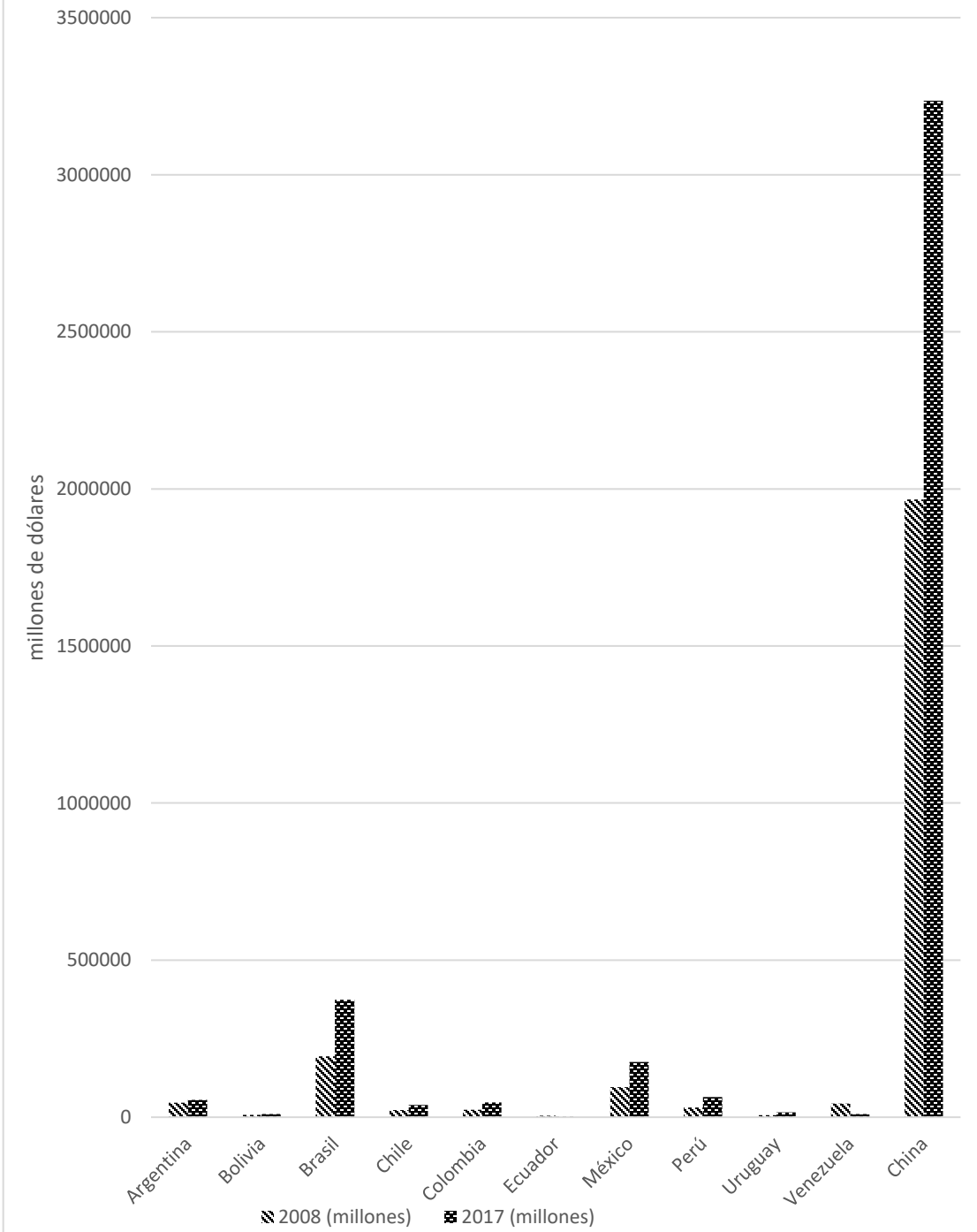
dos países, Brasil y México, cuentan con niveles considerables, como para enfrentar compromisos financieros en el corto plazo, es decir, que se ajustan a los requerimientos del capital internacional y a la especulación financiera. Les siguen Argentina y Perú, pero a una distancia considerable, mientras el resto de las economías latinoamericanas alcanzan niveles limitados.

Después de la implosión financiera de 2008, los bancos centrales latinoamericanos, guiados en gran medida por los organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional, que acude en su auxilio para evitar una crisis global de pagos y difunde lineamientos de política económica, han decidido sostener el esquema de apertura externa, y para ello resulta indispensable contar con disponibilidad de dólares; más que como baluarte de los bancos centrales latinoamericanos contra las crisis financieras, lo cual sería imposible, porque una corriente especulativa contra una moneda nacional es prácticamente imparable, como una válvula de escape para casos extremos y como mecanismo de fluidez para las operaciones del capital financiero, en el corto plazo y la remisión de utilidades.

La disponibilidad de divisas revela, en gran medida, la capacidad exportadora de las economías latinoamericanas. En ese sentido, las variaciones en las reservas van marcando el desempeño exportador y las perspectivas para alimentar el soporte monetario de las relaciones económicas con el resto del mundo, es decir, la ley del valor se expresa en los intercambios comerciales de América Latina, subyace en el velo monetario, para mostrar que en el comercio internacional se comparan diferentes productividades de la fuerza de trabajo, pero en el contexto de estructuras, normas y mecanismos, construidos por la competencia entre capitales, en una larga trayectoria marcada por las crisis económicas y la posterior recomposición, realizada a partir de la búsqueda de nuevos espacios de valorización, junto con el afianzamiento de los ya existentes, dominados por la lógica de la acumulación capitalista.

Por ello, los ajustes persistentes en los símbolos del valor que son las monedas de los estados nacionales, que vendrían a reflejar, en la esfera monetaria, las transformaciones que se producen en las articulaciones del capitalismo latinoamericano al proceso de acumulación capitalista en su conjunto.

gráfica 2.14: Crisis global y reservas internacionales: 10 economías de América Latina vs. China (millones de dólares a precios de 2017)



Fuente: <https://datos.bancomundial.org>

El manejo del tipo de cambio fue gradualmente alineado a la política económica que asume como uno de sus objetivos básicos la apertura comercial, para lograr mayores niveles de competitividad, tal como lo establece el credo neoliberal. Lamentablemente, el desempeño del comercio internacional, constreñido por las crisis recurrentes, en especial después de la crisis global de 2007-2008, no otorga grandes alicientes para considerar al sector externo como la palanca del crecimiento económico para la región latinoamericana.

El lento crecimiento del intercambio mercantil internacional señala que la crisis no ha quedado atrás y que lo que se tiene son impulsos diferenciados hacia la expansión, que son restringidos por la misma naturaleza de la configuración global capitalista que privilegia al sector financiero, garantizando su rentabilidad, vía control salarial, con efectos directos sobre la demanda de bienes; la contracción salarial, como una tendencia generalizada, tanto en economías periféricas como en las economías centrales, con sus naturales matices, de acuerdo a la estructura política y al nivel de resistencia y organización de los trabajadores, subyace en el lento crecimiento económico en general y en el escaso dinamismo del comercio internacional.

En 2016 el comercio mundial de mercancías presentó la menor tasa de crecimiento desde la crisis financiera de 2008, con un crecimiento de apenas 1.3% en promedio de importaciones y exportaciones. Este bajo nivel de expansión fue la mitad del incremento registrado en 2015 y muy abajo del 4.7% promedio anual desde 1980. (Organización Mundial de Comercio, 2018: 18)

Se trata de un patrón de comportamiento que se fue gestando a partir de las transformaciones de las bases del crecimiento económico global, con el sello del neoliberalismo, cimentado, a su vez, en la reducción de la participación de los salarios y con una presencia creciente del capital financiero. Por supuesto, no se trata de impedir el crecimiento económico global de manera deliberada, ni mucho menos de anunciar el aletargamiento del proceso de acumulación, sino más bien señalar que se ha construido un conjunto de mecanismos que permiten combinar bajos niveles de crecimiento global, pero al mismo tiempo, elevadas ganancias en el plano financiero. Y América latina quedó en medio de estas dos fuerzas que generan una especie de cerco económico.

Por un lado, una tendencia acendrada al lento crecimiento de la economía mundial, pero con polos que aprovechan al máximo las condiciones propicias para la acelerada valorización del capital en el plano productivo, como son amplias regiones de Asia y de manera especial China. En este sentido, las exportaciones latinoamericanas no han encontrado una canal de expansión, porque la competencia asiática también ha tocado productos intensivos en mano de obra, como es el caso de los textiles y el calzado. Mientras, por otra parte, la alimentación de los circuitos financieros internacionales se ha traducido, para las economías de América Latina, en ajustes para cumplir los compromisos financieros internacionales, es decir, el servicio de la deuda, tanto pública como privada.

Para que las exportaciones de la región se convirtiesen en palanca del desarrollo económico, tendrían que ser de tal magnitud para permitir cubrir el valor de las importaciones, sobre todo de bienes de capital, y además servir de soporte para garantizar los llamados compromisos financieros contraídos con la banca internacional. Es decir, la vulnerabilidad del sector exportador latinoamericano es de tal intensidad, que un incremento en la tasa de interés realizada por la Reserva Federal norteamericana, eleva el servicio de la deuda y, por consiguiente, la necesidad de incrementar el volumen de las exportaciones de América Latina. Por ello, la debilidad del esquema es de carácter estructural; los llamados a la integración económica, sobre todo en cada crisis recurrente, hasta el momento, sólo han concitado el consenso de la ingente necesidad por parte de los estados nacionales y de la potencialidad de la región, pero en los hechos mantienen una escasa incidencia en los flujos comerciales.

Si la integración institucional es ahora imposible, la económica tampoco se vigoriza: el comercio interregional apenas supera el 20% cuando debiera doblarse para poder acercarse a los índices de la Unión Europea y Asia, entre el 50% y el 60%. La complementación de un mercado de más de 630 millones de consumidores multiplicaría la competitividad, el crecimiento, y la disponibilidad de recursos contra la pobreza. Algunos datos son desalentadores. Cerca de 30 millones de jóvenes latinoamericanos ni trabajan, ni estudian, y miles convergen en la delincuencia, la única integración que funciona. (Aznarez, 2018)

### **3. El intercambio comercial de América Latina**

#### **3.1 Las tendencias del comercio exterior latinoamericano**

Dentro de la configuración del orden capitalista mundial, la estructura del comercio internacional se fue perfilando a la par del desarrollo capitalista, de sus fuertes impulsos y de las mismas crisis, tanto recurrentes como sistémicas. De ahí que si la concentración es un rasgo intrínseco de la acumulación capitalista, tal dinámica concentradora se expresa de manera contundente en las relaciones comerciales internacionales.

En especial si tomamos en consideración que el creciente dominio de las relaciones de producción capitalistas llevó a la concentración y centralización de capital que sirvieron de motor para la formación de monopolios de capital y la conformación de un orden político, militar y social de carácter global. Y bajo tal orden ha quedado articulado el comercio internacional de mercancías. Por consiguiente, la concentración del comercio internacional, uno de los escenarios globales de la valorización del capital, es acorde con la naturaleza concentradora del proceso global de acumulación.

Las economías latinoamericanas quedan articuladas en un proceso de intercambio mercantil internacional, dentro de un proceso global de acumulación de capital, y en el marco de una estructura política hegemónica que las fue ajustando a las necesidades globales de acumulación y sujetas a transformaciones que han emanado de una dinámica de acumulación creciente, de crisis en los procesos de acumulación y reformulación de los esquemas de crecimiento económico mundial. Es decir, no se produjo una elección deliberada del patrón de crecimiento a seguir, por parte de los estados latinoamericanos o de alguna instancia de planificación regional.

Aun en casos de transformaciones políticas radicales como la Revolución Cubana no fue posible transformar el sendero de crecimiento interno e inserción internacional de franca inequidad y subordinación ante una estructura hegemónica mundial que le asignó a América Latina el papel de proveedor de materias primas y alimentos, con gran vulnerabilidad ante los cambios en el escenario económico mundial. De tal suerte que la inestabilidad y los

ajustes son permanentes en el comportamiento del sector externo latinoamericano y de ahí se trasladan a la economía en su conjunto.

Cabe esperar que, al carecer de incidencia en la configuración del orden internacional, América latina tienda a convertirse en región recipiendaria de los procesos de acumulación global de capital, más que factor de orientación de los nuevos rumbos del procesos de acumulación global. Sobre todo en el nuevo perfil del capitalismo financiarizado que coloca a las economías de la región en un situación de paradoja: por una parte les exige el cumplimiento de compromisos financieros y ajustes en las directrices de la política económica, en el sentido de constreñir el gasto social para asegurar el servicio de la deuda externa, y por el otro, la fuente natural de financiamiento, es decir, la exportaciones de bienes y servicios, se ven acotadas por un franco deterioro secular en la posición de la región en el plano del comercio internacional.

En especial, cuando las economías latinoamericanas, bajo las directrices globales del neoliberalismo han orientado sus esquemas de crecimiento hacia el sector externo. De tal manera que la llegada de la crisis sistémica de 2008 encuentra a América Latina encauzada hacia un patrón de crecimiento que en su naturaleza encuentra sus propios límites, y provoca que los efectos de la crisis dejen en evidencia la esencia contradictoria del esquema neoliberal, que ubica a la apertura comercial como una de las palancas del crecimiento económico.

De 1980 a la actualidad América Latina no sólo ha perdido posiciones con respecto a las economías desarrolladas, sino también inició un proceso de deterioro en relación con la media mundial. Mientras muchas naciones, en especial en Asia se han sumado a un rápido crecimiento económico, América Latina ha mostrado una dinámica sensiblemente menor. Como resultado de ello la región perdió participación en la producción mundial: de 9.5% en 1980 a 7.8% en 2008. (Bértola & Ocampo, 2013: 23)

Así que dentro de los flujos del comercio internacional, las economías latinoamericanas fueron adquiriendo un perfil histórico de gran vulnerabilidad, ante las transformaciones de la economía mundial; la ausencia del sector productor de bienes de capital, que no puede existir al margen de un proyecto político consolidado, sintetiza las condiciones de subordinación en que se realiza la inserción de América Latina a los circuitos

internacionales de capital y de mercancías. Por ello, en los ajustes inevitables de los procesos globales de acumulación, como la marcada tendencia hacia la financiarización, ligada a la carga de la deuda externa, la reorientación hacia el sector externo, o la propia crisis global, parecen alejar a los procesos de acumulación de capital anclados en suelo latinoamericano de un sendero de continuidad y consolidación. Y lo que se destaca es una marcada volatilidad, gestada desde los orígenes de la estructura económica mundial en la cual los procesos históricos globales condujeron a la construcción de economías nacionales con enclaves de exportación articulados a procesos de valorización global de capital cuyos epicentros se encuentran distantes.

Las alteraciones de precios son un rasgo común en un sistema de intercambios globales que condensan el impulso tecnológico, desigual, pero que confluye hacia una mayor productividad del trabajo, la competencia internacional, el proteccionismo y sus variantes, así como las pugnas hegemónicas. Pero, para el caso latinoamericano la volatilidad está asociada con una decidida limitación para el crecimiento económico y con un mayor peso para los trabajadores asalariados.

La volatilidad es resultado de la dinámica de una estructura económica mundial que se mueve con cierta dirección que emerge del orden hegemónico que al reproducirse se agota de manera paulatina. Pero la naturaleza de la inserción de América Latina es el factor determinante en el impacto en las cuentas del sector externo y en su difusión al conjunto de las economías de la región.

Un aspecto importante de la volatilidad latinoamericana devienen de su particular forma de inserción en la economía internacional: en tanto que a partir de la revolución Industrial los países industrializados han desarrollado un perfil de especialización e inserción internacional basado en la intensidad de su dotación de bienes de capital y mientras que los países asiáticos han contado con abundancia de mano de obra, y ambos han experimentado crecimiento en la acumulación de conocimientos tecnológicos, los países latinoamericanos han basado su inserción principalmente en sus recursos naturales. Éstos han estado expuestos a cambios muy bruscos, tanto en la oferta como en la demanda y ha mostrado una volatilidad de precios muy alta. Por otra parte, la alta concentración del comercio exterior en pocos bienes ha incrementado su exposición a los cambios en la demanda y precios y tornado difícil la adaptación a circunstancias cambiantes. (Bértola & Ocampo, 2013: 33)

La naturaleza subordinada de la inserción latinoamericana a la economía mundial y de manera particular a los flujos internacionales de mercancías, quede expuesta desde los orígenes de los procesos de valorización global del capital, ya como sistema hegemónico, y como tal con sus polos de decisión, sus sistemas comercial y monetario bien definidos, como para constituir una serie de motores de impulso a la economía capitalista en su conjunto. Y, por supuesto para que sus crisis de sobreproducción dejaran sentir sus efectos de shock, es decir, de freno y falta de rumbo para el proceso de crecimiento económico, con el consiguiente aumento en el desempleo, en todos los confines donde las relaciones de producción capitalistas se hubiesen instalado. Así que desde finales del siglo XIX América Latina quedó articulada al destino de la configuración global del capitalismo maduro, hegemónico, el capitalismo de los grandes monopolios, en cuyas directrices se había instalado ya, desde ese entonces, el capital financiero.

La división internacional el trabajo y la especialización por países y regiones se tradujeron en la formación de enclaves de exportación de materias primas y alimentos, en una estructura de comercio mundial controlada por monopolios, que extendió la esfera de dominio de las relaciones capitalistas y, de igual manera, aumentó la intensidad del proceso de acumulación de capital.

América Latina sintió la transformación de sus procesos de trabajo, para dar paso a un ritmo de mayor intensidad; de su estructura social para despegar el crecimiento de sus ciudades. Es decir, de la modernidad que pareció llegar como la conquista, del exterior. Al igual que la crisis global: la mayor hecatombe financiera y económica, que los propios impulsos de acumulación del capital habían engendrado. Detonada precisamente en el corazón del sistema económico global y diseminada con efectos multiplicadores a través de su estructura económica, especialmente las finanzas y el comercio internacionales.

La primera globalización se caracterizó por un comercio mundial basado en el intercambio de materias primas y alimentos, por un lado, y manufacturas por el otro; lo que favoreció a América Latina, dado su patrón de especialización. La región aumentó su participación en las exportaciones mundiales de 6% a comienzos de los años ochenta del siglo XIX a poco más de 8% en la Gran Depresión de las década de los treinta. (Bértola & Ocampo, 2013: 38)

El sabor amargo de las crisis quedó como un ingrediente perenne en la dinámica de acumulación del capitalismo, al igual que sus fuertes impulsos, como la creciente productividad del trabajo y la marcada concentración, no sólo de capital, sino como rasgo general de la operatividad del sistema en su conjunto. La llamada Gran Depresión, con todas sus consecuencias de sufrimiento, privaciones y precariedad, disparó la efervescencia política, en especial en los centros urbanos de mayor nivel de industrialización, donde el desempleo se sentía en toda su agudeza.

Uno de sus resultados más lamentables fue la consolidación del fascismo como una vía para el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción en su etapa monopólica; la competencia entre monopolios llevó a la confrontación. De tal suerte que a las condiciones lamentables de las crisis parecen sumarse invariablemente los horrores de la guerra.

Por consiguiente, después del conflicto bélico llegó la recuperación en todos los componentes del sistema, incluido el comercio internacional. Evidentemente, la recuperación no podía ser homogénea, porque un rasgo inherente al funcionamiento del sistema capitalista es la concentración. La recuperación era más que prioritaria, un asunto vital para el sistema capitalista, en especial para Europa. De ahí que los flujos comerciales se intensificaron entre Europa y el país a todas luces vencedor del conflicto y ahora de hegemonía incuestionada: los Estados Unidos de América. Dentro de ese contexto, se generó el espacio suficiente para la participación de los capitales instalados en América Latina y adheridos a la corriente exportadora que la recuperación de la posguerra dinamizó. (Ver gráfica 3.1)

Se había inaugurado un nuevo orden, ahora bajo la incuestionable tutela norteamericana, sin embargo, era un orden surgido del conflicto y la violencia en sus grados más enconados; las instituciones emanadas se regían sobre estelas de destrucción, es decir, se construyó por la vía de la fuerza y de las armas, entre ellas el temible poder nuclear. Además se trataba de un orden bipolar, producto del reacomodo de fuerzas, realizado a partir del desmesurado sacrificio del pueblo soviético, pero que encriptaba al ampliado campo presuntamente socialista, y dejó a los Estados Unidos la libertad de instalar bases militares prácticamente en todos los confines del planeta, así que la reconstrucción del Japón, Alemania, Francia y en general Europa Occidental se realizó bajo vigilancia militar norteamericana.

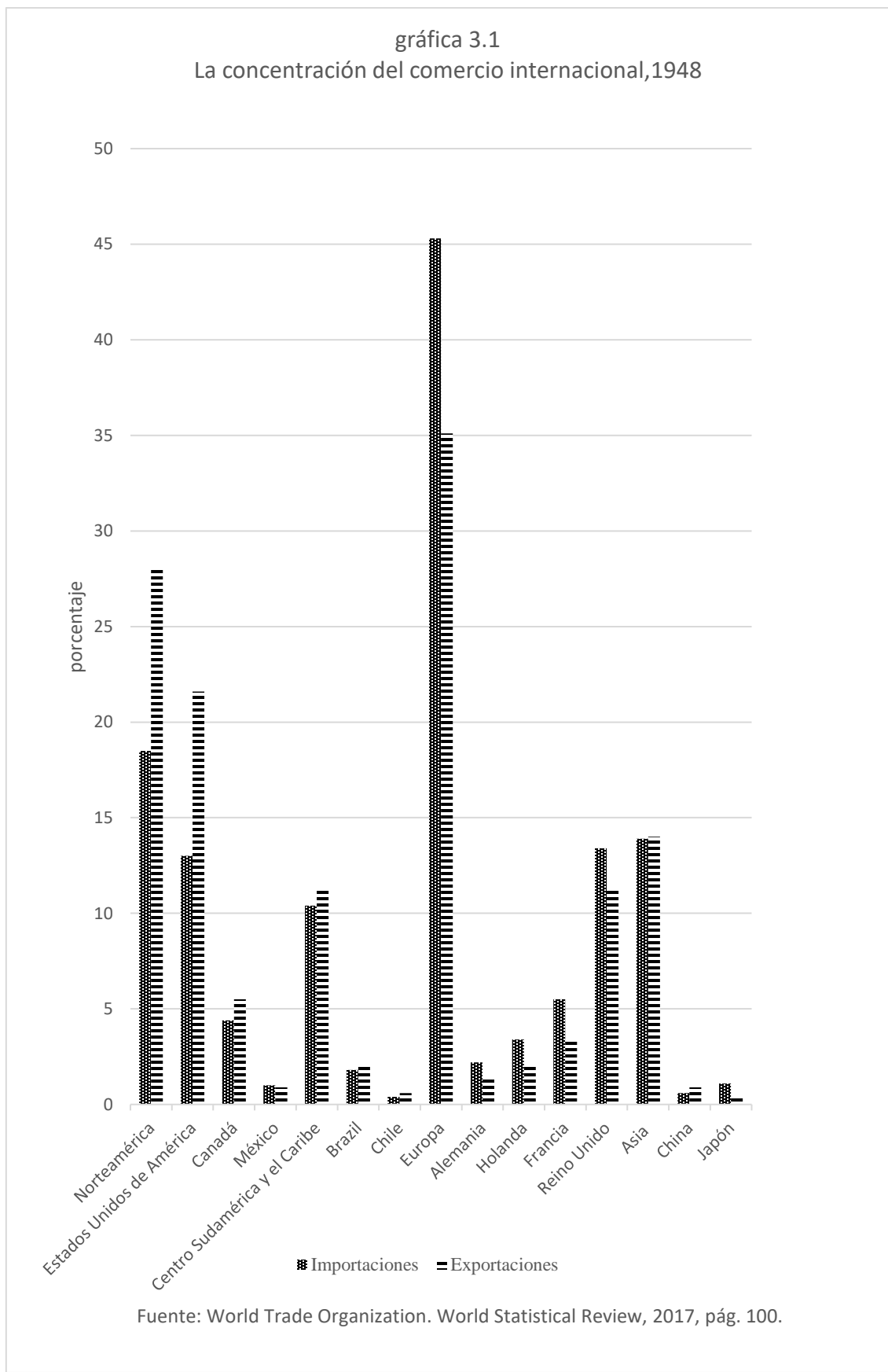
Develar la cara violenta de las sociedades, es hacer de sus condiciones de surgimiento el objeto por excelencia del análisis; es decir que la cuestión primordial a la que se encuentra confrontado el economista es la de saber cómo una civilización exorciza esta enfermedad epidémica que se agazapa perpetuamente en las relaciones humanas. (Aglietta & Orléan, 1990; 41)

Sin embargo, las relaciones comerciales internacionales recibieron un poderoso impulso con la reconstrucción y la recuperación económica mundiales, que habrían de difundirse y al mismo tiempo dinamizar, con grados diversos, a todas las economías incluidas las periféricas, volcándolas hacia un sesgo exportador, en un proceso de crecimiento que a la par impulsaba sus mercados internos.

La llegada del periodo de expansión económica y estabilidad social más prolongado que ha conocido el desarrollo capitalista, los llamados 30 años dorados, una vez que terminó la Segunda Guerra Mundial, está asociada con un dinamismo que abarcó todos los componentes del sistema global y todas las regiones del mismo y una transformación de la configuración política del mundo sin precedentes. Se abrió el espacio para la participación política de los trabajadores en Europa Occidental. Y la misma recuperación económica global amplió la escala para la absorción de mercancías provenientes de América Latina.

En 1948, cuando el Acuerdo General de Impuestos Aduaneros y Comercio (GATT), dominado por los Estados Unidos, se había inaugurado como el nuevo foro internacional para las negociaciones comerciales multilaterales, las exportaciones latinoamericanas son apenas notorias, pero necesarias, porque el sistema requería tanto los productos para alimentar el proceso de acumulación como espacios de valorización y de expansión de las relaciones capitalistas. Es decir, no sólo es el cobre, el azúcar o el estaño lo que se requiere de las regiones periféricas, sino el propio territorio y a las poblaciones, como espacios de valorización y desarrollo de las relaciones sociales con el sello del capital. Podría decirse que la presencia exportadora de América Latina forma parte del impulso generalizado de la economía capitalista después de la ola de destrucción generada por las guerras mundiales, pero manteniendo el mismo perfil, es decir, sin alterar sustancialmente la composición de las exportaciones latinoamericanas.

gráfica 3.1  
La concentración del comercio internacional, 1948



Fuente: World Trade Organization. World Statistical Review, 2017, pág. 100.

Veinticinco años después, cuando los Estados Unidos se habían empantanado en la Guerra de Vietnam; habían abandonado unilateralmente la convertibilidad del dólar, y se desató la espiral inflacionaria a nivel mundial, la recuperación económica de Europa Occidental, comandada por Alemania, se reflejaba fehacientemente en su participación en las exportaciones mundiales. Asimismo, se observaba el preludio del despegue exportador de las economías asiáticas, en esos años todavía liderada por Japón.

Mientras América Latina veía reducir su participación en esta terreno; no únicamente se contraía el impulso exportador, ya que en general, las economías latinoamericanas se habían embarcado en el llamado proceso de sustitución de importaciones. Más bien se trata de una transformación de fondo que hace confluír el desgaste del proceso sustitutivo con radicales transformaciones en el esquema general de acumulación capitalista, Mientras en las economías centrales se agotaba el pacto político entre los personeros del capital y las dirigencias sindicales, señal de la erosión del tantas veces invocado estado del bienestar, gestado en la posguerra, en las sociedades latinoamericanas la regresión política y social era mucho mayor.

Para 1973, el golpe militar en Chile fue la concreción de la política de corte neoliberal, como parte de una transformación global que había elegido al subcontinente como el terreno económico, político y social para reorientar los procesos políticos en beneficio directo de la acumulación de capital; los impactos en las exportaciones latinoamericanas, como la caída en la participación porcentual de la región, eran apenas señales de transformaciones que subyacían en las entrañas del proceso de valorización del capital en suelo latinoamericano. Y que apuntaban a una drástica contracción salarial. De paso, junto con la contracción en la participación de las exportaciones de la región, puede notarse el despegue asiático y el inicio del largo deterioro de la participación de la economía norteamericana en este mismo terreno. (Ver gráfica 3.2)

En otras palabras, la coyuntura que generó inicialmente la guerra y la posterior recuperación para el desarrollo económico de la región latinoamericana, fue a todas luces insuficiente para consolidar un modelo de desarrollo de manufactura regional. Aunque el

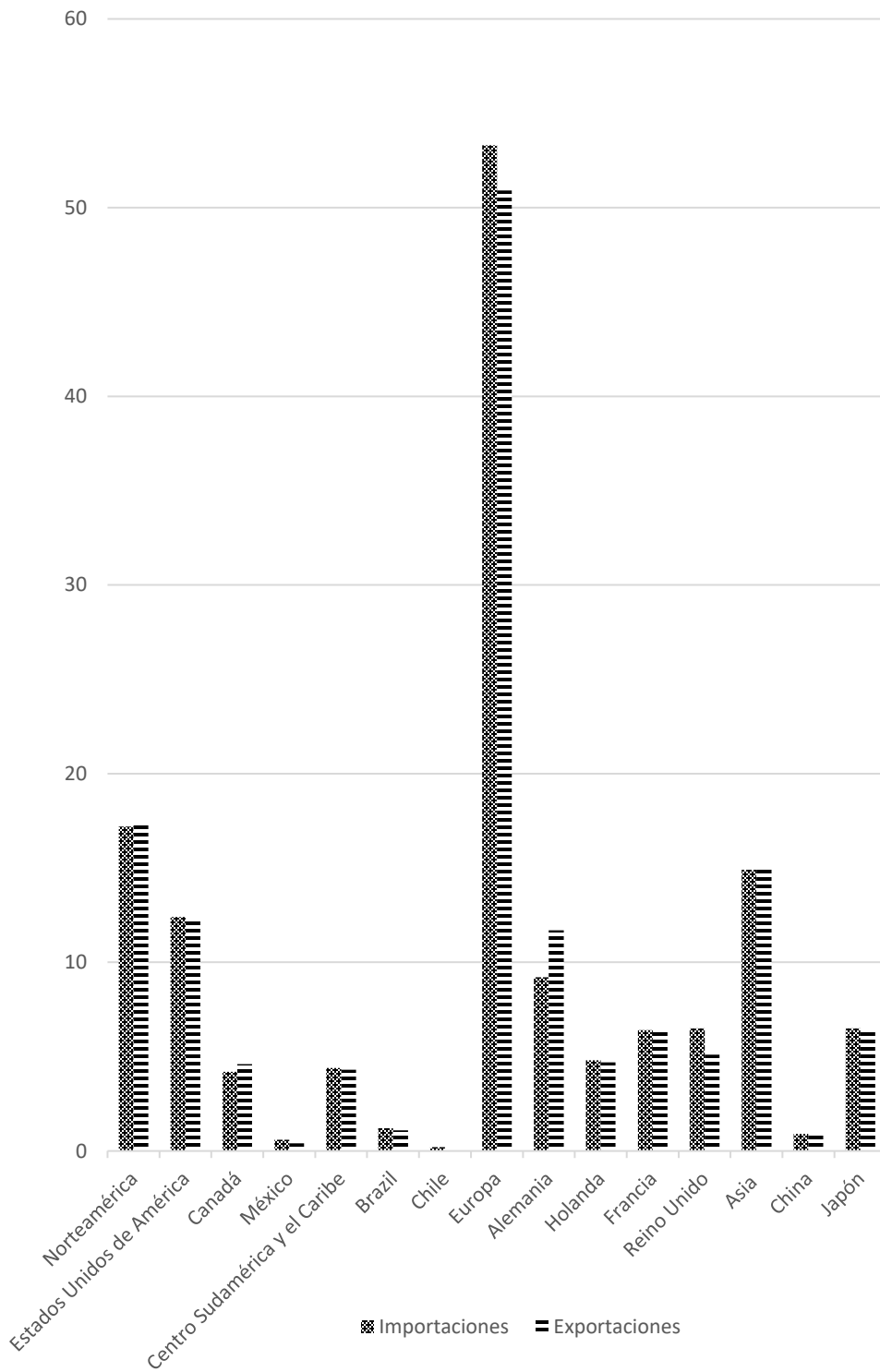
modelo de sustitución de importaciones generó un elevado crecimiento económico en gran parte de las economías latinoamericanas, el escaso desarrollo del sector productor de bienes de capital las llevó invariablemente a enfrentar déficits externos, y sus exportaciones se tornaron insuficientes para financiar el crecimiento; el endeudamiento llegó, no como parte de una estrategia, sino más bien como señal de un desgaste interno, cuando en el exterior, la crisis global de los años setenta del siglo XX, provocó reducción del crecimiento y abundancia de liquidez.

La caída en los circuitos del capital financiero internacional, por parte de los gobiernos latinoamericanos no fue un elemento circunstancial, es decir, el endeudamiento, primero, con las agencias internacionales y, posteriormente, con la gigantesca banca privada internacional, se explica por la conjunción de estas tendencias al desequilibrio en el sector externo y, de manera singular, en la balanza comercial, que se engendran en las bases de operación del capitalismo global y en la función específica asignada a las economías dependientes.

Después la deuda cobró su propia dinámica, pero siempre asociada a la estructura hegemónica mundial, es decir, el servicio de la deuda se convierte en un instrumento de absorción de recursos, entre ellos parte de los generados con las exportaciones de mercancías. Y la condición de país crecientemente endeudado, vuelve vulnerable a todo el sector público latinoamericano; se abre el camino para que los acreedores señalen la ruta para el crecimiento económico de América Latina. Pero, sobre todo para que la política económica deje de ser autónoma.

Después de la reorientación económica y política de los años setenta del siglo XX, donde se renunció a continuar por la vía de la sustitución de importaciones, vendría un largo período de estancamiento para la región, conocido como la “década perdida”, cuando las recetas neoliberales mostraron su ineficacia y, por consiguiente, no concretaban la promesa de crecimiento económico y, como consecuencia, el desempleo se volvió crónico en toda América Latina, al igual que el deterioro social, convertido en compañero inseparable de las crisis económicas recurrentes.

gráfica 3.2  
La concentración del comercio internacional, 1973 (%)



Fuente: World Trade Organization, World Statistical Review, 2017.

Y, sin embargo, en condiciones de alarmante adversidad para la población mayoritaria mundial, se proclamaba el fin de la historia y se operó un cambio de discurso hegemónico, con tal intensidad que del imperialismo se pasó utilizar el concepto de la globalización, asumido como un proceso inevitable y natural en el movimiento económico de los países, donde todos los mercados, el de bienes y servicios, el de dinero y el de fuerza de trabajo tienden a integrarse, bajo el impulso de fuerzas naturales, que presuntamente operan desde el fondo del sistema mundial y salen a la superficie para garantizar el equilibrio de los mercados y su continuidad, al igual que la mejor asignación de recursos.

El colapso soviético parecía sumarse a la percepción de que los mercados, en su tendencia hacia la integración dictaban y se adelantaban a las agendas políticas y sociales de los gobiernos de los estados nacionales, y Latinoamérica no podía ser la excepción. Así que con los ingredientes de control de la inflación, privatización y apertura comercial, se reorienta hacia la exportación, como cien años antes. Sin embargo, la euforia exportadora, en el marco del discurso neoliberal, que creía haber descubierto en una fórmula ya ensayada en el pasado, la receta para el crecimiento estable, basado en la competitividad ante los mercados internacionales, pronto encontró los límites para esta vía de acumulación.

Con la segunda globalización, que comenzó a ofrecer mayores oportunidades exportadoras a los países en desarrollo desde mediados de los años sesenta, y con la reorientación de las políticas económicas latinoamericanas hacia una fuerte actividad exportadora en las últimas décadas del siglo XX, se logró recuperar posiciones en el mercado mundial, pero igualmente se quedó muy lejos de los logros de la primera globalización: algo menos del 5%. (Bértola & Ocampo, 2013: 40)

Para inicios del siglo XXI, dentro de la región latinoamericana destaca el caso de México que en este largo recorrido de treinta años, ahora nada gloriosos, triplica su participación en las exportaciones mundiales a consecuencia de su larga relación comercial con su poderoso vecino del norte. Cabe tener presente que a partir de 1994, entra en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que eliminó gradualmente las barreras comerciales entre México, Estados Unidos y Canadá, y que tal tratado, hoy extinto, tenía como columna vertebral al sector automotriz.

Esto significa que, más que integración, hay ciertos sectores que se han colocado a la vanguardia de los flujos del comercio internacional, con gran capacidad de gestión global, como las poderosas corporaciones automotrices, capaces de dirigir de manera muy acuciosa renglones muy específicos de la estrategia comercial norteamericana, al igual que las decisiones coyunturales cruciales como la obtención de recursos, por parte del gobierno federal de los Estados Unidos, para mantenerse a flote y consolidarse como un factor de conducción permanente, tanto en la política interna como en las directrices globales. Y, efectivamente, así ocurrió.

Por consiguiente, debemos acotar que más que un logro o una señal de mayor presencia de América Latina en los flujos del comercio internacional, se produjo una segmentación de Norteamérica bajo las directrices de las corporaciones norteamericanas. Ello indica que ante una eventual pérdida de impulso exportador del tratado citado, éste puede pasar a segundo plano dentro de las estrategias comerciales norteamericanas.

Para el año 2003, las tendencias del comercio internacional se habían desplegado en forma contundente: Europa mostraba ya el agotamiento de sus impulsos hacia las exportaciones, a pesar de la consolidación política de la Unión Europea y su entramado institucional supranacional; los Estados Unidos de América seguían instalados en esa larga trayectoria de abandono de su papel de motor de la economía mundial, lo cual se veía también reflejado en su participación declinante en las exportaciones totales; en contrapartida, la escala de sus importaciones se ampliaba, al parecer de manera irremediable, pero al ser el dólar la divisa por excelencia, la brecha entre importaciones crecientes y exportaciones en declive podía mantenerse vía ajustes financieros internacionales, es decir, los países superavitarios en materia comercial se van convirtiendo en acreedores de los Estados Unidos, ya que ven aumentar sus reservas en dólares, y las corporaciones financieras internacionales, a través de sus cada vez más variados instrumentos y productos financieros, atraen flujos de capital de todas partes del mundo hacia el descomunal mercado financiero norteamericano, cuya dimensión lo convierte en una especie de “hoyo negro”, capaz de absorber, cualquier cantidad de capital, con un leve movimiento en sus tasas de interés, es decir, la cuenta de capital compensa los saldos negativos de la balanza en cuenta corriente. Y los Estados Unidos se consolidan como el principal nodo de la red financiera global, aunque ello implique la

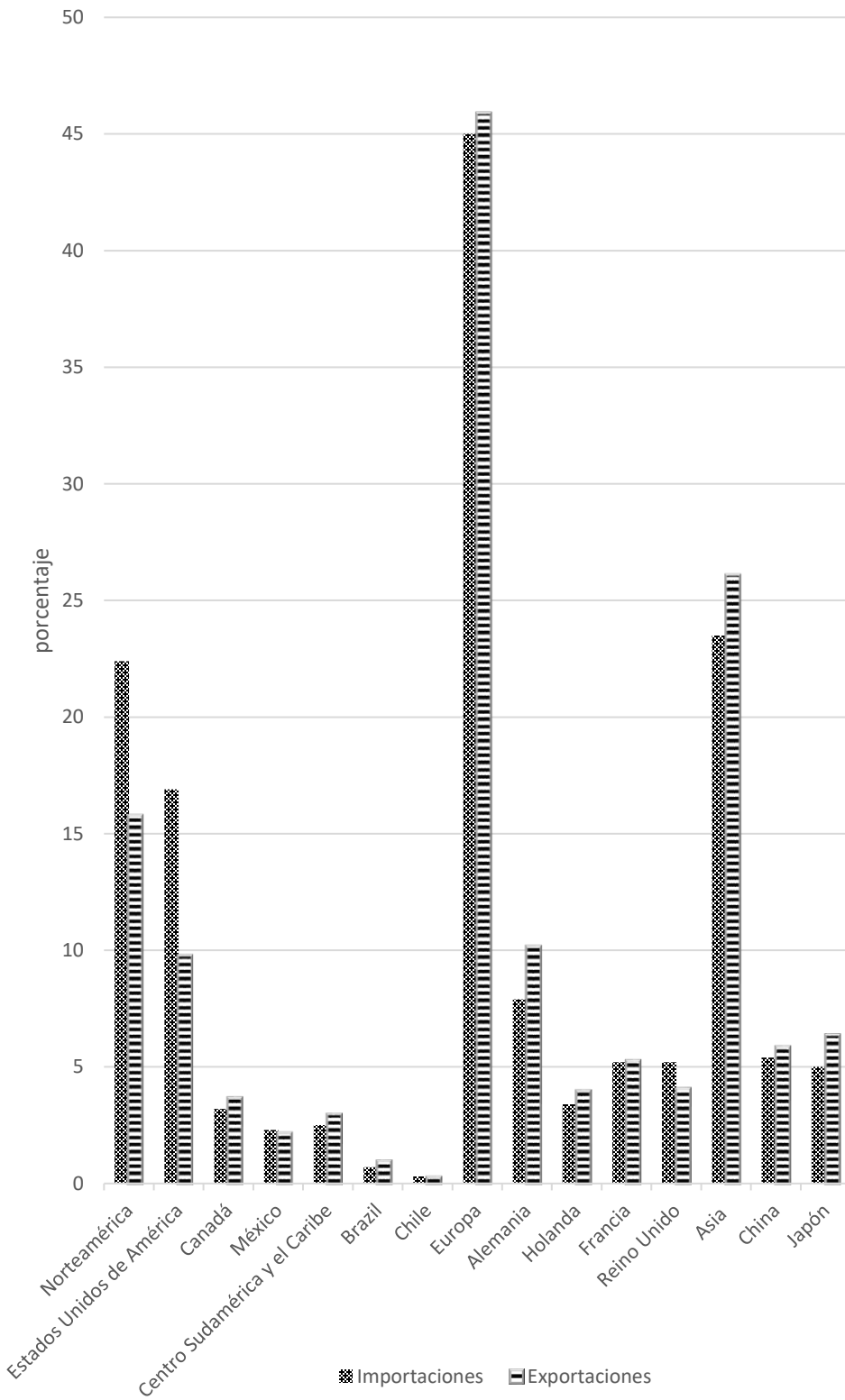
acumulación de desajustes entre los procesos productivos, el comercio y las finanzas internacionales; la ventaja de la descomunal concentración de capitales se ha traducido en capacidad de incidencia en la reconfiguración del capitalismo global.

Mientras, el despegue asiático tomaba nuevos vuelos, en especial por el impulso determinante de un elevado ritmo de crecimiento económico, que ya se había consolidado en la economía china y su perfil decididamente exportador. Para las economías más grandes de América Latina, el inicio del siglo XXI, seguía siendo potencialmente prometedor, pero sin llegar a constituir una verdadera transformación de alcance global. (Ver gráfica 3.3)

El inicio del siglo XXI dejaba constancia de que se habían sentado ya las bases para el resurgimiento de esquemas de proteccionismo, mismas que se dispararían en el momento en que el déficit comercial norteamericano llegase a un punto crítico, más que por su dimensión, por la articulación a la implosión de la burbuja de especulación financiera, inflada previamente con tanta efervescencia e incluso de manera eufórica, asumiendo que compensar en el terreno de las finanzas, vía entrada de capitales, el déficit comercial creciente era un mecanismo permanente que conciliaba la obtención de ganancias, en el terreno de la especulación, con un fuerte impulso al consumo de los estadounidenses a través de las importaciones.

El punto de inflexión quedó marcado con la crisis global de 2008; la persistencia de la crisis desata las presiones para que grupos de productores organizados busquen mantener o acrecentar sus beneficios a partir de la delimitación de los mercados internos como espacio exclusivo para la venta de sus mercancías, es decir, como un coto para realización de la plusvalía obtenida, pero sin reparar en que ahora los procesos productivos son globales, es decir, la contradicción está en que los procesos productivos se han segmentado de manera tan meticulosa, siguiendo la lógica de la minimización de costos y la obtención de la máxima ganancia, y por consiguiente, la vigorización de las presiones proteccionistas chocan frontalmente con la realización de la plusvalía que fluye de manera permanente, dada la mundialización de la producción capitalista. Se trata de una vieja respuesta a las recurrentes crisis, que lejos de ser un alivio agudiza el problema, pues de expandirse la corriente proteccionista, se tiende a la contracción del comercio mundial, sobre todo cuando se han formado grandes bloques comerciales.

gráfica 3.3  
La concentración del comercio internacional, 2003 (%)



Fuente: World Trade Organization. World Trade Statistical Review, 2017.

En los años recientes, y como parte de las expresiones más sintomáticas de la crisis sistémica de 2008, detonada en el sector financiero, el comercio internacional no llegó a repuntar, como para convertirse en un motor de impulso decidido de la economía internacional, como sigue prometiéndolo la doctrina neoliberal, aunque mantiene su tendencia a la concentración en los polos desarrollados del sistema.

Sin embargo, lo que se denota como un cambio radical es la creciente presencia comercial china, que verdaderamente ha transformado, en plena crisis global, la composición de las exportaciones mundiales para colocarse a la vanguardia. (Ver gráfica 3.4) China, cohesionada políticamente por su Partido Comunista, y en medio de una de las crisis globales más intensas y prolongadas, emerge como un nuevo polo de crecimiento industrial de impacto mundial, como principal foco de atracción de capitales, para su canalización a la esfera productiva, impulsado por un desarrollo tecnológico impresionante.

Esto es un rasgo singular y especialmente distintivo de la evolución compleja del capitalismo contemporáneo. Y que en gran medida es resultado de sus propias crisis recurrentes y de sus conflictos catastróficos; no se puede explicar la radical transformación de China sin vincularla a sus relaciones con las economías más avanzadas de occidente, en especial con los Estados Unidos, aunque estas relaciones hayan mostrado inicialmente su rostro más traumático para el gigante asiático.

En este sentido, la lentitud de la recuperación económica y su camino sigzagueante, junto con un revitalizado proteccionismo global, en un comercio internacional, caracterizado por la proliferación de bloques comerciales regionales, parecen favorecer la transición a favor de un reacomodo mundial, favorable a China, que encuentra en el terreno del comercio internacional uno de sus primeros espacios de despliegue.

La tendencia mostrada pone en evidencia el contraste entre la contracción de las exportaciones europeas, el secular retiro de la presencia norteamericana y la creciente presencia asiática, que se perfila para colocarse a la vanguardia de los flujos comerciales internacionales. Como un fenómeno sintomático que anuncia el traslado del principal nodo productivo del capitalismo contemporáneo a las latitudes orientales, es decir, la generación de valor a nivel global está determinada por la dinámica de las economías asiáticas, en

especial de China y su ascendente espiral de influencia, misma que ha rebasado el ámbito regional, para hacer sentir su presencia y reconfigurar el comercio y, por tanto, la economía global.

Como si al interior de las fuerzas dominantes, de un capitalismo marcado por la pérdida de dinamismo, en el plano productivo, se hubiese producido una subdivisión sectorial de los procesos globales de acumulación: la valorización del capital productivo para gran parte de las regiones asiáticas, que ahora emergen como nodos de elevada productividad; y, en el otro extremo, los centros financieros con capacidad de gestión global, que se han afianzado y expandido colosalmente en las economías desarrolladas.

Nueva York, Londres, Pekín y Tokio, por citar algunas ciudades, se han convertido en centros de gestión global de las relaciones capitalistas de producción y de toma de decisiones de los patrones productivo, comercial y financiero del capitalismo contemporáneo que crece de manera diferenciada, pero que en general manifiesta pérdida de dinamismo. Y, sin embargo, ha generado la acumulación de masas de capital descomunales que, ante la constricción de las vías de crecimiento productivo, han sido canalizadas hacia el sector financiero, desde donde indudablemente reclaman e imponen una participación de los excedentes que brotan del proceso general de valorización del capital.

Por su parte, las exportaciones de las economías latinoamericanas han quedado envueltas en un proceso de estancamiento, en cuanto a su participación en el mercado mundial, que pone al descubierto su ubicación en un punto intermedio, dentro de las tendencias del capitalismo de corte financiero, pero que indudablemente requiere afianzar su corporeidad en el plano productivo y territorial; como región América Latina no está ubicada dentro de los nodos más dinámicos de la valorización del capital productivo, pero es una región básica para la reproducción del proceso de acumulación del capital a escala global. De ahí que algunos sectores han repuntado como es el caso del extractivismo tradicional o lo que se ha dado en llamar el “neoextractivismo”, incluso algunas economías tienen presencia mundial como es el caso de Brasil o México.

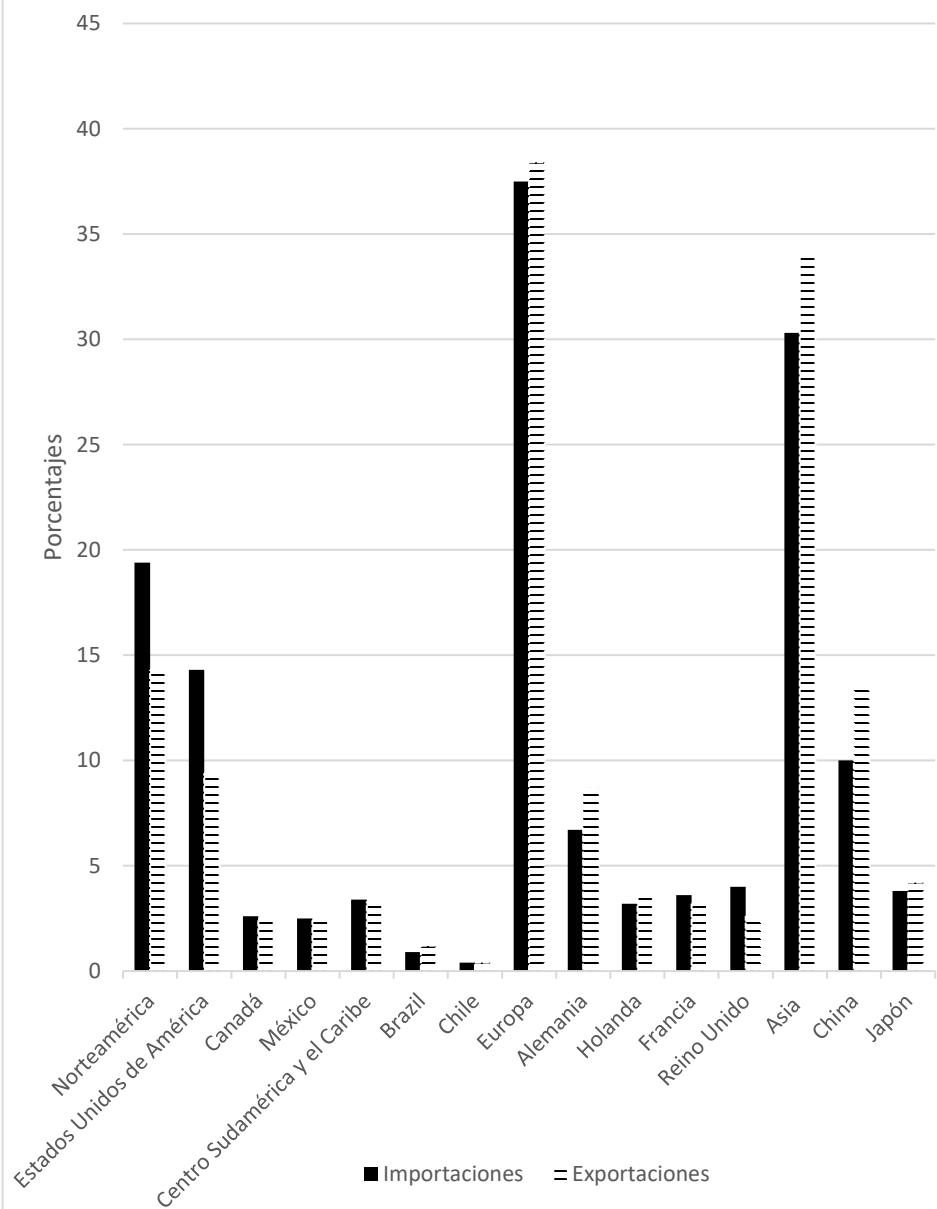
A pesar de ello, la participación de las importaciones es ligeramente inferior, es decir, dentro de una tendencia marcada por una menor incidencia en los flujos comerciales internacionales, la menor participación en las importaciones está asociada a la incuestionable

contracción salarial, por supuesto acompañada de una embestida antisindical, en gran parte de las sociedades latinoamericanas, como se mencionó más arriba. Es un asunto de importancia mayúscula, después de poco más de un siglo, América Latina se mantiene prácticamente en mismo lugar en el terreno del comercio internacional; su gran potencialidad, identificada con la dotación de recursos naturales, población, contribución a la acumulación de capital global, han sido insuficientes para el gran salto y convertir a las economías del subcontinente en potencias económicas intermedias.

Los orígenes de este secular estancamiento, quedan invariablemente asociados precisamente a que su función, dentro de más de un siglo de desarrollo capitalista ha permanecido casi inalterada: proveedor de materias primas y alimentos (ver gráfica 3.5), por una parte, y por la otra, recipiendaria de los flujos internacionales de capital, para ser articulada a un sistema financiero, que ha encontrado en las tierras latinoamericanas un campo por demás fértil para ser objeto de reestructuración y ajuste, primero a los sectores externos de las economías, afin de que los ingresos por exportaciones quede comprometidos en gran medida para el servicio de la deuda externa. Y en un segundo momento, en el marco de la crisis global, a la definición de las estrategias de política económica para ajustar política monetaria y fiscal, para convertirlas en instrumentos alineados al objetivo de garantizar rendimientos positivos para el sector financiero.

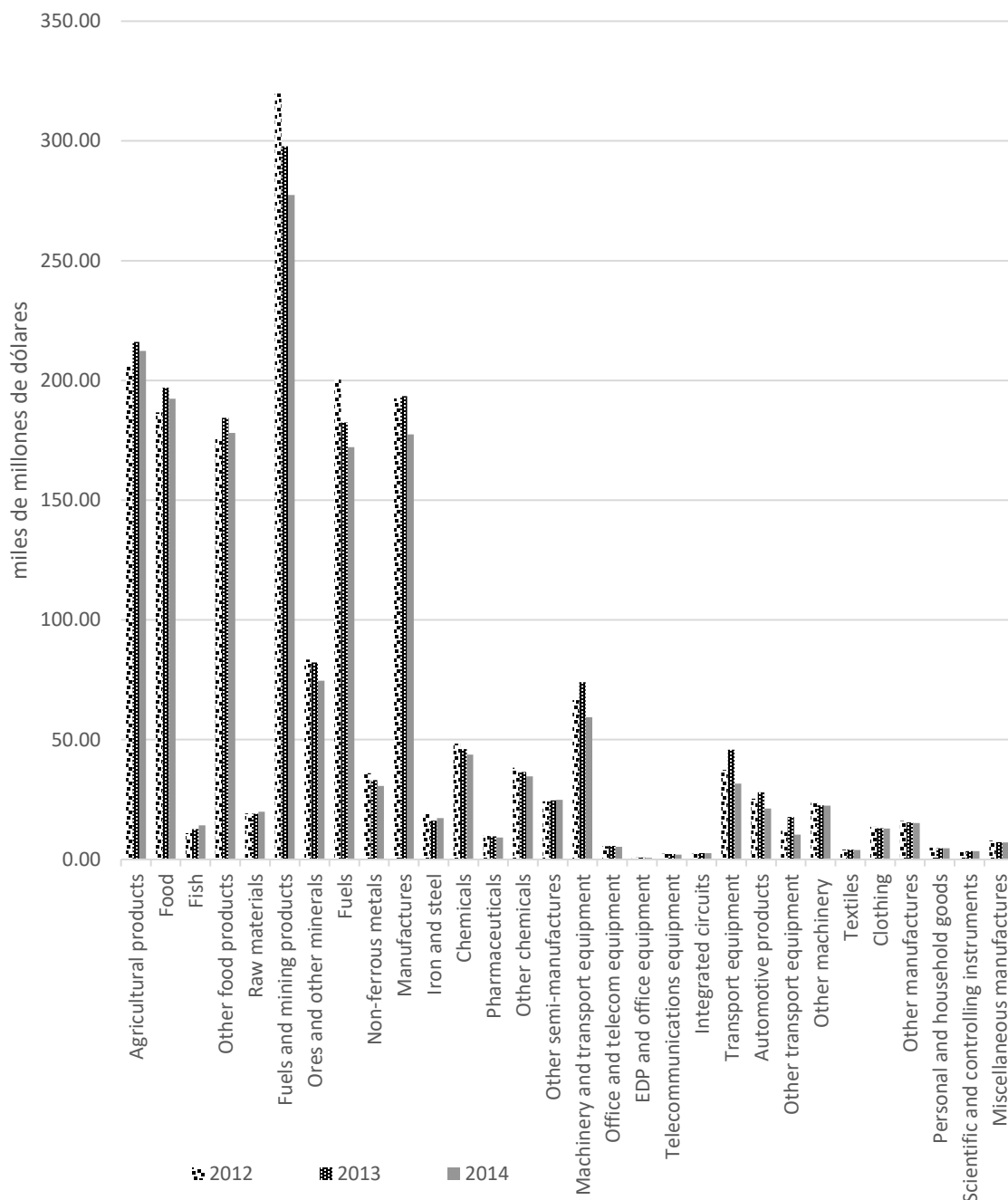
El siglo XX y lo que va del XXI, dejaron una estela de conflictos mundiales, desolación y destrucción, bajo el predominio de las relaciones de producción capitalistas al mismo tiempo de desarrollo tecnológico, urbano y acumulación desmesurada de capitales sin precedente; la naturaleza contradictoria del sistema capitalista expresada en un largo período, suficiente para dar cuenta de la decadencia de viejos imperios y el surgimiento de otros de mayor vigor y alcance. Nuevos polos de desarrollo capitalista se incorporan a las llamadas economías desarrolladas y la acumulación de capital continúa, pues a pesar de los menores niveles de crecimiento, incluido el comercio internacional, la masa de capitales sigue en aumento y todavía más su tendencia a la concentración.

gráfica 3.4  
La concentración del comercio internacional, 2016, (%)



Fuente: World trade statistical review 2017, OMC

gráfica 3.5 El perfil exportador de América Latina: miles de millones de dólares.



Fuente:WTO. World trade statistical review 2015.

Sin embargo, dentro de la estructura económica mundial, América Latina se mantiene en esa especie de región intermedia dentro de la configuración capitalista global, con períodos de crecimiento considerable, pero concluidos con severos ajustes, en especial en su sector externo; economías de tamaño considerable y región imprescindible como proveedor de materias primas y alimentos, que ha encontrado en esa sempiterna función, los límites de su propio horizonte de expansión.

Mientras otras economías han dado el gran salto a la industrialización, la inserción comercial, productiva y financiera dentro de las esferas de valorización y realización del capital ha conformado una dinámica de crecimiento y recesión y ajustes. Así el sector externo es el campo de primera manifestación de las crisis de América Latina y el comercio de la región con el resto del mundo capitalista no ha servido plenamente de motor de desarrollo.

### **3.2 Comercio mundial y patrón de acumulación**

Dentro de la evolución de las relaciones internacionales, la formación de bloques comerciales regionales se ha convertido en una de las vías por las que se ha configurado el comercio en la era del capitalismo de perfil predominantemente financiero. Uno de los proyectos de más largo aliento, que incluso rebasa los objetivos meramente comerciales, para integrar el ámbito monetario, jurídico y político, lo constituye la Unión Europea; dentro de un proceso amplio de integración, la gestión del comercio, con un trato privilegiado para sus integrantes, es un componente más y uno de los niveles iniciales de la construcción de un bloque que al avanzar de manera gradual, parecía irreversible antes de la crisis global de 2008.

Precisamente, la persistencia de tal crisis alcanzó la cohesión de la Unión Europea y uno de sus resultados fue la consolidación de una corriente de rechazo, en el otrora corazón del proceso de acumulación capitalista: Inglaterra. La fuerza que adquirió la propuesta de abandonar el camino de la construcción de lo que se llamaba la “Fortaleza Europa” fue alimentada por los grupos con pretensiones nacionalistas, siempre presentes, pero además por las crisis de las finanzas públicas de economías que a duras penas se habían ido ajustando a las exigencias de la integración, sobre todo porque su dimensión y desarrollo tecnológico

las fue colocando en la retaguardia, tal es el caso de Grecia, Portugal y en alguna medida España.

La salida de Inglaterra (votada el 23 de junio de 2016, en una consulta a la población) conocida como “Brexit” erosiona las bases del proceso integrador en su conjunto. Y se trata de un cuestionamiento crucial, porque no se trata de cualquier economía europea, sino de uno de los pilares, de un proyecto que se fue afianzando, como la mejor opción para convertir a Europa en el epicentro del desarrollo capitalista moderno y como motor de impulso a toda la economía mundial, pero donde se destaca el liderazgo alemán, que en materia comercial se expresa en un saldo positivo permanente que convierte a la economía alemana en acreedora.

La Unión Europea inició el siglo XXI con un aumento sostenido en sus exportaciones, pero sobre todo de las exportaciones al interior del bloque comercial, lo cual resultaría congruente con la lógica de los bloques comerciales regionales, que por su naturaleza privilegian el comercio entre las partes contratantes. En ese sentido, la evolución del comercio europeo había avanzado de acuerdo con los propósitos de la orientación integradora. Sin embargo, la agudeza de la crisis de 2008 cortó de tajo la tendencia alcista, e impregnó a la posterior recuperación de un escaso dinamismo que varios años después, coloca a las exportaciones del bloque europeo en los niveles anteriores a la crisis. En cuanto a la tendencia de las importaciones se presenta una especie de reproducción del panorama exportador: el papel protagónico está asignado a las importaciones al interior del bloque; de igual forma la crisis de 2008 se tradujo en una fuerte caída en las importaciones. Asimismo, la recuperación apenas restaura los niveles anteriores a la crisis. Esto significa que, en términos del comercio de mercancías, la Unión Europea no ha mostrado que la crisis haya quedado atrás.

Por el contrario, la salida de Inglaterra es un síntoma de que no se trata de un proceso de integración irreversible, y que se ha abierto una fisura en lo que parecía un monolito; el efecto político todavía está por manifestarse en el mediano y largo plazo, puesto que no se trata de un acontecimiento aislado, sino más bien asociado al agotamiento de un modelo de integración económica y política que entró en crisis en consonancia con la crisis global del capitalismo financiarizado; la salida de Inglaterra se produce cuando otros países signatarios, como Grecia, Portugal y España ven restringidas sus posibilidades de crecimiento económico

hacia el exterior, y sus propios compromisos al interior de la estructura política de la Unión Europea les impiden utilizar a profundidad los instrumentos de política económica para fomentar el crecimiento endógeno. Se trata de un patrón de comportamiento que llama la atención por lo acompasado de sus ritmos, tanto de crecimiento como de caída y la tendencia hacia la convergencia hacia el equilibrio del bloque, aunque en su interior persistan déficits, pero con un bajo ritmo de crecimiento.

En el plano de las tendencias globales, queda en relieve que la recuperación de los ritmos de crecimiento del comercio internacional se mantienen en el terreno de la incertidumbre. Si tomamos como referencia la evolución de los bloques comerciales en este terreno, en un período de 10 años que incluyen la crisis global de 2008, los datos son contundentes: en principio, la crisis que como se ha reiterado detonó en el sector financiero, barrió con la tendencia alcista del comercio internacional y de paso demostró su gran vulnerabilidad; si los bloques se constituyen para otorgar a sus miembros ciertas garantías para la colocación de sus productos en el exterior, la crisis dejó en claro que, en la coyuntura actual, no existe ningún instrumento que pueda inmunizar a cualquier economía o conjunto de ellas de sus efectos devastadores. (ver gráfica 3.6).

Todos los bloques comerciales confluyeron con una homogeneidad sorprendente hacia una caída estrepitosa en el comercio mundial; la insistencia en su carácter estructural y global, y no en una crisis instalada en el comportamiento cíclico natural de las economías capitalistas, encuentra correspondencia en la trayectoria reciente del intercambio comercial. Después de 10 años no se atisban síntomas claros de recuperación. Tras el fugaz repunte de 2010, la pérdida de dinamismo de los bloques comerciales se consolida como tendencia generalizada, pero ahora los síntomas se agudizan para los bloques de las economías subdesarrolladas, como es el caso de los países integrados en el llamado ECOWAS, que esta conformado por 15 países de Africa Occidental, seguido por el MERCOSUR.

Aquí reside uno de los factores subyacentes en el cíclico resurgimiento del proteccionismo que ahora ha encontrado un campo tan fértil en la actual administración gubernamental norteamericana; el mismo TLCAN o (NAFTA) ha mostrado su desgaste para los propósitos norteamericanos de recuperar el crecimiento económico y constituir una

plataforma de competencia, y sobre todo de negociación global frente a otros bloques comerciales y especialmente ante China.

Luego entonces, no se trata de mera propaganda política asociada con fines electorales, sino más bien, la ola proteccionista en la columna vertebral de la política norteamericana, resulta sintomática de que en la administración de Trump, en la política interna está el timón que define el rumbo de la política global de los Estados Unidos; la trayectoria previa de la economía capitalista en su conjunto, que no termina por superar los estragos de la crisis de 2008 y el papel de la economía norteamericana, marcado por un lento retiro de su otrora función de locomotora global, es el acicate para el viraje hacia la protección de sus mercados internos como base inamovible de las gestiones del actual gobierno. Incluso, desde antes de 2008, las tasas de crecimiento del ya fenecido NAFTA, aunque positivas, acusaban una pérdida de dinamismo en comparación a otros bloques comerciales, pero sobre todo en comparación con la Unión Europea (gráficas 3.6 y 3.7)

Con el paso del tiempo quedó aclarado que el NAFTA agotó su vigencia, desde la óptica norteamericana, a pesar de que sus corporaciones se consolidaron como protagonistas en los tres países signatarios del tratado. Al ser un producto estadounidense, sus propios creadores procedieron a ajustarlo y rediseñarlo, ahora con una perspectiva quirúrgica que señala sectores y condiciones específicas, para conjuntar mayor competitividad internacional con reducción de déficits comerciales, sin abandonar por supuesto el papel de eje rector asignado al sector automotriz.

El comercio internacional queda expuesto como uno de los escenarios de pugnas mundiales, de competencia entre capitales, de diferente composición orgánica, en un orden global que refleja el poderío de los aparatos productivos construidos en cada economía y su expansión planetaria, orquestada por los grandes capitales, es decir, los de mayor composición orgánica, acumulados en las economías más industrializadas, que tienden a construir las estructuras institucionales más sólidas y están representados por los estados nacionales más poderosos.

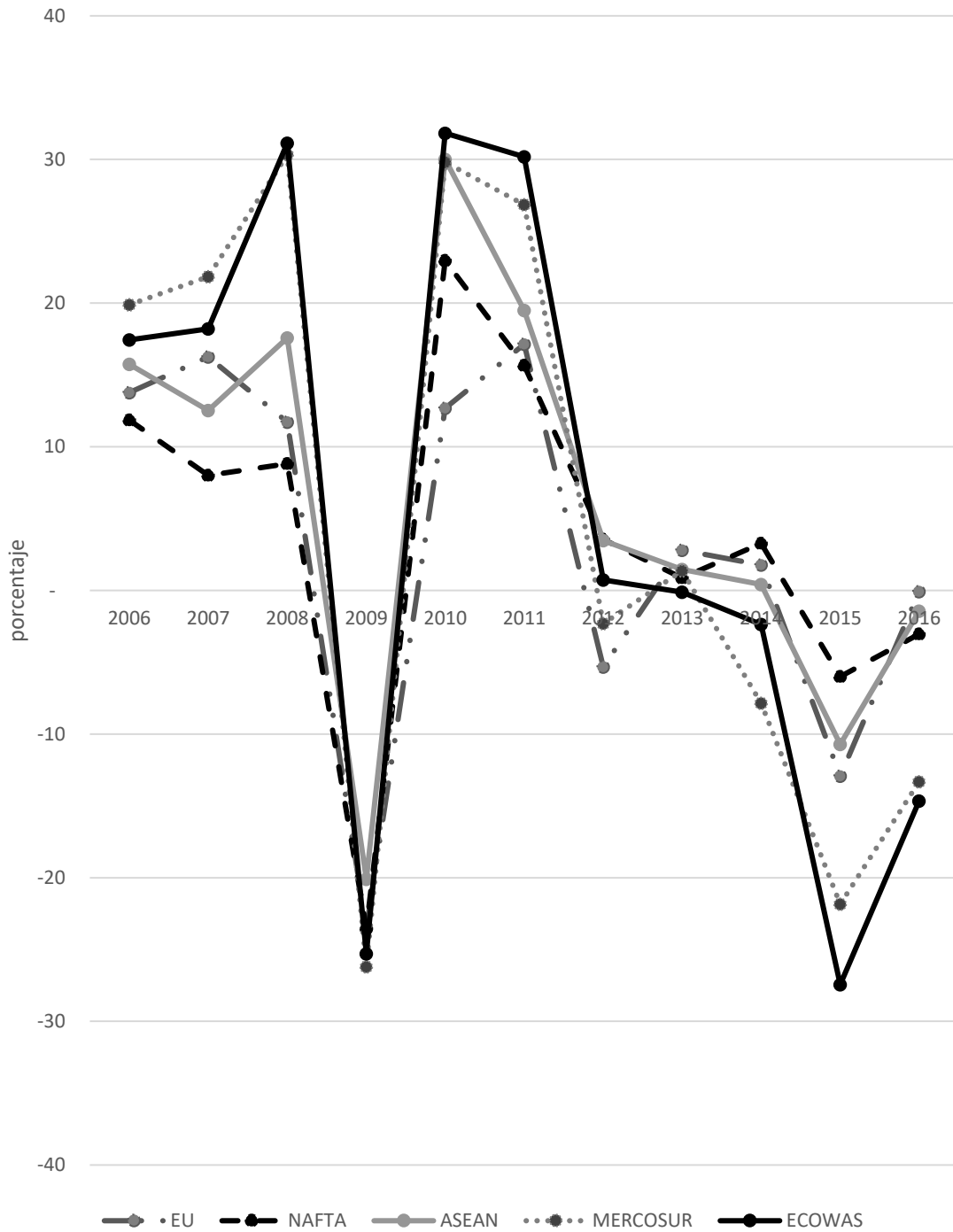
En un devenir continuo de conflictos y contradicciones que convergen en crisis de sobreproducción y crisis políticas generalizadas, cada vez más profundas hasta que surge un

nuevo orden a partir de la reestructuración económica, política y social con nuevos bríos, pero que incuba en sus entrañas las contradicciones de las estructuras anteriores y genera nuevas. Por eso, el grado de complejidad de las relaciones capitalistas se eleva de manera permanente, y la economía mundial se torna en un escenario en el que las contradicciones entre capitales, que se condensan en la competencia internacional, alcanzan a las pugnas entre estados nacionales y permean el funcionamiento de los organismos internacionales como la Organización Mundial de Comercio; los conflictos bélicos no son un accidente o una excepción, por el contrario, son la manifestación extrema de los niveles que ha escalado la competencia capitalista y de la agudeza de sus contradicciones políticas, pero que además anuncian que el orden construido ha quedado desbordado.

Así dentro de las estructuras económicas y políticas sobre las cuales fue diseñada la Unión Europea el comercio es un factor determinante, el de más larga trayectoria y vanguardia para procesos ulteriores de mayor dimensión, pues abarcan la esfera política, hasta que la crisis de 2008 detuvo la marcha de este proyecto regulador de gran calado, que va adicionando a un número creciente de países en una marea integradora que absorbe estructuras políticas y las alinea en términos de las grandes directrices de la política que emana del Banco Central Europeo y el Parlamento, pero que también añade al interior de sus estructuras las diversidades propias diferentes composiciones orgánicas de capital que arrojan diferentes niveles de productividad del trabajo, así como trayectorias políticas con rasgos comunes, pero al mismo tiempo con gran diversidad de elementos que apuntan hacia la construcción de proyectos autónomos, como es el caso de España.

El ritmo de crecimiento de todos los bloques comerciales deja en claro que la llamada crisis global contrajo abruptamente la tendencia alcista que se había perfilado, para dar paso a una relativamente rápida recuperación, pero su comportamiento reciente es una evidencia de que después de 10 años no se han restaurado las bases de crecimiento global, que dicho sea de paso no se distinguía por su dinamismo; es más ya en años previos, la economía mundial ya anunciaba que, con excepción de China, las bases de la acumulación capitalista global había dejado atrás sus mejores momentos de fuerte impulso al comercio internacional.

gráfica 3.6 Comportamiento de los bloques comerciales: tasas de crecimiento anual del comercio 2006-2016 (con respecto al año anterior)



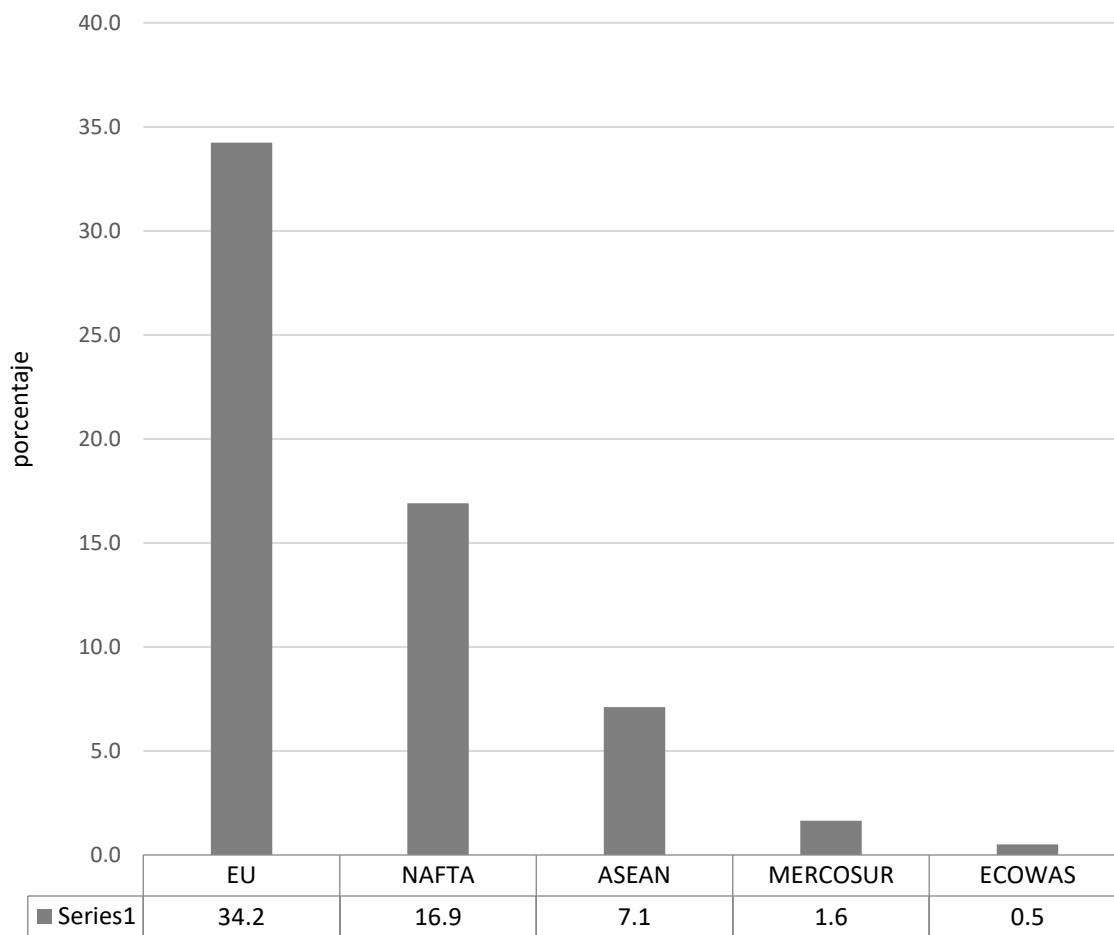
Fuente: World Trade Organization. World Trade Statistical Review, 2017.

A manera de corte temporal, la gráfica 3.7 muestra que para el año 2015 la Unión Europea es el bloque comercial que iba a la vanguardia como proyecto de integración; su participación en las relaciones comerciales internacionales es, sin lugar a dudas un reflejo de un conjunto de procesos políticos y económicos de enormes dimensiones, que parece encaminado a restaurar el papel central de Europa en la dirección de los caminos de la reproducción del capital en los tiempos de la marea globalizadora actual.

El dinamismo del comercio mundial en los próximos años depende críticamente de la evolución que tenga la actividad económica en la Unión Europea. La economía comunitaria equivale al 16,9% del PIB mundial medido en paridad de poder adquisitivo, ligeramente superior a la participación de China y los Estados Unidos (16,5% y 16,3%, respectivamente). Sin embargo, mientras China respondió en 2014 por el 10,6% de las importaciones mundiales y los Estados Unidos por el 13%, la Unión Europea fue responsable de un tercio (33%). (CEPAL, 2015:19)

Por consiguiente, la magnitud de su participación en el comercio global es una expresión de los avances de un proyecto político más amplio, denotado en la construcción de instituciones supranacionales como el Banco Central Europeo y el mismo Parlamento. El NAFTA, circunscrito al ámbito comercial, y aunque en segundo lugar, estaba muy distante en su participación en los circuitos comerciales interregionales. Desde luego, el papel de conductor incuestionable de los Estados Unidos lo hacía dependiente de los cambios en la dirección política norteamericana. Así, el creciente y persistente déficit comercial de tal economía, pasó a formar parte de los objetivos de una plataforma política radicalizada, que enfatiza la primacía de los pretendidos intereses nacionales a cualquier costo. De ahí que para una administración republicana, con ansiedad por concretar en su ejercicio del poder político sus promesas de campaña, sobre todo en materia de empleo, comercio y recuperación salarial, que tienen un efecto político directo en cuestiones electorales, dar cuenta del tratado en cuestión se colocó en la agenda política de Trump en el corto plazo. La celeridad de la transición del NAFTA al USMCA, también deja en evidencia la urgencia de una administración por buscar caminos para su continuidad política y alternativas para la recuperación económica, aunque sin tocar los fundamentos del orden económico que precisamente provocaron la detonación de la crisis global.

gráfica 3.7  
Participación en el comercio internacional de algunos bloques  
comerciales: 2015



Fuente: World Trade Organization, World Trade Statistical Review 2017.

Bajo la lupa de la administración Trump, la globalización y el libre comercio, como se ha desarrollado hasta ahora, han presentado costos para los Estados Unidos que se hacen evidentes en el déficit comercial que ese país ha acumulado, así como en la reducción en el número de empleos en la manufactura. Ello es el sustento del replanteamiento de la política comercial que los Estados Unidos ha hecho a nivel bilateral, regional y multilateral. (De la Mora Sánchez, 2018; 9)

El resto de los tratados comerciales considerados en la gráfica 3.7, cuentan con una participación bastante menor, en especial, por su impacto para América Latina, El MERCOSUR, apenas notorio, revela la trayectoria de la región, cuyos gobiernos perciben la necesidad de construir proyectos de integración comercial, ante las olas de regionalismo que han derivado en la construcción de bloques comerciales. Sin embargo, sus lentos avances contrastan con la creciente necesidad de que América Latina se consolide como un bloque comercial, con capacidad de negociación global.

Para el año 2016, las economías de América Latina, instaladas plenamente, tanto en la crisis global como en los flujos comerciales internacionales, observan como su relación comercial externa se mantiene en ese sendero de delicado equilibrio, con una fuerte proclividad al desajuste en sus cuentas con el exterior.

La gráfica 3.8 señala que la dimensión del crecimiento económico encuentra correspondencia con la inserción en los flujos comerciales internacionales, y la economía mexicana es el arquetipo de una economía dependiente, que ha reorientado su estructura económica para hacer del sector externo una de las bases fundamentales de sus crecimiento, plegada a la trayectoria económica y política de los Estados Unidos y, como consecuencia, distante del resto de América Latina; su elevada participación en las transacciones comerciales de la región está ligada a la formación de un bloque comercial que separa a México de un proyecto de integración económica con el resto de países del subcontinente, con quienes comparte una trayectoria histórica común.

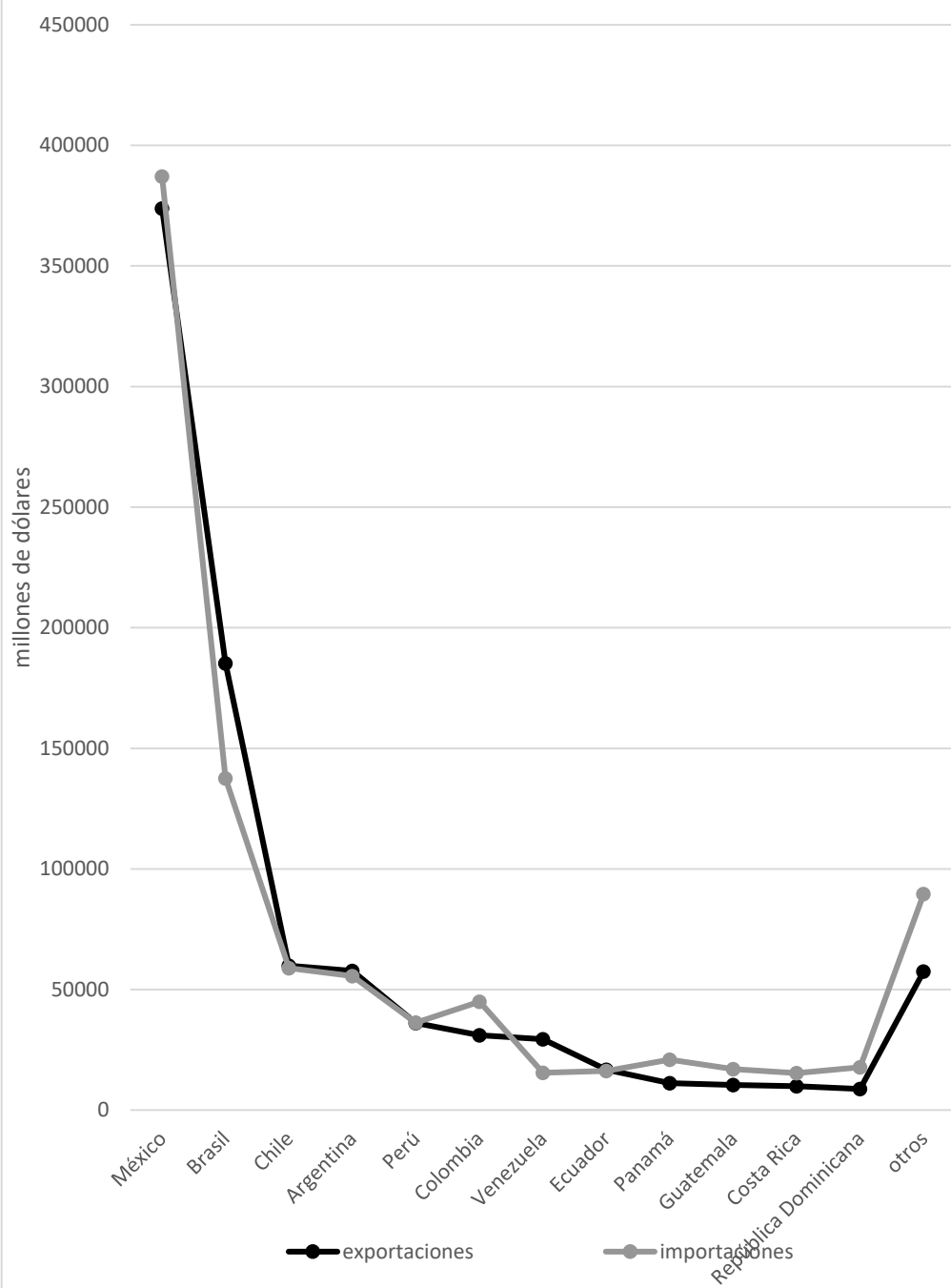
El año 2016 representa un punto de inflexión para la trayectoria política y económica de Brasil, pues en ese año se realiza la destitución de Dilma Rousseff, como parte de una escalada de las fuerzas ultraconservadoras, para contener y apagar el avance de un proyecto político con soporte popular que había iniciado su antecesor, el carismático Lula Da Silva;

dejando de lado la erosión del aparato institucional y el costo social de un drástico y desaseado viraje político, la oligarquía brasileña no dudó en esgrimir los pretextos más banales para utilizar el senado y aparato judicial para destituir a Dilma Rousseff, con el objetivo de reencauzar a la sociedad brasileña a los principios de la doctrina neoliberal, y por tanto, acentuar la contracción salarial y barrer los programas destinados a la atención de los grupos sociales marginados.

Respecto al comercio, llama la atención que en ese año la economía brasileña logró un considerable superávit, aun inmersa en la crisis mundial y en el contexto de un proyecto político que había logrado combinar el crecimiento económico con una visible atención de las demandas populares. Mientras el resto de América Latina, con excepción de Venezuela, oscila entre ligeros superávits, para economías grandes y los déficits comerciales para economías pequeñas, y tal panorama indica que la crisis se mantiene y que las bases de la inserción latinoamericana a los circuitos comerciales y financieros se ha venido agotando, sobre todo cuando, tanto en el nivel de crecimiento económico en general y en el comercio internacional en particular se presentan escuetos niveles de crecimiento en la región. Además, después de un siglo, queda en relieve que la naturaleza dependiente de las economías latinoamericanas las arroja a un sendero de crecimiento desarticulado en lo interno y desequilibrado en sus relaciones comerciales internacionales.

Venezuela logró un superávit, pero sólo de forma temporal; la lamentable dependencia de un solo factor y de hecho de un solo producto, hacen del precio internacional del petróleo una dramática conexión entre el impulso a un proyecto decididamente nacional y sus posibilidades de viabilidad política, ata a su balanza comercial, y prácticamente a toda la suerte de la sociedad venezolana a los altibajos del mercado petrolero internacional, que a su vez es el campo de las batallas más enconadas entre las potencias mundiales, y sus expresiones cubren toda la variedad de escenarios, desde el diplomático hasta la confrontación e intervención militar abierta. Las intervenciones militares norteamericanas en Irak son una prueba del peso que tiene el mercado petrolero en la economía mundial. Pero también de la estrategia norteamericana para mantener el control de este preciado recurso; sin ambages, la invasión militar se ha convertido en un instrumento de uso reiterado para la geo-política norteamericana.

gráfica 3.8 América Latina en el comercio internacional (2016, millones de dólares, principales países)



Fuente: De la Mora Sánchez, Luz María. Hacia donde se dirige el régimen de comercio internacional y sus implicaciones. CEPAL, 2018.

Un período de largo plazo, sintetizado en la gráfica 3.9, confirma la mixtura de bajos niveles de crecimiento y contracción de la demanda interna, resultado de la contracción salarial como los ejes rectores que determinan una ligera posición superavitaria en el comercio de mercancías para las economías más grandes de América Latina. Desde la década perdida, hasta finales del Siglo XX, el déficit comercial fue la constante; precisamente en ese largo período se consolidaron los lineamientos de la política neoliberal, que en materia comercial preconizan la competitividad forzada, como consecuencia de la apertura comercial indiscriminada, pero que en lo interno se centran en la contracción salarial para competir vía reducción de costos, como el camino inmediato para aumentar el peso del sector externo.

Una estrategia global que forma parte de la búsqueda de mayores espacios para la acumulación de capital, aunque se combinen nuevas formas de expansión de las relaciones capital, como los medios digitales, enfocados a elevar la productividad del trabajo, con los mecanismos tradicionales de contracción salarial, que aunque no se han aplicado en los países desarrollados en forma tan tajante, porque las decisiones de política económica necesariamente se trasladan al campo del ejercicio del poder político, pero que en América Latina, mediante diversas formas, bajo la conducción de los organismos internacionales y en concordancia con las oligarquías locales, han convertido en programas de gobierno el credo neoliberal.

Por ello, en la región se manifiestan con mayor crudeza las contradicciones del capitalismo y sus lamentables consecuencias sociales. Por consiguiente, a pesar de la marcada reorientación general de las economías latinoamericanas hacia el sector externo y del saldo positivo en el comercio de mercancías, la contracción salarial continúa y el deterioro de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo también.

Con el nuevo siglo, las economías más grandes de América Latina, en conjunto, ven saldos positivos en sus cuentas comerciales externas. Incluso, cierto crecimiento económico generalizado, como puede verse en la gráfica 3.10. Sin embargo, la caída, también generalizada, que se produce a raíz de la irrupción de la crisis, contrae de forma súbita el crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB), en tal medida que llegan a números negativos. Se trata de un proceso global, en el que el proceso de acumulación capitalista, en su totalidad, generó un dique para la fluidez de los mecanismos de reproducción del capital, constituido

en parte por la subordinación de la rentabilidad del capital valorizado en la esfera productiva a la del capital financiero, pero inmerso en la dinámica de la ley general de acumulación capitalista, donde la búsqueda permanente de la ganancia lleva a niveles crecientes de composición orgánica de capital y a las irremediables crisis de sobre producción. Y, en América Latina, una de manifestaciones concretas de tal obstrucción se presenta a través de un agudo desajuste estructural en las relaciones con el exterior; un sector externo sobrepasado por la magnitud de las importaciones y el servicio de la deuda externa.

Ya vulnerables desde su inserción histórica en los flujos mercantiles y financieros globales, las economías latinoamericanas se ven arrastradas a la vorágine de la especulación financiera, donde sus monedas y sus propios títulos de deuda son objeto de tales maniobras, por parte de las grandes corporaciones financieras, es decir, quedan envueltas en la euforia especulativa global, que es un paso previo para el ajuste del todo el sistema en su conjunto.

El año 2008 se convierte en crucial, punto de un nuevo recorrido para la economía mundial, en el que estallan las presiones acumuladas en todos los componentes del sistema, pero de manera particular, en los Estados Unidos, donde la concentración de activos financieros, es decir, símbolos de valor y de actividad especulativa frenética, alcanzan niveles exorbitantes; las diferencias entre los precios de compra y de venta de activos financieros, que dan origen a la ganancia especulativa, no pueden mantenerse de forma indefinida. Dentro de los activos están los mismos títulos de deuda de los gobiernos latinoamericanos, de las empresas y hasta las monedas emitidas por los bancos centrales de la región. Así que, al caer los precios de los activos, la presión sobre el tipo de cambio de las economías de América Latina es inmediata.

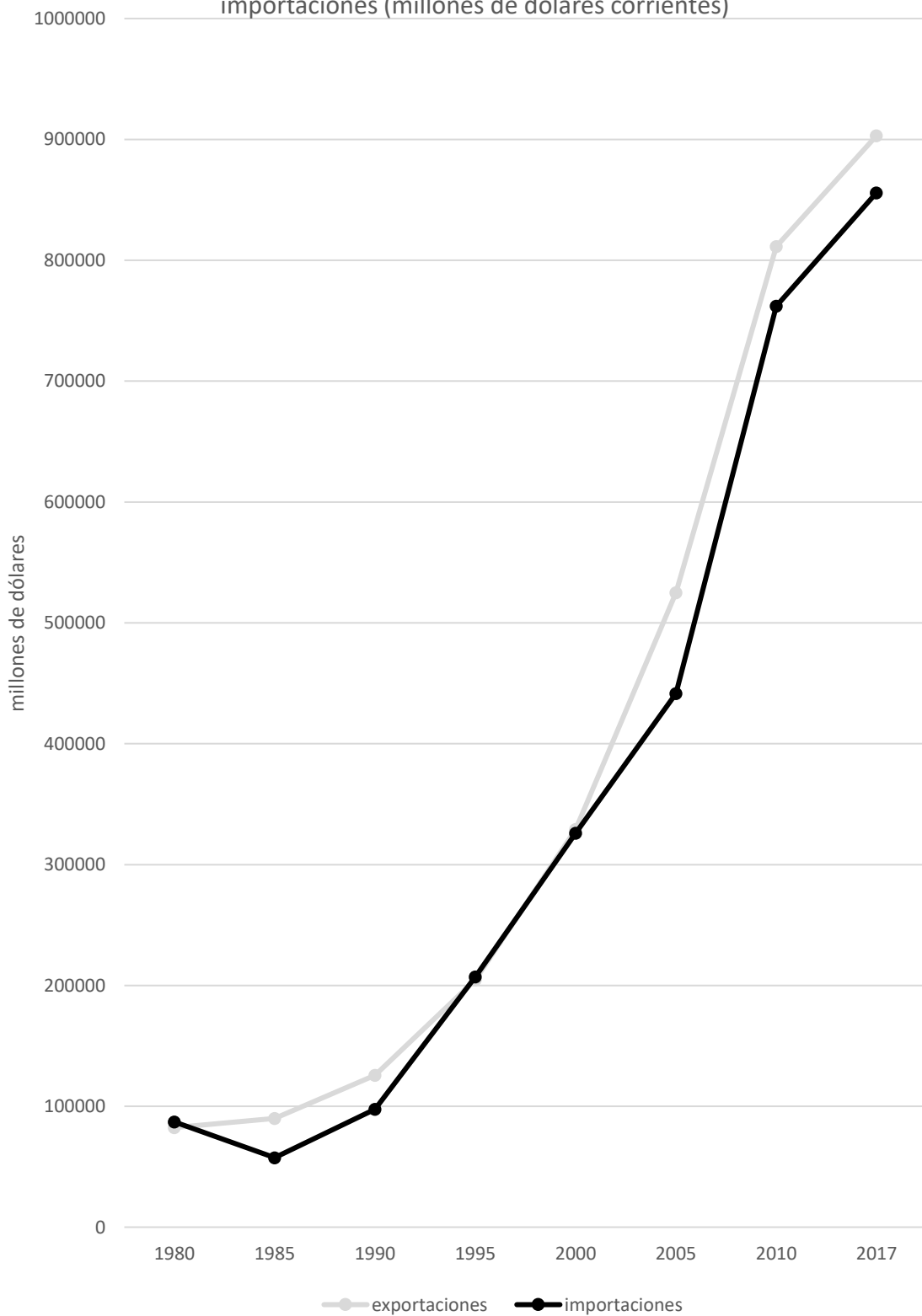
Mientras en las economías desarrolladas la crisis se manifiesta en destrucción de activos financieros, inflados en los días de auge, en las economías dependientes, la devaluación del tipo de cambio es una de las expresiones, adicionales y características del ajuste en las relaciones económicas con el exterior. Es una de las formas del despliegue de la crisis de acumulación global del capital en las formaciones sociales latinoamericanas, pero que no va sola, sino acompañada con presiones inflacionarias, desempleo y contracción económica.

Dentro de los saldos de la crisis, las economías más grandes de América Latina alcanzan ligeros superávits comerciales, pero, como consecuencia de ésta pérdida de impulso de sus motores internos de crecimiento. (Ver gráfica 3.10) Por ello, después de una breve recuperación, que desde luego no llega a los niveles previos a la crisis, para el año 2015, la tasa de crecimiento del producto en promedio se ubica en un bajo nivel, ni siquiera alcanza el 2%. Saldo comercial positivo y crecimiento del producto quedaron así contrapuestos; una aparente paradoja que se forjó en los albores de la integración latinoamericana a la economía internacional bajo el sello de la dependencia de los centros industrializados, y que le ha impregnado al sendero del crecimiento económico de la región una dinámica de arranque y ajuste en ciclos interminables que se mantienen en el largo plazo.

Dado que los intereses y la estructura operativa de los circuitos donde opera el capital financiero internacional se han mantenido intocados, la búsqueda de una salida a la crisis se ha orientado hacia el penoso y conflictivo camino del proteccionismo, curiosamente difundido ahora por la potencia emblemática, que debería ser el adalid del libre comercio: los Estados Unidos de Norteamérica. Por consiguiente, el augurio para las economías latinoamericanas y su esforzado sector externo es sombrío.

Proteccionismo y crisis global persistente se han convertido en una combinación extremadamente tóxica, que tiende a alimentar nuevos conflictos regionales y a conformar un escenario mundial de fuertes tensiones entre los centros más poderosos del sistema. En materia comercial, los desencuentros de mayor algidez se han producido entre Estados Unidos y China, es decir, entre el titular de orden hegemónico actual, y crecientemente cuestionado, y la economía que tiende a situarse en la vanguardia de la competitividad internacional comercial, aunque ella sea construida sobre bajos salarios y depredación ambiental sin precedentes.

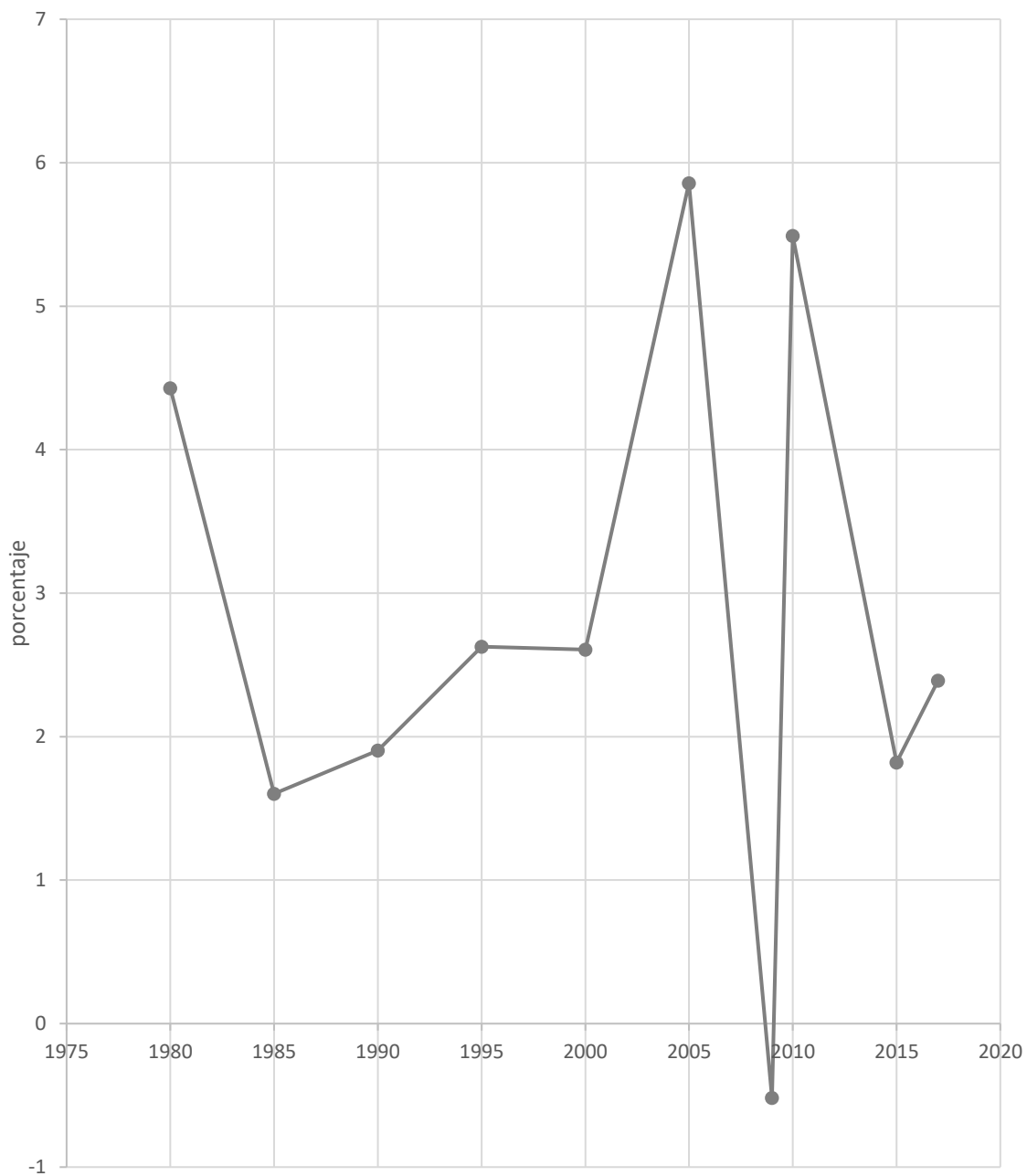
gráfica 3.9  
Las 10 economías más grandes\* de A.L.: exportaciones vs.  
importaciones (millones de dólares corrientes)



\*Argentina, Bolivia, Brazil, Chile, Colombia, Ecuador, México, Perú, Uruguay, Venezuela

Fuente: stat.wto.org

gráfica 3.10  
PIB América Latina, tasa de crecimiento anual promedio, 10  
economías más grandes\*



\* Argentina, Bolivia, Brazil, Chile, Colombia, Ecuador, México, Perú, Uruguay, Venezuela

Fuente: Data from database: World Development Indicators.  
Databank.worldbank.org

Una confrontación, que ahora se expresa en el terreno comercial, entre dos grandes potencias, una en auge y dirigida bajo el manto de la autocracia, como consecuencia de la herencia política desde los tiempos de la Revolución de Mao Tse Tung; y la otra, emergida como potencia económica y militar incuestionable, después de la Segunda Guerra Mundial que reordenó el mundo, sobre todo el llamado mundo occidental, a partir de instituciones supranacionales que regulan los flujos de capital y de mercancías. Pero, sobre todo lo alineó al dólar como la divisa mundial por excelencia, de tal forma que además de instrumento del intercambio internacional quedó convertido en mecanismo de expansión de la economía norteamericana, de sus empresas y gobierno.

Hoy, ese orden da visos de ser sobrepasado por la naturaleza del capitalismo contemporáneo; los niveles de acumulación de capital, el movimiento cotidiano de mercancías, servicios, información y capital rebasaron las dimensiones de una estructura hegemónica en cuyo epicentro maduraron los mecanismos detonadores de la crisis de mayor profundidad y persistencia desde la Gran Recesión de 1929.

Pero, sobre todo, ese orden no da señales de capacidad de despliegue de alternativas para inyectar nuevos impulsos al crecimiento económico global. Y este puede ser el centro de la mayor contradicción de la coyuntura internacional actual: el núcleo del capitalismo global en crisis alimenta la confrontación comercial, en lugar de difundir la doctrina del libre comercio, que es el referente ideológico básico en la narrativa de progreso y crecimiento que ofrece la modernidad capitalista.

Nuevamente, como en los inicios de este orden, América Latina queda en la misma posición intermedia, sus economías y, en especial, su sector externo, se colocan entre poderosas fuerzas de atracción hacia los circuitos del comercio y de las finanzas internacionales. Por una parte, la caída de las economías latinoamericanas en el ciclo del endeudamiento las pliega a las directrices de los Estados Unidos y su aparato financiero, pero el acicate del proteccionismo actúa como factor de rechazo para la obtención de recursos que permitan continuar con el cumplimiento de los compromisos financieros. No sólo por la postura norteamericana, sino por los efectos de diseminación hacia otros países y sobre todo en el marco de la consolidación de bloques comerciales.

Por otro lado, China, la potencia emergente, que indudablemente ve crecer su presencia comercial en suelo latinoamericano, está muy distante de abarcar todas las funciones de la ya cuestionada hegemonía norteamericana.

Tal es la encrucijada para sostener la reproducción del capital en los confines latinoamericanos, cuyos proceso productivos y comerciales están articulados y supeditados a centros desarrollados, con un contacto inmediato a consecuencia del avance tecnológico, pero se mantienen lejanos en términos de incidencia desde las regiones dependientes, como hace más de 100 años. Entonces, la reproducción del capital que esta edificada sobre la valorización del capital, se traduce en deterioro de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo. Pues la acumulación exige e impone la masificación del deterioro salarial, como palanca de incorporación al sistema mundial.

La valorización a nivel del sistema mundial proletariza, pauperiza y explota en niveles que agudizan la superexplotación. Esta modalidad de explotación es posible por las rupturas del ciclo del capital que presentan las economías dependientes -donde la producción (y explotación) se hacen en espacios nacionales, pero la realización en los mercados mundiales, lo que privilegia a los trabajadores locales como productores, pero con escaso o débil papel en la expansión del mercado interno y en el consumo-, y como compensación a las transferencias de valor propiciadas por el intercambio desigual, lo que genera desarrollo de unas regiones y Estados y subdesarrollo y miseria en otros. (Osorio, 2017: 32)

## **4. Crisis global y patrón de intercambio comercial de América Latina**

### **4.1 Las dimensiones de la crisis global, sus articulaciones con el comercio internacional y América Latina**

La reproducción de un sistema que periódicamente cae en crisis, a consecuencia de su propia lógica de acumulación, es decir, de la misma ley general de acumulación capitalista, que en sus entrañas lleva el germen de la crisis, con el sello de la sobreproducción, en el sentido de generar valores más allá de sus posibilidades de realización, agrega mayores niveles de complejidad, en la medida en que cada ciclo de auge y recesión se ve cargado de mayores contradicciones y conflictos, contenidos en todos los componentes del sistema global, por eso en cada crisis estallan conflictos cada vez más intensos en todos los terrenos, ya sea en el ejercicio del poder político y, en el extremo, los conflictos militares .

Pero, al mismo tiempo, genera los impulsos para buscar y crear nuevos espacios de valorización del capital y nuevas formas de acumulación articulados a los existentes; una especie de revitalización de lo viejo, pero que se construye sin alterar la naturaleza de explotación del sistema, por eso el costo del nuevo andamiaje es cada vez más elevado. Y en este camino se desgastan los mecanismos y las prácticas que contribuyen a la reproducción del sistema global y a mantenerlo, lo que implica sostener y alimentar una estructura económica y política mundial, impregnada de conflictos, algunos latentes y otros que se manifiestan a través de diferentes vías.

La relación de poder que los capitalismos de la metrópoli despliegan sobre los capitalismos de la periferia instaura un rapport de forces desde la técnica planetaria en la que, como compensación al tributo sistemático que éstos tienen que rendirle a aquéllos a través de la renta tecnológica, se impone como una tendencia la violación sistemática de la ley del valor en la relación capital trabajo y, por tanto, la propulsión a deprimir tanto el salario relativo como el salario real en los capitalismos de la periferia. Si incapacidad para salir del subdesarrollo y la crisis de soberanía de sus Estados no es, por encima de todo, el resultado de políticas estratégicamente equivocadas; es el producto ineluctable de la estructura jerárquica de poder que se despliega desde la técnica planetaria. (Arizmendi, 2016: 34)

El comercio internacional, junto con sus estructuras, reglas e instituciones es una de las configuraciones globales en las cuales se despliegan los mecanismos de acumulación capitalista, sus contradicciones y, por consiguiente sus crisis. Pero, de igual forma se convierte en campo de la reconfiguración de las mayores dimensiones, es decir, es un campo esencial para la continuidad el sistema global. Donde la correlación de fuerzas adquiere sus expresiones más enconadas y sintomáticas; detrás de las mercancías y su contenido tecnológico se encuentran las diversas composiciones orgánicas de capital, origen de las diversas y diferenciadas productividades del trabajo y de las inequidades en los intercambios comerciales entre diferentes economías y regiones.

Detrás de los flujos de mercancías está el respaldo de aparatos productivos y complejos industriales con potencialidades diferentes y desiguales. Y, en última instancia, los complejos y bases militares, como factores decisivos en el momento en que las negociaciones comerciales arriben a un punto de máxima tensión.

No hay neutralidad en las directrices de los organismos internacionales, creados expreso para asegurar y regular los flujos comerciales, en su estructura operativa quedó sembrada la correlación de fuerzas y su devenir fue concebido desde una visión hegemónica que incorporó a economías desiguales y volvió a las más débiles, es decir, las periféricas, en términos de la composición orgánica de capital, en tributarias de las economías industrializadas en forma permanente.

Así el intercambio comercial entre países, desde su nacimiento adquirió el rasgo de la desigualdad; la evolución del comercio internacional lleva de manera intrínseca el peso de un sistema que, al reproducirse de manera global, tiende a acentuar y a marcar los caminos distintos por los que se desenvuelve el capitalismo avanzado de aquél que se despliega en las economías periféricas, en cuyo interior, la naturaleza desigual de los intercambios entre países se traslada al campo de la reproducción de la fuerza de trabajo.

Y como mecanismo de traslación, deriva en la consolidación de tendencias autoritarias en los estados nacionales de la periferia; los efectos políticos de una estructura económica subordinada a los vaivenes de la economía mundial son inevitables, pues este intercambio de valores, entre países y regiones de desigual nivel de productividad del trabajo,

implantado con el concurso de fuerzas supranacionales, se traduce en deterioro de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo de las economías periféricas.

La larga trayectoria de la contracción salarial, compromete a los estados nacionales a inmiscuirse directamente en la gestión salarial. Por eso, precisamente desde el terreno de la política, se han observado los intentos de transformación de esa tendencia generalizada. Y aquí se puede dimensionar la magnitud de los desafíos de gobiernos de raigambre popular, como el de Lula Da Silva o Evo Morales, que se han caracterizado por incorporar a sus programas de gobierno los objetivos de contener y revertir el deterioro social.

De ahí la enconada reacción de las élites brasileñas contra Da Silva; la saña con la que se han comportado para su denostación, denota la vehemencia para mantener sus intereses intocados en lo más mínimo y sostener el traslado del ajuste hacia los sectores populares a cualquier costo. La obsesión por erradicar toda propuesta de gobierno que contenga el más leve indicio de atención a los trabajadores provoca la obnubilación para identificar las dimensiones del shock que se cierne sobre el gigante de América Latina, al agudizarse las carencias en una población creciente y casi desprovista de mecanismos de seguridad social.

En este sentido, la explosión cíclica de las crisis en la acumulación capitalista para nada sucede debido a que el capitalismo tiende a debilitar la explotación de los dominados modernos. Esquizoidemente, sucede porque justo el proceso que el capital requiere para desarrollar la explotación del plusvalor, el progreso de la técnica moderna, es el mismo que desata tendencialmente la caída de la tasa internacional de beneficio. (Arizmendi, 2016: 38)

Salir de la crisis sin tocar los beneficios de los sectores privilegiados de siempre, cuyos intereses están conectados directamente con el gran capital transnacional, incrustado en la esfera productiva que busca restaurar y elevar la cuota de ganancia y articulados al sector financiero, igualmente empeñado en sostener la rentabilidad de los instrumentos financieros, a tal grado que este principio ha sido incorporado como parte de los programas de gobierno de muchas economías latinoamericanas, coloca a los trabajadores ante un doble embate: por un lado, la contracción salarial en aras de reducir los costos y como herramienta

para el control de la inflación. Y, por otro lado, la expansión de la precariedad laboral, resultado de la búsqueda del capital productivo para recuperar y elevar la cuota de ganancia.

Bajo tales tendencias se adhiere el escaso crecimiento del comercio internacional de la región, donde los capitales, de igual manera encuentran en la contracción salarial uno de los senderos, ya bastante recorridos, para restaurar la cuota de ganancia y consolidar su reproducción ampliada. En las diferentes esferas y por diversos caminos, la acción conjunta del capital y sus impulsos naturales de expansión para obtener ganancias fueron colocando gradualmente a las sociedades latinoamericanas en una verdadera encrucijada: déficit comercial, tipo de cambio y deuda externa son las variables que ahora determinan y delimitan el sendero por el cual las economías latinoamericanas quedaron acotadas, una vez que cayeron en la dinámica del endeudamiento, que fue visto como la salida temporal de su crecimiento con marcadas tendencias al desequilibrio de las cuentas con el exterior.

Dentro de la coyuntura internacional, generada por la abierta continuidad de la crisis de 2008, Argentina quedó colocada en el vértice de lo que puede ser el destino de todas las economías de la región; una especie de epílogo para la fase crucial por la que atraviesan las economías subdesarrolladas, atraídas a los circuitos comerciales y financieros, en su relación con las economías industrializadas, y sus instituciones con facultades realmente extraordinarias, de alcance global. Pero, con síntomas de agotamiento, para la continuidad de este esquema que hace del endeudamiento una necesidad estructural, para, posteriormente recurrir a ajustes fiscales, en el tipo de cambio y salariales de manera periódica.

El gobierno argentino, encabezado por el empresario Mauricio Macri, se encuentra en una verdadera crisis, tanto política como económica y su futuro depende ahora de una carta, lamentablemente barajada desde Washington, apenas para evitar zozobrar en lo inmediato. Un rescate de 50,000 millones de dólares para cubrir compromisos financieros de corto plazo. A cambio, el propio gobierno argentino se compromete a acabar con el déficit fiscal, una medida que revela la desesperación por tratar de evitar lo inevitable: la especulación contra el peso argentino. Pero, desgraciadamente, el proceso ya inició, luego entonces, no se trata de una estrategia de política económica, sino de una emergencia.

Y ¿cómo se puede caer en una contingencia tan alarmante cuando Argentina y su gobierno han seguido los mandamientos neoliberales? En principio, apertura comercial, con tal grado de profundidad que hoy Argentina es considerado uno de los graneros del mundo y sus exportaciones siguen las señales de la economía mundial, es decir, se orientan a satisfacer la demanda mundial de granos; desregulación financiera, llevada sin la menor restricción, en tal medida que actualmente se encuentra en las redes del capital financiero global, prácticamente en la indefensión, en espera de fondos extraordinarios para un rescate sólo de carácter temporal. Y de paso contracción salarial, es decir, ganar competitividad en el mercado mundial vía reducción de costos laborales.

Sin embargo, en lugar de arribar al prometido crecimiento económico con estabilidad, enormes nubarrones se acercan a gran velocidad, con un contenido verdaderamente demoledor, nubes tan cargadas que la vastedad del territorio argentino será insuficiente para detener, su capacidad destructiva. Es decir, Argentina señala el derrotero para las economías que hayan seguido su camino. Por ello, nuestra insistencia en que es el rumbo seguido, un problema de inserción en una estructura económica mundial, bajo la condición de economías dependientes y subordinadas, expresada en todos los espacios en que tales relaciones se concretan, lo comercial, financiero y finalmente la política internacional.

La devaluación del peso en más de un 50% en 2018 ha hecho que se desplomen los salarios argentinos medidos en dólares hasta niveles de 2009, en plena crisis económica mundial, según estimaciones privadas. Por primera vez desde ese año, este septiembre el salario promedio ha caído por debajo de los 800 dólares. En el *ranking* regional elaborado por el Observatorio de Políticas Públicas de la Universidad de Avellaneda, Argentina ha pasado de tener el salario mínimo más alto en dólares en 2015 a caer al séptimo lugar, con 263 dólares, por detrás de Uruguay (452 dólares), Chile (443), Ecuador (386), Paraguay (362), Bolivia (296) y Perú (282). Los aumentos de sueldos pactados este año con los sindicatos son de un promedio del 25%, muy por debajo de la inflación estimada, del 40%. (Rivas Molina, 2018)

Ahora el auxilio permanente del Fondo Monetario Internacional es imprescindible, pero desafortunadamente insuficiente, no por el monto de la ayuda financiera, que bien puede ser aumentado, sino por las condiciones en que esta se canaliza; la tormenta financiera ya se desató y las fuerzas que la impulsaron siguen inalteradas e incluso sus personeros esperan

pacientemente el trágico desenlace, es decir, de entrada, una mayor devaluación de la moneda argentina, seguida de un proceso de ajuste en las finanzas públicas para trasladarse finalmente a la contracción salarial. Pues sólo un súbito e inesperado aumento de precios de las exportaciones argentinas le daría un respiro a sus deterioradas cuentas con el exterior, donde las exportaciones de productos primarios tendrían que alcanzar niveles literalmente exorbitantes, suficientes para cubrir las importaciones y todavía el servicio de una deuda externa creciente.

Lamentablemente, los insuflados vientos del proteccionismo, surgidos desde los nodos más avanzados del sistema, restringen las exportaciones de toda América Latina, es decir, estrechan todavía más la salida al exterior, como horizonte de crecimiento económico y, en ese sentido, se adhieren para hacer más devastadora y extensa la tormenta. Como si las fuerzas conservadoras se hubiesen conjurado para llevar al capitalismo contemporáneo a una trayectoria de irracionalidad, en el sentido hacer de los mecanismos convencionales para la obtención de recursos, sobre todo para los países más endeudados, canales cada vez más estrechos para que América Latina pueda mantenerse en esta inserción mundial desfavorable; contribuyeron a crear un sistema articulado y operado a escala global, pero, en la crisis desatada en el mismo corazón del sistema global financierizado, tales fuerzas se retraen a priorizar intereses locales y nacionales.

En los Estados Unidos se detonó la crisis financiera y, sin embargo, la estructura interna y las redes globales del sector financiero siguen intactas después de un decenio; lejos de quedar sometidas al poder estatal, que acudió a su auxilio en forma presurosa y diligente, afianzaron su poder político y siguen emitiendo las directrices de la política del sistema de la Reserva Federal norteamericana.

El aumento gradual en las tasas de interés, establecido con el objetivo explícito de atraer capitales hacia su descomunal mercado financiero, queda constituido así como un factor adicional de desequilibrio, para delicadas finanzas públicas de las economías de América Latina, tal es el caso de Argentina, cuyas autoridades ven con temor cualquier posible aumento en las tasas de interés del mercado norteamericano, que golpea a su economía por partida doble: en el servicio de la deuda y en la salida de capitales. Y ahora, en los mismos Estados Unidos, se ha instalado el motor de propulsión del proteccionismo

comercial más desafiante y desaforado; la inusitada rapidez con que la administración Trump dio cuenta del TLCAN, con la rápida absorción de México y el condicionamiento para Canadá señala la dureza de la política comercial norteamericana.

Un acuerdo que de manera paralela permite la aplicación de aranceles y otros instrumentos de protección de manera unilateral, entre los países signatarios, está lejos de los preceptos convencionales del libre comercio, tradicionalmente defendidos y difundidos por las potencias imperiales, como en su momento lo hizo Inglaterra. Se trata de un punto de inflexión para el rumbo de la política global norteamericana y, dentro de ella, la política comercial: un cambio “fast track” para ajustar a la región a los intereses comerciales de los Estados Unidos, definidos desde una agenda política interna.

Las consecuencias de un mayor énfasis en los intereses internos, se manifiestan en una creciente tensión en la arena política internacional, que encuentra en el terreno comercial uno de sus componentes más reveladores de las pugnas entre los centros de mayor concentración de capital, avance tecnológico y militar del sistema; es la exposición de la naturaleza contradictoria de la reproducción económica del sistema global, que muestra el descomunal poder de expansión, tanto para la acumulación de capital y sometimiento de las economías dependientes a los nodos del poder financiero y comercial, como para diseminar las olas de proteccionismo en forma exponencial. Precisamente porque provienen de las economías industrializadas, porque ahí están los nodos decisivos de las redes financieras y comerciales.

Asistimos a una reconfiguración, dado que las potencias hegemónicas, basadas en la seguridad que les otorga su ventaja tecnológica, impulsan en todos los foros la doctrina del libre comercio. Y las economías dependientes, es decir, de menor composición orgánica y técnica se adaptan a los dictados, y a las instituciones y reglas de las economías industrializadas.

Entonces, si los Estados Unidos son ahora el centro de difusión del proteccionismo comercial, la economía mundial está en riesgo de deslizarse a la región más nebulosa e impredecible de la crisis global, que estalló en manos de un poder hegemónico que empieza a ser cuestionado aceleradamente, por lo menos en términos de competitividad comercial internacional.

Pero, además, en el corazón del sistema se refuerzan las tendencias hacia recrudecer el proteccionismo comercial y el ejercicio de la política internacional, por medidas que conducen directamente a la confrontación con el nuevo centro global de valorización del capital que es China. Cuando, las mismas corporaciones transnacionales norteamericanas contribuyeron al despegue industrial del país que ahora se ha tornado en el principal rival comercial.

Se trata de una contradicción que brota de las bases sobre las que fue construido el orden mundial vigente desde la posguerra; desigual desde sus orígenes e inequitativo para las economías dependientes, como las de América Latina, pues a pesar de que la región alcanzó niveles de crecimiento económico considerable, en tal medida que parecía que lograr la maduración de su aparato productivo era cuestión de tiempo. Después de más de un siglo, y de sumarse al crecimiento de la economía mundial, en una inserción desfavorable, quedó evidenciado que la naturaleza dependiente de su inserción generó un crecimiento económico con graves distorsiones internas y fuertes limitaciones externas para su continuidad.

Mantener la reproducción del capital, para las economías latinoamericanas, conlleva un costo social desmesurado debido a que después de más de un siglo, de crisis recurrentes que se traducen en contracción salarial. Pero, sobre todo, después de conflictos devastadores que modificaron la correlación de fuerzas en el mundo; que dieron lugar al nacimiento de nuevas hegemonías y al ocaso de los imperios coloniales; a la incorporación de nuevas regiones y países a los circuitos más dinámicos del capital financiero y productivo, América Latina se mantiene en la misma función de proveedora de materia primas y alimentos para las economías industrializadas. Y, ahora en una región incorporada de lleno a los mecanismos de operación del capital financiero global, a manera de una válvula de escape, que le permite colocar ingentes magnitudes de recursos financieros y así evitar mayores reducciones en la tasa de interés, inevitablemente asociadas a la elevada concentración en las economías industrializadas y, a la par convertir a la región en tributaria permanente de los centros financieros mundiales.

Mientras otras regiones del mundo y otras economías han realizado drásticas transformaciones en sus aparatos productivos, para arribar a mayores niveles de desarrollo tecnológico, mayor productividad del trabajo y, por ende, condiciones distintas en materia de

trato comercial internacional, en el mismo marco de las transmutaciones del capitalismo global, como Japón, Corea del Sur y recientemente China.

Además de que la entrada del Siglo XXI las sorprende con una crisis global que restringe sus tasas de crecimiento, resulta que las economías más grandes de América Latina están sumidas en un proceso de endeudamiento que no parece tener salida (ver gráfica 4.1). Por el contrario, la espiral de endeudamiento ha adquirido su propia dinámica, desde luego asociada a esta relación de dependencia, pero que parece agregar mayores elementos de erosión en las relaciones económicas internacionales de la región. La deuda se alimenta a sí misma, por efecto de las propias redes financieras internacionales, pero lo más grave es que la actividad exportadora se torna insuficiente para cubrir los compromisos financieros, y las ayudas de emergencia, elevan los niveles de endeudamiento y, lamentablemente, sólo posponen ajustes mayores.

Argentina, Brasil y México, las economías más grandes de la región latinoamericana, las que se han incorporado de manera más decidida a los flujos internacionales de mercancías y a los flujos financieros, son las que han llegado a mayores niveles de endeudamiento. La aparente paradoja, de que a mayor dimensión y crecimiento económico se alcance mayor endeudamiento, queda despejada al establecer la naturaleza de su incorporación a los mercados mundiales; el crecimiento con desequilibrio en las relaciones comerciales y financieras con las economías industrializadas está en la raíz de su trayectoria.

Crecer económicamente parece perder su sentido, cuando a mayores niveles de crecimiento y de intercambio comercial internacional, el saldo en términos financieros es negativo y la dimensión de las deudas amenaza con sobrepasar la capacidad de pago. Nótese que las mismas crisis recurrentes, que conducen a ajustes en el tipo de cambio, menor crecimiento y a una crisis de deuda externa, van apuntando hacia necesidades de financiamiento externo cada vez mayores.

Desde la llamada “década perdida”, con sus magros niveles de crecimiento económico la tendencia al aumento de la deuda se convierte en un factor de acompañamiento de la región; la crisis asiática acentúa la tendencia de endeudamiento, excepto para México y Venezuela, como consecuencia de la evolución favorable de los precios internacionales del petróleo crudo. Pero, para la crisis de 2008, todas las economías más grandes de la región

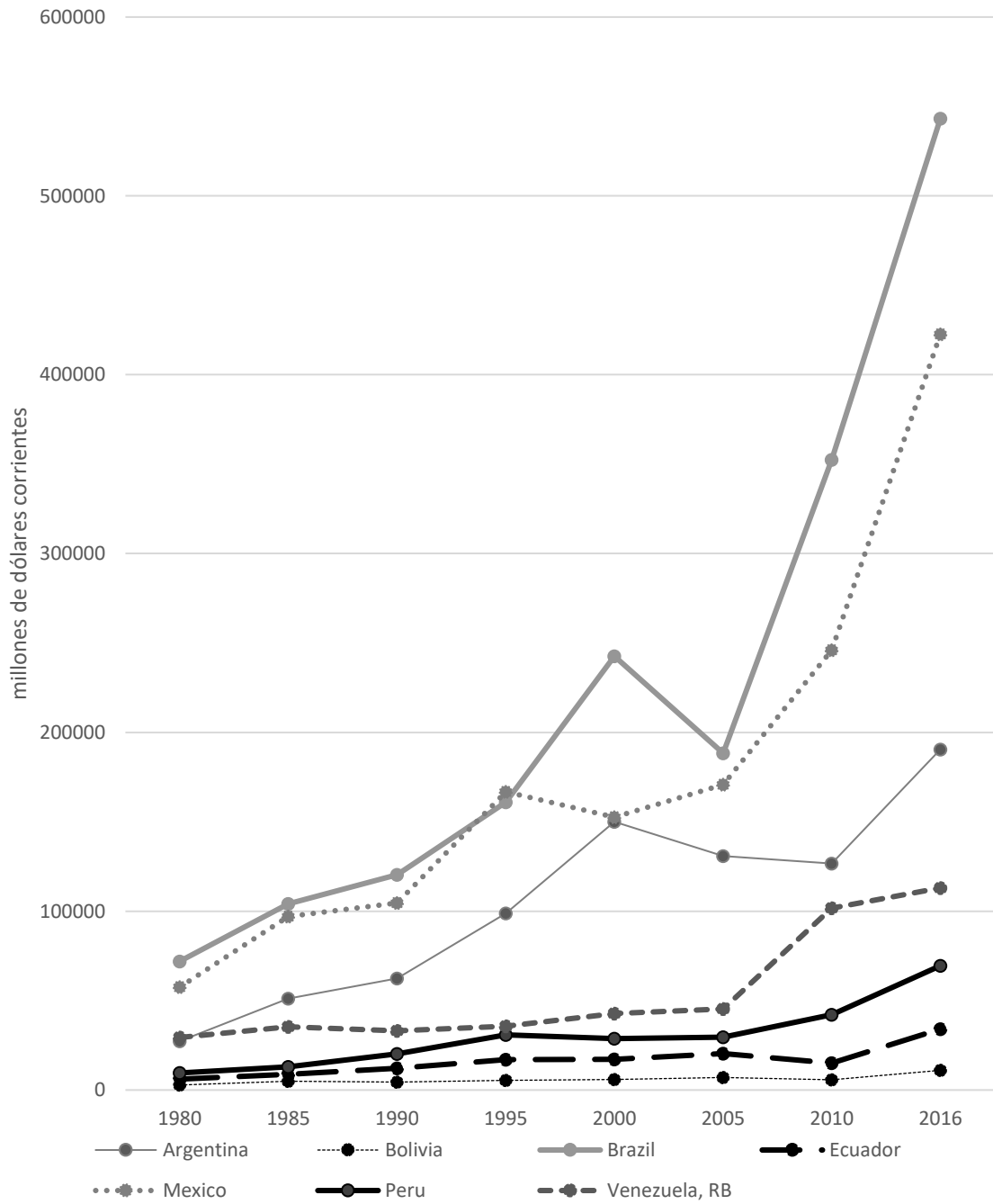
han sucumbido ante la vorágine de la espiral de endeudamiento con el exterior. Desde luego, no únicamente es un problema de inconsistencia en las estrategias gubernamentales, por parte de los gobiernos de América Latina; el recorrido de largo plazo denota que la creciente deuda es congénita al tipo de crecimiento económico, pero es estructural porque emana de las bases del funcionamiento de todo el sistema global, no sólo del financiero, sino de la estructura comercial y el sistema político internacional.

Que el capital opere como sistema mundial tiene consecuencias en la unidad del sistema mundial y en los Estados-nación que allí se integran, ya que las operaciones en ese espacio propician la conformación de economías estructuralmente heterogéneas, con centros desarrollados y de economías dependientes, y un sistema interestatal jerarquizado y diferenciado, procesos que retroalimentan una forma particular de conformación del sistema capitalista, en el que estas heterogeneidades se reproducen, amplificando las diferencias. (Osorio, 2017: 16)

Dentro de la heterogeneidad, relaciones de dependencia y en conflicto con el orden regional, supeditado a los Estados Unidos, destaca la trayectoria política de Venezuela: después de un largo período bajo el liderazgo de Hugo Chávez, la economía y la sociedad venezolanas han caído en un profundo y acelerado proceso de deterioro. Junto con la menor capacidad de convocatoria y con una presencia internacional bastante disminuida, el régimen del Presidente Nicolás Maduro atraviesa por una etapa por demás crítica, en la que convergen, una drástica reducción de ingresos, producto de la caída internacional de los precios del petróleo, con la llegada de las fuerzas más conservadoras al poder ejecutivo de los Estados Unidos, encabezada por Trump, quiénes han alineado a gran parte de los países de la Organización de Estados Americanos (OEA), para aumentar el aislamiento de Venezuela y eventualmente quitar, por la vía militar, al gobierno actual.

Entonces, en el marco de la crisis global de 2008, con sus efectos de arrastre regional en los niveles de crecimiento, el intervencionismo político y militar, encabezado por los Estados Unidos, ha desplegado en Venezuela sus manifestaciones más nocivas. Se trata de una reedición, en los tiempos de la globalización, de las prácticas imperialistas que ha acompañado al proceso de acumulación mundial del capital desde finales del Siglo XIX.

Gráfica 4.1 El endeudamiento de las economías más grandes de América Latina (millones de dólares corrientes)



Fuente: databank.worldbank.org. International Debt Statistics, 2017.

Sólo un aumento sustancial en los precios internacionales del crudo podría aliviar temporalmente la grave crisis y detener el éxodo de parte de la población.

Venezuela y Argentina no son casos atípicos, más bien son puntos extremos de un rumbo general seguido por América Latina, en cuanto a la naturaleza de sus relaciones con las economías industrializadas en las esferas del comercio y las finanzas mundiales; exportar materias primas, como plataforma para financiar importaciones y cubrir compromisos financieros internacionales, se traduce en una condición de vulnerabilidad económica y con efectos de tensión política permanente.

Sin embargo, aunque comparten el rasgo común de contar con un sector externo que se denota frágil, ante los cambios en la economía mundial y ante su propio crecimiento interno, se trata de proyectos políticos diferentes, pero en Venezuela la intensidad de estos procesos está por llegar a los límites, es decir, al colapso total; devaluación e inflación corroen las bases de su crecimiento económico y sacuden sus estructuras sociales. La dependencia de un solo producto, para saldar las cuentas externas de la economía venezolana, la ha llevado a terrenos de gran vulnerabilidad; del virulento ajuste cambiario se transitó a la inflación desbordada, para caer de inmediato en la escasez generalizada.

Bajo el capitalismo financiarizado, América Latina vio crecer el poder de las corporaciones financieras, la diversificación de títulos y operaciones financieras, en una oleada globalizadora apabullante, pero sin alterar, en lo fundamental, las bases de su inserción a la economía mundial. De tal forma, que aun con períodos considerables de precios de materias primas estables, e incluso con precios del petróleo crudo al alza, los saldos son negativos para Venezuela; la propia crisis queda expresada con mayor crudeza en las economías dependientes y el mecanismo de comunicación inmediata es el sector externo.

La afluencia de dólares, de los períodos de bonanza petrolera, resultó insuficiente para sostener la moneda venezolana, cuando la caída en el precio internacional del crudo, anunció que con esta alteración de los términos el intercambio comercial internacional, las corrientes especulativas contra el bolívar venezolano, minimizarían cualquier esfuerzo por mantener la estabilidad cambiaria.

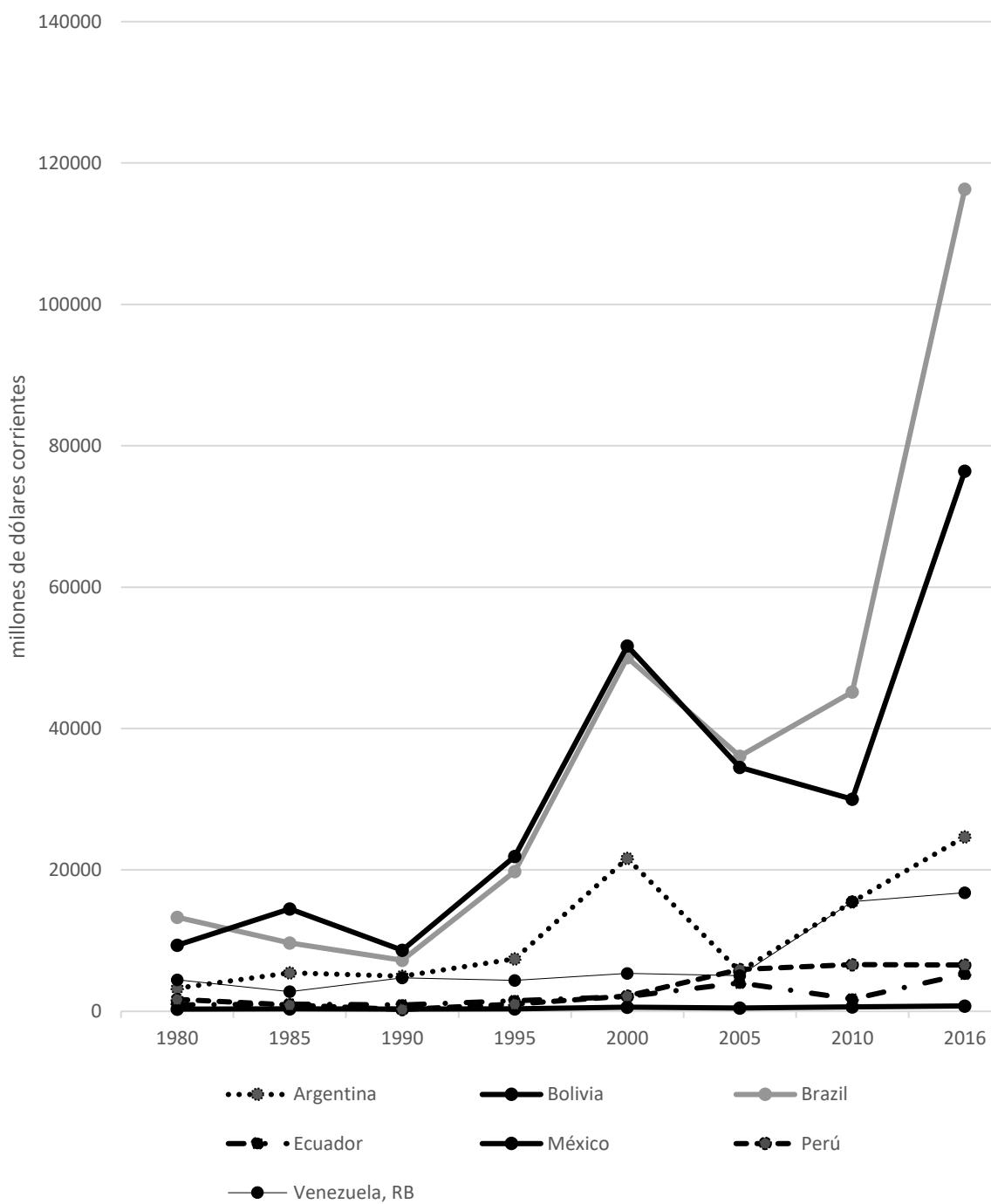
A manera de epifenómeno, el servicio de la deuda externa se ha convertido en un fardo, no sólo para el crecimiento económico de las sociedades latinoamericanas, sino en un mecanismo de disminución de los niveles de vida de gran parte de la población, pues el pago de intereses ha generado ajustes en los presupuestos públicos en detrimento de la educación, salud y seguridad social. Aquí parece reproducirse el esquema de creciente integración a la economía mundial, pero que se ha traducido en términos financieros en mayores flujos de recursos desde América Latina hacia el exterior, es decir, hacia los grandes centros financieros, detonadores de la crisis (ver gráfica 4.2). Resulta lógico que, a mayor endeudamiento, el servicio de la deuda se presente como una especie de reflejo que reproduce una de las expresiones de la dependencia.

Sin embargo, además de ser evidencia de que las economías más grandes están más endeudadas, llama la atención la tendencia hacia la sincronización entre Brasil y México; durante 15 años, las economías más grandes de América Latina vieron correr en paralelo el costo del servicio de su deuda externa, en un período en el que se consolidó uno de los preceptos básicos del credo neoliberal: la apertura comercial indiscriminada, como una de las vías fundamentales que el capitalismo en los tiempos de la globalización había identificado como pilar del crecimiento de todo el sistema. Por ello, el endeudamiento creciente de estas dos economías tiene más de una acepción.

En principio, no sólo debe considerarse la relación entre el servicio de la deuda y el PIB, dado que se trata de economías grandes, sino en el sentido del crecimiento económico, puesto que endeudarse como condición para crecer, en un mercado financiero global caracterizado por las corrientes especulativas descomunales, significa trasladar parte del valor creado hacia los centros financieros y, por lo tanto, en un incremento de la vulnerabilidad respecto al comportamiento de la economía mundial.

Sin embargo, lo más grave es que después de un largo período, en el que se realinearon las economías latinoamericanas a los ajustes en el mercado mundial de activos y de mercancías, terminen más endeudadas; ahora continuar en los circuitos comerciales internacionales es indispensable para la reproducción del esquema de acumulación, al igual que el auxilio financiero de los organismos internacionales.

gráfica 4.2 Servicio de la deuda externa latinoamericana, las economías más grandes (millones de dólares corrientes)



Fuente: databank.worldbank.org. International Debt Statistics, 2017.

La economía argentina se ha convertido recientemente en una verdadera señal de alarma, no únicamente para la región, sino para todo el sistema financiero mundial. Aunque no es la más endeudada de América Latina, e incluso en el mismo período, 1990-2005, observó una sensible disminución en su deuda externa y, por consiguiente, en el servicio de la misma, a partir de la crisis global 2008 se fue deslizando hacia una verdadera encrucijada; no parece haber salida para la calamitosa situación de Argentina, dentro de los límites del sistema global actual, pues su nivel de endeudamiento y el servicio que ello implica llegaron a un punto que sobrepasan su capacidad de pago que, por supuesto, deviene de las exportaciones. Las propias previsiones del Fondo Monetario Internacional anuncian lo que ya era esperado: la crisis de Argentina, en el año 2018, dentro de la crisis global del capitalismo contemporáneo:

Argentina supera los peores vaticinios. A finales de julio el Fondo Monetario Internacional admitió que el 2% de crecimiento del PIB que había anticipado a inicios del año alcanzaría apenas el 2.04%, menos de tres meses después, aquellas malas noticias pecaron de optimistas. Según las previsiones que el Fondo ha presentado en Bali, Indonesia, la economía argentina caerá este año en 2.6%. (Rivas Molina, 2018)

El resto de las economías latinoamericanas, consideradas en la gráfica 4.1, menos endeudadas que México, Brasil, Venezuela y Argentina, tampoco pueden considerarse exentas de una crisis en sus cuentas con el exterior. En principio, sus niveles de endeudamiento son crecientes, en especial después de la crisis global del 2008 y el servicio de su deuda sigue el mismo camino. Adicionalmente, el riesgo latente de ser arrastradas hacia una vorágine financiera brota de la misma condición de economías dependientes, en el sentido de que sus títulos de deuda circulan en medios de alta volatilidad y especulación. Y así, cambios en la política monetaria de las economías centrales, como un aumento en las tasas de interés, se reflejan de inmediato en las cuentas con el exterior, dado que provocan una salida de capitales. Por lo tanto, ninguna moneda nacional de América Latina queda al margen de los procesos especulativos globales, que se traducen en devaluación y alimentan inmediatamente los procesos inflacionarios.

En la misma dirección, las cuentas con el exterior del subcontinente latinoamericano podrían ser compensadas por los ingresos por exportaciones de bienes. Sin embargo, en este

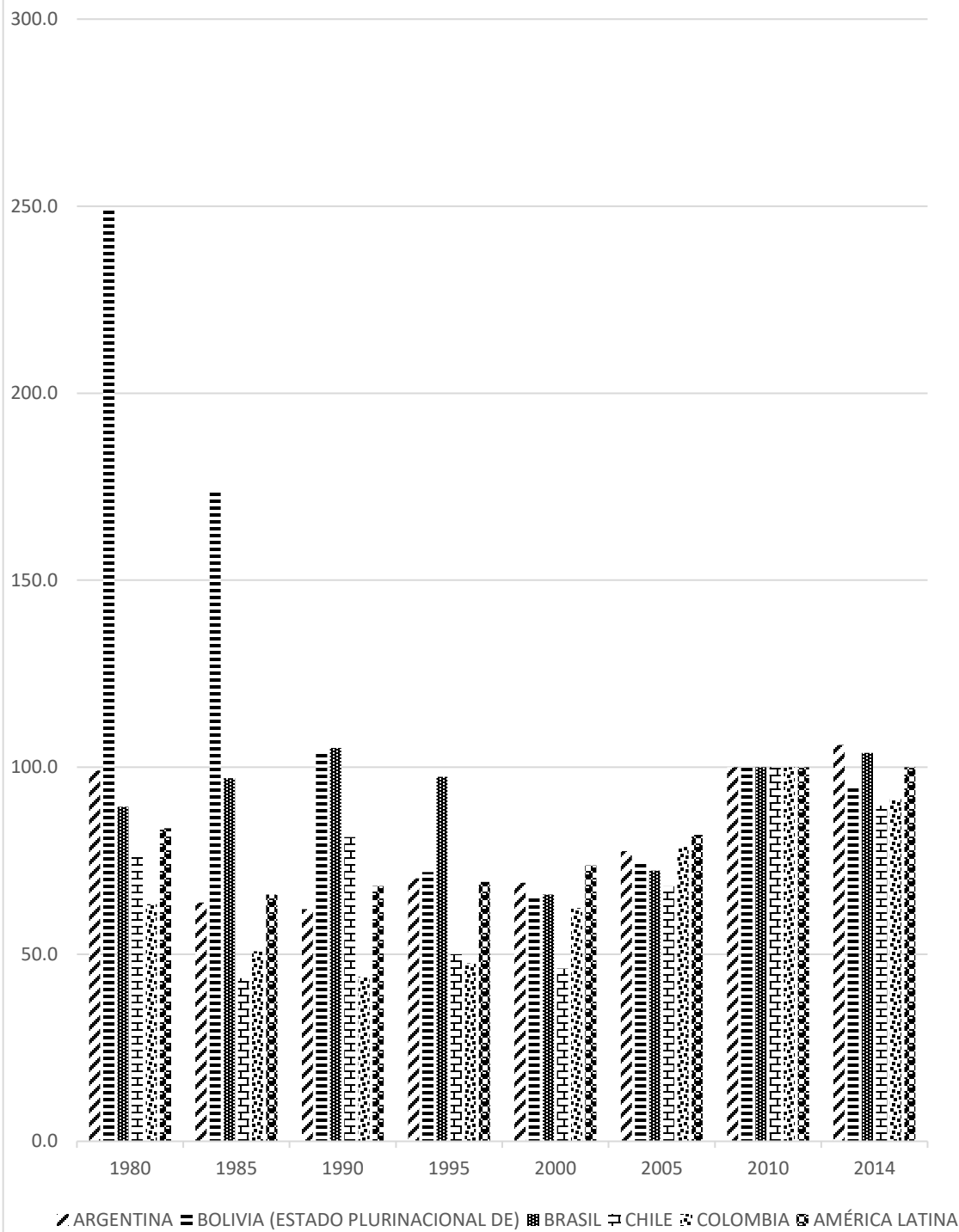
terreno, lamentablemente, queda en relieve, que en la década perdida, en América Latina se conjugaron escasos niveles de crecimiento económico con un deterioro de los términos de intercambio. (Ver gráficas 4.3 y 4.4). Desde esos años quedó evidenciado que la secular trayectoria de inserción en los circuitos productivos, comerciales y financieros en la economía mundial, a partir de exportaciones de materias primas y alimentos había llegado a un punto de agotamiento. Pero, la oleada política neoliberal, revitalizada a partir de la caída soviética, impuso una agenda para América Latina que la empujó a profundizar la apertura comercial e intensificar los procesos de intercambio comercial internacional, aunque ello implique acelerar del deterioro ambiental.

Llama la atención de manera especial el deterioro en los términos del intercambio observado en economías que se ciñeron a las estrategias neoliberales, como es el caso de México; instalado en la inercia de la integración a la economía norteamericana cierra el Siglo XX, con aumentos sustanciales en los volúmenes de intercambio de mercancías con sus poderosos vecino del norte, acorde a la estrategia de los operadores neoliberales, pero sin observar un repunte en los términos del intercambio. Este rasgo revela, de paso, que el mejoramiento de los términos del intercambio no es el motor de la mayor o menor participación en el comercio internacional.

Por eso, es perfectamente compatible el deterioro salarial con un vuelco hacia el sector externo, dado que, de entrada, tal deterioro en los términos del intercambio se traslada inmediatamente a los costos salariales, todavía más; la baja sustancial en los salarios reales permite mantener e incluso elevar el nivel de participación en los flujos comerciales. Ahí está la naturaleza contradictoria de este proceso de integración que, aun desgastado, sigue su marcha realizando ajustes sobre una base social que se deteriora cada vez más.

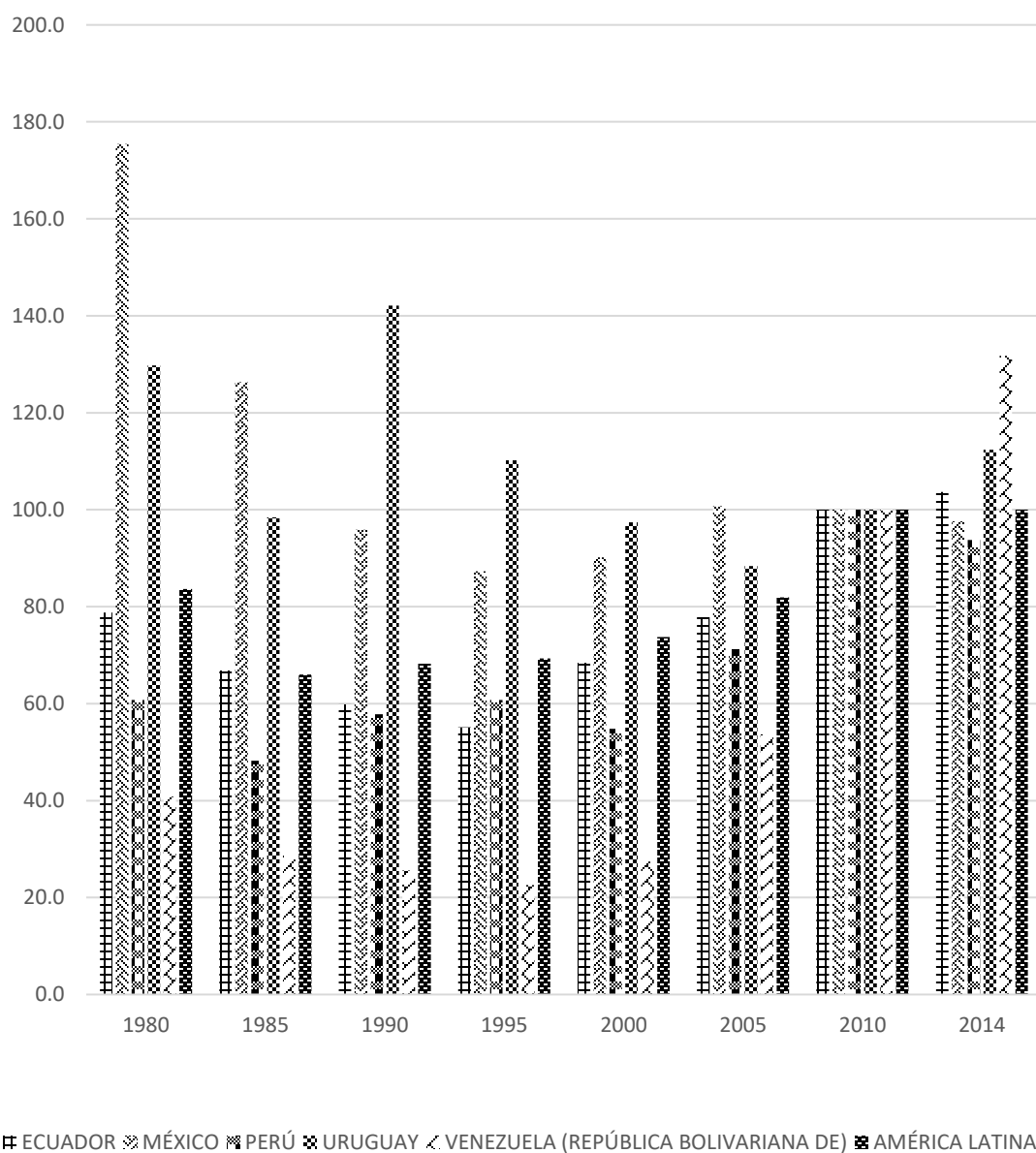
Para finales del siglo XX, comenzaba a denotarse una leve tendencia a la recuperación de los términos de intercambio, misma que fue cortada súbitamente por la detonación de otra crisis global, iniciada en las economías emergentes. Incluso el gigante de América Latina, Brasil, que mostraba una recuperación en esta materia, registra un marcado punto de quiebre, al igual que toda la región; de la década perdida se transitó a la década convulsa. Fenecía el Siglo XX y las promesas de estabilidad y crecimiento no se concretaban.

Gráfica 4.3 Relación de precios de intercambio de bienes, base 2010=100



Fuente: CEPAL-CEPALSTAT. Estadísticas e indicadores económico, sector externo.

gráfica 4.4 Relación de precios de intercambio de bienes, base 2010=100



Fuente: CEPAL-CEPALSTAT. Indicadores económicos, sector externo.

Con el nuevo siglo, se consolidó la tendencia a la traslación del corazón productivo del capitalismo globalizado y financiarizado hacia el oriente. Si bien no se concretó el crecimiento económico, como una tendencia generalizada del desenvolvimiento de la economía capitalista mundial, la economía china emergía como el nuevo impulso global al sector manufacturero, con alcances globales; una economía gigantesca convertida en demandante mundial de materias primas y alimentos para una población incorporada de lleno a los procesos productivos, que además de alterar los flujos globales de mercancías, también contribuyó a mejorar, aunque sea de manera transitoria, los términos de intercambio para América Latina.

En especial, la demanda de hidrocarburos benefició, a principios del Siglo XX, a los países productores de petróleo; Venezuela es el botón de muestra de la trayectoria cíclica del mercado petrolero mundial, su perfil cuasi mono exportador ató su estructura económica a los ingresos provenientes de la venta de hidrocarburos en el mercado mundial. La caída en el precio internacional del petróleo se trasladó de inmediato a una crisis de balanza de pagos y a una volatilidad inaudita en el tipo de cambio, y de ahí a la inflación desmedida.

A pesar del lento crecimiento de la economía mundial, los nodos dinámicos de la misma, ahora con el impulso decidido de la economía china, determinaron cierto efecto positivo en los términos de intercambio, para las exportaciones latinoamericanas al inicio del Siglo XXI, pero la implosión financiera global, desatada en la economía norteamericana, se difundió a todos los ámbitos de acumulación de los diversos componentes del capital; la crisis se transformó en un dique para la acumulación de toda la economía global, se trasladó al terreno del comercio internacional, para volver fugaz este período. Adicionalmente, no se logró la recuperación de los términos de intercambio registrados en años anteriores y tampoco se convirtió en tendencia generalizada para toda la región.

De hecho, junto con la heterogeneidad en los niveles de recuperación para cada economía latinoamericana, queda plasmado que con la irrupción de la crisis de 2008, también se inauguró un camino de escaso crecimiento del comercio internacional, donde los costos de la crisis global pueden ser trasladados parcialmente a través de ajustes en los precios internacionales. Luego entonces, los flujos internacionales de mercancías se convierten, en

épocas de crisis, en un mecanismo que transmite y, a su vez, condensa las tensiones y transformaciones de la economía mundial.

Se condensan para después expresarse bajo diversas formas, como en presiones proteccionistas, revividas periódicamente y extendidas desde las economías industrializadas, programas de integración regional, tratados comerciales regionales; sin embargo, las expresiones más álgidas y radicales se concretan en la medida en que no se presenta una salida global para la crisis. Entonces, el poder productivo que las fuerzas que la misma globalización ha desplegado, en mayor o menor medida, en todos los confines dominados por el capital, se transmuta en exigencias de exclusividad para que una determinada demarcación territorial queda a merced de los capitales nacionales, para auxiliar en la urgente e ingente tarea de mantener la rentabilidad de los capitales invertidos.

Por lo tanto, la competencia entre capitales entra de lleno en el terreno de la política, desde los espacios locales hasta la arena internacional. El aspecto medular para el sector externo de América Latina es el margen de maniobra disponible, al quedar inmerso el potencial exportador de una inmensa región entre un orden hegemónico sumido en un largo ocaso y un nuevo orden que no termina de concretarse, pero que ya anuncia su inevitable presencia en el suelo latinoamericano. La marea comercial de Asia y de manera específica de China es el preludio de mayores inversiones y, en general, mayor presencia en la región.

La nueva fase del capitalismo, inaugurada con la crisis de 2008, coloca a las economías latinoamericanas entre diversos factores de presión; en el plano financiero, la enorme carga de la deuda externa, funcional para el desenvolvimiento de esta fracción dominante del capital. Mientras, en el terreno del comercio internacional, la crisis del 2008 despeja toda duda acerca de que la estructura del flujo mercantil internacional se mueve en función de la correlación de fuerzas y, detrás de ella, de la competencia entre magnitudes de la composición orgánica de capital. De ahí que la agudeza de la crisis se corresponde con el deterioro, sin ambages, de los términos de intercambio para las economías de América Latina.

Por consiguiente, los caminos concretos sobre los cuales corra el destino de la crisis global y las formas de enfrentarla, son determinantes de la evolución de los términos del intercambio, dejando sentado de que éste no es el factor decisivo del grado de integración de

las economías latinoamericanas; es decir, no hay un mayor nivel de intercambio comercial en la medida en que los términos del mismo sean positivos, pues la forma de inserción se decidió en los principales nodos de articulación global de los flujos de mercancías y capital.

## **4.2 La crisis de la OMC**

El entramado institucional global que se ha ido construyendo, en la ya larga trayectoria de la acumulación capitalista, y en el marco de una creciente competencia entre los poderes monopólicos, que han hecho de los estados nacionales los garantes de sus intereses y sus propuestas de políticas para asegurar la continuidad global del ciclo del capital, encuentra en el comercio internacional uno de sus espacios fundamentales de operación que, a su vez, refleja y condensa las contradicciones y los impulsos de la expansión de las relaciones capitalistas de producción, que convergen en la construcción de una red global, donde se articula la normatividad internacional, las prácticas comerciales aceptadas mundialmente, así como un conjunto de instituciones de carácter supranacional, encargadas de promover y afinar los mecanismos internacionales acordados para una gestión eficiente de los flujos internacionales de mercancías y capital.

Sin embargo, la adhesión de los organismos internacionales a los principios de operación del sistema capitalista global, y a sus leyes de acumulación, le imprime la dinámica capitalista al ciclo de vida de los organismos internacionales; las crisis generales del sistema capitalista se traducen en crisis institucionales de carácter global, y si la detonación se produce en el sector financiero es porque ahí radica el eslabón más débil de todo el sistema. Esto no significa, de manera alguna, el fin inevitable del capitalismo, sino más bien su transmutación hacia nuevos horizontes, nuevos espacios y la búsqueda de nuevos mecanismos de acumulación y, por consiguiente, de condiciones para la formación de nuevas estructuras institucionales globales. Tampoco indica que el capitalismo genere por sí mismo los mecanismos automáticos para su autocorrección y su reproducción al infinito; como toda creación humana tiene su inicio y su final. Pero, en su recorrido histórico, la necesidad vital

de hacer de la acumulación un proceso permanente, conlleva a la búsqueda de alternativas desde todos los confines del sistema, hasta que su potencialidad quede agotada y acotada en el plano político, económico y social. Mientras tanto, asistimos a un despliegue de la crisis global y, por consiguiente, a la búsqueda por parte de los gestores del capital, de alternativas para mantenerlo y darle nuevo vigor.

Las crisis sistémicas, se presentan entonces, como verdaderos puntos de quiebre, donde la convergencia entre la crisis económica, concretada en trabas insalvables para la continuidad de la conversión de plusvalía en ganancia, es decir de sobreproducción, con la crisis política, en el sentido de que los estados nacionales se tornan incapaces, para enfrentar la presión política de las diferentes fuerzas sociales y dirigir los procesos políticos, que se despliegan en cada demarcación nacional, hacen que las instituciones, creadas ex- profeso para el reforzamiento de la acumulación capitalista y la reproducción del sistema en su totalidad, vean socavadas las bases sobre las cuales fueron erigidas.

La aguda experiencia de la Gran Depresión de los años 1930's proporcionó los ímpetus para establecer un sistema formal de reglas para el comercio mundial. La Gran Depresión fue un desastre económico mundial. Entre 1929 y 1932, el volumen del comercio mundial cayó 26% y la producción industrial cayó 32%. El desempleo en muchos países alcanzó el 20%. Como la caída económica se intensificó los países respondieron con incrementos en las tarifas arancelarias e imponiendo cuotas a la importación en un desesperado intento de aislarse ellos mismos del colapso económico mundial e impulsar el empleo doméstico. (Irwin, 2009: 219)

El orden global que hoy pervive se edificó en conjunción con procesos de reacomodo de poderes hegemónicos y, en un sentido más profundo, de reconfiguración general del sistema capitalista, cuya capacidad productiva y también destructiva, había desbordado las fronteras de los estados nacionales, desde hace ya más de un siglo. La concentración acelerada y desproporcionada de capitales en las sociedades tecnológicamente más avanzadas, así como la pugna por abarcar más mercados, ya ocupados por otros capitales, condujo a la Primera y posteriormente a la Segunda Guerra Mundial. La magnitud de la devastación y el desplazamiento de los procesos de acumulación de capital de mayor intensidad hacia los Estados Unidos, hizo de la economía norteamericana el nuevo e incuestionado epicentro mundial del capitalismo contemporáneo.

El más elevado nivel de la productividad del trabajo y la más alta concentración de capitales, acicateada en gran medida por el desenvolvimiento de las guerras, quedaron potenciados y protegidos por el aparato militar más tecnificado y en una correlación de fuerzas desproporcionadamente favorable, para que los Estados Unidos asumieran el papel de centro indiscutido para la generación de las directrices generales y los caminos concretos por los que habría de edificarse el capitalismo contemporáneo.

El dólar, quedó convertido en la más apetecible de las divisas, y el nuevo orden institucional lo transformó en la expresión por excelencia del dinero mundial; una de las expresiones corpóreas del capital, en su continuo recorrido global, anclado al reacomodo global de fuerzas que convirtió a los Estados Unidos en el corazón del proceso de acumulación del capital. Y las bases militares norteamericanas señalaban los dominios directos de la esfera de influencia de las decisiones unilaterales del nuevo poder hegemónico norteamericano.

Bajo estas condiciones vio la luz el organismo multilateral encargado de regular el flujo mercantil en la nueva economía mundial, cobijado y sometido a la tutela estadounidense, cuyo gobierno y sus instituciones quedaron convertidos, de facto, en agentes de conducción, vigilancia y supervisión del orden global capitalista, y, por consiguiente, de su estructura fundamental, es decir, de los mecanismos de acumulación.

El Departamento de Comercio de los Estados Unidos y sus lineamientos en materia comercial tienen alcance mundial; en el mismo sentido, la política monetaria del Sistema de la Reserva Federal provoca el alineamiento de gran parte de los bancos centrales del mundo y, por consiguiente, sus efectos son sintomáticos del rumbo del sistema financiero internacional. El comercio internacional, por lo tanto, no podía quedar exento de la influencia norteamericana:

Es así como a propuesta de Estados Unidos en diciembre de 1945, elevada al Consejo Económico y social de las Naciones Unidas en febrero de 1946, se convocó la Conferencia Internacional sobre Comercio y Empleo el 21 de noviembre de 1947, la <Conferencia de La Habana>. Previamente a la celebración de esta conferencia Estados Unidos había propuesto el inicio de las negociaciones internacionales con objeto de reducir las importantes barreras arancelarias existentes. El interés con que se acogió la propuesta dio sus frutos con la firma

por 23 países del Acuerdo General sobre Aranceles de Aduanas y Comercio, el 30 de octubre de 1947. (Gutiérrez, 1993: 122)

En el mismo nombre el GATT anunciaban la naturaleza y los objetivos que orientaron su funcionamiento: la reorganización de los flujos comerciales internacionales bajo el sello del pragmatismo norteamericano, que hizo de las barreras convencionales al comercio internacional y, en especial, de los aranceles el centro de su actividad inicial, en el marco de un proceso formal de impulso al multilateralismo como práctica política internacional, que buscaba el consenso, a partir de la aceptación generalizada que el comercio era una vía indispensable para el crecimiento económico internacional y sobre todo para construir un camino para impulsar de manera contundente las cuestionadas relaciones capitalistas ante el aparentemente creciente bloque soviético. Pero, sobre todo, buscar mecanismos para la solución de diferendos por vías institucionales internacionales y ahuyentar los fantasmas de las agudas recesiones.

La práctica del multilateralismo, después del gran conflicto bélico, sin embargo, no se presentaba como un caudal inagotable para la negociación internacional; la guerra y sus secuelas anunciaban que las propias instituciones supranacionales tendrían que navegar junto con fuerzas contrarias a la gestión multilateral del comercio internacional. Resulta revelador que la misma Europa Occidental, devastada por la confrontación militar, se levantaba de las ruinas para iniciar su acelerada recuperación, a la par de la casi inmediata tendencia a la formación de bloques comerciales que demostraban, en los hechos, la aceptación de la supremacía estadounidense, pero también que el futuro económico de la región rebasaba las perspectivas de un poder omnímodo asentado fuera del continente.

Al mismo tiempo, el tradicional enemigo del presunto libre comercio se reinsertaba de inmediato en la práctica cotidiana del comercio internacional a través de mecanismos que medianamente disimulaban las mismas intenciones de protección comercial de sectores económicos, industrias y empresas específicas, bajo un nuevo ropaje; de nuevo la desproporción entre diferentes productividades del trabajo, que van acompañadas de diferentes correlaciones de fuerzas en el escenario mundial, hace su aparición. Las corrientes proteccionistas resurgen y se consolidan, siguiendo la regla general, en los países industrializados, pero con mayor precisión y con destinatarios específicos.

Hubo dos principales contrapesos para el fortalecimiento del multilateralismo en la actividad comercial. El primero fue la formación de bloques regionales, dentro de cuyas fronteras el comercio se expandió rápidamente. La Comunidad Económica Europea fue el más sorprendente ejemplo, y un número de acuerdos fueron establecidos en menor escala, incluyendo algunos en América Latina y el Caribe.

El segundo contrapeso al multilateralismo fue el extendido recurso del proteccionismo en el mundo desarrollado. Éste tomó la forma no sólo de altas tarifas arancelarias. Sino también de restricciones cuantitativas, requerimientos de contenido local para industrias de ensamblado, y requerimientos mínimos de exportación para firmas y sectores industriales que experimentan escasez de divisas. (Ocampo & Martin, 2003: 25)

Bajo el manto del GATT y su inalterable objetivo de largo plazo de reducción arancelaria, se expandió el comercio internacional y de manera paralela se desplegó el potencial normativo y de gestión que el nuevo entramado institucional permitió. Aun en medio de las crisis recurrentes del capitalismo.

La forma adoptada para la operatividad de las negociaciones comerciales internacionales fue denominada “Ronda Comercial”, dominada totalmente en sus inicios por las economías industrializadas, pero que en cada período veía crecer sustancialmente el número de países incorporados al GATT, en tal medida que los países menos desarrollados llegaron a alcanzar una presencia considerable en el largo plazo, que potencialmente les permitía agrupar sus demandas de colocar sus productos, vía los mecanismos institucionales mundiales, sin sufrir tratos discriminatorios.

Sin embargo, la agenda del GATT siempre fue construida en función de los intereses comerciales y las previsiones de las economías industrializadas, en especial a partir de las mutaciones que los caminos concretos de la acumulación de capital iban presentado, en sus reacomodos originados por las diferentes crisis, sobre todo en el transcurso de los años setenta del Siglo XX, cuando los Estados Unidos empezaron a cargar a costas con parte de los efectos de su intervención militar en Vietnam, y en general en el sudeste asiático.

En la llamada Ronda Uruguay, desarrollada en un período muy largo, de hecho sin precedentes en las negociaciones comerciales del GATT, que incluye la implosión soviética, el éxito de la gestión global del comercio internacional, medido en las sustanciales

reducciones arancelarias logradas, parecía sincronizarse con los nuevos ímpetus del capital, que después de la Guerra de Vietnam y la crisis de los años setenta, parecía haber encontrado mayores espacios de despliegue. De tal suerte que de la emisión de directrices para el comercio de mercancías tangibles, la cúspide de los niveles de gestión del comercio global sirvió de plataforma para abarcar nuevos espacios para garantizar la obtención de ganancias, como son los servicios y la protección a la propiedad intelectual.

La Ronda Uruguay (1986-94) fue incuestionablemente la más exhaustiva de todas las rondas de negociaciones comerciales multilaterales. Los países signatarios acordaron bajar el nivel promedio efectivo de las tarifas industriales sin precedente. Además, el número de apartados libre de tarifas fue incrementado, virtualmente, toda la estructura de tarifas fue unida, y medidas comerciales más estrictas fueron adoptadas. Además, cuando la Organización Mundial de Comercio (OMC) recibió el mandato de desempeñar la función, inicialmente desarrollada por el GATT, dos nuevas áreas fueron incluidas dentro de sus mandatos: la liberación de los servicios y el desarrollo de normas internacionales sobre la protección de la propiedad intelectual. Adicionalmente, un nuevo mecanismo para la solución de controversias fue creado. (Ocampo & Martin, 2003: 27)

La célebre Ronda Uruguay fue a todas luces sintomática de las transformaciones que se habían operado no sólo en el terreno de la gestión comercial internacional, sino en todo el espacio político mundial; a la par de la invariable directriz de la reducción arancelaria, el GATT mostraba que sus cauces institucionales se habían agotado, dada la mayor extensión y complejidad de los asuntos que le fueron mandatados, y que el sello de la manufactura estadounidense ataba su destino al devenir del escenario mundial y de su cambiante correlación de fuerzas.

De tal suerte que cuando la hegemonía, otrora indiscutida de los Estados Unidos, comienza a dar señales de su primeras alteraciones, en su propio interior se gestó la transición hacia un organismo de mayor amplitud en sus objetivos, es decir, abarcar más materias y nuevos campos de operación, articulados a la acumulación de capital, en sus diversas expresiones, y como caso extremo, pero sumamente revelador de la distancia entre economías desarrolladas y economías dependientes, tal es el caso de la defensa de la propiedad intelectual, colocada ahora en la agenda multilateral como una prioridad. Un campo de obtención de ganancias prácticamente ilimitado.

La expansión de los terrenos de emisión de directrices de los organismos internacionales se traduce en restricciones hacia los estados nacionales y su margen de operación para sus propias políticas públicas de las políticas públicas, de manera particular para los de las economías dependientes. Por ello, dentro de las mismas resoluciones del GATT se determinó la creación de la Organización Mundial de Comercio (OMC).

En el escenario de la gestión del comercio internacional se produjo la culminación de la trayectoria del GATT, entendida como la concreción de las reducciones arancelarias, pero en su interior, la consolidación de los sectores dominantes del capital, en sus articulaciones globales llevó a nuevas esferas de injerencia, como los servicios y la propiedad intelectual que necesariamente implicaban una transformación; en sus mismas entrañas quedó demostrado que el GATT, y sus limitaciones institucionales, habían quedado rebasados por la amplitud de las materias a que la dinámica de su propia gestión le había conducido.

La Ronda Uruguay (1986-94) se convirtió en la más exitosa y exhaustiva desde la formación del GATT. Esta ronda no únicamente liberalizó el comercio en áreas que habían sido eludidas en negociaciones previas, especialmente la agricultura y los textiles, sino que extendió las reglas a nuevas áreas tales como los servicios, la inversión y la propiedad intelectual. La Ronda Uruguay generó importantes cambios institucionales, tanto la creación de la Organización Mundial de Comercio como el fortalecimiento del proceso de solución de controversias. Al mismo tiempo, estos acuerdos de gran alcance produjeron controversias sin precedentes en el GATT. (Irwin, 2009: 227)

Casi medio siglo después, con Europa Occidental recuperada de la Segunda Guerra Mundial, en el marco del incontenible ascenso de la economía china y sin la presencia de la Unión Soviética, cuya implosión modificó drásticamente la arena política mundial, el mundo de los intercambios comerciales internacionales vio la puesta en marcha de la Organización Mundial de Comercio (OMC), como un paso natural de la reestructuración a fondo del GATT.

La transmutación del GATT a la OMC también implicó la trasmisión de una compleja herencia de asuntos pendientes en la agenda de estos organismos, en relación a las añejas demandas de trato preferencial y oportunidades de acceso a los mercados de los países industrializados, por parte de los productos de exportación de los países subdesarrollados,

quiénes han visto como se han colocado en la agenda de discusión del nuevo organismo internacional, materias que no sólo están desfasadas de sus necesidades y propuestas, sino que se traducen en nuevos compromisos, limitaciones y en ocasiones verdaderas barreras para su crecimiento económico, ya no únicamente para su expansión comercial. Tal es el caso de la propiedad intelectual.

Así entonces en el recuento del ya extinto GATT, los países subdesarrollados fueron testigos de una distribución inequitativa de los beneficios del comercio internacional; y en la OMC ven como la construcción de la agenda de discusión se produce al margen de sus intereses comerciales. Todavía más, se han incluido materias que rebasan las relaciones internacionales para tocar las bases del crecimiento interno, es decir, de asuntos netamente circunscritos a la esfera del comercio internacional se ha transitado a materias que, como el caso de la protección a la propiedad intelectual, se convierten en mecanismos de transmisión de recursos y, por consiguiente, de acumulación de capital, en un esquema que, en medio de la crisis global, agrava las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo y agudiza las contradicciones políticas al interior de la estructura de los gobiernos latinoamericanos.

Los acuerdos sobre propiedad intelectual (TRIP's) constituyen uno de los elementos más controversiales de la Ronda Uruguay. Consolida acuerdos internacionales previos que protegen los derechos de autor, registro de marcas, patentes y diseño industrial, y proporciona los medios para la aplicación de éstos acuerdos dentro de la OMC. Muchos países en desarrollo se quejan de que, a diferencia de los beneficios mutuos de la reducción arancelaria, los TRIPS's simplemente transfieren ingreso de los países en desarrollo a los países desarrollados fortaleciendo la capacidad de las corporaciones multinacionales de cargar precios más altos a los países pobres. (Irwin, 2009: 231)

La crisis de 2008 es precisamente sistémica porque nace de las bases de la acumulación del sistema global y se ha esparcido a todos sus componentes, incluido evidentemente el de las instituciones supranacionales; los flujos comerciales internacionales están en crisis, y las instituciones encargadas de su regulación a nivel global también han sido tocadas por el influjo de la crisis sistémica. En tal medida que de la culminación de la trayectoria del GATT, y su reconocida labor en pro de la reducción arancelaria generalizada, la profundidad y duración de la crisis mundial, asociada a las herencias de la OMC y por el

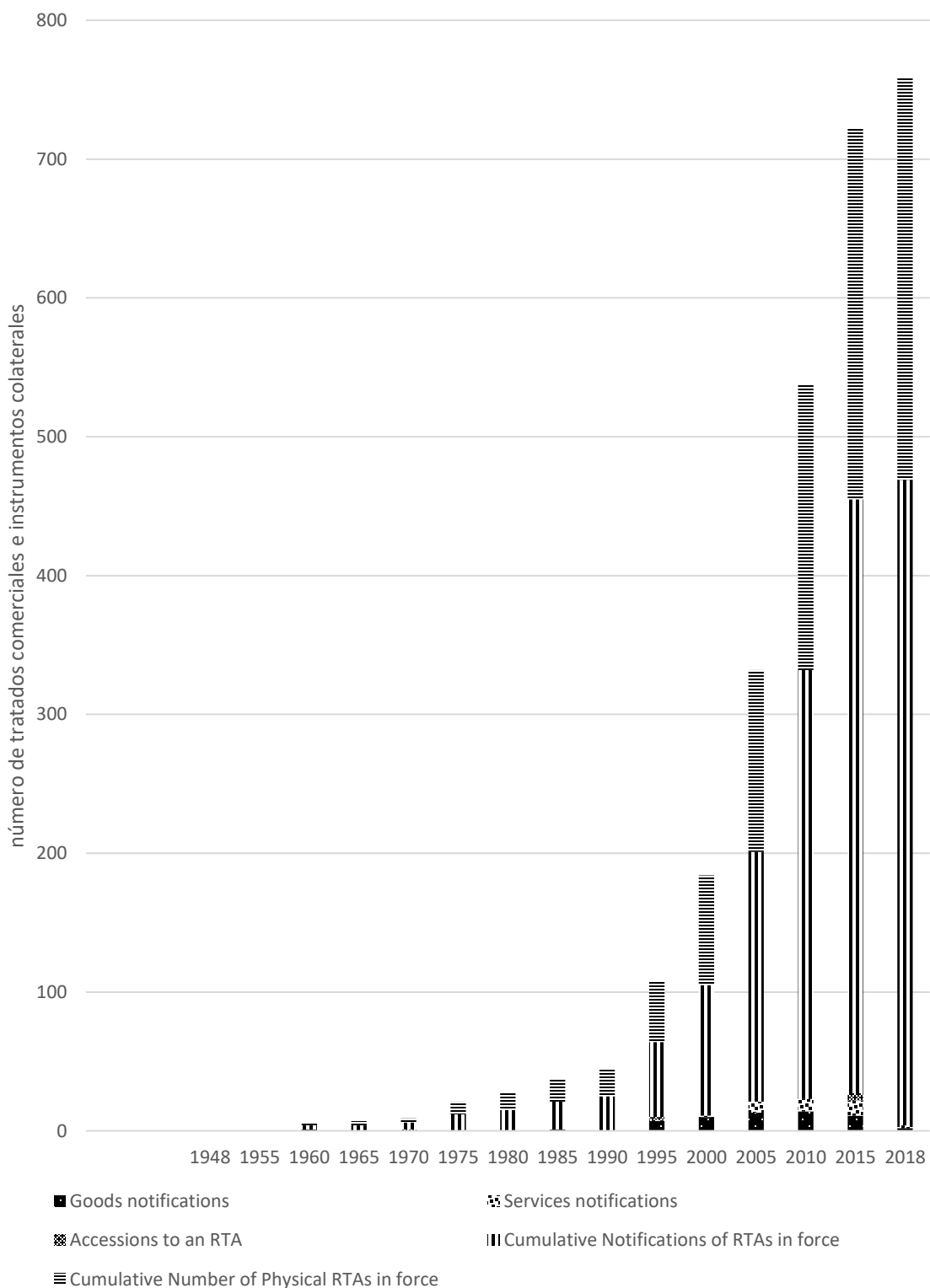
acelerado resurgimiento del proteccionismo, emanado de las propias economías desarrolladas, se ha arribado a un cisma dentro de esta organización internacional.

Es decir, en las propias entrañas de la OMC quedaron incubados los factores de desgaste; abarcar cada vez más temas, como la protección de la propiedad intelectual, que coloca en desventaja a los países menos industrializados, conlleva a trasladar las presiones al interior de la OMC. Esto sería una consecuencia natural. Pero, en tiempos de crisis prolongada, tal traslación de mecanismos se traduce en agudizar la inequidad; y si le agregamos el reforzamiento de las tendencias proteccionistas en los bloques comerciales y en países específicos como los Estados Unidos, entonces la OMC queda envuelta en los laberintos de la crisis, en lugar de ser marco de discusión multilateral que busque alternativas, necesariamente consensuadas, para atenuarla.

La Organización Mundial de Comercio es algo más, pero no mucho más, que el GATT. Mientras el GATT era simplemente un acuerdo intergubernamental supervisado por un pequeño secretariado, la OMC es una organización internacional. Pero como el GATT, no tienen virtualmente poder independiente y se esfuerza por ser una parte independiente entre los países miembros. El director general de la OMC no tiene autoridad para implementar políticas y no puede comentar directamente sobre las políticas de los miembros. El poder de hacer política comercial y promulgar las normas de gobierno emana específicamente de los gobiernos miembros no de la OMC. (Irwin, 2009: 239)

Una expansión desproporcionada de los acuerdos comerciales regionales (RTAs) sobre todo a partir de la crisis de los años noventa del Siglo XX se suma a la tendencia al desgaste (ver gráfica 4.5). Pues, aun cuando la normatividad de la OMC, al igual que en su momento el GATT, permite la convivencia con los acuerdos regionales e incluso pueden ser notificados a la organización internacional, la proliferación de este tipo de acuerdos corre de manera paralela a un desgaste de la institución en el largo plazo. Ya que regionalismo y multilateralismo prácticamente han convivido desde que en la economía mundial se institucionalizó el comercio internacional, pero no corren por el mismo sendero. De ahí que el fortalecimiento del regionalismo comercial, bajo ciertas condiciones, como es el caso de la crisis y su ya larga persistencia, puede apuntalar el proteccionismo comercial y traducirse en un factor de erosión de las instituciones multilaterales.

gráfica 4.5 La expansión de los acuerdos comerciales regionales



Fuente: WTO. Regional Trade Agreement System (RTA-IS), 2018.

En la trayectoria de los acuerdos regionales, puede identificarse con claridad que hasta inicios de los años setenta del siglo XX, por lo menos numéricamente, no crecían con celeridad (gráfica 4.5). Parecía como si la expansión económica posterior a la Segunda Guerra Mundial hubiese generado un espacio para la acumulación del capital de manera acelerada, que conjugó la expansión del comercio internacional dentro de los cauces del GATT, delimitado por la hegemonía norteamericana y los acuerdos de integración comercial regional, propios de la reconstrucción europea y de los proyectos políticos de corte continental que en ella convergían.

Pero, después de la crisis global de los años setenta, muy asociada con el incremento del precio del petróleo y la creciente presencia de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Aunque también debemos tener presente la intervención militar de los Estados Unidos en Vietnam y Corea, cuyo financiamiento forma parte de factores que dieron pábulo para la aparición de las presiones inflacionarias en la economía mundial. Y como parte del contexto donde se inicia el despegue de los acuerdos comerciales regionales, en consonancia con el abandono unilateral por parte de los mismos Estados Unidos de la convertibilidad del dólar.

Para las crisis de los años noventa la tendencia se ha consolidado, no es casual que para esos años se haya transitado del GATT a la OMC. Las crisis de las economías emergentes, que detonaron en México, Argentina y en la recientemente reincorporada de lleno al mercado capitalista internacional, Rusia, convertidas en crisis globales, fueron el marco para una expansión sin precedentes de los acuerdos regionales. Cabe mencionar, de paso, que después de la implosión soviética, sus economías satélites quedaron diseminadas dentro de esta expansión del regionalismo comercial, aunque algunas quedaron y siguen a la deriva.

La crisis sistémica de 2008 encuentra a la OMC rodeada de acuerdos comerciales regionales, pero sobre todo con una fisonomía radicalmente distinta en su composición interna, pues China el gigante de Asia, ahora despierto, y acicateado por una serie de oleada de inversiones extranjeras directas, se convirtió rápidamente en la principal economía exportadora y la OMC en la plataforma que encontró para su expansión. Al mismo tiempo, China recrudece la competencia en una variedad creciente de productos; inicialmente los

intensivos en mano de obra, para arribar a los sectores de composición orgánica de capital más elevada. Y, en ese sentido, su presencia creciente en el organismo internacional, impulsa la creación de acuerdos regionales que buscan resistir a la preocupante competitividad china vía la formación y/o ampliación de bloques comerciales regionales.

Las fisuras son de tal dimensión que desde la misma organización se reconoce la crisis institucional y se hace un llamado a la recuperación de las pretensiones unificadoras, en aras de inyectarle renovado vigor a la todavía joven organización internacional, pues su desgaste parece prematuro, si se considera la trayectoria de su predecesor, el GATT. Curiosamente, después de un siglo, algunos jefes de las organizaciones internacionales, alarmados por el escaso margen de maniobra, que el reflujó proteccionista mundial está dejando a la OMC, invocan el recuerdo de la gran conflagración de inicios del Siglo XX, que cambió la estructura económica y política de todo el mundo, como un recurso para hacer un llamado urgente para recuperar la racionalidad y detener las crecientes presiones proteccionistas, que pueden derivar aceleradamente en escenarios de una mayor intensidad y en un guerra comercial abierta.

El domingo 11 de noviembre, el Director General Roberto Azevêdo se sumó a los dirigentes mundiales en París para conmemorar el centenario del Armisticio de la Primera Guerra Mundial, y participar en el primer Foro de París sobre la Paz, un acto para promover la idea de que “la cooperación internacional es la clave para hacer frente a los desafíos mundiales y garantizar una paz duradera”. Hablando en el Foro sobre la Paz, el Director General instó a los dirigentes a “poner manos a la obra” y convertir la actual crisis del multilateralismo en una oportunidad para reforzarlo y mejorarlo, en particular mediante el fortalecimiento de la OMC. El Director General Azevêdo participó en los debates públicos y privados con el Presidente Emmanuel Macron, el Secretario General de las Naciones Unidas Antonio Guterres, la Directora Gerente del FMI Christine Lagarde, el Presidente del Grupo del Banco Mundial Jim Yong Kim, el Director General de la OIT Guy Ryder, la Directora General de la UNESCO Audrey Azoulay y el Secretario General de la OCDE Ángel Gurría. El Director General Azevêdo felicitó al Presidente Macron por su liderazgo en esta iniciativa y por su franco apoyo al multilateralismo. (Organización Mundial de Comercio, 2018)

Queda en evidencia que no se trata de una colisión entre tendencias regionales y multilaterales, ni siquiera de una disyuntiva entre regionalismo y multilateralismo, pues cada

país tendría como opción elegir más de un escenario, para concretar su política comercial internacional; es la aguda crisis generalizada, que confluye con un serio cuestionamiento de las instituciones creadas para el resguardo y la continuidad del orden capitalista, la que pone en jaque a la OMC, no el agotamiento del multilateralismo como proceso encaminado a solucionar los diferendos en el terreno de la política internacional. Bajo esta premisa, la persistencia de la crisis o nuevos episodios de la misma de mayor intensidad, seguramente, alcanzarán en el futuro próximo a otros organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional.

### **4.3 Financiarización y comercio latinoamericano**

El recorrido de las relaciones capitalistas y su capacidad de apropiarse de campos y espacios nuevos y someterlos a la dinámica de acumulación, opera como una fuerza de atracción que subordina a la obtención de ganancias cualquier ámbito de la actividad humana; salud, educación, cultura han sucumbido a las leyes de acumulación capitalista y han pagado la cuota de acceso a grandes procesos de mercantilización que expanden sus límites y provoca caídas y crisis estrepitosas. A mayor espacio abarcado, mayor nivel de acumulación y a su vez mayor intensidad de las crisis. Sin embargo, no se trata de una mera repetición monótona entre auge y recesión, sino de verdaderas transformaciones, que se manifiestan y despliegan en cada crisis.

Las leyes de la acumulación capitalista han impuesto su impronta en el destino de toda la humanidad y han rediseñado el mundo para ajustarlo a la lógica de acumulación del capital, es decir, a la generación de ganancias, prácticamente en todas las esferas de la actividad humana. Pero, como una de sus leyes conduce al sistema a las crisis de sobre producción, en la estructura económica, los efectos en la totalidad del sistema, es decir, donde se han sentado las bases de acumulación se sienten, con la inmediatez que el nivel de desarrollo tecnológico permite.

Dicho en otros términos, ahora existe un espacio económico mundial articulado desde la lógica de la valorización del capital, algo que no existió en otros períodos de la historia del capitalismo. (Astarita, 2004; 238)

Con todas sus expresiones asombrosas en el terreno de la expansión de la capacidad productiva, el comercio mundial o las finanzas internacionales, los espacios no son inagotables y la dinámica capitalista lleva en sus entrañas el germen de las crisis a las que se conducen inevitablemente los mercados, empujados por la misma acumulación y la búsqueda de ganancias. El capitalismo ha demostrado su enorme capacidad de mutación en la búsqueda de nuevos horizontes de desarrollo; viejas formas articuladas a nuevos moldes, sin abandonar el elemento fundacional de la obtención de ganancias vía trabajo asalariado.

Y así, bajo la tutela del capital y sus impulsos desmesurados, al igual que sus crisis recurrentes, el mundo arribó a la modernidad que se manifiesta, desde luego, como modernidad capitalista, que conjuga desarrollo tecnológico, prosperidad para sectores privilegiados y, al mismo tiempo, devastación y exclusión para miles de millones de personas. Y, finalmente, crisis globales cada vez más profundas, que muestran el otro rostro del capitalismo. El que busca alternativas para continuar y extender la acumulación; el que busca negar la inevitabilidad del cumplimiento de sus propias leyes, vía la expansión de la técnica, de los mercados y de nuevos espacios para la obtención de ganancias.

El que se inmiscuye en el ejercicio de la práctica política, para hacerla soporte de las condiciones más duras de existencia de la población mayoritaria, para dar paso a los regímenes más impresentables y genocidas, pero funcionales a la acumulación de capital. Por ello, en los flujos comerciales y en las finanzas internacionales confluyen diversos órdenes políticos, concitados por el pragmatismo capitalista de expandir los espacios de generación de ganancias hasta el límite, es decir, hasta que una nueva crisis financiera internacional marque el agotamiento de las fuerzas de impulso de los períodos previos. No se trata desde luego de mera repetición cíclica, sino de acumulación de nuevas contradicciones y del arribo a escenarios que ponen en crisis la continuidad de la reproducción ampliada del capital en todos los terrenos que domina, entre ellos precisamente el comercio internacional.

Después de las grandes crisis y de la coyuntura económica y sobre todo política, resuelta, hasta el momento, en favor del capital se han producido transformaciones

estructurales en los espacios de valorización de capital y en los mecanismos de obtención de ganancias. Mientras, al mismo tiempo, las tendencias a la formación de monopolios y hacia la conquista cada vez más contundente de los espacios de decisión política mundial, por parte de los mismos, en tal medida que a partir de garantizar su expansión se formulan directrices de política económica que tiende a homogeneizarse, es decir, se vuelven de alcance mundial. Ahora resulta que las corporaciones transnacionales son la fuente de formulación de gran parte de la política económica y social de amplias regiones del mundo, en especial del mundo subdesarrollado.

La búsqueda por parte de las empresas transnacionales de mano de obra barata y los esfuerzos de los gobiernos por insertar los espacios nacionales en los circuitos internacionales de valorización, ofreciendo las mejores condiciones para la extracción de plusvalía también generan tendencias a la calificación de la mano de obra en algunos países no desarrollados, lo que a su vez provoca una presión bajista sobre los salarios y las condiciones laborales de trabajadores calificados, técnicos e ingenieros en los países adelantados. (Astarita, 2004; 385)

Pero, lo singular de esta nueva etapa del capitalismo es que las corporaciones financieras se han colocado en la cúspide de la conducción política mundial, a tal grado que los bancos centrales de casi todo el mundo, hoy son depositarios de los intereses de tales corporaciones que salieron inmunes, y fortalecidas políticamente, a pesar de ser los agentes principales de la debacle financiera de 2008.

A la par, y en el marco de una serie de transformaciones en todas las esferas del quehacer capitalista, la traslación del epicentro productivo hacia las potencias económicas orientales, en particular China, dan un nuevo perfil al capitalismo de corte financiero. Una forma de operar que le genera fabulosas ganancias a la red de corporaciones financieras, sin una relación directa con el sector productivo, pero acendrada en las agendas de todos los organismos internacionales, no sólo los financieros y en la práctica de casi todos los bancos centrales el mundo que han hecho de la política monetaria y en especial del manejo de la tasa de interés, el principal instrumento de su gestión.

Desde los años setenta, se han producido profundos cambios en los métodos de producción derivados de las tecnologías de la información y las telecomunicaciones. Las empresas multinacionales han pasado a ser dominantes en la producción y el comercio

mundiales. El centro de gravedad de la capacidad productiva mundial se ha movido, en parte, de las economías maduras de Occidente hacia Oriente, principalmente China. Mientras tanto, el marco institucional de la actividad capitalista ha sido alterado de modo que la desregulación se ha impuesto en mercados importantes, entre los que destacan el de trabajo y el financiero. A lo largo de este período, la acumulación en los países maduros no ha sido muy dinámica, la desigualdad se ha exacerbado y las crisis se han vuelto más graves y frecuentes. (Lapavitsas, 2016: 21)

Con todo, la dinámica del desarrollo capitalista consume aceleradamente sus espacios de maniobra; las fuertes mutaciones del sistema capitalista lo conducen a nuevos escenarios de acumulación y una compleja gama de expresiones de dominación política, pero también a nuevos derroteros marcados por crisis de mayor complejidad, profundidad y extensión, y ahí es donde se condensan los procesos históricos, que pueden dar paso a nuevos espacios de acumulación o enmarañarse en las propias redes de acumulación y reproducción del sistema, de las cuales el capitalismo financiarizado ha sido en gran medida artífice.

En la crisis global actual, se distingue una nueva forma de despliegue, en el sentido de que la extensión de los procesos de acumulación se ha expandido, porque casi todos los ámbitos del quehacer humano han sido tocados y, en gran medida, sometidos a los mecanismos de la renta financiera: hogares, individuos, empresas, gobiernos y demás instituciones, hasta las mismas universidades han caído en los terrenos y reglas de las corporaciones financieras.

Pero, junto con la extensión, la profundidad e intensidad de la crisis actual supera las anteriores en el nivel de complejidad, en cuanto que los epicentros de las tomas de decisiones de la economía mundial son, a la vez, los focos de difusión de los cismas financieros. Como si los centros financieros, en su papel de fuerza de atracción de los capitales de todo el mundo, por su colosal dimensión, que otrora les brindara garantías de seguridad y rentabilidad, se hubieren convertido en recipiendarios de gran parte de la toxicidad de los mismos activos financieros que les sirvieron para la especulación más desaforada.

La gravedad de este verdadero punto de inflexión para la economía y política mundiales se recrudece porque, dentro de las respuestas emanadas de las prácticas políticas de los centros industrializados, resurge la vieja práctica del proteccionismo comercial. Es

decir, a una crisis global se responde, en gran medida, con recetas que se prescriben desde el ámbito estrictamente nacional; respuestas ya ensayadas que conducen a resultados ya observados en el pasado y de consecuencias catastróficas.

Hoy, los países que antaño eran los depositarios de la estabilidad y promotores del crecimiento económico mundiales, tienden a tomar a sus territorios nacionales como fortaleza y terreno irreductible para la operación de sus grandes corporaciones, dejando de lado su función de motores de acumulación de todo el sistema y constructores de la estructura institucional global, que históricamente ellos mismos se asignaron.

En este camino, las finanzas arrastran a toda la economía mundial y por ende al comercio internacional. Sí, efectivamente se trata de una crisis sistémica, porque junto con todos los espacios del acumulación del capital global, no se ha formulado un alternativa de despegue, que saque al capital del pantano en que su lógica de acumulación los arrojó; hay una crisis de dirección y estrategia, dado que los propulsores de la crisis, las grandes corporaciones financieras, han tenido la habilidad política para que sus intereses fuesen intocados.

Es más, se han fortalecido y hoy conducen los ejes rectores sobre los cuales se pretende construir la recuperación económica. Así que, junto con la persistencia de la crisis global, también se observa el empecinamiento de los grupos financieros internacionales, por mantener y expandir los mecanismos de acumulación de capital separados de los procesos productivos, pero bajo la conducción de la dinámica financiera que busca la ganancia de corto plazo, vía emisión ilimitada de títulos, es decir, de símbolos de valor.

Las crisis financieras que supuestamente se derivaban del retraso económico y del arcaísmo financiero de las economías emergentes, golpean ahora a las economías del centro, de las cuales están en primera fila el Reino Unido y, sobre todo, Estados Unidos, que fueron durante mucho tiempo concebidas como un islote de estabilidad dentro de un océano de inestabilidad y de conflictos. Así, desde 2007 la economía estadounidense es el epicentro de la explosión de productos derivados, de malos créditos, y por los rebotes sucesivos sus problemas se difunden al resto del mundo. (Boyer, 2017: 42)

En cambio, los valores reales y su proceso de producción, gradualmente van quedando debajo, subyacentes y sometidos a directrices ajenas, que las constriñen, en el sentido de que la expansión de la demanda de bienes queda acotada por la imperiosa necesidad de las familias, los gobierno y muchas instituciones, de transferir parte de su ingreso al sector financiero, que ha envuelto a toda la actividad económica; cumplir los compromisos financieros es la prioridad. Bajo esta premisa todos los deudores están atrapados; el endeudamiento, que sirvió como mecanismo de extensión de los límites de crecimiento y acumulación, se ha trastocado en un freno para la continuidad de la expansión económica y esto envuelve al mismo comercio internacional, que se adhiere a los destinos de la economía internacional en su conjunto.

Es el poder de las finanzas y su incrustación en los nodos determinantes en la conducción del sistema, el que se traduce en capacidad de diseminar las ondas recesivas a todos los poros del mismo, cuando los laberintos de la crisis global, detonada en el campo financiero, se yuxtaponen para hacer más difícil avizorar una salida, manteniendo invariable la supremacía del poder financiero, entendida en obtener rendimientos reales positivos y en magnitudes crecientes de una fuente que tiende a quedar agobiada, es decir, la economía real, donde se genera la producción y se realiza la comercialización de valores.

Una vez que estalla la burbuja especulativa en el terreno financiero, los vasos comunicantes del sistema, producen la transmutación de la expansión económica en su antítesis; la crisis total, extendida en todos los mecanismos de acumulación del capital, como es el caso del comercio internacional, cuyo síntoma inmediato es la caída en las importaciones del conjunto de la economía mundial, pero decisivas son las de las economías industrializadas. Dado que marcan la pauta para la formación de una tendencia generalizada. Si en los centros industrializados se generan señales recesivas, esa será la tónica de la economía en todo el mundo.

En cuanto la crisis financiera se convierte en crisis económica, los efectos recesivos se transmiten luego, por medio de la caída de las importaciones estadounidenses inicia una espiral de reducción del comercio internacional. Como casi la totalidad de los países se

abrieron a la competencia internacional, la crisis se generaliza en el mundo entero. (Boyer, 2017: 47)

El comercio internacional, parece haber perdido espacios en los flujos de generación de ganancias; su papel de transformador de la plusvalía generada en el proceso global de producción en ganancia, ahora se comparte con un sector financiero de comportamiento compulsivo, que parece desplazarlo parcialmente, dado que en los circuitos financieros el capital encontró nuevos caminos, que le permitieron enfrentar, en buena medida, la tendencia a la caída de la cuota de ganancia, vía la expansión desmedida de instrumentos financieros, bajo el amparo y la protección de los estados nacionales, pues hasta en los países de origen de las corporaciones financieras los lineamientos de la política económica y ahora social están impregnados por el sello del capital financiero.

La propia economía china, convertida ahora en el centro de valorización del capital más intensivo de este período de crisis del capitalismo globalizado, y sin perder sus rasgos peculiares de concentrar la producción mundial de la industria manufacturera moderna, no queda exenta de ser tocada por el decidido impulso de las fuerzas del capital financiero; la expansión del crédito.

Sin embargo, la atonía de la tendencia generalizada, respecto a otras economías desarrolladas, en el sentido de convertirse en un espacio que permite la explotación, sin trabas, de la fuerza de trabajo inmensa de que está dotada China, para la inmediata realización del plusvalor en los circuitos globales del comercio internacional, en un proyecto global dirigido por el propio Partido Comunista Chino, le otorga ventajas, no sólo para resistir las crisis económicas, convertidas ahora en escenario permanente del desenvolvimiento de las relaciones capitalistas, sino para que en el marco de las mismas, y ante la contracción de otras economías y los ajustes en la composición de la producción industrial y el comercio internacional, China emerja como el nuevo eje de reordenación del capitalismo contemporáneo, indisolublemente ligado a un proyecto político que hace del control interno, ahora propulsado por su enorme mercado interno con gran capacidad adquisitiva, la base de su presencia mundial.

La paradoja del agotamiento de los impulsos del ahora cuestionado credo neoliberal es que ahora, aquellas economías y sociedades que más se acercaron a sus “incuestionables” lineamientos, generaron, a su vez, mayores espacios para el acendramiento de las crisis, porque erosionaron las plataformas de resistencia de los trabajadores ante la contracción económica resultado de la sobre producción capitalista. El propio capital financiero, que ha moldeado la economía mundial casi a su albedrío, generó las condiciones que ahora impiden la recuperación del crecimiento de la economía mundial, donde confluyen diversas formas de capitalismo, diferenciadas por sus componentes políticos que se traducen en estructuras políticas indispensables para concretar las vías de continuidad para el sistema capitalista mundial.

Mientras, en lo que parecía ser unos de los componentes más densos de la periferia, se produjo una transformación tanto cualitativa como cuantitativa de impacto en toda la estructura económica y política del sistema capitalista. China se fue colocando como la plataforma mundial de la valorización global del capital, en un complicadísimo sendero que conjuntó la cercanía y colaboración con el poder hegemónico mundial, es decir, los Estados Unidos, con un proyecto nacional de expansión, que articuló las tradicionales bases de explotación capitalista aprovechando la abundante y barata mano de obra china con un orden político singular, con el Partido Comunista Chino como el epicentro de una estructura política cuasi monolítica ante la mirada externa.

La ingente necesidad de la dirigencia china de buscar alternativas ocupacionales para millones de campesinos y trabajadores, junto con la necesidad, también vital, de tener presencia en la política internacional llevaron a dos polos presuntamente antagónicos a establecer estrechas relaciones de cooperación; los Estados Unidos, después de dejar en ruinas a gran parte de Indochina, optaron por sustituir los embates militares en la región, por una creciente presencia económica vía inversiones directas en el coloso asiático. Y, de paso, ahondar las grietas en la relación de China con la, hoy extinta, Unión Soviética. Se iniciaba así, en la década de los setentas del Siglo XX una nueva etapa para la política y la economía internacionales, con efectos políticos inmediatos, pero con consecuencias económicas que habría de continuar hasta la actualidad.

China, fiel a su compromiso que intercambia progresión del nivel de vida contra aceptación del poder político existente, moviliza la herramienta del crédito y del tipo de cambio para estimular la demanda doméstica y reencontrar un ritmo de crecimiento elevado. En Estados Unidos, la adaptación del poder financiero y su capacidad para bloquear reformas ambiciosas de reglamentación explican el carácter incierto de una recuperación alimentada por un plan de gasto sin precedente desde la Segunda Guerra Mundial. En Alemania, la imposición de una economía social de mercado entre industriales y asalariados conduce a subvencionar el mantenimiento en el empleo gracias al apoyo del trabajo en tiempo parcial. Así, los compromisos fundadores de cada sociedad continúan fabricando estrategias de salida de crisis constantes. (Boyer, 2017: 79)

La todavía incuestionada hegemonía norteamericana, le otorgó la ventaja a los inversionistas norteamericanos de ubicarse, en el naciente sector industrial chino, bajo el amparo de uno de los instrumentos más usuales, en la trayectoria expansionista que rediseño la correlación de fuerzas después de la Segunda Guerra Mundial, para colocar a los Estados Unidos en la conducción de acumulación de capital a escala mundial y como garante del nuevo orden político internacional; el dólar norteamericano, cuya libre convertibilidad recién había sido abandonada, ahora irrumpía en la inmensa nación asiática como un factor de impulso determinante en la acumulación de capital, en momentos históricos decisivos, puesto que en la misma década de los setentas del Siglo XX, la economía mundial había entrado en una profunda y larga fase recesiva.

Por lo tanto, la incursión en el corazón del llamado socialismo real, para la continuidad y ampliación de la valorización de capital, en un amplísimo espacio que sirvió de plataforma para detonar una nueva y singular fase de expansión. Asimismo, tal salida para el capital norteamericano es totalmente compatible con la política de expansión monetaria seguida por la Reserva Federal, es decir, la incursión a la economía china se realizó a la par de una mayor emisión monetaria, por parte de los Estados Unidos. Así que la reconfiguración del capitalismo mundial dio comienzo desde los años de las invasiones militares norteamericanas, posteriores a su consolidación como potencia hegemónica.

De la misma manera, el abrumador peso del sector financiero muestra su despliegue a partir de la misma crisis de los años setenta, es decir, los circuitos financieros globales son el manto que recubre a toda la estructura capitalista global, y su descomunal crecimiento está asociado a los obstáculos estructurales para la valorización del capital, en un sentido estricto, es decir, por la acción de la fuerza de trabajo. Así que la apertura china no es algo circunstancial, sino que emana de las necesidades estructurales del capitalismo global.

Casi medio siglo después, otra crisis global en 2008, diferente en su origen, los Estados Unidos, el corazón del sistema financiero mundial; y también en su desenvolvimiento, pues el auxilio decidido de los estados nacionales a las corporaciones financieras, vía descomunales apoyos financieros, impidió una hecatombe de mayores dimensiones, y de paso trasladó el costo de los ajustes a las sociedades respectivas, a través de una extensión todavía mayor del endeudamiento público. Pero, también dejaba al descubierto que los impulsos de la fase previa de crecimiento mundial diferenciado, con China a la vanguardia, influenciados por el capital financiero, habían iniciado su fase de agotamiento.

Al mismo tiempo, puso en relieve que nuevos actores también exigen ajustes en la arena política mundial, a partir de su mayor presencia en el terreno económico y que precisamente China, receptáculo inicial de inversiones masivas del extranjero, de manera especial de los Estados Unidos, quedó colocado como rival en el terreno comercial a consecuencia de esta crisis global, y que, de no encontrar salida a la misma, tal rivalidad puede escalar rápidamente a otros niveles de confrontación.

Las transacciones comerciales internacionales son un rasgo del capitalismo desde sus inicios, en la medida en que el capital es inherentemente internacional. El mercado mundial, sin embargo, como conjunto de instituciones, mecanismos prácticas y costumbres es una creación de los capitales industriales, comerciales y financieros que han sido dominantes en sus respectivas economías nacionales. (Lapavitsas, 2016: 42)

La inicial irrupción de China a los flujos comerciales internacionales es uno de los episodios más espectaculares de las transformaciones recientes del capitalismo moderno, que ha mutado a un estadio distinto, tanto en lo cuantitativo como en términos cualitativos. Sin embargo, la transformación en el terreno productivo, en el sentido de trasladar hacia China el epicentro de la valorización del capital, que ahora se expresa de manera intensiva, es sólo el prelude de mayores transformaciones por venir; el desfase entre epicentros productivos y financieros no puede continuar de manera indefinida, sin drásticos ajustes en el plano financiero y político mundiales.

La complejidad para delinear una hoja de ruta que permita la recuperación generalizada de la economía capitalista global, que refuerce al comercio internacional como una de sus palancas fundamentales queda expresada en la gráfica 4.6, que exhibe de forma contundente que el nuevo actor del comercio global, después de la crisis de 2008 es la economía china. En contrapartida, Japón ha quedado desplazado de la boyante posición comercial que ocupó en los años setenta del siglo pasado, sin embargo, se mantiene dentro de los principales actores de los flujos comerciales internacionales.

Alemania es la representante europea, al interior de esta selecta vanguardia de líderes comerciales, lo cual resulta sintomático de su enorme poder de despliegue industrial, a pesar de ser dividida después de la Segunda Guerra Mundial y reunificada a partir del colapso de la versión soviética del socialismo real; como antes de la guerra Alemania es factor de definición de la agenda política internacional y el terreno del comercio no puede quedar exento de su influencia decidida. Aquí tenemos una síntesis de la pugna entre las principales potencias industriales expresada en el terreno comercial; la cercanía del volumen comercial, en términos de valor, entre China y Estados Unidos es reveladora de las contradicciones que subyacen entre las dos gigantescas economías, sobre las cuales hoy se asienta gran parte de la base productiva y comercial del capitalismo contemporáneo.

Por una parte, China es indispensable para los procesos de valorización global del capital, es decir, sin la participación de la economía china en la producción y el comercio mundial, los espacios de operación del capital, y por consiguiente las ganancias, se verían ostensiblemente reducidos. Al mismo tiempo, la pujante e irreversible presencia china en los circuitos comerciales internacionales, montada originalmente sobre una abundante mano de

obra, pero fortalecida por un creciente desarrollo tecnológico, se expresa en los inevitables déficits comerciales de su principal destino, es decir, los Estados Unidos. De ahí la respuesta norteamericana y la virulencia proteccionista de la administración Trump, pero, dado que China es un "peso completo", que bajo ninguna circunstancia se puede minimizar, entonces las corrientes proteccionistas se extienden hacia los terrenos donde encuentren menor resistencia, entre ellos las economías latinoamericanas.

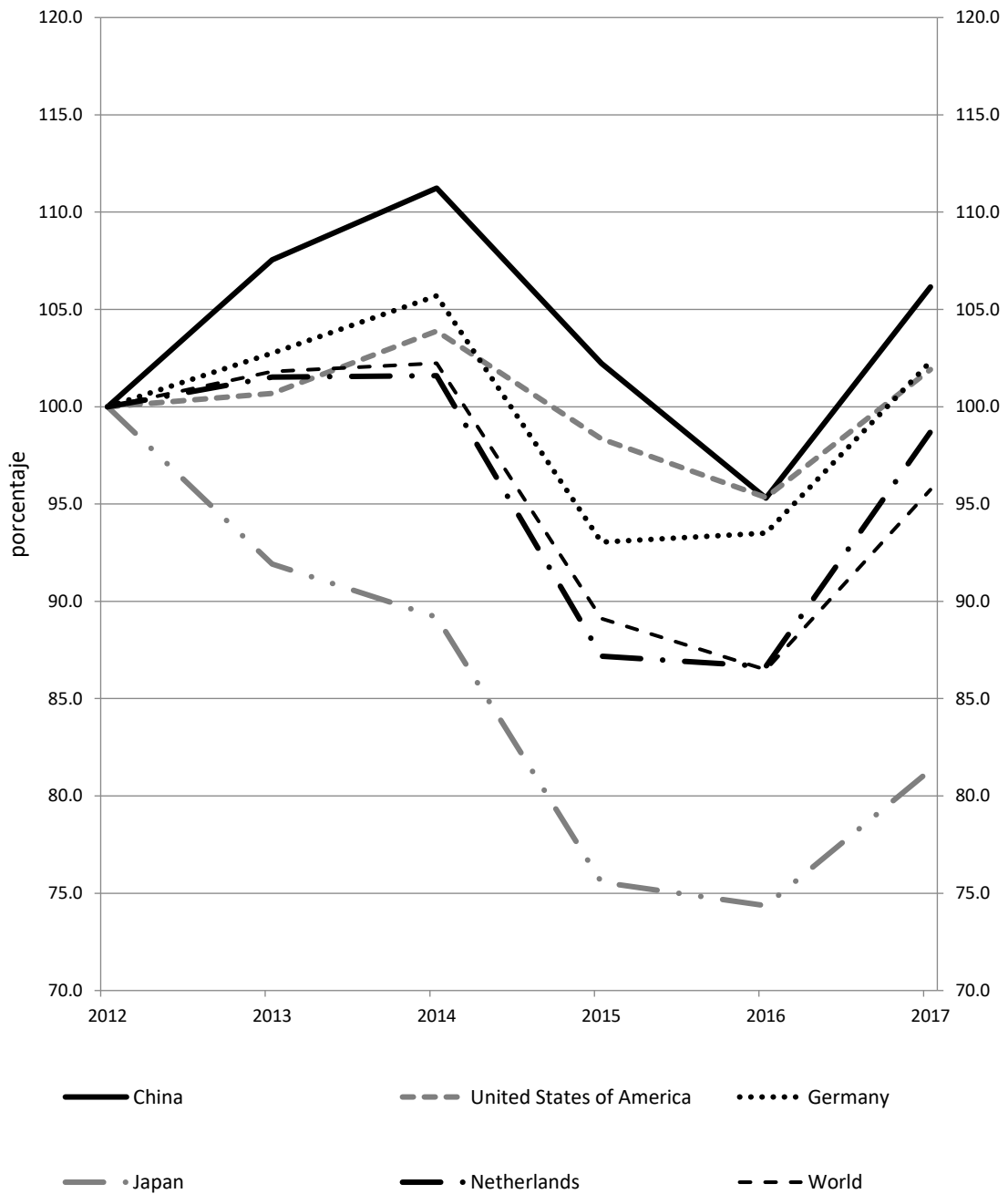
Uno de los síntomas de mayor impacto en la evolución reciente de la economía mundial radica en que después de 10 años la recuperación de los ritmos de crecimiento del comercio internacional sigue siendo un asunto pendiente. Y no se trata de un proceso que requiera solo tiempo, sino de una profunda limitante para la reproducción del sistema en su conjunto.

Por ello, del perfil de la política comercial que emana de los centros industrializados se estructuran las líneas generales que permean el espacio de desarrollo del comercio internacional; si las olas proteccionistas asociadas a la llegada de gobiernos de extrema derecha en los centros industrializados, como en los Estados Unidos e incluso en las economías emergentes, como es el caso de Brasil, reciben impulsos adicionales y se incrustan todavía más en los programas de gobierno, los flujos de comercio internacional verán restringidos sus espacios.

Por lo tanto, la crisis de la economía global capitalista y su persistencia, expresada en el terreno comercial, conllevan a una crisis del entramado institucional para la regulación del comercio internacional; la crisis de la OMC comparte el mismo sello de la crisis estructural de 2008.

El trasfondo, desde luego, se ubica en las propias transformaciones que se han operado en todos los procesos, dentro de los cuales se desarrolla la acumulación capitalista. En materia de comercio internacional, los cambios no son menores, pues la potencia creadora del actual orden internacional, los Estados Unidos de Norteamérica ha perdido su dinamismo, (ver gráfica 4.6), para dar paso al fuerte impulso exportador de China, que paradójicamente, en lo formal, reivindica los principios del marxismo bajo la férrea conducción del Partido Comunista Chino.

gráfica 4.6 Los líderes del comercio internacional en los inicios del siglo XXI: volumen total, ( base 2012=100)



Fuente: WTO, World Trade Statistical Review, 2018.

Mientras Japón, cuyo dinamismo exportador hasta finales del siglo XX parecía estar llamado a ser el agente principal de la reconfiguración del capitalismo en el continente asiático, se queda en el fondo de las cinco economías líderes en esta materia; la rapidísima reconstrucción de Japón, después de la Segunda Guerra Mundial y del bombardeo atómico por parte de los Estados Unidos, fue una prioridad, tanto económica como política, para los arquitectos del sistema global, puesto que después del conflicto China emergió como el país socialista más densamente poblado y ello se convirtió en síntoma de alarma para la continuidad del capitalismo.

Llama poderosamente la atención que Inglaterra, otrora centro fabril y nodo básico de los flujos comerciales internacionales haya quedado atrás, a tal grado de no aparecer dentro de los 5 primeros lugares. En contrapartida, Alemania ha recuperado sus impulsos hacia el mercado exterior; en la larga pugna por la supremacía europea, el capitalismo teutón parece llevar ventaja, en el sentido de haber afianzado en mayor medida su red comercial y financiera hacia el resto de Europa Occidental.

Indudablemente, el robusto aparato productivo alemán, con el concurso de su estructura financiera, ha encontrado en la Unión Europea el terreno fértil para su expansión; las economías de escala que proporciona el bloque comercial han sido un factor de impulso para las exportaciones alemanas, pero no han actuado en el mismo sentido para las exportaciones de Inglaterra. De ahí que parte de su clase política haya optado por la salida de este camino de integración, después de un largo acompañamiento, pareciera que el llamado “Brexit” es una respuesta política, comandada por el conservadurismo, ante los escasos resultados en el terreno comercial, por parte de Inglaterra, dentro de los cauces de la Unión Europea.

No cabe duda que ha ocurrido una verdadera transformación y estamos ante un reacomodo de las fuerzas de conducción del capitalismo global, envuelto en una gran crisis estructural e institucional, en el suelo que lo vio nacer y desarrollarse. Y por consecuencia, generar las condiciones, para que desde su cuna se formularan las reflexiones teóricas más diáfanas (la economía política clásica) y su crítica a partir del análisis histórico (Marx y Engels).

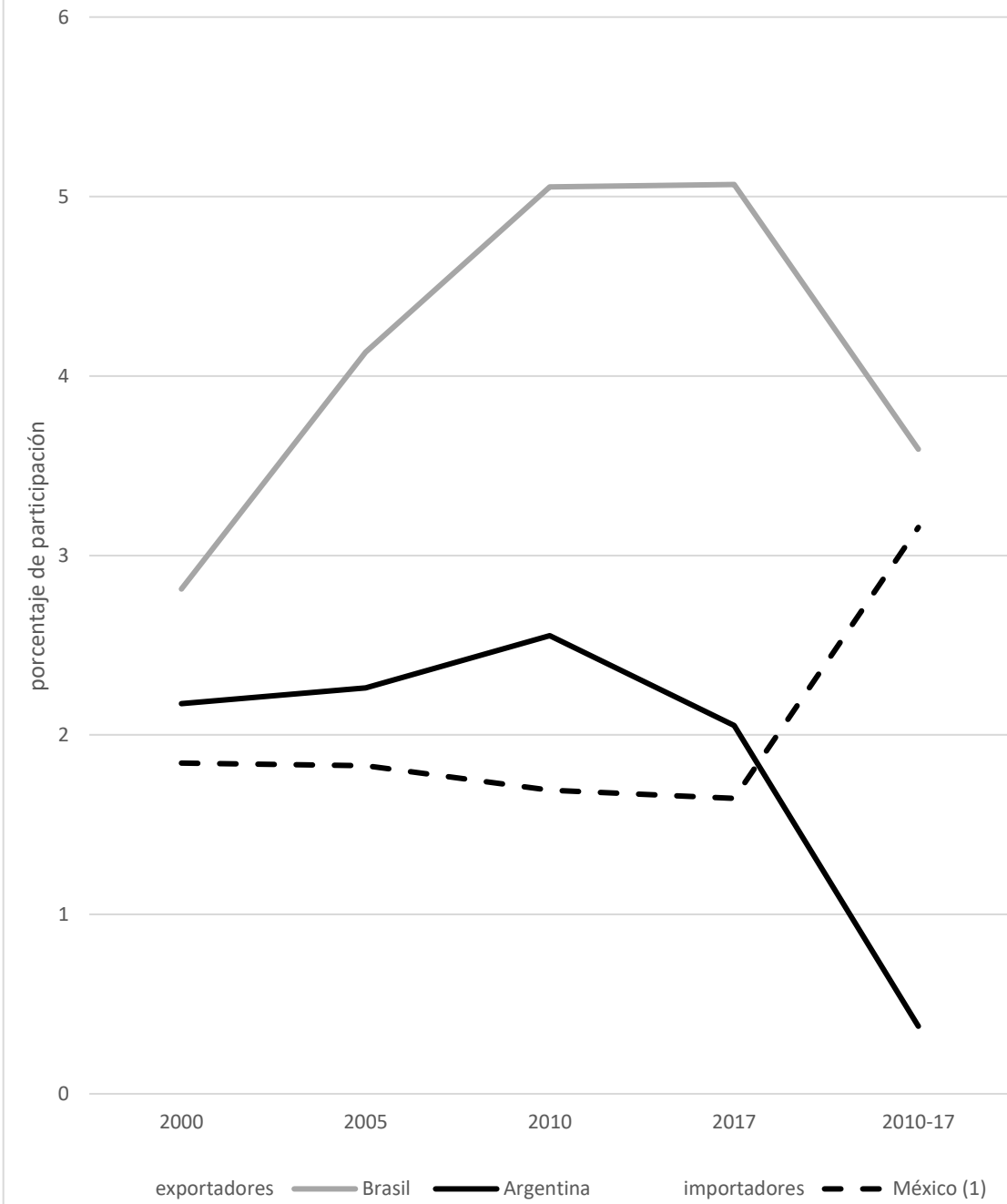
En América Latina, cuyas economías han quedado envueltas en el manto de la financiarización y en la crisis global de larga duración, el comercio de mercancías da cuenta del reacomodo general del sistema y de sus respuestas ante la enconada crisis. En principio, una tendencia que se recrudece es la de una gran concentración, al interior de la región, para que las economías más grandes sean precisamente las de mayor participación y dinamismo en los flujos mercantiles internacionales.

En el suelo latinoamericano, en claro contraste con Europa Occidental, la dimensión de una economía está directamente relacionada con su extensión geográfica, puesto que la dotación de recursos naturales fue la base para su incorporación a los mercados mundiales, como exportadores de materias primas y alimentos. En el caso de la producción agrícola, basada en grandes extensiones territoriales, después de más de un siglo de adherirse a los avatares del mercado internacional, sólo Argentina y Brasil, es decir, los países más extensos, destacan como exportadores de productos agrícolas en el plano internacional.

Pareciera que, parcialmente, se repite la historia después de un larguísimo recorrido por los laberintos de la exportación mundial de mercancías: como en los inicios del Siglo XX, cuando ya se habían consolidado los monopolios en las economías desarrolladas y su ámbito de influencia habría de contribuir al estallamiento de la Primera Guerra Mundial. Cien años después, esas dos economías, se mantienen como exportadores de productos agrícolas. Pero, su trayectoria exportadora está atada al ciclo del comportamiento de la economía global, de tal suerte que con la ya mencionada crisis de 2008, su participación ascendente queda detenida. Mientras México figura como importador de tales productos. (Ver gráfica 4.7)

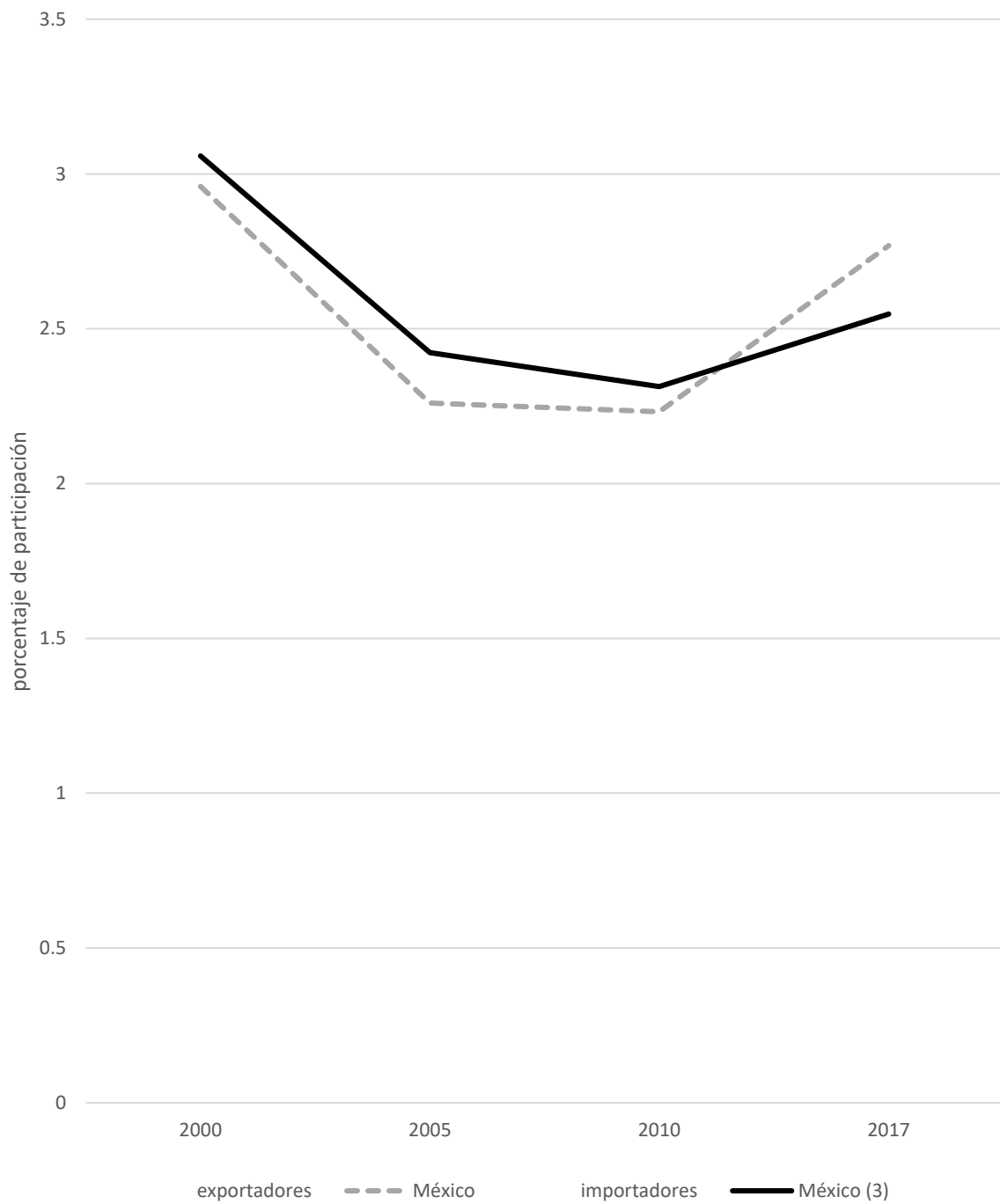
Después de un gran recorrido histórico, en el cual se han atravesado diferentes etapas, desde los inicios del Siglo XX, con sus prometedoras ilusiones de crecimiento e industrialización, las Guerras Mundiales, los procesos de sustitución de importaciones y sus intentos de crear una base endógena considerable, hasta la imposición de toda la arrolladora avalancha neoliberal en el mundo y en la región, el saldo es por demás limitado: únicamente México quedó instalado dentro de las economías con perfil exportador y también importador de manufacturas, y ello se explica en gran medida por la vecindad con los Estados Unidos y por el peso de la industria automotriz.

Gráfica 4.7 Las economías latinoamericanas en el comercio agrícola internacional, 2000-2017 (%)



Fuente: WTO. World Trade Statistical Review, 2018.

gráfica 4.8 México, la única economía latinoamericana que destaca en el comercio internacional de manufacturas 2010-2017 (%)



Fuente: WTO. World Trade Statistical Review, 2018.

De igual manera, su trayectoria queda acotada por la dinámica de una etapa de crisis que no da visos de ser superada. (Ver gráfica 4.8). Sin embargo, podemos identificar ya una tendencia muy definida: la economía mexicana se ha incorporado más a los vaivenes de la economía norteamericana y, por consiguiente, se distingue de la trayectoria general del resto de las economías de América Latina.

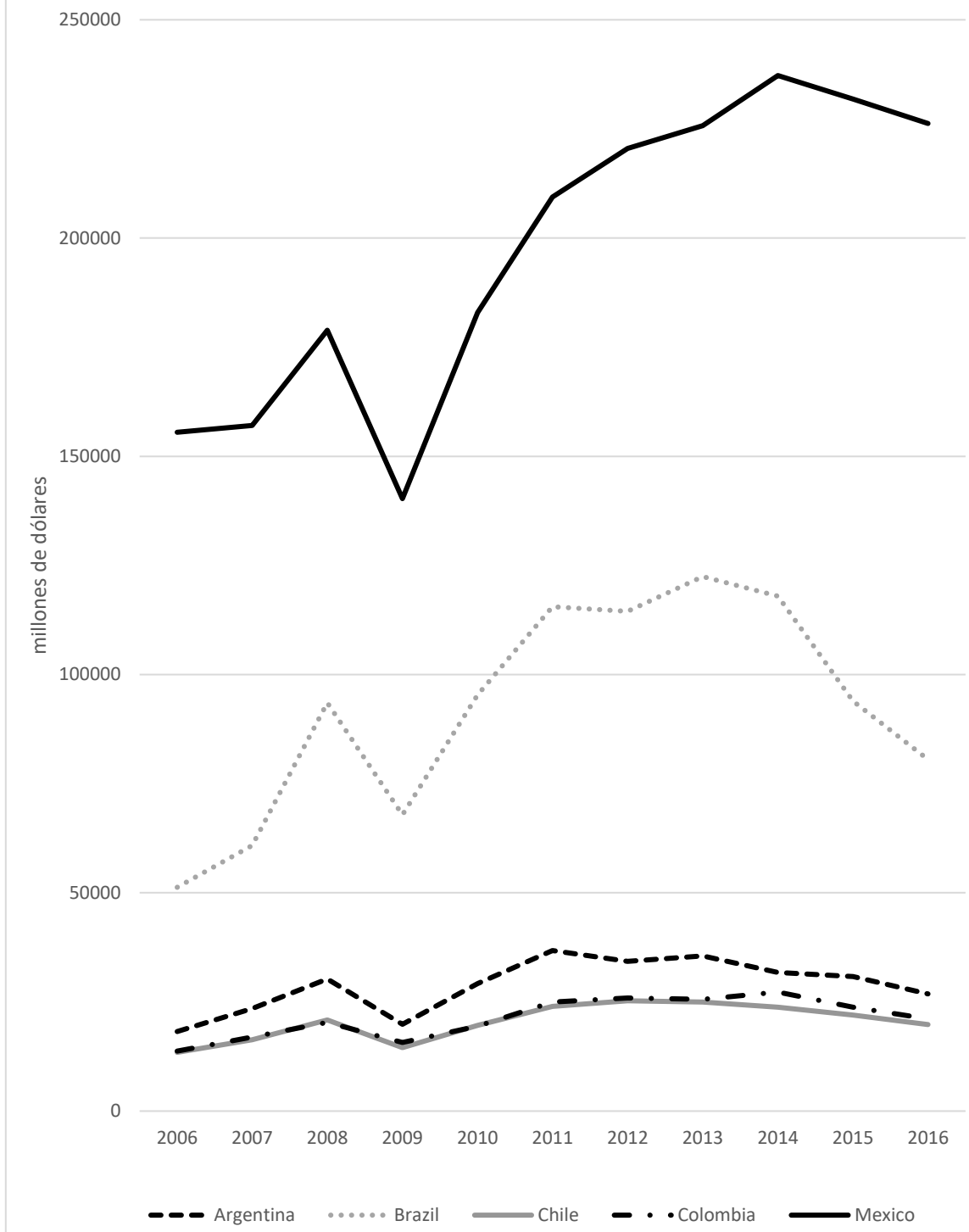
Ahora veamos que ha ocurrido recientemente en el sector de bienes intermedios. Para ello, hay que ampliar el número de economías consideradas, pero con magnitudes que permitan asumir que hay una clara evidencia de la presencia exportadora en los inicios del Siglo XXI. Los resultados ya no son sorpresivos, dada la descripción previa de la trayectoria latinoamericana en el terreno del comercio internacional: tenemos casi los mismos actores, Argentina, Brasil y México. Seguidos a cierta distancia por Chile y Colombia.

En el caso de México, la vecindad con los Estados Unidos constituye el factor determinante de sus impulsos exportadores; las diferencias salariales entre las dos economías, junto con la abundancia de recursos naturales empujan hacia una mayor integración de las actividades productivas realizadas orientadas hacia un perfil exportador. Por consiguiente, dentro de la concentración del comercio internacional, México está estructuralmente señalado para tener una presencia en los flujos comerciales internacionales.

Las cinco economías mencionadas parecen seguir el mismo ritmo; su convergencia en el comportamiento seguido obedece a dos factores que las afectan por igual: la crisis global de 2008, que comprimió sus niveles de participación, y los visos de recuperación, pierden su escaso vigor, pues el proteccionismo de las economías industrializadas tiende a reforzarse y los bienes intermedios son uno de sus terrenos preferidos de intervención.

En el sector de los bienes intermedios se reproduce esta escasa participación (gráfica 4.9). Entonces, después de un larguísimo recorrido por los senderos del capitalismo dependiente, las sociedades latinoamericanas, diversas y complejas, con sectores financieros modernos, un crecimiento demográfico y urbano impresionante, ven, una vez más, acotadas sus posibilidades de crecimiento, y su evolución deja constancia de que efectivamente, como fue señalado en varias corrientes del pensamiento latinoamericano, como la teoría de la dependencia, este camino no las instalará en una vía paralela a la de las economías desarrolladas. Ahora resienten otra influencia externa: la presencia china.

gráfica 4.9 Los 5 mayores exportadores latinoamericanos de bienes intermedios, 2006-2016, millones de dólares corrientes.



Fuente: WTO. World Trade Statistical Review. 2018.

A pesar de que sólo unas cuantas economías de América Latina han cobrado presencia en los flujos mercantiles internacionales, el peso del sector externo es abrumador para sus cuentas externas y su desenvolvimiento interno. Así que para tener mayor claridad en la descripción de la trayectoria latinoamericana en el largo plazo, vamos a realizar un recorrido que permita identificar el camino seguido por las 10 economías más grandes de la región, en el intercambio internacional de mercancías, desde los años setentas del siglo pasado hasta el período actual. A partir de la consideración de que en ellas se han producido los cambios más significativos que denotan las mutaciones del capitalismo latinoamericano y su vuelco hacia el sector externo como parte de una estrategia de acumulación global, que se ha expresado en la persistencia de la apertura externa, como uno de los mecanismos fundamentales de ampliación de los espacios de valorización de los capitales que se han asentado en suelo latinoamericano, con su correspondiente proceso de ajuste en términos políticos.

Comenzamos con las exportaciones manufactureras de Argentina. En la gráfica 4.10, puede identificarse que, desde los años setenta del siglo pasado hasta el año 2017, este tipo de exportaciones no han ocupado una participación mayoritaria, sin embargo, hay una tendencia ascendente hasta el año 1995. Aquí conviene recordar el protagonismo de las economías de la región en una de las crisis cíclicas del capitalismo, ya en los tiempos de la llamada globalización; el “efecto tango” se transmutó, en el largo plazo, en la pérdida de dinamismo de las exportaciones manufactureras de Argentina.

La lección en términos del ejercicio de la política económica es traumática, en todos los aspectos, pues de acuerdo con la doctrina neoliberal aplicada sin miramientos, la contracción económica generalizada, la devaluación de la moneda argentina y la reducción salarial debieron impulsar una nueva etapa de crecimiento de las exportaciones, en especial de las manufactureras. Pero ocurrió lo contrario y éstas perdieron su dinamismo, para retornar al nivel de los años noventa del Siglo XX.

Ese paso trascendental, que implica la transición definitiva de un perfil exportador a otro, quedó en un estado de transición prolongada. Al ser una de las economías de mayor tamaño en la región, con una presencia de larga data en los medios comerciales

internacionales, una participación creciente de sus exportaciones manufactureras, hasta llegar a ser mayoritarias, sería el detonador de una nueva etapa de crecimiento sobre otras bases de inserción al mercado internacional.

Para Bolivia, el desempeño de sus exportaciones manufactureras queda registrado como una tendencia al estancamiento. De niveles bajos en los años setenta del siglo pasado, la década pérdida de los ochenta se traduce en participaciones apenas registrables, para terminar el Siglo XX con un impulso exportador manufacturero, que en los primeros decenios del Siglo XXI pierde su vigor para quedar casi en los niveles de 50 años antes. En la tierra de Evo Morales, el Movimiento al Socialismo (MAS) y el generalmente bien recibido lema del “buen vivir”, el retorno a la crisis, también se expresa en el regreso a los mismos esquemas de inserción comercial internacional.

Lo anterior significa que hay economías latinoamericanas que parecen estar envueltas en un ciclo de crecimiento, crisis, contracción ajustes en sus relaciones con el sector externo, entre ellos el tipo de cambio, para regresar reiteradamente a nuevas versiones de la misma historia, pero con más ingredientes como un mayor deterioro social. Es decir, dado que las bases de su crecimiento y de su inserción a los circuitos globales de mercancías, servicios y capital, se mantienen, en lo fundamental, inalteradas, hay una base estructural para su patrón de comportamiento.

Dentro de este grupo de 5 economías latinoamericanas, la economía brasileña se separa del resto, porque desde los primeros años del período que cubre la gráfica 4.10 (1970-2017), las exportaciones manufactureras incrementan su participación en forma permanente; es la única economía, de este grupo, que logra rebasar la barrera del 50% al terminar el Siglo XX. Esto no es un asunto menor, es un hecho trascendental, para el desenvolvimiento del capitalismo latinoamericano, que un país de las dimensiones de Brasil se halla alcanzado un punto donde sus relaciones con el resto del mundo, en materia comercial, cambie su sentido y coloque mercancías que ya no sean principalmente resultado de la gran disponibilidad de tierra y mano de obra, como si se iniciara un camino, dentro de los cauces del capitalismo contemporáneo, de reordenación en la inserción en la condición de economía dependiente.

Sin embargo, con el nuevo siglo la oleada exportadora brasileña pierde su ritmo y la crisis de 2008 marcó un fuerte retroceso que la regresa por debajo del 50%.

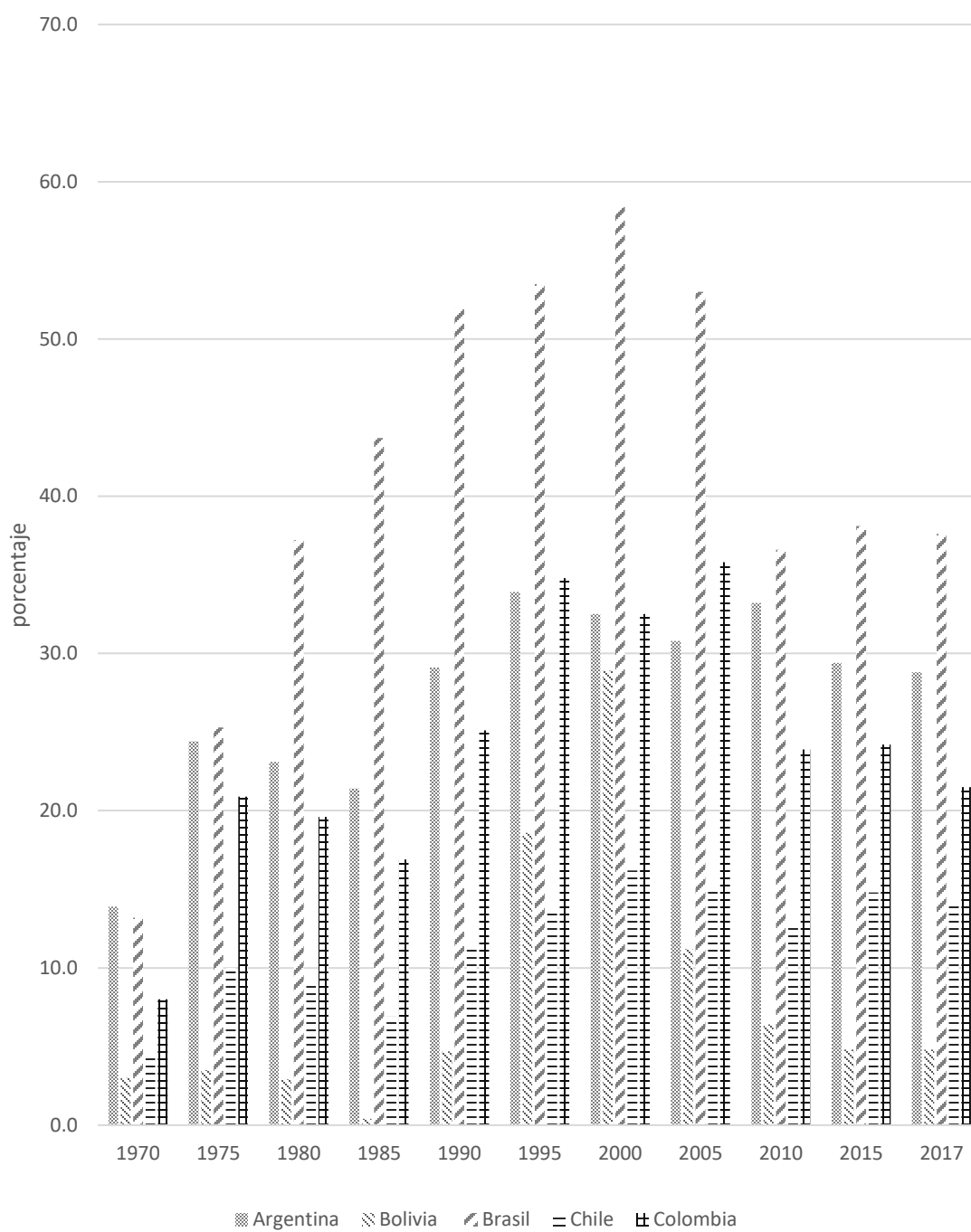
La reorientación exportadora brasileña, que parecía haber encontrado en las manufacturas la salida para la continuidad de la acumulación del capital productivo, sufre un marcado retroceso y esto es muy significativo para la trayectoria de toda la región latinoamericana, pues se trata de la economía más grande. Podría decirse que es la avanzada y el preludio de lo que le depara a América Latina la versión moderna del capitalismo.

La economía de Chile también está montada sobre el comportamiento cíclico de las economías de la región: la participación de sus exportaciones manufactureras se contrae en la década perdida, cobran nuevo impulso en los años noventa y alcanzan su mayor nivel en el año 2000. Pero, sin rebasar el 20%, aunque sin mostrar drásticas caídas. Podría decirse que las exportaciones manufactureras chilenas, sin comportamientos espectaculares, se han estabilizado en términos de su participación en el conjunto de las exportaciones totales del país, sin llegar a ser una fuente de transformación en el perfil exportador.

En la tierra del “Realismo Mágico” también se registró un marcado impulso exportador de manufacturas, que aunque no llegó al 40% de participación, dejó evidencia de un fuerte impulso en el capitalismo colombiano, por diversificar sus exportaciones y alcanzar mayores niveles de colocación de productos de su sector manufacturero. Como en el resto de países considerados, la crisis de 2008 tuvo efectos restrictivos en sus exportaciones.

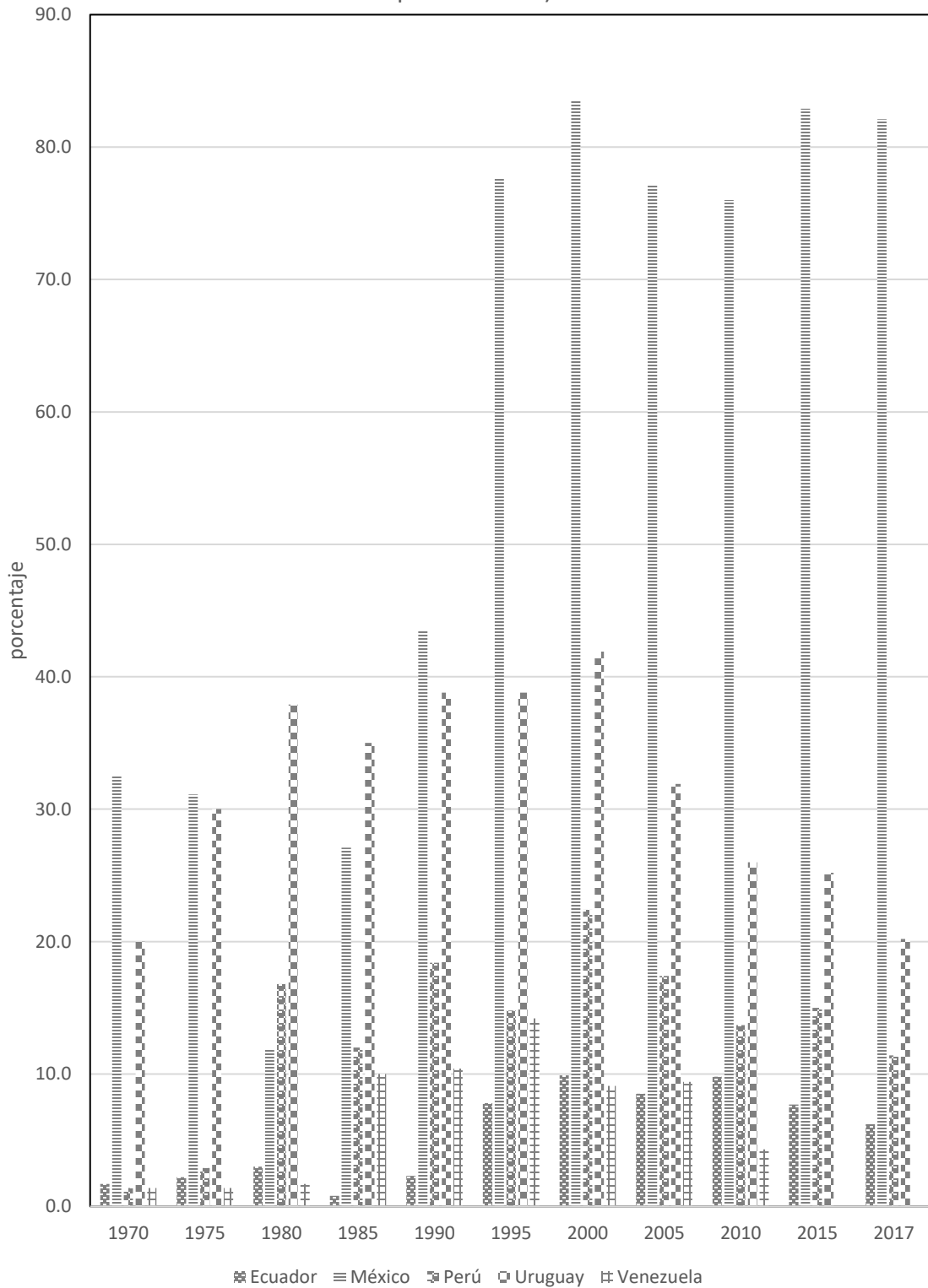
La economía mexicana es el arquetipo de una economía que presenta una verdadera recomposición en su estructura exportadora, y ello permite afirmar que se encuentra en un rumbo singular, dentro de toda América Latina, en materia comercial internacional: sus exportaciones manufactureras, después de la década perdida, son el principal componente de sus exportaciones totales (gráfica 4.11). Podría decirse que es el escenario donde cobraron cuerpo de manera más fehaciente los principios neoliberales en materia de comercio internacional; la apertura comercial indiscriminada, la flexibilidad de los tipos de cambio y la contracción salarial arrojan, después de varias décadas, uno de sus resultados más ostensibles.

gráfica 4.10 Exportaciones de productos manufacturados según su participación en el total.



Fuente: CEPAL-CEPALSTAT. Indicadores económicos, sector externo

gráfica 4.11 América Latina, Exportaciones de productos manufacturados según su participación en el total ( 5 economías representativas)



Fuente CEPAL-CEPALSTAT. Indicadores económicos, sector externo.

Sin embargo, dado que el neoliberalismo se aplicó en casi toda América Latina, el especial comportamiento de México encuentra su explicación por su dotación de recursos, entre ellos fuerza de trabajo abaratada y en la vecindad con la gigantesca economía norteamericana, que ha hecho del suelo mexicano el terreno más propicio para extender sus líneas de producción, pues recordemos que gran parte de los intercambios se realizan en el sector automotriz y que la mayor parte de las exportaciones mexicanas tienen como destino los Estados Unidos. Entonces este cambio radical en la composición de las exportaciones mexicanas no es precisamente un logro nacional, sino del reordenamiento regional dirigido por el gigantesco aparato productivo norteamericano que extiende sus procesos productivos a suelo mexicano.

Uruguay se agrega a este conjunto de economías latinoamericanas, que han buscado hacer de sus exportaciones manufactureras una fuente de revitalización, para su crecimiento económico. Las exportaciones uruguayas rebasaron levemente el umbral del 40% en el año 2000, para declinar hasta la mitad de su participación casi 20 años después. Desde luego que con la reafirmación del proteccionismo, resulta muy difícil mantener el impulso exportador. Y si vemos las exportaciones de Ecuador y Perú se confirma la tendencia al comportamiento cíclico y a una verdadera regresión en materia exportadora para éstas economías.

Venezuela, muestra, en su sector externo casi un colapso, pues las exportaciones manufactureras pasaron de un escaso impulso a un franco declive, a tal grado que en los dos últimos años del período considerado ya no hay registro alguno. En la tierra de Hugo Chávez se ha iniciado la confrontación política más álgida de la historia reciente de América Latina y su desenlace tendrá efectos en toda la región y, por consiguiente, en el perfil del capitalismo latinoamericano.

El proceso se va perfilando como un choque de fuerzas desproporcionadas en todos los ámbitos. En el político el control norteamericano de la Organización de los Estados Americanos (OEA) ha provocado casi el aislamiento político de Venezuela. Y, en el terreno militar la presencia norteamericana en la región y en el mundo es apabullante y demoledora. Así que lo que observamos en las cuentas del sector externo latinoamericano es una de las expresiones de procesos de mayores alcances y de repercusiones históricas. Una especie de saldo que da cuenta del grado, en que las diversas economías de la región, han quedado

inmersas en los procesos mundiales de valorización del capital productivo y la forma específica en que amplias regiones y países se han acomodado a los requerimientos de los epicentros productivos y financieros. Pero, en el interior de cada país latinoamericano hay una estructura política viviente que responde, se ajusta y también se desgasta.

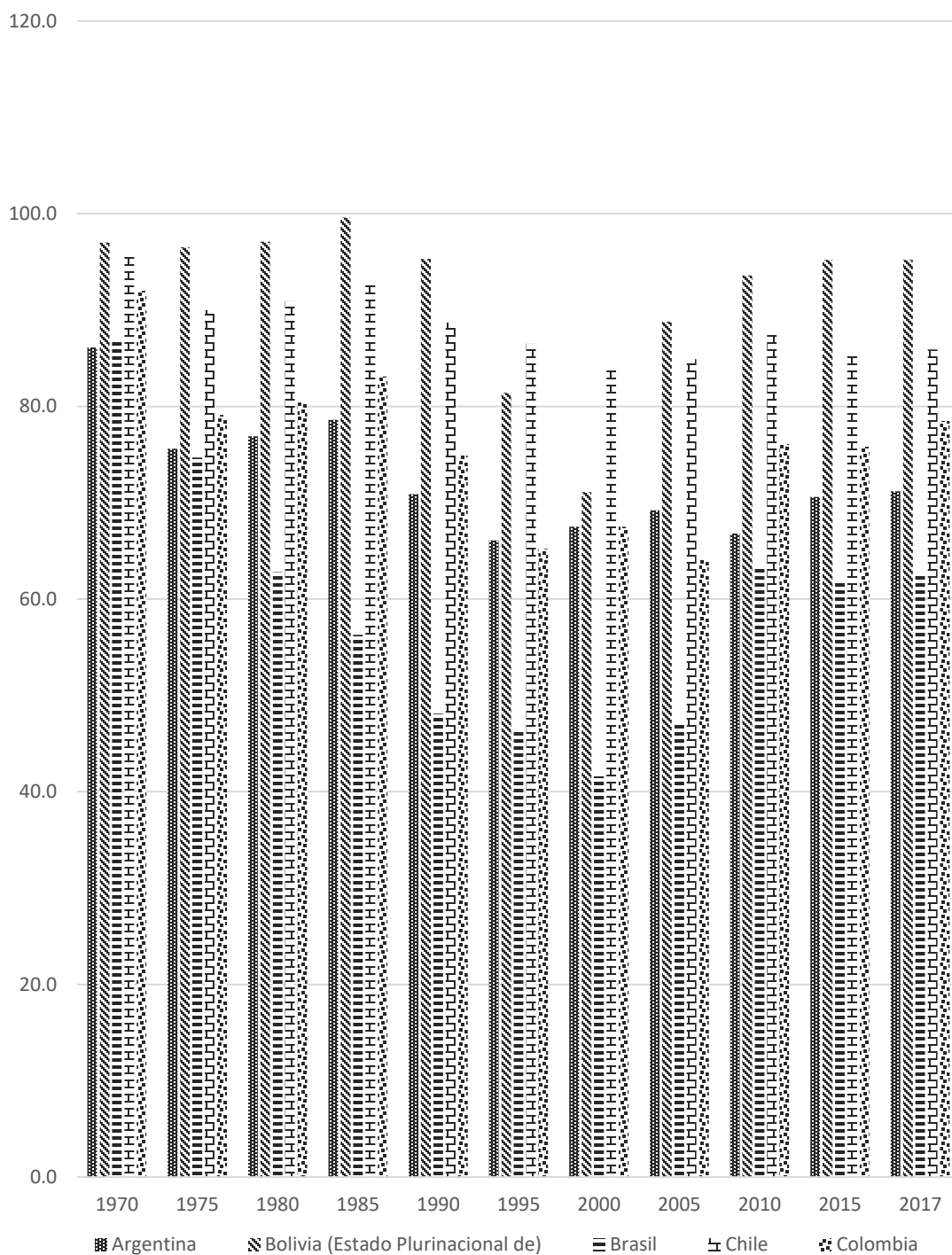
En las gráficas 4.12 y 4.13 se registra la participación de los productos primarios en las 10 economías seleccionadas por ser las más grandes de América Latina. Después de un recorrido de casi 50 años por los flujos comerciales internacionales Argentina depende en más del 70% del sector primario para sostener su estructura de exportaciones. Se trata de un hecho muy revelador del sendero que ha seguido la economía argentina; en lo fundamental, se mantiene el perfil exportador, a pesar de los grandes cambios ocurridos en este período, como el agotamiento del proceso de sustitución de importación de importaciones y la propia crisis de 2008. Y este rasgo es común para las economías de Bolivia, Chile y Colombia.

En términos de transformaciones estructurales, hay dos casos que merecen especial énfasis, dado que su contracción en las exportaciones del sector primario se encuentra contrapartida con su creciente presencia en otros sectores en los mercados internacionales: Brasil y México. En el primer caso, el fin del Siglo XX se conjugó con una participación en las exportaciones de este tipo a niveles inferiores al 50%, para repuntar en medio de un impulso exportador generalizado, sólo afectado en sus ritmos de aumento por la crisis global de 2008.

México transitó desde finales del siglo pasado hacia la mayor presencia de las manufacturas en su estructura de exportaciones, en detrimento del sector primario, en un proceso que parece irreversible, pues para el cierre del período que comprende la gráfica 4.13 se coloca en niveles inferiores al 20%, cuando en los años setenta del siglo pasado llegaba a niveles cercanos al 70%.

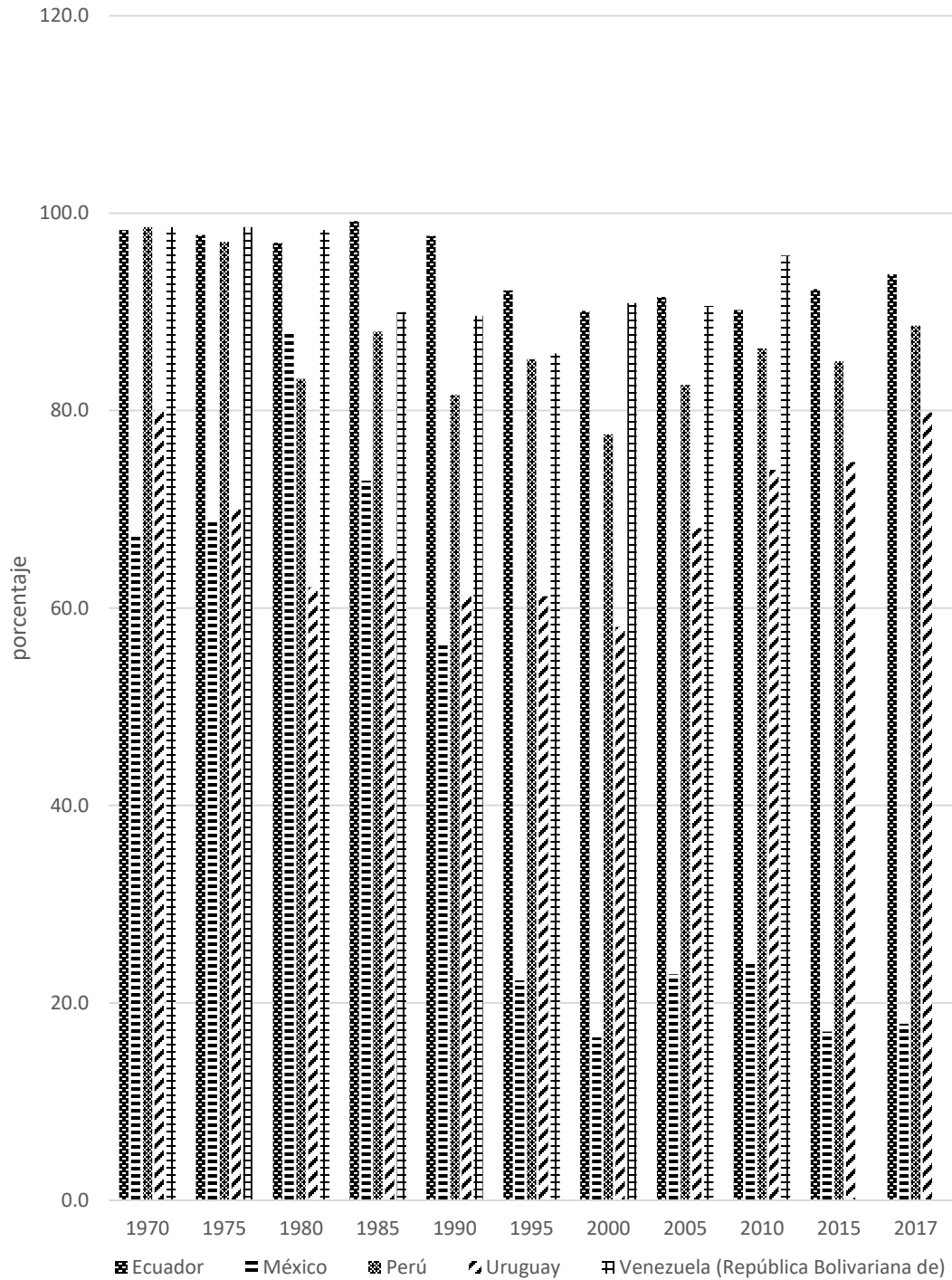
Mientras el resto de las economías de la región terminaron el Siglo XX con una tendencia hacia la reducción de la participación de sus exportaciones primarias en el total para revertir la tendencia y volver a niveles de los noventa del siglo pasado. El retorno de la crisis argentino es en buena medida el retorno de la crisis latinoamericana; la señal está en la estructura de las exportaciones.

gráfica 4.12 América Latina, Exportaciones de productos primarios según su participación en el total (5 economías representativas)



Fuente CEPAL-CEPALSTAT. Indicadores económicos, sector externo.

gráfica 4.13 Exportaciones de productos primarios según su participación en el total ( 5 economías representativas)



Fuente: CEPAL-CEPALSTAT. Indicadores económicos, sector externo.

La estructura de las instituciones financieras globales, la creciente diversidad de los instrumentos disponibles y de sus mecanismos de operación, no comprimen de manera alguna al crecimiento de las operaciones comerciales internacionales. No puede afirmarse que el descomunal poder financiero global y sus mecanismos de obtención de ganancias tengan un carácter meramente parasitario.

El hecho de que gradualmente, el manto financiero haya ido cubriendo casi a la totalidad de las actividades económicas, en un sistema global cada vez más integrado revela el nuevo perfil del capitalismo moderno, que como un todo se ha ido reconfigurando. Lo que ocurre es que mantener la dinámica de crecimiento privilegiando la rentabilidad financiera sobre la productiva o comercial conduce a condiciones de desaliento de los flujos comerciales internacionales, dado que a la par se refuerzan las presiones proteccionistas, cuando no se encuentra un camino para superar la crisis generalizada del sistema global, detonada precisamente en el terreno financiero, donde las grandes corporaciones, junto con su voracidad por la acumulación de riqueza agudizaron la magnitud de la crisis. Y en ese sentido el manto financiero la expandió a todos los poros del sistema de manera instantánea, precisamente porque la estructura financiera ha envuelto casi a todas las actividades sobre las que descansa el proceso de acumulación de capital.

Las mismas empresas que operan en los mercados globales acuden en mayor medida al sector financiero, aun en medio de las recientes secuelas de la crisis de 2008. Es decir, el carácter oligopólico y elitista del mercado financiero, su desregulación y elevada concentración lo convierten en el medio idóneo para que las corporaciones busquen diluir sus riesgos y, en el corto plazo, mejorar sus niveles de obtención de ganancias vía especulación financiera. Bajo este esquema también quedó circunscrito el comercio internacional.

El traslado de los efectos de tal crisis a los confines latinoamericanos y, de manera particular a su vulnerable sector externo tiene diversos vasos comunicantes: uno de ellos es el permanente y hasta creciente nivel de endeudamiento como se ha descrito más arriba. Otro es el flujo comercial internacional que adquiere varias expresiones, desde el deterioro de los niveles de intercambio hasta el recrudecimiento de las presiones proteccionistas por parte de los países industrializados.

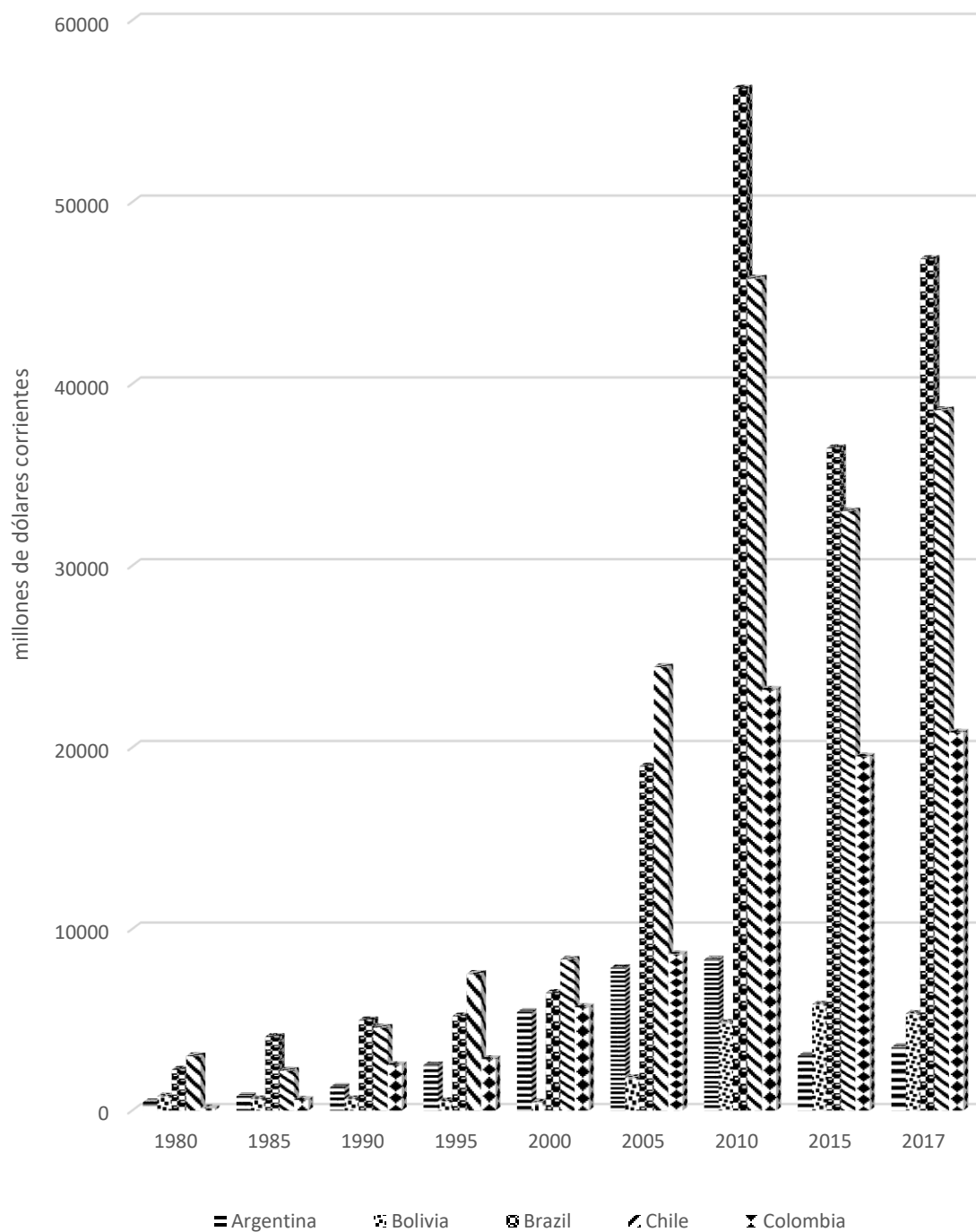
El camino de la creciente financiarización de las economías latinoamericanas también conduce a una mayor dependencia de los flujos financieros internacionales, dado que las reservas de los bancos centrales de América Latina están constituidas fundamentalmente por dólares norteamericanos. Y la obtención de divisas descansa, en buena parte, en los ingresos por exportaciones.

Veamos ahora un sector que en los años recientes ha delineado el singular rumbo del sector exportador latinoamericano, que anunciaba visos de diversificación, pero sobre todo de la consolidación de una etapa que veía en el sector manufacturero, nuevos y prometedores horizontes de expansión. Sin embargo, la demanda mundial de combustibles y productos de la minería parecen regresar a los perfiles iniciales de incorporación de las economías de la región a la economía mundial capitalista. Por ello, se ha dado en considerar a este nuevo sesgo exportador como la “reprimarización” de las exportaciones latinoamericanas.

La gráfica 4.14 pone al descubierto el proceso de reorientación de las economías más grandes de América Latina en función de la demanda de energía y productos mineros de los centros metropolitanos y los nodos más dinámicos del sistema capitalista. Brasil, la economía más grande de la región es también vanguardia de este viraje exportador, seguido de Chile, cuyas exportaciones mineras son una referencia obligada para el mercado. Pero, al mismo tiempo, nuevos exportadores se han colocado en este camino como es el caso de Bolivia, que sobrepasa a Argentina en este renglón.

Por otra parte, los niveles alcanzados por Argentina, en esta materia, son sintomáticos del escaso margen de diversificación de su sector exportador que aun dentro del mismo sector primario, mantiene básicamente su perfil inicial, como en el despunte de los procesos de inserción a la economía mundial, desde hace ya más de 100 años. La elevada dependencia de los precios mundiales de las materias primas y alimentos, seguramente, es un factor determinante, en el permanente retorno a la dinámica de crecimiento acotado y contracción, que ha caracterizado a esta economía latinoamericana.

gráfica 4.14 América Latina, exportaciones de las economías más grandes: Combustibles y minería



Fuente: stat.wto.org

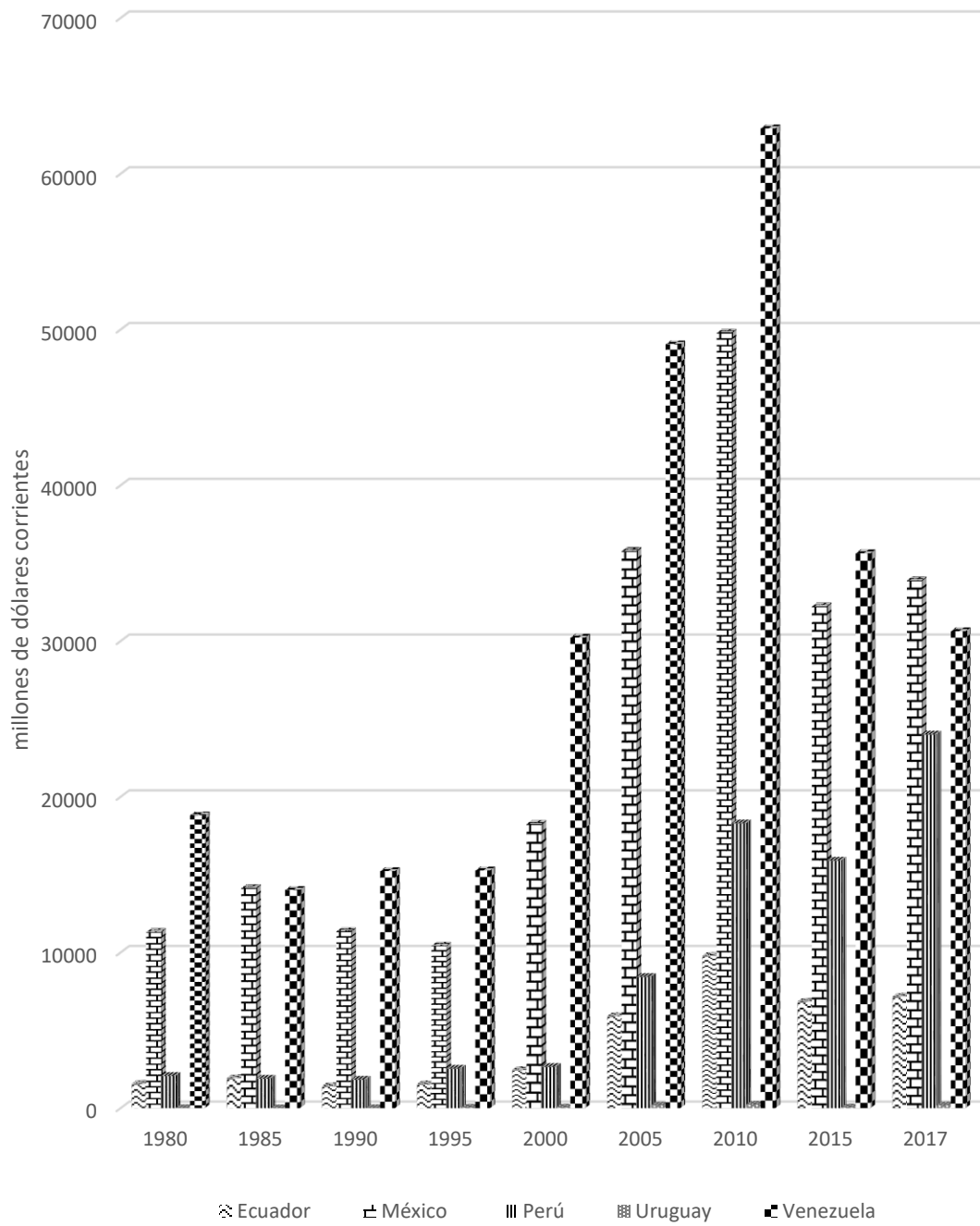
Se trata de un caso muy notorio, dado que en Bolivia se gestó un movimiento de amplia base social, que busca reencauzar los recursos obtenidos para revertir el deterioro secular de las condiciones de vida de la mayoría de la población. Evo Morales y el legendario Movimiento al Socialismo (MAS), han encontrado en este tipo de exportaciones una fuente importante de financiamiento que, su vez permite, cierta autonomía para la conducción de un proyecto político alternativo a los tradicionales mecanismos oligárquicos. Utilizar los ingresos por las exportaciones de energía y mineras, para restaurar el tejido social es un proyecto diametralmente opuesto a las directrices neoliberales, en lo interno, pero en el plano del comercio internacional implica ajustarse a los ritmos de crecimiento de la demanda mundial, es decir, a los mecanismos de acumulación global del capital y a sus crisis y ajustes.

En un segundo bloque, de las economías más grandes de la región en referencia, destacan México y Venezuela. En el primer caso, la vecindad con los Estados Unidos le conduce de manera irremediable a recibir no sólo la desproporcionada fuerza de atracción de la demandad de la desmesurada economía estadounidense, sino también de las estrategias de negocios de las grandes corporaciones y de su ambiente político interno, donde las elecciones del poder ejecutivo reflejar el pulso de la sociedad norteamericana. Así que, los flujos comerciales con su poderoso vecino del norte, quedaron ya atrapados dentro de los círculos del ejercicio del poder de las administraciones federales norteamericanas.

Los vértices del ejercicio de la política norteamericana se desplazan a partir del pulso económico de un país que, colocado como motor en un tiempo fundamental, de la economía internacional, ve cuestionada su hegemonía, y se ha enfrascado en mantenerla como un asunto de supervivencia. Con tal premisa el margen de maniobra, en el plano de la política comercial internacional, de los países latinoamericanos es sumamente reducido, sobre todo a partir de la gestión individual.

En Venezuela, la producción petrolera quedó convertida en la columna vertebral de todo: economía, política interna, gestión social, seguridad nacional, política exterior; no hubo un espacio que no acusara la gran dependencia de la exportación de hidrocarburos. De tal manera que los altibajos del mercado petrolero, la transición política interna y, sobre todo, el conflicto con los Estados Unidos, llevaron a la sociedad venezolana al drama que hoy sacude a América Latina, después de que sus exportaciones iban a la vanguardia. (gráfica 4.15)

gráfica 4.15 América Latina, exportaciones de las economías más grandes: combustibles y minería



Fuente: stat.wto.org

Venezuela es el punto extremo del ejercicio del poder político y militar unilateral desde una hegemonía, aunque ya cuestionada, hacia los confines latinoamericanos, que deja en evidencia hasta que niveles puede llegar la confrontación para asegurar el suministro y el control de los abundantes recursos energéticos venezolanos; el acelerado tránsito del diferendo diplomático al amago militar, pone al descubierto la fragilidad de la diplomacia del comercio multilateral en la región. Ni se diga de la estructura política regional, pues la Organización de Estados Americanos (OEA), en forma inmediata se alineó a las decisiones de Washington.

De paso, en la gráfica 4.15 se muestra que las exportaciones de Venezuela se hallan en total sintonía con los requerimientos de la acumulación global de capital, y que con la crisis se anunciaba el fin del ciclo expansivo y la entrada a uno de los episodios más difíciles para el pueblo venezolano, y una etapa de transformación radical de las relaciones internacionales de las naciones vecinas, sin parangón en la historia reciente; la intensidad creciente de la confrontación con los Estados Unidos y el uso de aliados regionales, como Bolsonaro en Brasil, por parte de la administración Trump, lleva ineludiblemente a ahondar los conflictos regionales. Y de paso fractura cualquier proyecto de integración comercial regional.

Adicionalmente, queda en relieve la naturaleza de un capitalismo global que, aun inmerso en la crisis, requiere de ingentes cantidades de energía para sostenerse, es decir, para mantener la acumulación de capital, y que Venezuela forma parte de esta plataforma de suministro de energía. Pero, al mismo tiempo esa vía demostró su estrechez, pues en el marco de la pugna con el poder norteamericano y su red de poder mundial, la dependencia, prácticamente mono-exportadora, del petróleo, la ha colocado en el centro del conflicto regional y continental y al borde del abismo.

En este nivel cercano a la máxima tensión política internacional, adquiere una nueva dimensión la presencia comercial y política de China, cuyos lazos comerciales y políticos con Venezuela viene a dar un poco de oxígeno al régimen de Nicolás Maduro, aunado a la intervención de Rusia, aunque sin la correspondiente avalancha comercial, pero con un peso político y militar de gran trascendencia.

Para el resto de países considerados en la gráfica, la atracción hacia los mercados internacionales también deja constancia de la trayectoria sinuosa marcada por la crisis global, pero que no detiene la tendencia general, de convertir al suelo latinoamericano en fuente de energía y suministro de productos mineros de los nodos dinámicos del sistema capitalista. Tal es el caso de Perú, que parece jugar una especie de efecto sustitución a la participación venezolana en este mercado, a raíz del bloqueo norteamericano y la recurrencia a todos los instrumentos a su alcance para colapsar los ingresos de Venezuela, entre ellos el proveniente del petróleo.

Sin embargo, todos entraron en sincronía con los senderos cíclicos de la economía global capitalista y desde luego con su ya mencionada crisis global. Por ello, en los primeros decenios del Siglo XXI no se vislumbra un impulso decidido que reinstale a las exportaciones de este tipo, de hecho de ningún tipo como se muestra en las gráficas correspondientes, en los ritmos de crecimiento previos a la gran crisis de 2008. Aquí es donde se demuestra el creciente poder de atracción y conducción del sector financiero; su capacidad de ajustar a los flujos comerciales internacionales a su dinámica expansiva y especuladora.

No se trata de utilizar la estructura financiera para formalizar los arreglos comerciales internacionales y los pagos correspondientes, lo cual ocurre desde antes de la Primera Guerra Mundial, sino de la capacidad e incidencia para la conducción generalizada del sistema en sus diferentes componentes entre ellos, evidentemente, el poder político.

El hecho de que las grandes corporaciones financieras se hallan beneficiado de manera extraordinaria a expensas de una amplísima base social y que en el recuento de los daños estas mismas corporaciones, que condujeron al estallido de la burbuja financiera más desmesurada, sean auxiliadas por los gobiernos y se coloquen en la vanguardia de los procesos para reordenar el crecimiento global, para presuntamente salir de la crisis, pero sin alterar en lo más mínimo las reglas de operación que las convierten en usufructuarias permanentes del sistema mundial, independientemente del nivel de crecimiento alcanzado, revela el enorme poder global de las mismas.

Un poder que emana de su capacidad para conducir los procesos globales de valorización del capital. Es tal la capacidad del sector financiero que no requiere de ir a China, a Brasil o a cualquier economía latinoamericana para apropiarse directamente de parte de los

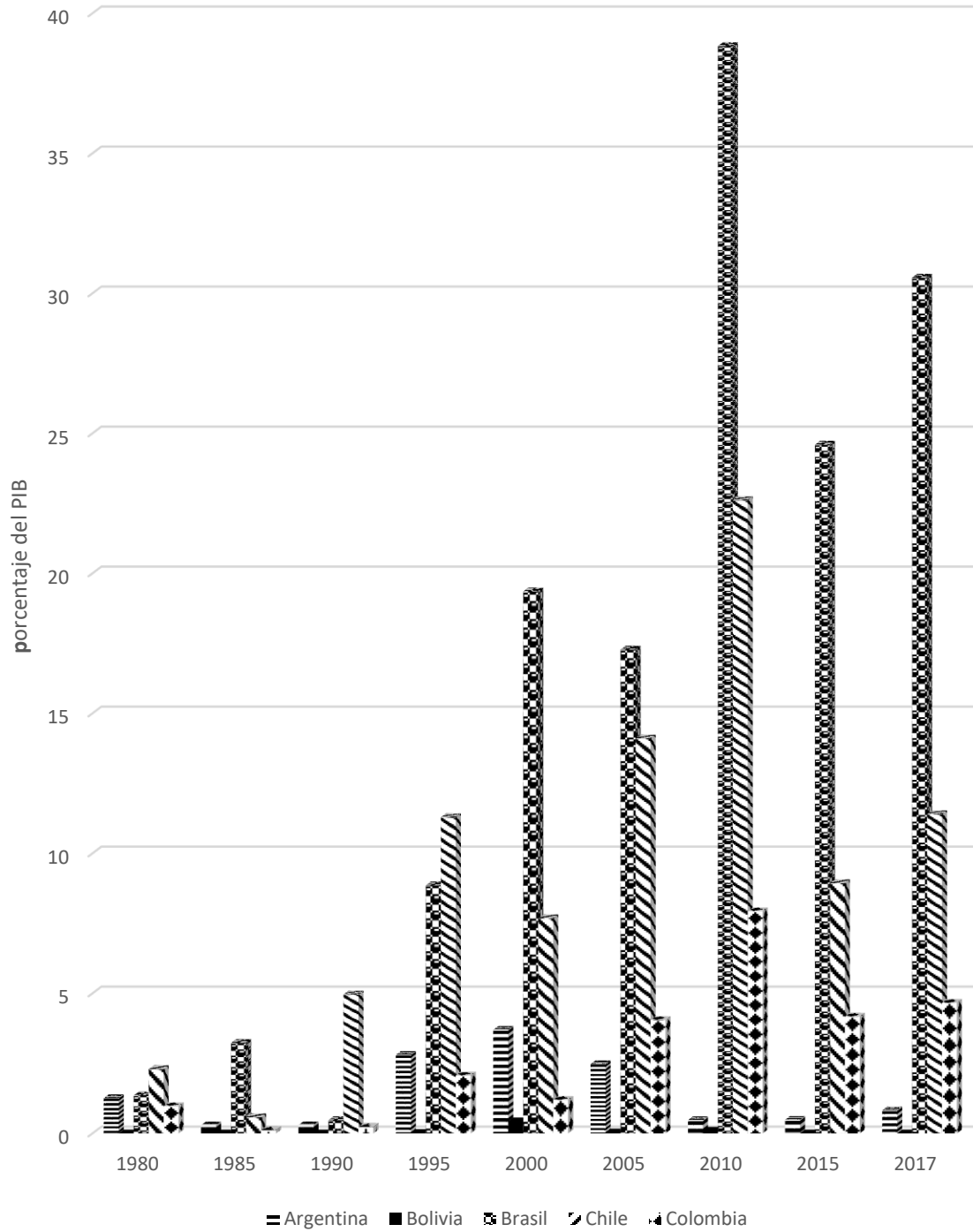
excedentes creados por el trabajo impago, generador de plusvalía, tanto en las economías con un marcado avance tecnológico, como en las rezagadas. Pero, para las corporaciones norteamericanas es fundamental que las transacciones comerciales internacionales, como por ejemplo la venta de petróleo, se realicen en dólares o las europeas en euros.

En este sentido, veamos en qué medida la ola expansiva de las finanzas ha extendido su esfera de influencia, para atraer hacia sus dominios a las economías latinoamericanas y así subordinarlas a su lógica de operación y extracción de recursos, en el entendido de que no se trata de una fuerza exógena, sino de un proceso que emana de las entrañas del propio capitalismo contemporáneo. Es decir, el poder financiero es el rostro del capitalismo contemporáneo y su red financiera se fue configurando en el marco de las crisis recurrentes y de los conflictos de reproducción del sistema.

Uno de los segmentos del sector financiero que resultan más representativos de su presencia en cualquier economía está conformado por el volumen de las acciones negociadas en cada mercado nacional, para formar una imagen del peso del poder financiero en América Latina, tomamos nuevamente a las economías más grandes de la región en un período considerable sobre todo para captar el efecto de la crisis de 2008.

En la gráfica 4.16 se nota el acelerado crecimiento del mercado accionario en los países considerados. Es muy sintomático que ya en la década de los años noventa del Siglo XX, dentro de las primeras 5 economías consideradas, sólo en Chile se percibían ya claramente los efectos de la consolidación de este mercado. Esto no es un asunto fortuito, sino más bien resultado de la acción deliberada de fuerzas de alcance global que incidieron en el rumbo de la economía, la política y sociedad chilena, para implantar bajo la dictadura militar un proyecto neoliberal de largo alcance, dentro del cual era prioritario alcanzar la liberalización total el sector financiero. Chile fue el escenario social, político y económico para el relanzamiento global del capitalismo, bajo la conducción de los llamados preceptos neoliberales; después de que en este país se habían posicionado, en la conducción del poder ejecutivo, las fuerzas de izquierda, a partir de un proceso electoral; la respuesta de las fuerzas conservadoras, orquestada e implementada desde el contexto internacional y local, fue de tal desproporción que arrasó y aniquiló no sólo a la izquierda militante, sino a cualquier indicio de organización sindical, gremial o social.

gráfica 4.16 Acciones negociadas como porcentaje del PIB, en las economías más grandes de América Latina



Fuente: databank.worldbank.org

Luego entonces, la liberalización financiera que encontró en Chile, las condiciones de desregulación por demás propicias, formó parte de la profunda reestructuración política y social que, como parte de un proyecto global, habría de reconfigurar al capitalismo ante la profunda crisis de los años setenta; el desmesurado crecimiento del sector financiero mostraba que caminos seguiría el capitalismo global para encauzar la altísima concentración de capital y contener la caída en la tasa de ganancia.

El segundo lugar, en esos años, lo ocupa Brasil, mientras Argentina, Bolivia y Colombia, apenas registran el impacto de tal mercado. Sin embargo, los mismos años noventa del Siglo XX habrían de ser escenario de una expansión sin precedentes en el plano financiero; no cabe duda que se trata de una salida al lento crecimiento de la llamada economía real, orquestada desde los nodos vitales del sistema global. Y América latina, en especial las economías más grandes, cayeron en la órbita del capital financiero, porque los motores de tal expansión y a su vez garantía para la especulación y la rentabilidad son los ingentes recursos naturales de la región.

En un período de 20 años el mercado accionario de Brasil y Chile, que no llegaba al 5%, pasa a ocupar casi el 40% y el 23% del PIB, respectivamente. La economía gigante de América Latina vio crecer en sus entrañas un mercado accionario acorde a su dimensión global; un mercado que se expande desmesuradamente y que obedece a la lógica capitalista de exclusión, concentración y, en un episodio posterior, que cae en crisis.

Precisamente bajo esta lógica de articulación excluyente, que privilegia la rentabilidad y fomenta la especulación, se explica el tenue desempeño de tal mercado en otra economía grande de América Latina, como es el caso de Argentina, que por el año 2000, apenas se acercó al 4% del PIB en lo que se refiere al volumen de su mercado accionario, para caer a niveles previos a la crisis de 2008.

El desigual crecimiento del mercado accionario en las economías latinoamericanas deja en claro que a pesar del que el sector financiero se presenta con una voracidad ilimitada, su racionalidad, orientada por la maximización de ganancias, lo conduce a la canalización de recursos y actividades hacia economías que cuenten con una dimensión y una estructura, entre ella capacidad exportadora, que le permitan asegurar la creación de un soporte de

expansión y una disponibilidad de divisas suficiente para la traslación inmediata de las ganancias obtenidas.

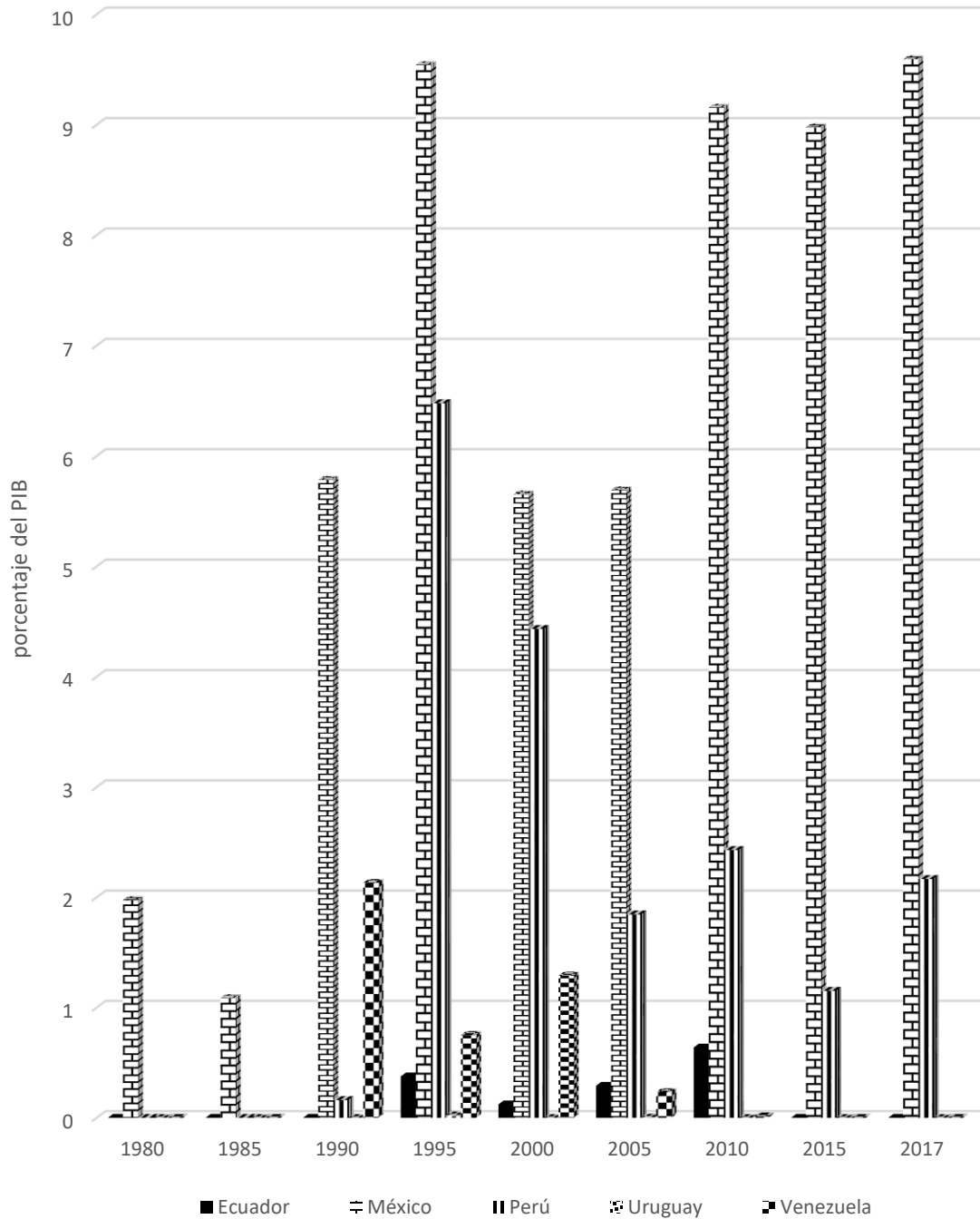
En otro bloque de países encontramos a México y Perú como economías que forman parte de este proceso expansivo de las finanzas internacionales, dentro de las cuales se observa un fuerte crecimiento del mercado accionario, bajo las mismas pautas que en el grupo anterior; incremento generalizado del peso de este mercado, en relación con el PIB, pero al mismo tiempo una gran concentración en las economías más grandes de la región (ver gráfica 4.17).

Par el caso de México, además de su dimensión, la cercanía con su poderoso vecino del norte nuevamente desempeña un papel decisivo. De tal suerte que la expansión del mercado accionario se presenta como una extensión natural de los grupos financieros dominantes de los Estados Unidos. Adicionalmente, la celebración del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, TLCAN (hoy extinto) promocionaba el mayor despegue de todo el sector financiero mexicano. De hecho el tratado, a pesar de su enunciando estrictamente comercial, contemplaba varios aspectos financieros, que incluían la solución de diferencias en caso de inversiones en esta materia.

Mientras que Perú, en pleno vuelco al sector externo, registra un crecimiento por demás espectacular en su mercado accionario para finales los años noventa del siglo pasado; del despegue con Alan García al paso a la polémica era Fujimori, ambos en 1990, el sector financiero encontró en las tierras de los Incas, el campo fértil y los gobiernos con gran proclividad, para iniciar una etapa de expansión sin precedentes que correspondió con la gestión neoliberal más desbordada de la historia reciente.

Sin embargo, los impulsos para este mercado fueron de corta duración y curiosamente el ocaso de la llamada era Fujimori coincide con la contracción del mercado accionario de su país. Una especie de acompañamiento entre los procesos políticos y el desempeño y las expectativas de un mercado conocido por su reacción altamente nerviosa. Pero, a pesar de todo, el proyecto neoliberal encarnado por Fujimori, en su momento, dejó sentadas las bases para la operación y la presencia irreversible del poder financiero en Perú.

gráfica 4.17 Las huellas de la financiarización: Acciones negociadas como porcentaje del PIB, en las economías más grandes de América Latina



Fuente: databank.worldbank.org

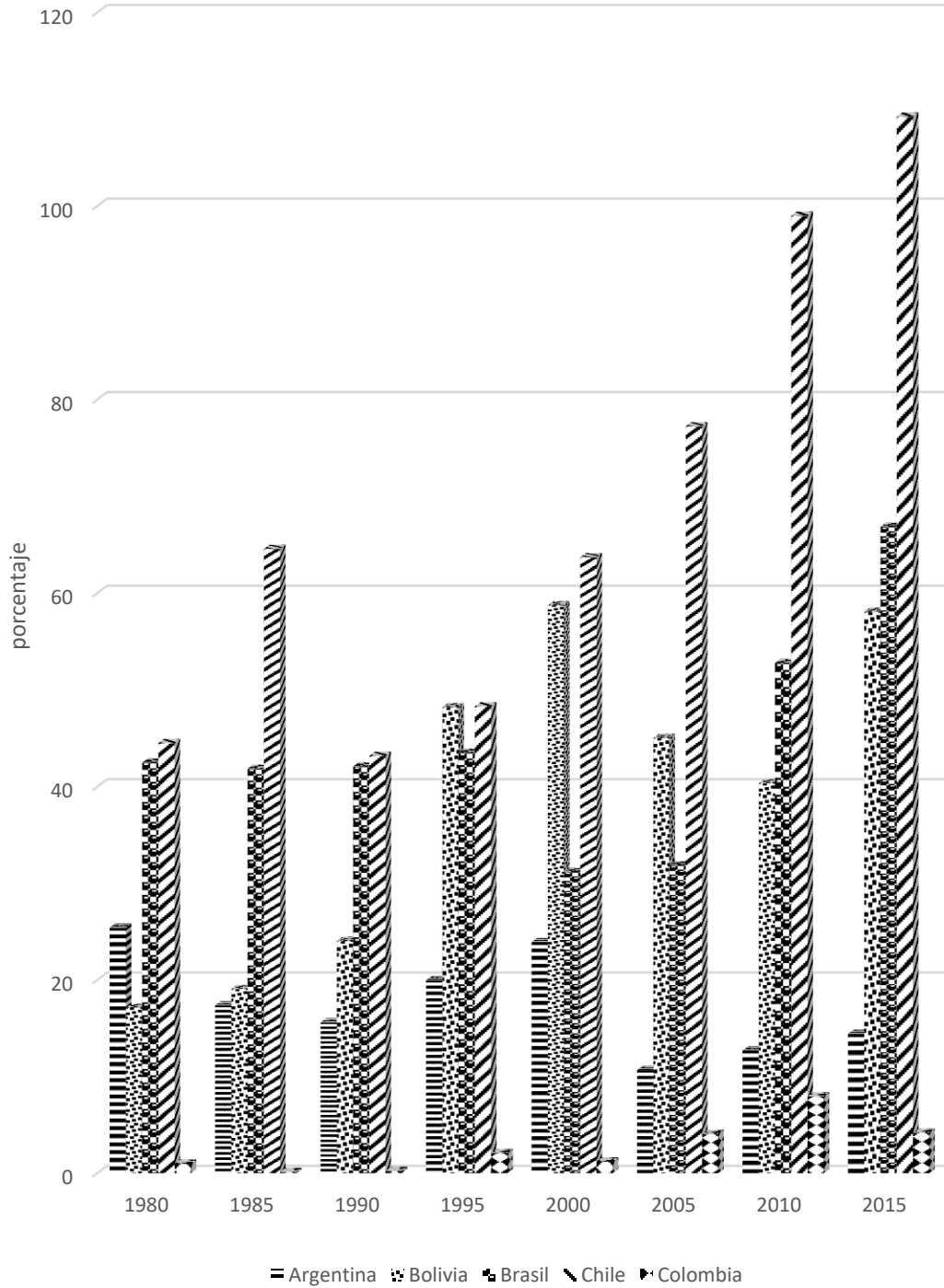
El resto de la economías que son las más grandes de la región, literalmente apenas pintan en la trayectoria de este mercado, Llama la atención el caso de Venezuela, cuyo boom petrolero también encontró correspondencia en los montos del mercado accionario de manera subrepticia en 1990. Pero, de la misma forma declinó, pues con la llegada de Hugo Chávez al poder presidencial prácticamente se enfiló a su extinción. Así quedó esclarecido, una vez más que el capital, en todos sus componentes, requiere de un proyecto político específico para impulsar y garantizar la acumulación y la reproducción. Especialmente cuando la rentabilidad del llamado capital ficticio debe asegurarse, vía la implantación de una política económica que sea acorde con la movilidad irrestricta de los activos financieros.

Para Ecuador, el auge de la embestida neoliberal apenas representó un leve impulso del mercado accionario. Pero la crisis de 2008 arrasó con su escasa participación, mientras que Uruguay apenas es perceptible la existencia de tal mercado; no hay duda de la volatilidad de los capitales de esta naturaleza y de que por más cambios estructurales que se realicen, en el terreno del ejercicio del poder para convertir al suelo latinoamericano en fuente de atracción, el meollo está en toda la estructura económica en su conjunto; el capital financiero no avanza en solitario ni puede por sí mismo generar la rentabilidad por encima de las leyes de acumulación del sistema global.

La articulación de una economía a los dominios de la red financiera global no va sola, sino que es la vanguardia de un engranaje de generación de plusvalía y reproducción de las condiciones de acumulación de capital más amplio. Es precisamente en este despliegue de la totalidad del sistema y de sus mutaciones y crisis, en el que América Latina se fue incorporando gradualmente. Pero con los rasgos de la exclusión, la concentración y con la crisis como epílogo natural, después de una etapa de auge, tal y como ocurre con la dinámica capitalista en su conjunto.

Una de las la expresiones que dejan huella de esta nueva etapa del desarrollo del capitalismo, en su versión latinoamericana, se encuentra en la densidad con que el sector financiero se ha colocado en el quehacer cotidiano de la acumulación de capital, es decir, dónde se realiza la contratación de fuerza de trabajo para la generación de plusvalía. Un acercamiento a este proceso nos lo puede proporcionar la gráfica 4.18 que sintetiza el grado en que el sector privado ha quedado inmiscuido en la red del capital financiero.

gráfica 4.18 Las huellas de la financiarización: Crédito al sector privado como porcentaje del PIB, en las economías más grandes de América Latina



Fuente: databank.worldbank.org

Consideramos que aquí se encuentra una de las expresiones más nítidas del avance del sector financiero en la conducción de los procesos de acumulación de América Latina; casi invariablemente todas las economías más grandes de la región han caído en la égida de las finanzas. Nuevamente es Chile el país que desde los años ochenta del siglo pasado ya había quedado envuelto bajo el manto del poder del capital financiero. Y a pesar de la gran crisis de 2008, el crédito al sector privado chileno siguió en ascenso de manera vertiginosa, para rebasar el 100% del PIB.

En el extremo, Colombia, la tierra del Gran Gabo, registra la menor participación en este grupo y la crisis contrae los niveles de financiamiento al sector privado. Mientras Argentina, con una participación mayor, parece demostrar que dentro de las guías del sector financiero, para su intromisión decidida en un mercado determinado, se encuentra la capacidad de pago de una economía en su conjunto, en el largo plazo, es decir, la capacidad para proveerse de divisas, resultado, en gran medida, de su perfil exportador.

Entonces, como se ha descrito con antelación, la escasa diversificación de las exportaciones argentinas, que dependen en gran parte de los alimentos ha provocado cierta cautela para que la expansión financiera llegue en las dimensiones en que se presenta en otras economías latinoamericanas. Sin embargo, las recurrentes crisis estallan el sector financiero, que encuentra otros canales de especulación, en este caso contra la misma moneda argentina.

Llama la atención que en Bolivia el crédito se haya extendido, cuando en otros aspectos de carácter económico, considerados en esta descripción, su participación es relativamente limitada. Mientras el coloso de América del Sur, Brasil, donde temporalmente la crisis de 2008 contrajo la expansión crediticia al sector privado, registra una marcada recuperación, que la acerca a más de las dos terceras partes del PIB. Seguramente, el olfato del capital financiero detectó las señales de expansión a partir de las grandes reservas de recursos naturales de ambas economías y desde luego de su creciente articulación a la economía mundial. Pues de las fuentes de obtención de divisas dependen las garantías para fluidez de los recursos necesarios, para hacer de la volatilidad una premisa para la llegada de los capitales al ámbito especulativo.

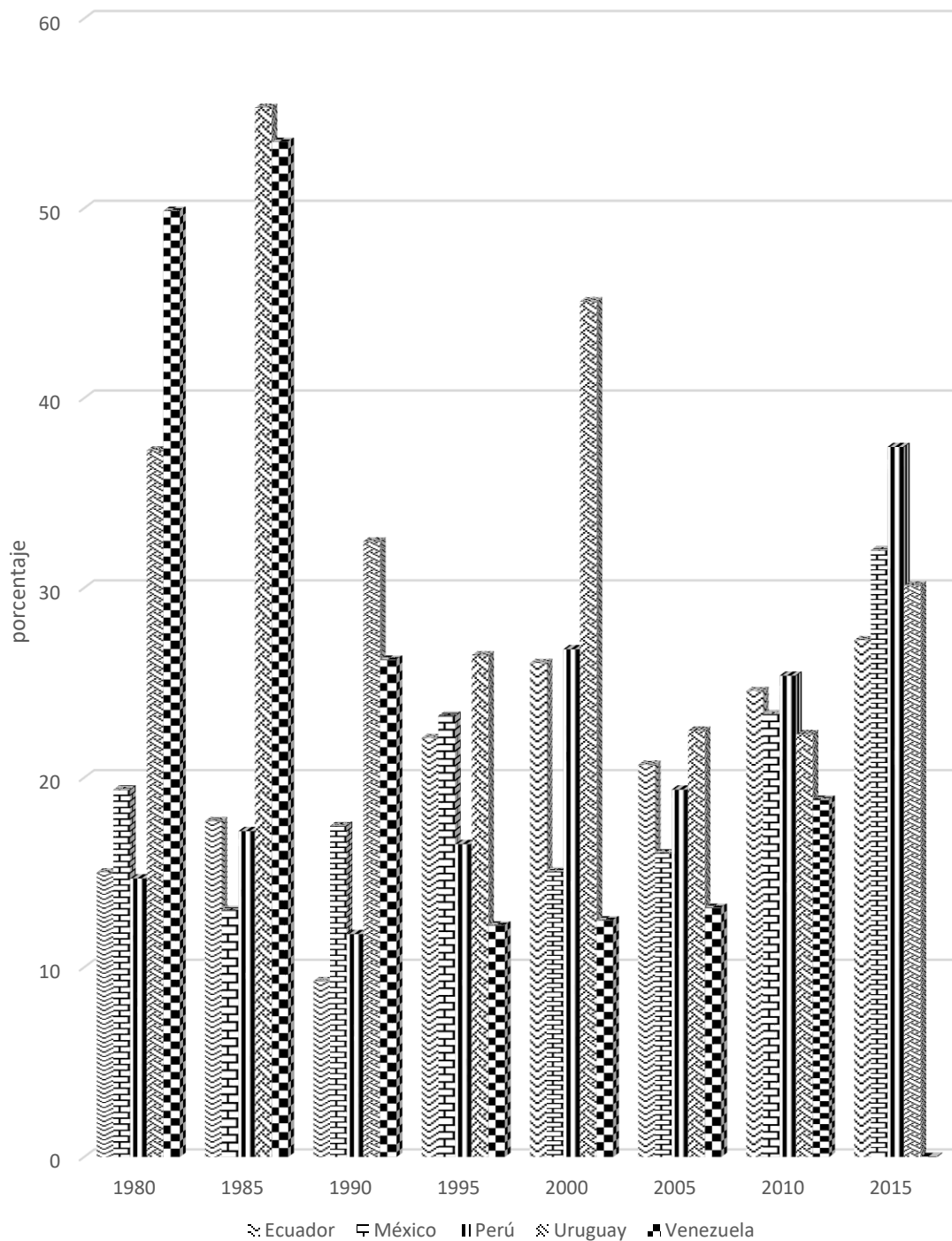
En el otro grupo de economías latinoamericanas de mayor dimensión encontramos trayectorias de carácter singular: Uruguay desde los años ochenta del siglo pasado ya anunciaba una gran afluencia de crédito al sector privado, pues rebasa la mitad del PIB y en ese mismo camino iba Venezuela (ver gráfica 4.18). La bonanza petrolera y la extensión de las líneas de crédito internacional corrían en paralelo, con la expansión crediticia al interior de las dos economías. Pero, para la siguiente década sus caminos se bifurcan; la recuperación del mercado crediticio venezolano del año 2010 fue el preludio de su total extinción para el 2015.

Se trata de un caso extremo que desborda la pretensión de análisis desde los indicadores económicos; los registros de la contracción generalizada de la actividad económica de Venezuela, desde las exportaciones petroleras, hoy única vía de sobrevivencia, hasta la desaparecida actividad financiera, que ya por sí mismos resultan demoledores, quedan cortos para resaltar la algidez del conflicto con los Estados Unidos y la dimensión de los padecimientos del pueblo venezolano.

En las tierras de Simón Bolívar se define algo más que una reestructuración de los flujos comerciales de la región o del mero suministro de energía para la economía norteamericana; el desenvolvimiento de este proceso de colisión queda inmerso dentro de la geo-estrategia global de los principales agentes que delinearán el rumbo del capitalismo global en crisis, y la búsqueda de una salida, pero en medio de crecientes conflictos propios de la acumulación de capital a escala mundial, que arrastra sus tendencias seculares de concentración, exclusión, despojos y crisis e incorpora nuevos conflictos. Dentro de ellos, los emanados del nuevo rostro del capitalismo, en la era del capital financiero con movilidad ilimitada. Y bajo el influjo de un poder hegemónico. Ahora ya cuestionado, pero que ve en el suelo latinoamericano uno de sus espacios irreductibles.

En el último año registrado en la gráfica 4.19 se denota una especie de transición en las posiciones que los países ocupan en cuanto al nivel del crédito al sector privado se refiere: la economía peruana, donde la emisión accionaria es reducida ve en este tipo de crédito un sucedáneo para financiar el crecimiento económico de los agentes privados.

gráfica 4.19 Las huellas de la financiarización: Crédito al sector privado como porcentaje del PIB, en las economías más grandes de América Latina



Fuente: databank.worldbank.org

México, arquetipo de la reestructuración neoliberal, también resiente la avalancha del financiamiento como parte importante de la acumulación de capital en el sector privado. Podría decirse que está colocado en la medianía, que refleja la tendencia de toda la región latinoamericana; su vecindad con los Estados Unidos se refleja en todos los niveles de actividad económica y también política. Ahora bien, dado que el mercado financiero es el terreno donde la liberalización avanzó de forma más acelerada y con mayor profundidad, resulta lógico que la economía mexicana quede envuelta bajo el manto del poder financiero, tanto local como transnacional.

De ahí se explica que ni con una crisis persistente como la de 2008, a la que se ha hecho referencia de manera reiterada se presente una contracción de esta forma de despliegue del capital financiero. Por el contrario, la economía mexicana es una señal de que aun con bajo nivel de crecimiento el capital financiero puede mantener su proceso expansivo. Todavía más, una economía grande puede presentar escaso dinamismo, registrado en el crecimiento del PIB, pero su dimensión la convierte en terreno fértil para el desenvolvimiento del capital financiero, pues desde los hogares, hasta el mismo gobierno, que formalmente debe regularlo, pasando por las empresas, han quedado envueltos en sus mecanismos de extracción de recursos. Por supuesto, la expansión financiera no puede mantenerse en forma indefinida y las crisis financieras y globales son el desenlace de todo período de expansión, y devienen de lo que ahora se ha convertido en parte de las entrañas del nuevo capitalismo, recargado con un poder de mayor exclusión, de mayor concentración y, al mismo tiempo, más letal.

## Conclusiones

El perfil de las sociedades latinoamericanas, de su complejo y dramático recorrido histórico, con la pesada carga de su pasado colonial, que dejó su impronta en su devenir social, económico y político, adquiere nuevas expresiones a partir de su incorporación a los circuitos de acumulación global de capital; los flujos comerciales y financieros, ajustados a las directrices de las metrópolis, habrían de reconfigurar el escenario internacional para consolidar las relaciones de dependencia económica de los países latinoamericanos hacia los centros industriales y financieros, en un largo y sinuoso proceso de construcción de estructuras de poder hegemónico.

Las economías latinoamericanas quedan envueltas por fuerzas y procesos económicos y políticos que le son ajenos, pero que irrumpen con tal vigor que sus estructuras productivas son forzadas a incorporarse a las cadenas globales de acumulación de capital sobre la base de una explotación extensiva de la fuerza de trabajo; y sus estructuras políticas a un orden global hegemónico, cuyos centros neurálgicos se encontraban fuera del suelo latinoamericano.

El capitalismo, ya como sistema dominante en el Siglo XIX, se impuso en las latitudes latinoamericanas, sobre un sistema colonial que se había resquebrajado, en una larga agonía de los imperios español y portugués, principalmente. Sin embargo, el nacimiento de los estados nacionales latinoamericanos tiene un elevadísimo costo social y económico, en tal medida que tales estados se incorporan en desventaja al concierto político internacional, ya definido bajo un orden mundial y un epicentro global.

La debilidad política de los nacientes estados latinoamericanos se halla en correspondencia con la menor productividad del trabajo, resultado de una menor composición orgánica del capital. Se trata de una consecuencia histórica, pues cuando América Latina se constituye como tal, en Europa Occidental y en los Estados Unidos de Norteamérica, las relaciones capitalistas ya habían madurado, a tal grado que la concentración y centralización de capital, eran ya rasgos dominantes.

Y en el terreno de la política internacional, una estructura hegemónica sostenida con una poder militar incuestionable, y alimentada por los circuitos comerciales y financieros, bajo el manto del patrón oro, envolvieron a América Latina, para articularla a los vaivenes del capitalismo, sus ciclos expansivos y sus catástrofes.

El ocaso y posteriormente remplazo de las estructuras hegemónicas, que ostentaban el sello de Inglaterra, en el marco de crisis económicas globales recurrentes, han ido agregando nuevas contradicciones al proceso de acumulación de capital, que mantiene inalterable su base fundamental en el trabajo asalariado y la obtención de plusvalor, pero que ha mutado hacia nuevos espacios y expresiones y, al mismo tiempo, ha redimensionado sus ámbitos de maniobra, y también ha elevado exponencialmente la intensidad y profundidad de la operatividad del capital y su capacidad de obtener ganancias, tal es el caso del capital financiero.

El mayor grado de control de los procesos productivos, por parte del capital, no ha evitado el comportamiento cíclico de las economías capitalistas, sino más bien le ha otorgado a las crisis un nuevo sello, para arribar a crisis financieras globales, para trasladar sus efectos a todos los terrenos, entre ellos el del comercio internacional. Sin embargo, en el terreno de la política, los gestores mundiales del capital han encontrado los mecanismos y cauces para sostener la influencia del sector financiero en la conducción de las políticas globales, aglutinadas bajo el proyecto neoliberal.

Las crisis globales de sobre producción, pero detonadas en el sector financiero se convierten en puntos de inflexión para la trayectoria del sistema que anuncian el agotamiento de los impulsos previos del crecimiento económico, pero a su vez son generan nuevos impulsos para la búsqueda de nuevos mecanismos y espacios de acumulación de capital.

El comercio internacional queda así condicionado por la reconfiguración global del sistema capitalista, que desde su nacimiento encontró, en los circuitos comerciales, el instrumento de difusión y expansión del sistema, que le permitió acendrar las relaciones capitalistas en todo el orbe y, a su vez, la realización de la plusvalía generada en el proceso de producción, es decir, implantar los mecanismos de acumulación a todas las latitudes que

el sistema subordina y somete a la lógica de reproducción del capital, que está orientada a la obtención de ganancias sobre la base del trabajo impago.

La incorporación de América Latina a los circuitos de acumulación internacional del capital, encuentra en el comercio internacional unos de sus componentes fundamentales para toda la operatividad del sistema en su conjunto; la relación entre economías subordinadas y centros metropolitanos, no sólo implica dependencia política y dominación por parte de los centros industrializados, sino que traslada la competencia capitalista a nivel mundial, en el sentido de que es el terreno donde concurren los diversos capitales de diferente composición orgánica para participar en la realización de la plusvalía obtenida.

La menor composición orgánica del capital es una característica de las economías subordinadas, mientras que a una mayor composición orgánica de capital es el rasgo distintivo de las economías centrales. Al mismo tiempo, el comercio internacional es el escenario de expresión de las estructuras de poder hegemónico, que se han entretejido como soporte y expresión de las formas concretas que hacen material y cotidiano el ejercicio de la acumulación global de capital.

Sin embargo, como el terreno del comercio internacional es un componente, desde luego fundamental, pero no único dentro de la totalidad de la acumulación del capital y reproducción ampliada del mismo, la relación de economías subordinadas no implica seguir en automático los designios de las economías industrializadas; la configuración del sistema capitalista y sus incesantes mutaciones han llevado a constituir a América Latina en un espacio vital para la continuidad del sistema global, no sólo por la dotación de materias primas, sino como factor básico para la operatividad del capital en su conjunto, es decir, en el terreno financiero, comercial y productivo.

La región se ha convertido en indispensable para la colocación de los recursos desorbitados del sector financiero mundial, de las mercancías del ingente poder productivo de las economías centrales y de los nuevos centros de valorización intensiva de capital como China y, desde luego, en la función tradicional de suministrar materias primas para la valorización global del capital, que ha segmentado los procesos de producción de manera

muy sofisticada, bajo la directriz de obtener los máximos niveles de ganancias, en el marco de un avance tecnológico incesante e igualmente heterogéneo.

Dentro del sendero cíclico de la economía capitalista, la crisis global del 2008, detonada en el corazón del poder financiero, marca un parteaguas en la trayectoria reciente de un sistema que, gradualmente, encontró en las finanzas un espacio de obtención de ganancias, poco ligado a la esfera productiva y, es más, que tendía a colocarse por encima del resto de la economía, en el sentido de adentrarse en la actividad de las familias, las empresas y el mismo estado, bajo el manto del llamado esquema neoliberal, convertido, en los hechos, en recetario mundial para el ejercicio de la política económica, en mayor o menor medida de acuerdo a las circunstancias políticas de cada país.

La imbricación del comercio internacional con los mecanismos de acumulación y obtención de ganancias, en el contexto de una crisis que no se ha ido y que, al igual que el sistema capitalista, encuentra nuevas formas de manifestarse, han llevado a los gestores del capital, en las economías industrializadas a recurrir a las formas más burdas de proteccionismo comercial, combinadas con medidas de política interna de apoyo al capital financiero, aun a costa de minimizar el peso de la seguridad social, que lejos de lograr nuevos impulsos y espacios para revitalizar la acumulación de capital, hacen que en el terreno del comercio internacional se presenten nuevos obstáculos. Y, dentro de esta nueva ola de proteccionismo, se encubren conflictos de mayor dimensión; el resurgimiento de las corrientes proteccionistas siempre va acompañado de tensiones políticas globales entre los grandes centros industriales.

Podría decirse que los conflictos comerciales, cuando han llegado a niveles de colisión, son el prelude de ajustes mayores, una especie de barómetro de la política internacional. En este ámbito la capacidad de incidencia de América Latina, que es potencialmente elevada, no ha llegado a niveles considerables para dejarse sentir en la arena política global.

Todavía más, la dependencia política estructural hacia los centros industrializados parece encontrar ocasiones de reeditarse en formas descarnadas, como es el caso del gobierno

de Bolsonaro en Brasil que, sin ambages, parece reproducir el discurso y las pautas de conducción política de su homólogo norteamericano Trump; la versión latinoamericana de una extrema derecha, que ve en el vecino al enemigo, va en sentido contrario a lograr una mayor presencia internacional para la región, como paso previo para una mayor capacidad de negociación política y por tanto en los foros de gestión del comercio internacional.

Por ello, los destinos de las economías de la región, en materia comercial, vislumbran en el corto plazo mayores niveles de complicación para su constitución en motor de crecimiento sostenido. La economía del gigante de América del Sur se halla en desfase de las necesidades de una mayor presencia internacional, que se ajuste su dimensión económica e histórica con el liderazgo político.

Dentro de las tendencias de largo plazo del comercio internacional, se encuentra la formación de bloques comerciales que se ven acentuadas sobre todo a partir de la pérdida de dinamismo de la economía mundial, la cual se engarza con procesos políticos globales, como el cuestionamiento de la hegemonía norteamericana otrora impensable. Sin embargo, después de varios intentos, los resultados en la región, en esta materia son de escaso impacto en razón de que la tendencia dominante fue el mantenimiento y evolución de la condición de economía subordinada que encuentra articulaciones más determinantes con los centros industrializados que con los países vecinos.

Sobre todo, en esta era de crisis del capitalismo financiarizado, las economías latinoamericanas han caído invariablemente en los terrenos de dominio del capital financiero: una economía endeudada con las corporaciones financieras globales, pero que han sentado históricamente sus centros de decisión en sus países de origen, va en camino distinto a un proyecto de integración regional de carácter comercial o de cualquier tipo. Es decir, el comercio internacional no puede seguir un sendero estrictamente comercial, al margen de los grandes directrices y transformaciones globales de los procesos de acumulación de capital.

La presencia de nuevos y poderosos actores en la arena política mundial, agrega nuevos componentes a este proceso de reconfiguración del capitalismo latinoamericano, que no rebasado en lo fundamental sus rasgos de economía periférica, pero que ahora se ha

tornado en espacio fundamental, no sólo para los procesos de valorización del capital, o para la mera realización del plusvalor, en los circuitos internacionales de comercio, sino de la continuidad inmediata de un sistema, cuyos motores de acumulación lo empujaron a una crisis de ingentes dimensiones; el capital global en todas sus formas, industrial, comercial y financiero, ha rediseñado los espacios de todo el mundo para ajustarlos a su dinámica.

Ahora, la necesidad de mantener y expandir sus mecanismos de obtención de ganancias, hace de la vasta región latinoamericana un espacio indispensable para la continuidad del sistema. Bajo esa perspectiva debe asumirse la nueva y creciente presencia de las empresas asiáticas en Latinoamérica, y de la reestructuración del comercio internacional que ha venido acompañada de la abrumadora irrupción de la economía china, cuyas dimensiones colosales hacen impensable que una vez que han alcanzado tal nivel de poder productivo, se mantengan en la esfera comercial.

Por el contrario, sus motores de acumulación las arrojan hacia nuevos espacios y escenarios de acumulación y América Latina es el destino natural. Pero, como pasó antes con Inglaterra y posteriormente con los Estados Unidos, toda reconfiguración estructural del capitalismo se desenvuelve a la par de una reestructuración hegemónica. Por ello, así como asistimos a una crisis global de dimensiones equiparables a los ingentes recursos que ahora maneja el capital financiero, es decir colosales, también en las entrañas del sistema se gesta una recomposición inédita.

La persistencia de la crisis global, sin ajustes en las relaciones de poder del capital financiero, además de desatar las reacciones y respuestas más radicales, ha contribuido al cuestionamiento y a acentuar el deterioro del orden institucional internacional, vigente desde el término de la Segunda Guerra Mundial; Multilateralismo vs. Regionalismo es una de las expresiones de un desgaste del orden mundial presente desde la consolidación de los Estados Unidos como potencia hegemónica. De ahí que la crisis de 2008 también se traduzca en crisis de las organizaciones de gestión del comercio internacional.

La Organización Mundial de Comercio (OMC), antes Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) ve la erosión del medio político internacional

sobre el cual opera, al elevarse de manera sustancial las tensiones políticas, avivadas por la creciente ola proteccionista, sobre todo cuando el origen se identifica claramente en los centros industrializados, en particular de los Estados Unidos, que en su carácter de centro hegemónico, ahora cuestionado, se ha transformado rápidamente en propulsor de las corrientes proteccionistas y acentúa la preminencia de sus asuntos internos sobre cualquier acuerdo internacional, como ocurrió con el ya extinto Tratado de Libre Comercio con México y Canadá (TLCAN).

La presencia de China en este organismo internacional, que de paso tienen el sello de la manufactura norteamericana, atenuado con su transformación de GATT a OMC, parece añadir una fuerza adicional que desborda su capacidad de gestión institucional, es decir, la capacidad productiva de la economía china parece desmesurada, para ser contenida por una institución supranacional, que ve disminuido su espacio de operación por el creciente proteccionismo surgido de las economías desarrolladas.

La construcción del descomunal poder productivo chino se realizó a partir de la consolidación de sus motores internos de crecimiento, entre ellos su sólido y autocrático sistema de gobierno, no es resultado de un mero viraje hacia el exterior, se trata de una radical transformación estructural y de alcance global en la forma de funcionamiento y reproducción de los mecanismos de acumulación de los espacios globales del capitalismo. Y, en ese sentido, la presencia china en las latitudes latinoamericanas es producto de la continuidad de tales impulsos expansivos, y que instalan al capitalismo latinoamericano en una nueva fase, sobre bases distintas, cuyas manifestaciones están por desplegarse, pero no exentas de conflictos y por supuesto de crisis.

Las economías más grandes de la región, tales como México, Argentina y Brasil, han tenido una trayectoria económica en materia de comercio internacional, que denota los límites y el innegable agotamiento de su proceso de inserción al mercado capitalista global; la tendencia generalizada, en América Latina, de buscar en el sector externo una fuente alternativa para el crecimiento económico, vía mayor competitividad, teniendo como referente inmediato menores costos de producción, resultó acorde con el esquema neoliberal

de apertura económica, privatización y contracción salarial, que tendió a convertirse en matriz de un programa general de política económica.

En un contexto de bajo crecimiento económico, resultó funcional el énfasis en el viraje hacia el sector externo, que articuló la competitividad con la contracción salarial; así, de esta forma los bajos niveles de crecimiento económico no fueron gran obstáculo para mantener la acumulación de capital, pues el sesgo en contra del salario, característica generalizada de la política económica de la región, quedó convertido en garantía para ahondar el histórico esquema latinoamericano de concentración del ingreso.

El esquema se completa con la conducción macroeconómica del capital financiero internacional, cuya presencia en la región se ha convertido en un factor de definición de la política económica y, por consiguiente, en un factor de transformación estructural del perfil de las economías latinoamericanas; su creciente endeudamiento las impele a buscar una mayor participación en los circuitos internacionales de mercancías y servicios y, a su vez, es un ancla que las mantienen en condición de subordinación ante las corporaciones financieras internacionales y los estados nacionales representantes de tales corporaciones.

El servicio de la deuda externa se ha convertido más que en una limitante, en un cerco que constriñe los márgenes para el crecimiento económico de los países de América Latina. Pero, sobre todo eleva la vulnerabilidad de las economías dependientes ante la volatilidad con que operan los mercados financieros; una crisis financiera, de inmediato, impacta negativamente sobre los tipos de cambio, dada la tendencia estructural al crecimiento con desequilibrio en el sector externo. Por consiguiente, la recurrencia a los mercados financieros globales para colocar nueva deuda, se convierte en un proceso que se alimenta a sí mismo.

Pero, después de cada ciclo, la espiral de endeudamiento absorbe mayores recursos en detrimento de los presupuestos gubernamentales de salud, educación, entre otros. Es decir, se reorienta el gasto público para ajustarlo al servicio de la deuda, pero se trata de ajustes internos. Bajo tal óptica, el papel del comercio internacional latinoamericano, se traduce en servir de palanca para el crecimiento económico en el sentido de proporcionar las divisas

necesarias para cubrir las importaciones y, adicionalmente, suministrar las divisas indispensables para sostener las conexiones con el sector financiero global.

Indudablemente, dentro de la apertura casi total de las economías latinoamericanas, la movilidad de capitales es uno de los rasgos de la actual inserción de la región a los circuitos financieros internacionales. De tal manera que las economías de la región son recipientarias de los movimientos especulativos de corto plazo propios del capitalismo contemporáneo. Sin embargo, la misma dinámica de total movilidad impide garantizar un aumento sostenido en las divisas de los bancos centrales latinoamericanos por esta vía.

Entonces, el comportamiento de las exportaciones latinoamericanas va delineando el perfil del crecimiento económico y pone en relieve la reorientación que el capitalismo, financiarizado y en crisis, va imponiendo en su necesidad permanente de reproducción. De tal suerte que hoy se desarrolla una reestructuración de la estructura económica y de los cauces del comercio latinoamericano, en aras de asegurar el flujo de los recursos financieros para su posterior reciclaje.

Pues bien, este reciclaje de recursos financieros que ingresa a las economías latinoamericanas, a través del liberalizado sector financiero, para obtener ganancias de corto plazo, sin efecto directo en las actividades productivas, para salir a la menor señal de alarma, o bien a través de la colocación de instrumentos de deuda, constituye un mecanismo de acumulación que a la larga se trastoca en un peso para la capacidad de pago del sector externo. Sin embargo, lo más grave es que la crisis global de 2008 puso al descubierto que, con todo su entramado internacional, bajo las condiciones actuales, las bases de la acumulación quedaron rebasadas para enfrentar estas exigencias de obtención de recursos, vía los canales establecidos del comercio internacional y las reglas emanadas del orden internacional vigente.

El margen de maniobra acusa una mayor estrechez cuando se ven desatadas las corrientes proteccionistas desde los centros industrializados, que al contar con una mayor dotación de capital y avance tecnológico, alcanzan una mayor composición orgánica de capital, es decir, la productividad del trabajo es ostensiblemente más elevada. Entonces que

se puede esperar de economías menos desarrolladas con menor productividad del trabajo, que sólo mantienen ciertos segmentos de sus aparatos productivos con capacidad competitiva global. Y esto únicamente en el caso de las economías más grandes.

Para el resto de las economías de menores dimensiones, los derroteros del capitalismo financierizado y en crisis poco tienen que ofrecer dentro de los horizontes de la modernidad capitalista. Más bien exigen mayor sacrificio laboral y salarial para que se incorporen a los resquicios de un sistema que mantiene sus directrices de garantizar la rentabilidad financiera, como premisa básica, para montar toda la estructura global de acumulación de capital.

Por tanto, si la crisis es global y sus expresiones se hallan en las entrañas del proceso de acumulación global de capital, sólo una serie de transformaciones de las mismas dimensiones pueden llevar a configurar nuevos espacios de crecimiento. Pero, ello requiere de cirugía mayor, y lo que se ve es una respuesta desde los intereses de las economías nacionales y con intereses definidos en las políticas económicas, por parte de los estados nacionales, que son estructuralmente heterogéneos, pero que hoy comparten el rasgo de ser todos, tanto en las economías industrializadas como en los confines periféricos, garantes del sector financiero y sus exigencias de rentabilidad.

Mientras esta premisa se mantenga, la crisis tendrá nuevas y más agudas expresiones en todos los terrenos, incluido el del comercio internacional, donde las economías más grandes de América Latina, aun cargadas con todas sus contradicciones internas y sus tortuosas formas de inserción con la economía internacional, se enfilan hacia tener un mayor peso en los espacios globales del capital.

## Referencias

- Aglietta, M., & Orléan, A. (1990). *La violencia de la moneda*. México: Siglo XXI editores.
- Alvater, E., & Mahnkopf, B. (2002). *Las limitaciones de la globalización*. México: Siglo XXI Editores.
- Amín, S. (2005). Crisis, socialismo y nacionalismo. En S. Amín, *Dinámica de la crisis global* (págs. 178-245). México: Siglo XXI, editores.
- Amín, S. (2011). *La ley del valor mundializada*. Madrid, España: El Viejo Topo.
- Arendt, H. (2016). *La condición humana*. México: Paidós.
- Aricó, J. (2011). *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*. México: El Colegio de México.
- Aricó, J. M. (2010). *Marx y América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A.
- Arizmendi, L. (2016). *El Capital ante la crisis epocal del capitalismo*. México: Instituto Politécnico Nacional.
- Arizmendi, L., & Beinstein, J. (2018). *Tiempos de peligro: estados de excepción y guerra mundial*. México: Plaza y Valdéz S.A.
- Arizmendi, L., Peña, J., & Piñeiro, E. (2014). *Bolívar Echeverría: Trascendencia e impacto para América Latina en el Siglo XXI*. Quito, Ecuador: Editorial IAEN.
- Arrighi, G. (2007). *Adam Smith en Pekín*. Madrid: Ediciones Akal, S.A.
- Astarita, R. (2004). *Valor mercado mundial y globalización*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Cooperativas, Facultad de Ciencia Económicas de la Universidad de Buenos Aires.
- Aznarez, J. J. (26 de marzo de 2018). La declinante integración latinoamericana. *El País*.
- Benetti, C. (1975). *Valor y distribución*. Madrid, España: Editorial Saltés S.A.
- Bértola, L., & Ocampo, J. A. (2013). *El desarrollo económico de América Latina desde la independencia*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Beuchot, M. (2016). *Hechos e interpretaciones. hacia una hermenéutica analítica*. México: Fondo de Cultura económica.
- Blecker, R. (2016). Las economías de México y Estados Unidos después de 20 años del TLCAN. En C. R. Cordera, & H. I. Perrotini, *El estado y la crisis global a debate* (págs. 49-77). México: UNAM-Miguel Ángel Porrúa.
- Boyer, R. (2017). Formas de capitalismo, América Latina y el sistema internacional después de la Gran Crisis. En C. Alba Vega, & I. Bizberg, *Dimensiones sociopolíticas y económicas de la crisis global y su impacto en los países emergentes* (págs. 39-83). Ciudad de México: El Colegio de México; Institut de Recherche pour le Développement.
- Bustelo, P., & Fernández, L. Y. (1999). *La economía china ante el siglo XXI*. Madrid: Síntesis.
- Cancino, R. (2012). *El ingreso de China a la OMC*. México: Editorial Novum.
- CEPAL, C. E. (2015). *América Latina y el Caribe y China, hacia una nueva era de cooperación económica*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Chesnais, F. (2003). La teoría del régimen de acumulación financiarizado: contenido, alcance e interrogantes. *Revista de Economía Crítica*, 37-72.
- Cornejo, R. A. (2001). China: una revisión de cincuenta años de historia. En E. c. Anguiano, *China contemporánea, la construcción de un país (desde 1949)* (págs. 13-120). México: El Colegio de México.
- De la Mora Sánchez, L. M. (2018). *Hacia dónde se dirige el régimen de comercio internacional y sus implicaciones para América Latina*. México: CEPAL-ONU.
- De Souza, S. B. (2015). *Una epistemología del Sur*. México: Siglo XXI, CLACSO.
- Dionizio, S. G., Fernandes, M. G., & Camargos, T. E. (2018). Efecto derrame del crecimiento de China en América del Sur: un análisis basado en el comercio internacional. *Revista CEPAL* 126, 47-62.
- Echeverría, B. (1998). "Renta tecnológica" y capitalismo histórico. "*Renta tecnológica*" y *capitalismo histórico*, (pág. 19). Binghamton.
- Gramsci, A. (1977). *Cuadernos de la cárcel, t. 5*. México: Juan Pablos Editor S.A.

- Gramsci, A. (1980). *Notas sobre Maquiavelo*. Madrid, España: Ediciones Nueva Visión.
- Grossman, H. (1979). *La ley de la acumulación y el derrumbe del sistema capitalista*. México: Siglo XXI.
- Guerra-Borges, A. (2002). *Globalización e integración latinoamericana*. México: Siglo XXI, Editores S.A. de C.V.
- Guillén, A. (2015). *La crisis global en su laberinto*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Gutiérrez, A. (1993). Relaciones comerciales: especialización asimétrica y dependencia. En M. Báñez, *Economía mundial* (págs. 121-141). Madrid: Ediciones Pirámide S.A.
- Hernández, T. F. (2002). *La economía de la deuda, lecciones desde México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hilferding, R. (1971). *El capital financiero*. La Habana, Cuba: Instituto Cubano del Libro.
- Hinkelammert, F. (2006). La globalidad de la tierra y la estrategia de globalización. En A. A. Boron, J. Amadeo, & G. Sabrina, *La teoría marxista hoy, problemas y perspectivas* (págs. 365-378). Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Hobsbawm, E. (2015). *La era del imperio*. México: Planeta.
- Huerta, G. A. (2017). *El ocaso de la globalización*. México: UNAM, Facultad de Economía.
- Irwin, D. A. (2009). *Free Trade under Fire*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Kornai, J. (febrero de 2010). (C. n. Caijinj, Entrevistador)
- Lapavitsas, C. (2016). *Beneficios sin producción*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Las economías de México y Estados Unidos después de 20 años de TLCAN. (2016). En R. Blecker, *El estado y la crisis global a debate* (págs. 49-77). México: UNAM-miguel Ángel Porrúa.
- Lemoine, F. (2007). *La economía china*. Madrid: alianza editorial.
- Mariátegui, J. c. (2012). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Ediciones Era.
- Marini, R. M. (2015). *América Latina, dependencia y globalización*. México: Siglo XXI, CLACSO.

- Marx, K. (1981). *El Capital* (Vol. 1). México: Siglo XXI.
- Marx, K. (2011). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858 vol. 3*. México: Siglo XXI.
- Marx, K. (2011). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, (Grundrisse), vol. 1*. México: Editorial Siglo XXI.
- Marx, K. (2015). *El Capital, t. I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (2016). *El Capital, tomo III*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Morin, E. (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, España: Editorial Gedisa S.A.
- Ocampo, J. A., & Martin, J. (2003). *Globalization and Development, A Latin American and Caribbean perspective*. Santiago de Chile: Stanfor University Press.
- Organización Internacional del Trabajo. (2015). *Informe Mundial sobre salarios 2014/2015*. Ginebra, Suiza: OIT.
- Organización Internacional del Trabajo. (2016). *Panorama laboral informativo, en materia de libertad sindical y negociación colectiva en América latina y El Caribe*. Sao Paulo, Brasil: Organización Internacional del Trabajo.
- Organización Mundial de Comercio. (12 de 11 de 2018). *OMC, Organización Mundial de Comercio*. Obtenido de [www.wto.org/spanish/news\\_s/news18\\_s/dgra\\_12nov18\\_s.htm](http://www.wto.org/spanish/news_s/news18_s/dgra_12nov18_s.htm)
- Organización Mundial de Comercio. (2018). *World Trade Statistical Review 2017*. Ginebra: Organización Mundial de Comercio.
- Ortiz, E., & Errunza, V. R. (1995). Los mercados de capital emergentes y la globalización financiera; Retos para las finanzas modernas. En A. Girón, E. Ortiz, & E. Correa, *Integración financiera y TLC* (págs. 55-86). México: Siglo XXI.
- Osorio, J. (2014). *El estado en el centro de la mundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Osorio, J. (2014). *Estado, reproducción y lucha de clases*. México: UNAM.
- Osorio, J. (2016). *Fundamentos del análisis social. la realidad social y su conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.

Osorio, J. (2017). *Sistema mundial, intercambio desigual y renta de la tierra*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Polanyi, K. (2013). *La gran transformación*. México: Juan Pablos Editor.

Pozzi, Sandro, & Fariza, I. (05 de enero de 2018). El déficit comercial de EE UU toca máximos de cinco años por las compras a China y México. *El País*, pág. 10.

Ricardo, D. (2014). *principios de economía política y tributación*. México: Fondo de Cultura Económica.

Rivas Molina, F. (08 de 10 de 2018). el eterno retorno de la crisis argentina. *El País*, pág. 22:10 CDT.

Shaik, A. (1991). *Valor, acumulación y crisis: ensayos sobre economía política*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.

Streeck, W. (2017). *¿Como terminará el capitalismo?* Madrid: Traficantes de sueños.

Villareal, R., & Villeda, R. (2006). *El secreto de China*. Naucalpan, Estado de México: Ediciones Ruz.